



i Préstame tu

piel!

IRIS BOO

Serie "Préstame" 4

Préstame tu piel

Iris Boo

1ª edición: febrero 2019

© Iris Boo

Imágenes: Unsplash

La historia, ideas y opiniones vertidas en este libro son propiedad y responsabilidad exclusiva de su autor.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

Préstame tu piel

Serie préstamo 4

Prólogo

Odio que la gente intente controlar mi vida, no me gusta que me digan lo que tengo que hacer con ella. Hay quién incluso dice que me resisto a las órdenes, pero sé que no es verdad. Estoy trabajando a las órdenes de otra persona, soy el último mono que llegó aquí, así que todos están por encima de mí. Pero lo primero sí es cierto, me fui de casa precisamente por ello.

Toda mi vida la pasé siendo el buen hijo, el que cumplía todos los deseos de sus padres, bueno, de mi padre, porque era él el que marcaba el ritmo al que el resto debíamos bailar. De niño no me importó, era feliz porque mi padre también lo era, pero cuando cumplí 16 me di cuenta de que no tenía nada que decir sobre mi futuro. Mi padre ya había trazado un plan para mí. Estudié ingeniería civil, como él quería, saqué notas excelentes y quise ir más allá, quise estudiar arquitectura, pero eso no era lo que necesitaba mi padre. Yo sólo debía convertirme en su reemplazo, el que asumiera el peso de la empresa familiar algún día, pero no el que tomara las decisiones, porque él ya dejó bien claro que él era el que mandaba, el que decidía.

Aguanté tanto como pude; incluso empecé a cursar las asignaturas de Arquitectura a sus espaldas. Por eso tal vez bajaron algo mis notas en Ingeniería Civil; quise abarcar demasiadas materias. Sacrifiqué mis horas de diversión por conseguir mis objetivos, pero eso no le importó. Mi último año se encargó de que abandonara todo rastro de la carrera de Arquitectura; me obligó a asistir todos los sábados a cenas familiares, aunque siempre eran algo más. En aquellas reuniones familiares siempre aparecían socios, amigos, conocidos o gente a quién impresionar, y yo era su gran trofeo para exhibir. Y pronto me di cuenta de que aquellas cenas, no eran solo eso. A veces acudían jóvenes de mi edad, otras veces chicas e incluso niñas. Y supe que ya no estaba solo controlando mis estudios, si no que quería imponerme amistades y además me dejó bien claro qué mujeres debía cortejar, porque serían excelentes esposas.

Fue por aquel entonces que necesité de algo más para liberar la presión, la frustración. Hay quien hubiese recurrido a las drogas, al alcohol; yo lo hice con un saco de boxeo. Machaqué tanto a ese cabrón, con tanta saña, que el dueño del gimnasio se fijó en mí y me propuso meterme en el mundo de la lucha. He de reconocer que me encantó la idea, no ya por ganar, sino por el hecho de soltar toda mi rabia, mi frustración, dando y recibiendo golpes. Allí

éramos solo mis puños y yo. La lucha me dio la fuerza, no sólo física, para enfrentarme a mi padre, y un día lo hice.

Recuerdo aquella maldita cena. Era uno de esos sábados y mi padre estaba presidiendo la mesa. Había invitado a su nuevo socio con su familia. Y como siempre, se le llenaba la boca hablando de mí y mi brillante futuro en la empresa. Recuerdo muy bien la fecha porque me quedaba por hacer el último examen y tendría mi título en la mano. Los dos estábamos convencidos de que lo conseguiría, porque era la materia que mejor se me daba. Seguramente sacaría un sobresaliente con los ojos cerrados. Pero en aquel momento, mi humor estaba muy lejos de ser bueno, ni siquiera aceptable. Mi padre había bebido alguna copa de vino de más, quizás demasiado confiado de haber conseguido lo que quería de mí y viendo que me plegaba a sus exigencias, fue más lejos. Estaba claro que ambos hombres pretendían mantener su unión más allá de unos simples proyectos, porque la palabra fusión resonó en algunos momentos calculados.

La mirada del otro hombre se posó sobre mí con una sonrisa depredadora, como si calculara en su mente el valor que realmente tenía, y cuando miré a su izquierda, supe lo que había en su cabeza, en la cabeza de los dos. Su hija me miraba con deleite, como si saboreara de antemano un filete que se va a comer. Había visto esa misma expresión en las zorras que parecían haber encontrado al tipo con el que desfogarse esa noche y, entonces comprendí, que yo iba a ser su plato. Pero si bien la hija solo veía un buen trozo de carne, su padre y el mío veían un futuro matrimonio. La alianza perfecta. Miré su rostro con atención y supe que aquella chica me masticaría hasta sacarme todo el jugo y luego me cambiaría por un modelo más nuevo. ¿Y querían que me casara con ella? No; uno no se casa con una puta que te pondrá los cuernos incluso antes de que la tinta del contrato matrimonial se hubiese secado.

Entonces lo supe; supe que no iba a seguir con aquello, había llegado a mi límite. Me levanté de aquella mesa y le dije bien claro a mi padre que estaba fuera de aquel juego. Subí a mi cuarto, cogí todo lo que creía que iba a necesitar y salí de allí sin mirar atrás.

Y desde entonces, mi vida fue un camino de piedras puntiagudas, pero al menos era libre. No había permitido que nadie decidiese por mí. Si me equivocaba lo hacía yo solo; éramos mis aciertos, mis errores y yo. Yo tomaba mis propias decisiones, yo decía lo que iba a hacer, hasta que llegó ella y empezó a tratarme otra vez como un niño.

Capítulo 1

—Piden la presencia de seguridad en la zona de urgencias. Tenemos una situación de posible riesgo. —Escuché por mi radio.

—Aquí Mo, estoy en la zona. ¿Dónde voy? —Me reporté.

—Box 10.

—Entendido.

Llegué al box 10 y esperé. ¿Situación de potencial riesgo?; yo no veía ninguno pero en cuanto la doctora Lettuce apareció cargando con aquel bebé en sus brazos, su expresión me puso los pelos de la nuca tiesos como juncos. Detrás de ella una mujer de piel oscura, una mulata, caminaba con los ojos muy abiertos mirando en todas direcciones asustada, mientras apretaba algo de ropa contra su pecho como si la vida le fuese en ello. Y al lado de la doctora iba esa enfermera que había visto alguna que otra vez por la zona de urgencias. Su paso era firme, decidido, pero no había en él esa alegre altanería de otras veces. Parecía que estaba en una misión, ella y la doctora. No es que dieran miedo, pero ese algo me puso en alerta. Separé mis piernas y me preparé para la confrontación. De aquella enfermerita me esperaba cualquier cosa, tenía a los médicos de urgencias cómo locos. Por lo que había oído tenía un genio muy... particular. Pero según decían también era un hacha con los pequeños y eso eran demasiados puntos a su favor, hablando profesionalmente, claro. Ahora bien, si la doctora Lettuce estaba metida en esto eso era otra cosa. El tema era serio; esa doctora no era de las que exageraban o se ponía nerviosa sin motivo. La admiraba porque era una profesional como la copa de un pino. Si algún día tenía un hijo ella sería a la primera que acudiría a por ayuda si algo le pasara.

La enfermera se adelantó para abrir la puerta, franqueando el paso a la doctora.

—Que nadie entre aquí dentro sin mi permiso. Danny, ponle al día. —La enfermera asintió y cerró la puerta después de que pasara la que supuse era la madre del pequeño.

—La doctora está convencida de que es un caso de malos tratos. Ya hemos avisado a asuntos sociales, pero tardarán un rato en llegar. El problema es el padre. Sospechamos que es el causante de los malos tratos al

niño, y tal vez también a la madre. Parece agresivo. Le hemos conseguido separar de la familia con una artimaña, pero seguro que regresa por ellos y no lo hará muy contento.

—Entendido. —No necesitaba mucha más información; esos casos eran peliagudos. Primero porque el maltratador no se andaba con miramientos y podía ponerse violento en cuestión de segundos. Y en segundo lugar, las víctimas siempre se decantaban por volver con su maltratador, casi siempre por miedo.

—Voy a dar aviso en recepción de que cuando llegue asuntos sociales vengan aquí lo antes posible. —me informó la enfermera.

—De acuerdo.

—¿Estás tú sólo?, ¿no hay nadie más? —¿Pero qué se creía esa enfermerita, que no podía yo solo con un mierda de maltratador? Si llevaba ese uniforme era porque había superado muchas pruebas que demostraban que podía hacerlo. Niñata resabida, ¿qué sabía ella de lo que era o no capaz de hacer?

—¿Crees que no podré con él. —Ella pareció calcular en su cabeza.

—Es un tipo grande. Por lo menos 120 kilos.

—¿Te quedas más tranquila si pido refuerzos. —pregunté.

—Me gusta la doctora Lettuce, no me gustaría que le pasara nada. —No iba a ponerme a discutir con ella en ese momento, así que apelé al sentido común y le di lo que quería. Le sonreí y llevé mi mano a la radio anclada sobre mi hombro. Apreté el conmutador y pedí refuerzos mientras la veía mover ese precioso trasero camino a la recepción de urgencias.

—Aquí Mo, solicito apoyo en box 10 en zona de urgencias.

—Recibido. En 5 minutos tienes alguien ahí. —En aquel momento miré hacia el pasillo de mi izquierda y vi una locomotora viniendo hacia mí. ¿Por qué locomotora?, porque era grande, negro y echaba humo.

—Que sea un minuto, tengo el problema encima. —Cerré la comunicación y me preparé para el impacto. ¡Joder con el tiranosaurio Rex!, pues al final la enfermerita tenía razón. El tipo ese tenía pinta de poder llevarse por delante a todo un equipo de Football. Puedo estar seguro de mi capacidad y destreza, ¡joder!, pero no era tonto. Más gente para reducirle significaba que yo recibiría menos golpes y, otra cosa no, pero aprecio mi físico. Duermo con él cada noche.

—¿Dónde está mi familia? —Alcé mi mano para mantener las distancias, y llevé la otra a mi cadera, buscando... mierda, odiaba esos momentos en que

no nos permitían llevar armas; ¿un gas pimienta, esposas y una porra?, ¿en serio? A aquel tipo no lo detenía ni un misil antitanque. Tenía los ojos inyectados en sangre y podía seguir su acelerado pulso con solo mirar la vena de su cuello palpitando.

—Si me dice a quién busca intentaré ayudarle.

—Y una mierda. Si estás aquí parado es que ellos están ahí dentro. — Bueno, al menos tenía que concederle algo de inteligencia al tipo. No era solo un animal, y eso me preocupaba.

—Dentro hay un paciente al que están reconociendo; tendrá que esperar a que el médico termine y entonces comprobaremos si se trata de su familia.

—No me jodas blanquito. Quiero ver a mi familia. —Y como si la cosa no estuviese ya de por sí peliaguda, la enfermera apareció por el otro lado seguida de otra mujer aún más menuda y más mayor. Genial, la cosa se complicaba.

—¡A la mierda!, voy a llevarme a mi familia de aquí.

—Señor, espere a... —Y el tipo no esperó. Sacó un cuchillo de no sé dónde y apuntó con él, primero a mí y luego a la enfermera.

—Quiero a mi familia. ¡Ya!

Vi como la enfermerita de pelo castaño tragó nerviosa, pero sus hombros no cedieron, y sus pies la llevaron hasta la puerta. Iba a entrar allí, pero no iba a darle a aquel tipo lo que quería. Y él también pudo adivinarlo, porque se abalanzó sobre ella para alcanzarla antes de que atravesara la puerta. Un ramalazo de admiración pasó por mi cabeza; tenía unas pelotas como un caballo la pequeñaja. Así que hice para lo que me adiestraron, me interpuse entre el tipo y la enfermera de culo bonito y ojos vivaces. El spray de pimienta voló hacia algún lugar en el primer golpe; no me preocupé hacia dónde fue; estaba más centrado en la enorme hoja afilada frente a mí. Pasó tantas veces delante de mi cuerpo, y tan cerca, que sentí rasgar la tela de mi uniforme un par de veces. Pero yo soy rápido, y lanzando puñetazos ese tipo no iba a poder conmigo. Conseguí descargarle un par de rechazos en la cara, después una patada en el brazo del arma. El cuchillo salió volando a algún sitio bien lejos. ¡Gracias Full Contact! Le tenía medio noqueado cuando llegó Patrick y entre los dos conseguimos reducirle y esposarle. Mientras lo hacíamos, el cabrón me golpeó en la cara con su cabeza haciéndome sentir el sabor de mi sangre en la boca. Bueno, habría sido demasiado fácil no salir tocado.

—¿Estás bien?

—Sí, solo es un poco de sangre.

—¿Estás seguro?, yo veo un montón manchando tu camisa. —Seguí su mirada y maldije en silencio. Aquel cabrón me había alcanzado. Puse mi mano allí y noté la sangre salir entre mis dedos. ¡Mierda!, ahora tendría que comprarme otro uniforme. Alcé la mirada y vi la cara de la enfermerita mirando la sangre de mis dedos. Estaba algo pálida, pero enseguida su cara pasó al enfado y a darme órdenes. Me obligó a meterme en un box y me puso una gasa sobre la herida. Después desapareció y llegó la doctora Lettuce. Nunca pensé que iba a necesitarla tan pronto, pero agradecí tenerla allí. Levantó la gasa y limpió la zona con algo de suero, que estaba jodidamente frío, pero lo hizo con cuidado.

—Necesitarás un par de puntos ahí.

—Yo lo haré doctora. Usted tiene que atender a Tobías.

—Sí, tienes razón. Encárgate tú entonces. —La doctora me sonrió y se disculpó con la mirada, como diciéndome que tenía que irse, pero que me dejaba en buenas manos. Ah, pero cuando salió, el sargento de melena rizada salió de detrás de la máscara adorable que mostraba a la doctora y comenzó a torturarme.

—Quítate la ropa y tiéndete en la camilla con el brazo sobre la cabeza. — ¡Joder con la enfermerita! Era como un chile habanero; no parecía gran cosa, pero cuando te lo metías en la boca, se abrían las puertas del infierno.

Capítulo 2

Danny

—¿Te quieres estar quieto? —El maldito niño bonito no podía ponérmelo fácil. Ya tenía más que suficiente con no sudar cada vez que miraba ese cuerpazo y, encima, cada vez que se *movía notaba* los músculos debajo de su piel moverse. El maldito tipo era un atleta, sin un gramo de grasa de más en ese tonificado cuerpo. Sí, no era una mole de músculos de gimnasio, pero se notaba que era todo fuerza bruta; fuerte y robusto como un árbol.

—¡Ay!, me vas a arrancar la piel.

—He cosido a niños con cortes más grandes, y no se han quejado tanto.

—Eso será porque con ellos tendrías más cuidado.

—¿Crees que no estoy teniendo cuidado contigo?

—Digo que parece que me odias.

—¿Por ponerte delante de un tipo con un cuchillo?, ¿cómo podría odiarte? —Y encima eso; cuerpo perfecto y caballero de brillante armadura. Era por eso que tenía suspirando a media plantilla de enfermería, y ahí entraba un enfermero también. Y el tipo lo sabía, vaya que sí lo sabía; no hacía otra cosa que caminar con esa pose arrogante, como si dominara el mundo, exhibiendo esa sonrisa demoledora cada vez que una mujer se acercaba a él. ¿He dicho que lo odio?, pues sí, porque es igual que mi antiguo novio. No por lo de estar macizo como una puerta de roble; Peyton era más delgado, aunque unos centímetros más alto, y es que jugaba a baloncesto en la universidad. No era una estrella, pero el ejercicio le mantenía en forma. Y digo que no era una estrella porque tenía muy claro que nunca llegaría a la liga profesional, pero era lo suficientemente egocéntrico para creer que era un Dios. Era guapo y sacaba partido de ello en cada ocasión que podía. Y era igual que éste...éste proyecto de marine. Sacaba su dulce sonrisa con cada mujer que pasara por delante de sus narices, y le importaba una mierda que yo estuviese cerca. Al principio me enfurecía, soy celosa, es lo que tenemos las latinas, pero después me di cuenta que ahí lo tenía todo perdido. Peyton era un seductor compulsivo; tenía que hacerlo con todas, incluso con las de 50. Y éste...éste tipejo era igual. Odiaba que me provocara esas reacciones porque mi cuerpo era un ente a parte de mi cabeza. Una cosa era saber que no era bueno y otra muy distinta no fantasear con tocar ese cuerpo y disfrutar

haciéndolo. ¡Hormonas!, quién las controla.

—¿Te estás riendo de mi trabajo?

—No entiendo a los tipos como tú. Os parece divertido que os rebanen la piel con un cuchillo.

—Yo no he dicho que sea divertido. Pero lo hago porque es por lo que me pagan.

—¿Así que tu trabajo es dejar que te maten?

—No, es evitar que os hagan daño a los demás. —Tomé aire y volví con mi tarea. Metí la aguja de nuevo en esa dura piel y traté de tocarle lo menos posible. Pero era imposible no sentir el calor que desprendía atravesando el látex de mis guantes. Y ese maldito olor. Odio el sudor en los hombres, pero he de reconocer que algunos... ¡mierda!, me estaba yendo otra vez donde no debía. Pero una cosa era saber que no era un chico con el que me gustaría mezclarme y otra muy distinta no reconocer que acababa de jugarse la vida por protegernos. Así que hice lo que nunca pensé que haría, agradeceréselo.

—Gracias.

—¿Eh?

—Por evitar que ese tipo nos hiciera daño a mí y a la doctora.

—Es mi trabajo. —Y ahí estaba otra vez, haciéndose el héroe; y odiaba cuando se ponía en plan “chico perfecto”. ¡Dios!

—Y el mío es coserte, así que no te quejes más.

—¿Ya está?, ¿terminaste?

—¿Quién está dando los puntos, tú o yo?

—La doctora dijo un par de puntos.

—Esa es una forma de hablar, como cuando dices un par de días. Siempre son más de dos.

—Pues tú ya has dado tres puntos ahí.

—¿Quieres callarte de una vez?

—Es mi piel la que estás cosiendo.

—Tu piel, tu piel. Cómo si no pudieses aguantar un dolorcito de nada.

—Ya te querría ver yo aquí. Eso, ¿por qué no me prestas tu piel?, yo te hago una pasadita con la aguja y tú me dices si no duele tanto.

—¿Quieres que te preste mi piel? —Me centré en esa dermis, esa maldita, perfecta, y... ¡Ugh!, lo odio.

—Bueno, ya puedes presumir con tus amigos; tienes cuatro puntos preciosos.

—Pues gracias. —Eso, así estaba mejor. Que se diera cuenta de que a mí

no me iba a engatusar con esas zalamerías tuyas. Y si lo mantenía en su sitio, mucho mejor. Como los medicuchos esos que se creen el ombligo del mundo porque tienen un título. ¿Qué se creen, que el título de enfermería lo regalan?, yo también tuve que esforzarme lo mío para conseguirlo, y no voy por ahí mirando por encima del hombro, ni menospreciando a los que están por debajo. Como los pobres auxiliares, soportando toda la mierda que no hacemos los titulados, cobrando menos, y encima teniendo que aguantar los desplantes de algunos.

—¿Dónde crees que vas?

—A vestirme, me estoy quedando helado.

—Todavía tengo que cubrirlo con un apósito.

—Vale. —Un par de golpes en la puerta, dieron paso a un agente de policía.

—Siento interrumpir, pero venía a recoger su declaración. ¿Va a poner denuncia?

—¡Pues claro que va a denunciar a ese energúmeno! —Me indignaba que siquiera se lo preguntase.

—¿Eso no tendría que decidirlo yo? —Vaya, al chico no le gustaba que hablaran por él.

—Con una denuncia por agresión, habrá un ladrillo más en la balanza en contra de ese tipo, ¿verdad agente? —No sabía dónde lo había oído, pero estaba segura de que era así.

—Sí, será bueno para agilizar los trámites y alejarlo de su familia. —me apoyó el agente.

—Entonces estaré en la comisaría en cuanto salga del trabajo.

—Y llevará el informe médico de urgencias. —Añadí.

—Le esperaremos entonces.

—¿Van a llevárselo detenido ahora? —Preguntó mi paciente.

—Mi compañero lo tiene esposado y esperando en el coche patrulla. — Me tuve que quitar los guantes para colocar el apósito en su sitio, y toqué aquella piel. Deslicé mis yemas por el contorno del adhesivo, sintiendo un escalofrío recorrer mi espalda. Parpadeé un par de veces para centrarme y noté que el oficial se había ido. Tenía que salir de allí, y rápido.

—Listo.

—¿Ya puedo vestirme?

—Sí, por favor. Aparta esa tentación de mí.

—Puedes tocar todo lo que quieras, sólo tienes que pedírmelo.

—Me refería a seguir remendando.

—¡Eh!, que no tengo nada colgando. Toca, toca, es todo piel tersa sobre duro músculo.

—Será mejor que te vistas y vayas a cambiarte. Tienes el uniforme hecho una porquería. —Bien Danny; dale un par de veces más en su inflado ego y lo tendrás lejos de tí una buena temporada. Ya me había dado cuenta de que tenía un buen conocimiento de la calidad de la mercancía, ¿y qué le iba a doler más?, pues que no me interesara para nada.

Cuando llegué al puesto de enfermeras, Marcy estaba esperándome como un campo seco a la lluvia, es decir, ávida, sedienta.

—¿Cómo te ha ido con el “Capitán América”?

—Duro.

—¡Oh, dios!, ¿has tenido...?

—Digo que su piel es dura.

—¡Oh, Señor! Has tocado esa piel. Y es tan... —Sus ojos se fueron a lo que había a mi espalda y, como soy como todas las mujeres, un poco gato, mi curiosidad me hizo girarme. Y allí estaba él, saliendo del box con la chaqueta abierta y sin camisa. Todo un deleite para la liga femenina. ¿Un gemido?, ¿escuché un gemido? Él me sonrió, o nos sonrió, no estoy segura, me giré hacia Marcy y solté un bufido.

—Será mejor que busques un baño y te cambies las bragas.

—¡Ja!, suertuda. Lo que habría dado yo por darle esas puntadas.

—Le he remendado Marcy, no creo que me tenga mucho cariño ahora mismo por ello.

—Oh, deja de amargarme mis fantasías.

—Anda, despierta, tenemos mucho trabajo por delante.

—Trabajo, monótono y aburrido trabajo. ¿Por qué todas las cosas interesantes te pasan a tí?

—Tranquila, la próxima vez te lo pasaré todo a tí.

Capítulo 3

Me acerqué a presentar la denuncia con el informe clínico de la agresión, que me dio una tal ¿Marcy?, y con la copia de las grabaciones de seguridad. El agente que llevaba el caso me comentó que el tipo lo iba a tener muy duro para librarse de eso. Al parecer, la doctora Lettuce presentó un informe médico que detallaba los malos tratos que había sufrido el pequeño; metió tantas pruebas que hasta un tonto vería que aquel niño no estaba a salvo con aquel animal. Incluso pidió un informe detallado a otro médico sobre la madre. Esa mujer tenía en su cuerpo montones de pruebas de malos tratos continuados. Me habría gustado romperle la cara a golpes a ese energúmeno pero, pensándolo fríamente, poner a salvo a la familia era mucho mejor. Y me alegraba ser una de las piezas que logran ese objetivo.

No me dejaron volver al trabajo ese día, ni los dos siguientes. Por 4 puñeteros puntos bajo mis costillas. Si me las hubiese roto, todavía. Acaricé la cicatriz con delicadeza, notando las protuberancias resaltándose sobre la piel... Tenía el tejido adormecido; ¿y ahora era cuando la anestesia hacía efecto?, vaya una mierda.

En vez de volver a mi casa me fui derecho a la de Alex, necesitaba trabajar en algo, porque ni loco me metía una tarde de sol en casa. No es que me dejara hacer gran cosa, pero tener la mente ocupada con algo era mejor que nada. Y ese algo era algo grande. Nunca imaginé a Alex como un hombre de familia, quiero decir, con una pareja, casa y niños. Pero allí estábamos, ampliando y restaurando una vieja casa para convertirla en el hogar que compartirá con su novia. La verdad, sentía un poco de envidia. Angie era una chica dulce, tranquila y, además, en aquella casa se comía muy bien. Y las vistas, ¡joder!, eran increíbles. Nada que ver con mi minúsculo y gris apartamento. Allí se respiraba vida, el mío solo era un lugar de paso, un lugar para dormir y nada más.

Tres días después tenía unas ganas locas de volver al trabajo; no es que ayudar a Alex a ampliar su casa fuera aburrido, todo lo contrario, pero echaba de menos el ambiente del hospital. No sé, puedes llamarme maniático, pero me gusta tener mi territorio controlado. Sueno a león de la sabana. Mi territorio. ¡Ja, ja!

Las nuevas rotaciones me mantuvieron alejado de la zona de urgencias, y odio eso. ¿He dicho que me gusta la zona de urgencias porque es donde

siempre hay más acción? Pues es verdad; me aburro haciendo mi ronda por la zona de consultas.

—Hola, Mo. ¿Cómo te encuentras?

—Ah, buenos días doctora Lettuce. Me encuentro bien.

—Pasa a la consulta, quiero darle un vistazo a esos puntos.

—No sé si...

—Oh, por favor. Serán solo cinco minutos. Y te prometo que no te va a doler. —¿Doler?, ¿qué le había contado la enfermerita con nombre de chico a la doctora? Sí, había investigado por ahí. Mi torturadora se llamaba Danny, como el de la canción esa, Danny Boy. Y le pegaba, porque a veces pensaba que en vez de ovarios tenía pelotas, como las mías. Así que apreté los dientes, esboqué una sonrisa forzada y asentí con la cabeza. Entré en la consulta y me encontré con la chica de Alex, Angie.

—Hola, Mo.

—Hola, Angie.

—Vamos a ver esos puntos. Quitate la camisa y siéntate en la camilla. —Era difícil decirle que no a la doctora Lettuce. Tenía esa voz dulce y autoritaria a la vez, como cuando tu mamá te decía: “lávate las manos que vamos a comer”. Y tú no discutías; te lavabas las manos y luego te sentabas a la mesa. Angie retiró el apósito con eficacia y rápido y después la doctora se inclinó sobre la herida.

—Ummm, tienen muy buena pinta. Creo que podemos quitar la mitad de ellos ahora.

—¿Ahora? —No es que me quejara.

—Sí. No tardaremos nada; y dentro de cinco o seis días puedes quitarte el resto. —Asentí tranquilo. Si ella lo decía, yo no iba a discutirlo. Angie se acercó a mí con unas tijeras un poco raras y empezó a quitar los puntos. Sus manos estaban metidas en esos guantes de látex, pero sus dedos, aunque igual de fríos, no me hicieron sentir ese hormigueo de cuando me tocó Danny. “No seas tonto”, pensé. “Pues claro que no sientes lo mismo; ahora no te están agujereando la piel”. Sentí el frío líquido antiséptico empapar la piel, pero esta vez, Angie no me cubrió los puntos. Me puso unos strips (esas pequeñas tiras que se pegan a la piel para que no se separe) y me sonrió.

—Bueno, ya está listo.

—Gracias.

—No es nada. Puedes pasar por aquí o por urgencias para retirar el resto de los puntos. —Ella sonrió de esa manera pícaro que decía que sabía algo

que yo no sabía.

—En urgencias ponen puntos, no los quitan. —Aclaré.

—Creo que contigo harían una excepción. Por allí eres un héroe, ¿sabes?

—¡Ah!, era eso. Bueno. Nunca estaba de más sentirse adulado por chicas guapas en uniforme.

—Hoy pasaré a terminar el cerramiento con Alex.

—Una pregunta, ¿no es demasiado grande esa ampliación?; hay mucho espacio para un cuarto de lavadoras.

—Bueno, piensa que también puedes poner un baño nuevo, y necesitas otra caldera, y un cuadro eléctrico también.

—Calla, calla, no me lo recuerdes. —Pobre, tenía una buena inversión ahí. Pero conociendo a Alex, lo iría consiguiendo poco a poco. Alex es de los que no se rinde y continúa hasta conseguir su objetivo. Así que no tenía duda, tendrían una casa perfecta. Alex quería darle una sorpresa, pero no sé hasta cuándo podría ocultar lo que estábamos haciendo. Ya habíamos puesto los pilares y la altura sobrepasaba la del tejado actual. Ocultar una planta superior iba a ser difícil y, cuando viese las escaleras de acceso, mucho más. Pero eso era ir adelantando demasiado. De momento, creo que le había dicho algo de un “bajo techo”, que ella lo interpretara como desván... era otra cosa.

Capítulo 4

Danny

Decir que un miércoles por la tarde era aburrido en urgencias, quería decir que era “realmente aburrido”. Sólo teníamos una crisis asmática y una varicela con fiebre alta. Por lo demás, ya habíamos terminado de reponer todos los carritos y botiquines, limpiado las mesas de recepción, metido las historias en el sistema, archivado informes y... todo lo que se hace cuando tienes tiempo disponible. Estábamos ojeando una revista que alguien se dejó olvidada, cuando noté un codo clavándose en mis costillas. Cuando alcé la vista hacia Marcy, vi su mirada depredadora clavada en el acceso norte. Y allí estaba él. Con su uniforme nuevo y esa pose de “*ha llegado el hombre*”.

—Nuestro Lancelot acaba de llegar.

—¿Lancelot?, ¿quién le ha puesto ese apodo?

—Mujer, es nuestro paladín.

—Ya, ya. Lo que tú digas. —Por si no tuviese ya suficiente “fama” entre las chicas, ahora estaba esto.

—Hola. ¿Sería un mal momento para quitarme unos puntos? —Noté mi estómago dar un salto. Ver ese torso desnudo otra vez. Sentí mi boca salivar de nuevo. Y el trance se rompió, en cuanto Marcy se lanzó a por la presa.

—Claro que no, muchachote. Ahora es el momento perfecto. Acompañame a un box y te los quito encantada. —Noté como la mirada de Mo, sí, porque me sabía su nombre, se posó unos instantes en mí. Y después, como si le diese igual quién hiciese el trabajo, acompañó a Marcy con paso seguro. Marcy volvió 30 segundos después, casi dando saltitos de alegría.

—Dijiste que la siguiente vez me tocaba a mí, ¿verdad?

—Sí, todo tuyo. Disfruta. —La vi desaparecer tras la cortina con unos guantes y un kit para quitar puntos. No sé cuánto tiempo estuvieron allí dentro, pero terminé mi revista, registré un nuevo paciente y me metí en el box contiguo a limpiar un hematoma con mal aspecto en la cabeza de un niño de 4 años. Trabajo, bendito trabajo. Algo con lo que ocupar mi desbocada imaginación.

—Hola pequeño, ¿Cómo te llamas?

—Miky.

—Ummm, como el ratón.

—Yo no tengo orejas grandes.

—No, tus orejas son mucho más bonitas. Y, ¿qué te pasó ahí? —El niño deslizó sus dedos hacia el enorme chichón de su frente y los quitó bruscamente cuando sintió dolor al contacto.

—Me di con la cabeza en la barra.

—¿Y era grande esa barra?, porque ese chichón parece haberlo hecho una barra gigante.

—No, es la barra donde trepas para subir al tobogán.

—Ah, esa barra. Sí, creo que tendrían que llevarla a la cárcel. Han venido muchos niños que han sido golpeados por esa malvada. —El niño se rió con una carcajada y negó suavemente con la cabeza.

—No se pueden llevar a la cárcel a los toboganes.

—¿No hay una cárcel para toboganes malos?, vaya, pues debería haberla. —El niño volvió a sonreír y yo me dispuse a curar el rasponazo.

—Bueno, Miky, voy a limpiar esa herida que te ha hecho esa barra enorme. Escocerá un poquito, pero lo haré con cuidado y soplaré si quieres, ¿vale?

—Vale. —Deslicé la gasa con cuidado por la herida, arrastrando tanta suciedad como fue posible, sin miedo y todo lo rápido que pude. Miky se mordió los labios aguantando el escozor todo lo valiente que fue capaz. Yo empecé a soplar mientras seguía repasando la herida, y él dejó de apretar tan fuerte.

—Bueno, ya está limpia. Ahora el doctor va a mirar a ver qué te ha hecho ese tobogán, y buscará ahí sus huellas. Así lo denunciaremos a la policía y le pondrán una buena multa.

—Tampoco ponen multas a los toboganes. —volvió a reír.

—Ah, vaya. Entonces qué podemos hacer con ese tobogán travieso.

—Tener más cuidado la próxima vez.

—Ah, bueno, eso también sirve. —Escuché una pequeña risa detrás de mí y, al girarme, vi a Mo allí de pie, con los brazos cruzados sobre el pecho y una sonrisa infantil en la cara.

—¿Estás seguro que no quieres que me lleve a ese tobogán detenido?. — Le preguntó.

—No puedes.

—Ah, bueno. Pero puedo acercarme y reñirle. ¿Crees que le asustaré si pongo cara de enfadado?

—Noooo, —rió fuerte —Los toboganes no están vivos, no se asustan.

—Ah, entonces... —Mo se acercó y le susurró al oído —Cuando vuelvas allí, le pegas una buena patada, por idiota. Como no le va a doler....

—Sí, vale. Lo haré. —Recogí mis cosas y salí del box. Mo caminó detrás de mí.

—Menudo chichón.

—Sí, hay cada tobogán suelto por ahí...

—Marcy dijo que quedará una cicatriz muy pequeña, que hiciste un buen trabajo de zurcido.

—Años haciendo punto de cruz con mi abuela. Práctica me sobra.

—Bueno, de todas formas, quería darte las gracias.

—De nada. Como alguien dijo una vez, es mi trabajo.

—Sí, bueno. Supongo que seguiremos viéndonos por aquí.

—Es inevitable. —Me hizo una inclinación de cabeza y comenzó a alejarse por donde vino. Noté otra vez ese codo clavándose en mis costillas. Vaya con la maldita costumbre de esta chica.

—Así que... seguiremos viéndole por aquí. Eso es bueno.

—Cómo le he dicho a él, es inevitable, trabajamos en el mismo sitio, Marcy.

—Eh, sí. Le he invitado a acercarse el día de Halloween por la sala enfermeras.

—Pero si faltan dos semanas para eso.

—Ya, pero me gusta saber que va a venir. Ahora habrá un aliciente más para trabajar en el turno de noche.

—Ya, ¿y de qué te vas a disfrazar?

—De enfermera princesa.

—¿Y tú?

—No sé, ¿qué tal de calabaza?

—Mientras no sea de vampiro. Ya sabes lo que le pasó a Leslie el año pasado.

—No, yo no estaba aquí entonces.

—Ah, sí, es verdad.

—¿Y qué le pasó?

—Pues que no se acordó de que aquí vienen niños pequeños, asustados y con pocas ganas de encontrarse con un vampiro chupa sangre.

—Ah, sí, un disfraz poco acertado.

—Pues eso.

—Entonces tendré que traer un disfraz apropiado. —Tenía que pensar en

algo, que me hiciera sentir cómoda allí y que no tuviese nada que ver con... no iba a pensar en él, no iba a hacerlo. ¡Mierda!, ¿se disfrazaban los de seguridad?, ¿de qué se disfrazaría? Uf, deja de pensar en esas cosas. Tú lo odias Danny, recuérdalo. Bueno, pero puedo disfrutar de las vistas, ¿no?

Capítulo 5

Marco

—Señor Di Angelo, tiene una visita. —Alcé la mirada para encontrar a Susan detrás de mi secretaria.

—Ah, Gracias. Creo que no te he presentado a mi prometida. Cassie, esta es la doctora Lettuce. Susan, esta es mi secretaria.

—Un placer.

—Lo mismo digo, doctora. Bueno, les dejo solos. —Y cómo eficiente asistente que era, salió cerrando la puerta. Susan empezó a deambular por mi despacho, mientras reconocía el lugar.

—Bonito despacho.

—Interior, con vistas a la exposición de coches, ¿qué más puedo pedir?

—Algo más de privacidad. —Susan señaló la enorme pared de cristal que abría mis vistas hacia toda la exposición del concesionario. Me encogí de hombros sin darle demasiada importancia. Porque era el jefe. Si en aquel momento llegaba hasta mi prometida con el objetivo de envolverla entre mis brazos y robarla un buen beso, nadie se atrevería a decirme nada. Así que eso hice, atraparla entre mis brazos.

—Sólo tengo que avisar por el intercomunicador a Cassie. Una llamada y nadie nos molestará. —Ella arrugó su naricilla y se apartó de mí, caminando hacia la pared de cristal. Cuando llegó hasta la puerta escuché el clic del seguro, después se giró hacia mí con la cuerda de la cortina en sus manos. Sus dedos iban tirando de ella mientras hablaba haciendo que las lamas se cerraran sobre el cristal, ocultándonos del exterior.

—Yo tenía en mente algo más... íntimo. —Me acerqué lentamente hacia ella, anticipando lo que creía que iba a llegar.

—¿Ese es el motivo de tu visita?, ¿darle a tu prometido un poco de emoción en el trabajo? —Negó con la cabeza.

—Ummm, Ummm. Ya sabes que el trabajo es sagrado para mí, salvo que ocurra algo de fuerza mayor, claro.

—Y he de suponer que ese algo de fuerza mayor es...— Sentí su cuerpo recostarse contra el mío, de esa manera tan sensual que me ponía de 0 a 100 en dos segundos. Sus manos juguetonas soltaban despacito los botones del cuello de mi camisa y sus dientes aferraban tentadoramente su labio inferior.

—Estoy ovulando.

—Ah, eso.

—Necesito un semental italiano que me fertilice.

—Así que has venido a usarme. Yo que me había hecho ilusiones pensando que no podías estar tanto tiempo sin mí.

—Si no quieres...podemos aplazarlo hasta esta noche. —Si, como que si después de echar fuego a una hoguera, hubiese alguna posibilidad de que no ardiera. Pero me sentía travieso.

—No puedes usarme como si fuera un envase de zumo que sacas de la nevera, te sirves y luego lo vuelves a meter para que se enfríe. —Ella se separó bruscamente de mí y sus ojos adquirieron ese aspecto triste que me hizo lamentar cada palabra que había salido de mi estúpida boca. —Sabes que estaré más que dispuesto a hacer ese trabajo, no puedo engañarte. —La tomé de nuevo entre mis brazos y ella se dejó, volviendo a posar sus dedos en la piel que exponía la parte abierta de mi camisa.

—Prométeme, que si te sientes presionado me lo dirás antes de que te haga sentir incómodo.

—¿Incómodo teniendo sexo contigo a todas horas y en cualquier momento del día?, ni de broma. Lo que sí me sentaría mal...

—Dime.

—Es que después de que te dejara embarazada me dejaras a “dieta” de sexo.

—No creo que eso ocurra.

—¿No?

—Ya sabes lo que les pasa a las embarazas y a su lívido.

—No lo sé, ¿qué les ocurre a las embarazadas?

—Que quieren sexo a todas horas.

—¡Oh, Dios! Gracias Madonna.

—Y ahora, haz esa llamada y fertilízame. —Aparté algunas cosas de mi escritorio, metí la cara entre sus pechos gimiendo cuando olí aquel aroma tan suyo. Esta mujer iba a acabar conmigo con este embarazo. Y si no lo hacía, probaríamos con el siguiente, o el siguiente, o... para Marco que te veo con familia numerosa. Extendí mi mano torpemente hacia el intercomunicador y apreté el botón, al tiempo que deslizaba mis dedos por debajo de la falda de Susan.

—Cassie, que no me moleste nadie hasta que te avise.

—Sí, señor. —Lo último que escuché fue la risilla de Susan, antes de

hacerla gemir como una posesa. Oh, sí. Iba a disfrutar de esto de la ovulación, las hormonas femeninas del embarazo y todo eso que... ummm, ¡a la mierda la ropa!

Susan

Cuando salí del concesionario estaba más relajada, y no todo era por causa del sexo. Había ido allí con un arrebató, sin avisar, esperando que Marco entendiera el porqué de mi impaciencia. Cuando me dijo que él no era un paquete de zumo para utilizar me dejó clavada en el sitio. Sí, iba a utilizarle para quedarme embarazada, pero... no pensé que él se sintiera así. Pero después, me dejó bien claro que nuestra charla de aquella noche era totalmente cierta. Él iba a estar allí para darme ese hijo que tanto deseaba, y lo iba a hacer gustoso. Una suerte el tener a un hombre con su fortaleza y predisposición, dispuesto para que lo exprimiera sexualmente como un limón.

Revisé mi peinado en el espejo de mi coche, y me regalé una sonrisa. Era afortunada por tener a Marco en mi vida. No porque me complaciera, sino porque estaba pendiente de cada una de mis necesidades; me mimaba, me consentía, me amaba. ¿Cómo no sentir lo mismo por él?, Marco era mi mitad, no tenía ninguna duda. Porque él hacía todo lo posible porque encajáramos.

Capítulo 6

Danny

“Halloween, Halloween, ja, ja, ja. La noche de Halloween voy a disfrutar.”

Sí, una bonita canción pero nada que ver cuando estás en la zona de urgencias de un hospital infantil la noche de Halloween. Caídas, accidentes domésticos (varios con pegamento de por medio), alguna complicación asmática, pero sobre todo indigestiones y sobredosis de azúcar, muuuuuucho azúcar.

Decir que era una tarde-noche divertida era una forma “peculiar” de decir que no había tiempo de aburrirse.

Entré con una sonrisa en mi... ya perdí la cuenta de qué número de urgencia hacía, para encontrarme con un Batman de noventa centímetros vomitando dentro de una bolsa.

—Hola...Kevin. ¿Todavía queda algo más dentro de esa tripa para vomitar? —El niño no respondió, una nueva arcada le hizo volver a meter su cara dentro de la bolsa bajo la atenta y arrugada cara de su madre.

—Le tengo dicho que no puede comerse todas las chuches el mismo día, pero como si hablo con la pared.

—Bueno, creo que la próxima vez tendrá más cuidado, ¿verdad? —Kevin asintió con las pocas energías que le quedaban y dejó su cuerpo caer sobre la camilla como una piedra. Me acerqué a él y limpié su boca con un poco de papel.

—Me duele.

—Lo sé, colega. Es lo que pasa cuando comes más chuches de las que tu cuerpo puede soportar. ¿Y sabes qué es lo peor? —Me miró asustado, con miedo a que le dijera que aún quedaba algo más por lo que tenía que pasar. Y negó con la cabeza.

—Pues que te estás perdiendo la fiesta porque todavía queda un buen rato para que termine.

—¿Tú vas a ir? —Miró las orejas de cartón que sobresalían de entre mi pelo. ¿Quién dijo que no se podía ser original y estar cómoda? Pues aquí estaba yo, con dos orejas puntiagudas de cartón en mi cabeza, una nariz negra y triangular, con largos bigotes pintados sobre mi rostro y una larga cola de

gato que asomaba por encima de mis pantalones de enfermera. Una versión un poco cutre de cat-woman, pero era lo que había. Soy la mujer-gato-enfermera, anoten eso, dibujantes de DC comics. Una nueva heroína ha llegado a la ciudad, ja, ja.

Escuché la cortina deslizándose y la doctora Lettuce, con unas pequeñas alas de ángel a su espalda, entró en el box para examinar a su paciente.

—Hola Kevin, vamos a ver qué podemos hacer para que te sientas mejor.

—Ha vomitado una buena cantidad. —Le informé. Susan levantó la ropa del niño y comenzó a palpar su estómago, mientras el pequeño hacía muecas de dolor.

—Bueno, creo que primero te daremos algo que te hará dejar de vomitar y que no te duela la tripita. —Ella escribió una anotación en la tablilla de exploración y me la tendió para que preparara la medicación. Asentí y salí del box de camino a la farmacia para ir a buscar lo que necesitaba. De camino allí, Marcy me interceptó.

—¡Eh!, ¿has visto al bombón de las melenas?

—¿El qué? —pregunté algo desconcertada.

—Allí, en la entrada de urgencias, haciendo la ronda. —Miré hacia donde me decía y enseguida reconocí el uniforme del equipo de seguridad del hospital, aunque tenía alguna diferencia. El brazo izquierdo parecía una enorme pieza metálica y alcancé a ver una estrella roja por encima del bíceps. Llevaba el pelo lacio y largo, por encima del hombro. No lo relacione con ninguno de los del equipo (ninguno tenía esas melenas) pero sí ví un estupendo trasero ahí dentro. Cuando se giró hacia nosotras, sus ojos parecían dos enormes manchas oscuras, como los de un mapache algo descolorido. Sus ojos se posaron en nosotras y su sonrisa precedió a un saludo militar de esos que se hacen con dos dedos. Aquella sonrisa... yo la había visto en alguna parte.

—¡Cómo está el soldado de invierno! —Comentó Esther a nuestro lado.

—¿Invierno? —Quise que me explicaran.

—¿No me digas que no has visto las películas de los vengadores? —preguntó sorprendida Esther.

—Sólo si sale Thor. —Me defendí.

—¡Oh, sí! Eso son palabras mayores, Chris Hemsworth. Pero no me negarás, que el malote también tiene su punto. —Sé que estaba arrugando mis ojos intentando buscar en mi mente esa imagen, y por fin la encontré, ¡oh, Dios! era el malote con más sex-appeal que recordaba; sí, el que fue

amigo del Capitán América, y sí, tenía muuuuchos puntos. ¿Y esta copia?, definitivamente tenía un montón de esos. Buen culo, piernas fuertes, pecho recio, buenos brazos, o eso parecía, porque ya se sabe lo que pasa con los disfraces; muchos vienen con los músculos incluidos. Pero si era ese el caso, habían hecho un gran trabajo con esas posaderas. Y mientras miraba, el dueño del maravilloso trasero se estaba acercando a nosotras.

—¿Dónde habéis escondido el alijo de dulces? —¡Mierda!, aquella voz, era él, Mo.

—No pienso decírtelo, que a los malos siempre les da por robar. —se adelantó a decir Esther.

—¿Tendré que utilizar la tortura para que alguna confiese?

—Por el precio adecuado, puede que esté dispuesta a confesar. —Se ofreció muy ladina Marcy.

—Eres una blanda. —La acusé. Unos gritos provenientes de la sala de espera nos hicieron girarnos y Mo empezó a correr hacia allí, eso sí, sin olvidar darnos instrucciones sobre el alijo de dulces al que quería meter mano.

—No os los comáis todos, dejarme algún lollipop. —Le vi desaparecer por las puertas abatibles y sonreí con malicia. Sí, lo tenía claro. Iba a sabotear nuestro alijo; no dejaría ni uno solo.

Mo

Un descuido, y la cosa se descontrolaba sola. Caramelos, padres y niños eran una mala mezcla. Sabía que no tenía que dejar de controlar la sala de espera, pero la curiosidad me venció. Era costumbre que el personal se medio disfrazara aquel día, y quería ver qué habían hecho las enfermeras de urgencias. Ver las pequeñas alas blancas adornando la espalda de la doctora Lettuce puso una sonrisa en mi cara. Sí, ella era el ángel de los niños esa noche. Vi a una enfermera de hada, con varita y todo, una princesita con su corona y purpurina en el rostro, y... esa gatita de cola negra... A mí me habría gustado más la versión de cuero, normal, ya no soy un niño, pero... aquel pequeño felino tampoco estaba mal.

Capítulo 7

Danny

3:12 de la mañana, después de 37 minutos sin atender urgencias, llegó el momento de dar por terminada la operación Halloween. Ja, ja, esto de la jerga militar se le pega a una sin querer. En fin, el caso es que era oficial, Halloween había terminado, ahora nos tocaba celebrar a nosotros. ¿Sabes ese momento en los pubs cuando llega la última ronda y hay que cerrar y el camarero toca una enorme campana?, pues eso, la campana sonó y todos nos dirigimos a la sala de enfermería, eso sí, dejando un retén para cubrir nuestra retirada.

Nos abalanzamos sobre los dulces como niños hambrientos y yo me centré en todos los lollipop que había en el enorme caldero de plástico.

—¡Eh!, acaparadora. No has dejado ninguno. —Me acusó Marcy.

—No te quejes, ahí quedan por los menos 3 kilos de dulces para que engordes como una cerdita. —Me defendí.

—Pero no has dejado ninguno para nuestro soldado.

—Ups, vaya, que lástima. —Sonreí y salí por la puerta meneando mi colita, sonriendo como *Maléfica* cuando lanzó el conjuro a la *Bella Durmiente*.

—Voy al cuarto de suministros a coger material para recargar.

Ni una palabra en contra, ¿y quién iba a protestar?, después de esa noche todos buscaban el momento de descanso, y reponer los suministros era el peor trabajo de todos, porque los carros de trabajo estaban por debajo del mínimo y había que reabastecerlos casi por completo. No es que sea una apasionada del trabajo, me gustan los descansos como al que más, sobre todo cuando son merecidos, pero me gustaba la tranquilidad del cuarto de suministros y, sobre todo, era el mejor escondite para desaparecer. Palpé mi bolsillo, donde noté el contorno de los tres últimos lollipop. Saqué uno, lo desenvolví y me lo metí en la boca. Siempre me habían gustado, sobre todo los de cola, pero ese me supo a gloria. ¿Qué decían de robarle un caramelo a un niño?, ah, sí, que era fácil. Bien, pues yo me había apropiado del que quería un soldado malote, y fue más que fácil, fue... gratificante.

Repasé todos y cada uno de los carritos, haciendo un rápido inventario de lo que se necesitaba, cogí un carro de transporte y me metí en el almacén de

suministros. Ah, paz, sosiego, silencio...

—Así que aquí es donde te escondes. —Giré la cara hacia la puerta y vi su silueta apoyada en el marco de la puerta. ¿Por qué todos los tipos cachas y fuertes tienen esa pose de duros y sexis? Debe venir incluido en su ADN.

Mo

Hasta que la sala de espera no se vació no pude salir de allí. Hay que ver lo que una urgencia y las ganas de seguir de fiesta hacen en algunos; todos querían ser los primeros en ser atendidos para volver a la diversión, sobre todo los adultos. Curan a los peques y ellos se van a las fiestas de adultos. Adultos. Pensé en las enfermeras y su alijo de dulces; me moría por meter en mi boca un lollipop, ¿me habrían guardado alguno?

Caminé a la sala de enfermería, donde se escuchaban risas. La puerta estaba abierta; no podía ser de otra manera porque si cerraban la puerta los de dentro se asfixiarían. Había demasiada gente allí. Unos con tazas de café en sus manos, otros con algún bollo y otros masticaban los dulces que robaban de vez en cuando de un caldero de plástico colocado en medio de la mesa central.

—Bueno, creo que se acabó por esta noche. Podemos decir que pasó la alerta naranja. —Aseguré.

—¡Mo!, tardaste en llegar. —No me gustaba como sonaba eso.

—¿No me digas que ya no quedan lollipop?

—Lo siento. Un gato malo robó todos los que había. —Lo sabía.

—¡Será travieso!

Apreté las mandíbulas intentando mantener la sonrisa. Aquella gatita malintencionada estaba de nuevo con las suyas. Aún no entendía la razón, pero manteníamos una guerra encubierta que estaba empezando a cansarme. Será que nunca me he llevado mal con nadie ya que me considero una persona sociable y amigable, y más con las chicas, supongo que les gusto. No, sé que les gusto. Entonces, no entiendo qué es lo que le pasa a Danny conmigo.

—Bueno, si no quedan, será mejor que me vuelva a lo mío. —Vi la cara de decepción de Marcy ; sí, sé que ella prefería que me quedara, pero tenía que pisarle la cola a un gato.

Busqué por toda la zona de urgencias; pregunté y las indicaciones me llevaron al almacén de suministros. Y allí estaba ella, estirada sobre las puntas de sus pies, alcanzando algo de una estantería alta, con un lollipop

metido en la boca. ¿Sabía lo sexy que era esa postura?, solo la faltaba levantar una pierna y...allí estaba.

—Así que aquí es donde te escondes. —Giró su cabeza hacia mí, sus ojos abiertos, sorprendidos y esos labios fruncidos alrededor del palo del caramelo. Llevó el dulce hacia un costado y deslizó su mano en esa tentadora cadera felina.

—¿Esconderme?, para tu información, algunos estamos trabajando. —Me acerqué a ella y me estiré sobre su cuerpo tocando con los dedos la caja que trataba de alcanzar segundos antes.

—¿Era esta? —Ella asintió, haciendo que su ondulada melena se balanceara. Aferré la caja y se la tendí.

—Gracias.

—¿Tregua?

—¿A qué te refieres?

—Oh, vamos. Me tratas como al enemigo, y no tengo ni idea de qué te he hecho para que me maltrates así. —Ella se alejó para depositar la caja en el carro de suministros, mientras marcaba algo en la lista, y se puso a buscar con la mirada otra cosa. Todo para evitar mirarme. ¿Tan incómoda la ponía?

—¿Qué te hace pensar que te trato mal?

—No sé, ¿quizás porque cada vez que hablamos tengo la sensación de que me estás riñendo por algo que he hecho?

—No seas exagerado.

—¿Exagerado?, empezaste a coserme antes de que la anestesia empezase a surtir efecto. Dolió como el mordisco de una piraña. —Danny apoyó la mano en una estantería, e inclinó la cabeza, pero siguió sin mirarme.

—Lo siento.

—Hay algo más ahí, ¿verdad?

—¿Eh? —Sus ojos me miraron confundidos, quizás con miedo.

—¿Qué te hizo para que nos odies a todos?

—No sé de qué estás hablando.

—He aprendido a leer lo que ocultan las personas, es mi trabajo.

—Habló el detective.

—Anticiparme a los movimientos, es la diferencia entre un corte en las costillas a tener la hoja clavada en la carne. —Ella volvió a esconder sus ojos de mí. No iba a decírmelo; era algo doloroso y no quería compartirlo con un desconocido. Pero tenía que intentarlo; yo soy así, no puedo dejar que la gente me odie por algo que no he hecho. —No hace falta que me digas nada

si no quieres. Pero prométeme una cosa. —Ella elevó la vista de nuevo hacia mí y procuré que entendiera que yo no era el enemigo.

—¿Qué cosa?

—Que no me compares con él, antes de conocerme. —Me acerqué y robé el lollipop que tenía en su mano, el que momentos antes había estado saboreando en su boca. —Esto por ensañarte conmigo. Mi compensación. —Empecé a salir del cuarto mientras metí el dulce en mi boca. Sabía demasiado bien, a cola y a... no sé ¿algún sabor especial para Halloween?

—Se llamaba Peyton, y era un gilipollas. Guapo, pero un gilipollas. —Asentí con la cabeza, pero no me giré del todo hacia ella, tan solo la miré por encima del hombro. Quizás era eso lo que necesitaba, que no la mirara y viera en su rostro lo que no quería decir con palabras.

—Bueno, hay varias expresiones que no son ciertas, por mucho que se repitan. Ni todas las rubias son tontas, ni todos los hombres somos iguales. —Y me alejé de allí dejando que meditara mis palabras. Por hoy había sido suficiente. Hay quién aprovecharía para seguir tirando del hilo y sonsacar más; yo no, prefería darle a cada uno su tiempo. La presión era algo que no iba conmigo. Estaba bueno el maldito caramelo. Lo repasé por toda la boca sacándole todo el sabor al dulce.

Capítulo 8

Danny

Llevo 4 puñeteras semanas mirándole desde lejos, controlando sus movimientos, intentando descubrir lo que le hacía ser distinto a Peyton, pero no puedo hacerlo. Mo es guapo, con cuerpo atlético (mejor que el de Peyton, tengo que reconocerlo) y tiene en su cara siempre esa sonrisa cuando habla con alguna de las chicas del hospital. Con los desconocidos es cortés, eficiente, no tan simpático (quizás porque no les sonrío), pero con las chicas de por aquí...es demasiado afable. Y sí, puede ser así su personalidad y es lo que más lo aproxima a Peyton; él era atento y sociable con todas las chicas y con sus amigos, por eso no le di importancia, hasta que descubrí que detrás de sus atenciones había un conquistador. Mientras fui su novia me engañó con otras, y yo, inocente, no me di cuenta. Cuando miraba los traseros de otras y se relamía los labios, creí que tan solo admiraba a una chica guapa, no pensé que pensara en llegar más lejos. Pero me equivoqué.

Pero Mo, él es igual de sociable que Peyton; saluda, sonrío, bromea e incluso admira a las chicas bonitas, pero no las devora con la mirada, como si tuviese intención de comérselas más tarde. Estoy confundida y, ante eso, uno siempre busca la solución más sencilla, siempre es lo más evidente. Pero sus palabras “no me compares con él antes de conocerme”.... ¿Debía darle ese pequeño margen de confianza? ; cada vez estaba más confusa.

—Hola Danny, ¿Está Susan por aquí? —Me volví hacia Angie, y tardé un momento en localizar en mi cabeza a esa tal Susan, hasta que me di cuenta de que era la doctora Lettuce. Ellas eran amigas, era normal que se llamaran por el nombre. Yo como simple enfermera nombraba a la doctora por su apellido. Cuestión de rangos.

—Sí, claro, está en la recepción terminando unos informes.

—Ah, gracias.

—Te acompaño, voy para allá. —Caminamos juntas hasta encontrar a la doctora que tenía toda su atención en el informe que estaba rellenando en el ordenador. Angie apoyó los antebrazos sobre el mostrador, mientras yo caminaba al otro lado para colocar algunas cosas en los archivos junto a la doctora.

—Tenemos reunión de chicas esta tarde en mi casa. —Le informó Angie.

—¿Y eso? —Quiso saber la doctora.
—Necesito apoyo logístico. —Confesó.
—Desembucha. —Le urgió Susan.
—Sospecho que Alex y la abuela me la están jugando, y quiero más observadores. Ojos no implicados, quiero decir.
—¿Crees que María y yo podremos ayudarte?
—Si te soy sincera, creo que María está compinchada con su hermano de alguna manera, no creo que consiga sacarle nada, pero tú...
—Yo soy su cuñada, ¿y te fías de mí?
—Eres lo que tengo, a no ser... Danny, ¿te gustaría venir a tomar algo con nosotras esta tarde? —Y así fue como Angie me metió en aquella conversación.
—¿Yo?
—Sí, ¿por qué no? Aquí en el hospital es difícil que coincidan todos nuestros turnos y me gustaría tener ese café tranquilo contigo. —Añadió Susan.
—Pero yo no conozco a... —Angie no me dejó terminar.
—A mí ya me conoces, y seguro que a María también. —Sí, recordaba a María de aquella vez que tomé las muestras para su confirmación de embarazo. Me pareció tan dulce...
—Anda, será divertido. En casa de Angie tenemos todo lo que se necesita para una perfecta tarde de chicas. —Me animó la doctora.
—Sí, bocadillos deliciosos, limonada de la abuela y unas vistas espectaculares. —Angie se propuso tentarme.
—Síiiii, espectaculares. —Noté como los ojos de la doctora se perdieron en algún lugar muy lejos del monitor del ordenador, ¿en qué estaría pensando? Y como dije una vez, soy un poco gato, me moría de curiosidad.
—De acuerdo, no tengo un plan mejor para hoy.
—Estupendo. Te daré la dirección, así podrás ir cuando termine el turno. Te daremos algo rico para comer, y puede que hasta puedas broncearte un poquito.
—Ummm, suena bien. —lo del bronceado era un extra que no podía rechazar.

Carmen

No es que desatendiera a mi madre, pero es que últimamente había mucho más en mi vida. No me había dado cuenta de cuan vacía estaba hasta que ese

maldito italiano endemoniado entró en ella.

Alcé mi vista por encima del hombro de mi madre para ver si conseguía divisar otra vez ese cuerpo sudoroso. Ver a una cuadrilla de obreros de la construcción siempre tenía su morbo, pero si además todos eran tan calientes como ellos... y mi perdición podía ser un madurito, pero tenía un cuerpo... que me moría de ganas por arañar otra vez....

—¿Quieres dejar de mirar a tu hombre?, me vas a desconcertar a los obreros. —Me riñó mi madre.

—¡Abuela! —le tocó el turno a Angie de reñirle a ella.

—¡Qué!, una cosa es que vuestra presencia los anime más, pero otra muy distinta es que los distraigas con esas miradas hambrientas.

—¡Mamá! —Mi turno de reñir a mi madre.

—No voy a escandalizar a nadie, que aquí están todos emparejados, o casi. —Vi como la chica nueva se ruborizó levemente. Sí, podía decirse que había llegado una solterita para el chico nuevo, Mo. Era fácil cogerle aprecio. Era de esos que comía con deleite y luego se deshacía en sinceros elogios. Pobre chiquitín, 23 nada más; lo que le quedaba por vivir para alcanzar al resto, pero... que bien hecho estaba el puñetero. ¿Qué por qué lo sabía?, porque era una tarde de calor asfixiante y teníamos a tres italianos, un medio cubano y a éste ¿medio brasileño?, sí, eso creo que dijo; bueno, a esos cinco tipos calientes yendo de aquí para allá con el pecho descubierto y todo sudados. ¿Había algo más ardiente que eso?, pues sí, verlos cargar con maderas usando esos músculos duros y, sobre todo, darse esos remojones con la manguera del agua. Brrr, cuando llegase a casa no sabía lo que iba a aguantar antes de arrancarle la ropa a Tomás. ¿Llegaría a atravesar la puerta o lo asaltaría en el ascensor? ¡Oh, Dios mío!, ¿en qué me había convertido ese hombre?, yo no era así. Y como si lo hubiese convocado con mi mente, mi italiano de piel dorada apareció de detrás de los plásticos protectores cargando unos listones de madera en el hombro. No pude evitar mordirme el labio inferior y tragarme el gemido.

—Compórtate Carmen. —Me amonestó mi madre.

—No la riñas abuela, hay que entenderla. —Miré hacia donde se dirigían los ojos de mi hija. Sí, la muy traviesa estaba pensando en lo mismo que yo. Miraba a aquel pedazo de carne que era su chico como si llevara una semana a dieta. En cuanto desapareciéramos de aquí, le iba a dar un buen repaso a ese machote tatuado de novio suyo. Estaba claro que esos genes calenturientos los había heredado de mí; sangre latina, la más caliente.

Capítulo 9

Danny

El paraíso, estaba en el paraíso. Buena comida, limonada rica y fresca, un sol delicioso calentando mi piel, el mar de fondo, bello como en una postal, mujeres bromeando y riendo libremente.... Eso era el cielo, y desde allí podía ver el infierno, porque aquellos cuerpos sudorosos se habían creado para pecar, de pensamiento, palabra y ¡oh, Dios!, obra. ¿Qué diablos había metido la abuela en la limonada?

No podía dejar de mirar a los obreros de la obra, ¡maldita sea!, incluso el madurito estaba caliente. Era como tener una representación de Magic Mike en vivo y en directo. Los gemelos eran pura dinamita, el bombero mucho más. ¿Cómo podía dormir María cada noche al lado de semejante bomba sin explotar?; normal que estuviera embarazada, yo lo dejaría seco cada noche. Ese Tonny tenía unas espaldas y un culo que.... ¿y el otro gemelo?, era algo más normalito, pero tampoco se quedaba corto. ¡Pero qué suerte tenía la doctorcita! ¿Y Angie?, Señor con el del taller; ya me lo imaginaba yo metiéndole mano al motor de mi coche... ¡uf, pero qué calor hacía allí! Tomé otro buen trago de mi limonada. ¡Qué rica!

—Oye abuela, ¿Qué le has echado a la limonada?, sabe un poco diferente. —preguntó Angie.

—Unas gotitas de licor, ¿a qué está más golosa? —respondió la abuela.

—¡Abuela!, nos quieres emborrachar. —dedujo Angie.

—Es tarde de chicas, que conduzcan los hombres de vuelta a casa. Además, tú no tienes que hacerlo. —Esta abuela lo tenía todo pensado.

—Pero Danny sí que tiene que hacerlo, deberías haberla avisado. Y María está embarazada, no puede tomar alcohol.

—No sabía que ella venía, pero, tampoco creo que haya problema. Seguro que le encontramos un chofer, o puede esperar a que se le pase un poco. Y María y yo hemos compartido de esta otra jarra de limonada, que está sin “*bendecir*”. Nada de alcohol para ninguna de las dos. -

Lo sabía, borracha, estaba borracha. La puñetera vieja me había emborrachado, por eso estaba tan caliente. Incluso Mo me parecía comestible en aquel momento. Ummm, Mo. Quería estirar la mano y volver a tocar aquel torso duro. Me mordí el labio inferior, porque no podía acercarme y morderle

a él. Sí, yo soy un poco salvaje, que le voy a hacer. Peyton decía que era una pantera. Peyton. De repente sentí que el júbilo se me apagaba y la cordura volvía a mí.

—Necesito...necesito ir al baño. —empecé a incorporarme.

—Sí, al fondo de la casa, junto a la cocina. —Asentí y noté que mi cabeza giraba un poco. Aun así, vi la sonrisa pícaro de aquella vieja bruja. ¿Unas gotas de licor?, aquella vieja había metido más de media botella allí dentro. ¡Mierda!, sabía lo que me ocurría con la bebida, por eso no volví a hacerlo, era una pésima borracha.

Caminé hacia la casa agarrándome al pasamanos de madera para no tropezar. Menos mal que la puerta era corredera, si no no habría atinado a abrir la manilla. Un empujoncito y ya estaba abierta. Entré, la cerré a mi espalda, y caminé despacio hacia el final.

Al fondo junto a la cocina, al fondo junto a la cocina. El repiqueteo de martillazos y alguna otra máquina mecánica golpeaban en mi cabeza con fuerza. Al fondo junto a la cocina, al fondo junto... ¡mierda, la cocina! Allí, parado como un dios del Olimpo, más apetecible que el chico del anuncio de la *Coca-Cola*, estaba Mo. Podía reconocer aquel trasero en cualquier parte, ebria o borracha. Llevaba mirándolo toda la maldita tarde. Y esa espalda ummm, esa musculosa espalda, me estaba atormentando desde hacía... ¡mierda! La luz del sol caía sobre su piel dorada, haciendo que brillara como si fuera de oro.

Noté un ruido cerca de mis pies, y miré allí para ver algo que se había caído; ¿el qué?, no importó porque Mo se estaba girando hacia mí, como en cámara lenta, mostrándome ese pecho brillante por el sudor. Tenía en su mano un vaso de agua, y en su cara una sonrisa...¿traviesa?

—Hola, gatita.

—Voy... voy al baño.

—Entonces tendrás que ir un poco más a la derecha, por allí. —Estiró ese dedo largo y perfecto, sin soltar el vaso, señalando hacia el otro lado. Sé que asentí, y empecé a caminar, pero no sé por qué, en vez de alejarme, mis pies me acercaban cada vez más hacia él. Estaba tan cerca, casi tan cerca, que podía saborear su olor en mi boca.

—¿Te encuentras bien? —No me preguntes por qué, ni yo misma sé la respuesta, pero mis manos se posaron sobre su piel, acariciando su cicatriz. Su piel; sentía el calor en mis dedos. —Ah, sí. Ha quedado muy bien, casi ni se nota. Tengo que darte las gracias por tu trabajo. —Mis brazos se lanzaron

sobre su cuello, obligando a su cabeza a inclinarse hasta mí, dejando su boca a mi acceso. Y lo besé. Oh, sí. Saboreé aquella boca como si no existiera el mañana, como si escondido allí se encontrara el néctar de los dioses. Escuché un gemido, no sé si suyo o mío, pero estaba segura de algo, y es que los brazos que me envolvieron por la cintura, alzándome hacia arriba, eran los suyos. Mis pechos estaban aplastados contra aquel recio pectoral, mis caderas apretadas... no tengo ni idea de donde, pero se sentía el maldito paraíso. Mis manos se aferraron al corto pelo de su nuca, tirando y arañando a partes iguales. Sentí mi trasero apoyarse en el borde de la pileta del fregadero, las manos ásperas y grandes de él acomodando mis piernas alrededor de sus caderas, y después aferrar mi espalda y cabeza para que no escapara. ¡Oh, Dios!, estaba en el Paraíso, ¿por qué querría escapar?

No sé cuánto tiempo estuve en el séptimo cielo, horas, minutos, días, segundos, sólo sé que cuando finalmente sus labios abandonaron los míos, dejé escapar un suspiro y después todo se apagó.

Capítulo 10

Mo

He besado mujeres, mujeres me han besado a mí. He besado lento, rápido, superficial, profundo, salvaje, controlado...pero nunca, en mi puñetera vida, nunca había sido como aquello. Aquel beso había hecho que se rizaran los dedos de mis pies. Aquella boca era la jodida perfección, y aquellos labios, aquella lengua... ¡joder!, era como caer en las garras de un súcubo y encima estar feliz.

Cuando nos separamos, porque el aire empezaba a escasear en nuestros pulmones, mi pecho luchaba por recuperar todo el aire que necesitaba para seguir. Ella me miró con aquellos ojos brillantes y aquella sonrisa suave. Un suspiro salió de sus labios y, en ese momento, su cuerpo cayó desplomado. De no haber estado agarrándola, habría chocado contra el suelo. Wow, o mejor, doble wow. Wow por el increíble beso, y wow por lo que la ocurrió después.

—¡Mierda! —Sí, la palabra no era muy fina, pero fue lo primero que salió de mi boca. La cargué en mis brazos y la saqué de la cocina. Busqué con la mirada porque sabía que había un sofá la última vez que estuve allí. Pero habíamos movido tantas veces los muebles que ya no recordaba dónde lo habíamos colocado. Cuando lo divisé corrí hacia él y la deposité con cuidado. Repasé su rostro, acariciando su mejilla con el dorso de la mano. Su sonrisa y su respiración tranquila me dieron la respuesta, ya que la pista definitiva aún flotaba en mi boca. Alcohol, estaba borracha. Así que me levanté, la tapé con una pequeña mantita, y la dejé durmiendo la borrachera.

No tenía ni idea de cómo sentirme. ¿Halagado por haber recibido aquel beso de la esquiva gatita o decepcionado por haberlo recibido cuando estaba borracha perdida? Rasqué mi cabeza confuso, y así regresé al trabajo. Yo sólo había salido a refrescarme con un buen trago de agua y había encontrado algo diferente, muy diferente. El agua iba a servir para refrescarme del calor y ahora el calor exterior era lo que menos importaba a mi cabeza. Sacudí mi cabeza, y volví al trabajo. Me paré junto a Alex y sostuve una tabla mientras él la sujetaba con una pistola de clavos.

—A ver, repítemelo otra vez, porque no acabo de entenderlo. Dices que tienes poco dinero para esta reforma, pero yo veo mucho personal trabajando

aquí. —Alex soltó una carcajada y me miró.

—En realidad, es sencillo. Verás. Angie tiene un lugar perfecto para celebraciones, Marco tiene una boda cerca, Tonny un bautizo, y Tom..., bueno creo que Tom tiene algo con la madre de Angie, pero dejémoslo en que es el padre de estos dos, así que también colabora.

—Ah, ellos te ayudan y tú les haces un descuento en el alquiler del lugar.

—Bueno, creo que a este ritmo tendremos que cederles el terreno gratis. —Alex sonrió de aquella manera que decía que la idea no era algo nuevo. Sí, aquel era un grupo bien avenido. Daría cualquier cosa por tener una unión así. Vale, eran familia, más o menos, pero aun así, esa conexión no se daba en todas partes, sé de lo que hablo.

—No es por parecer un blando, pero creo que deberíamos ir terminando por hoy. —se aventuró a decir Marco.

—Sí que pareces un blando. Yo todavía podría estar así un par de horas más. —le recriminó su hermano gemelo.

—Tú no tienes una chica caliente, que te mira con cara de comerte, cada vez que sales al patio. —se defendió Marco.

—¡Eh!, María es caliente. —protestó Tonny.

—Tu hermano tiene razón. No sé si será por el sol, o el estar entre chicas... pero todas tienen una mirada... perversa. —opinó Tomasso.

—¡Puaj! ¡Papá! —se quejó Tonny.

—¡Qué!, soy viejo, pero no estoy muerto.

—No es la edad papá, es que eres... papá. —aclaró Marco.

—No seas gilipollas. Yo tengo las mismas necesidades que tú. —se defendió el mayor de ellos tres.

—Así que Carmen...— dejó en el aire Alex, uniéndose así a la conversación.

—Esos ojos me están pidiendo a gritos encerrarnos en algún sitio.

—Entonces llévatela a casa de una vez. —le aconsejó Alex.

—Eso es lo que estaba diciendo yo. Es que no me escucháis. —Marco puso los ojos en blanco al decirlo. Alex asomó su cabeza por el plástico cobertor.

—¡Eh, princesa!, ¿quedó algo para comer? —No escuché la respuesta, pero la sonrisa de Alex no creo que tuviese nada que ver con los restos de comida. —¡Joder!, sí. Están como... no sé cómo explicarlo.

—Lujuriosas. —aclaró Marco.

—Borrachas. —aclaré yo.

—¿Eh? —¿De verdad Alex no se había dado cuenta?

—Tienes a Danny durmiendo la borrachera en tu sofá. —le aclaré.

—¿Y tú cómo sabes que está borracha? —preguntó.

—No quieras saberlo. —no pensaba confesar cómo lo había descubierto.

—Vale. —se contentó él.

—Entonces qué, ¿vamos cerrando el puesto? —volvió a atacar Marco.

—Sí que estás impaciente. —notó su padre.

—Creo que puedo entender la lógica de Marco. A ver, las tenemos encendidas como bengalas, y es normal; ver a unos tíos guapos como nosotros paseándose arriba y abajo, marcando músculos, sudados y con herramientas... —puntualizó Alex.

—No le veo el atractivo a eso. —confesé.

—A ver como lo explico ... bien... sí, imagínate un desfile de modelos de *Victoria Secret* en este mismo jardín, empapándose cada media hora con la manguera del jardín, y...— Alex sí le dio sentido a eso; ahora sí que lo entendí.

—Vale, vale, vale, lo he pillado. Estarán hirviendo.

—Estarán más calientes que una perra en celo. —Marco se frotó las manos al decirlo.

—Entonces no se hable más. Es hora de apagar ese fuego.

—En eso soy especialista. —tuvo que salir el bombero.

—Chicos, al ataque. —Alex dio así el banderazo de salida.

—Genial. Y yo me quedo aquí sujetando la vela. —Por si no se habían dado cuenta, tuve que aclararlo.

—Tú puedes... ah sí, lo olvidaba. Tu billete se quedó dormido en el sofá. —se mofó Alex.

—Anda, largaros de aquí, perros salidos y traidores. Recogeré esto y luego llevaré a la bella durmiente a su casa. —Nadie me dio las gracias, todos salieron de allí como si el fuego estuviese dentro de la casa, y no fuera.

Capítulo 11

Danny

—Eh, gatita, despierta. Es hora de ir a casa. —Sentí un suave roce en mi mejilla, y aquella voz masculina, medio susurrada, tan aterciopelada, tentadora... Mo, sabía que era él. Sonreí como una tonta, hasta que tomé conciencia de lo que acababa de cruzar mi mente. ¡Mo! Abrí los ojos y me levanté como un rayo de donde estaba.

—¿Qué...? —Mi cabeza empezó a dar vueltas, en parte por hacer aquello tan rápido, y en parte por la resaca, o todavía borrachera, no estaba segura.

—Eh, eh. Despacio. —Intenté sostenerme el cerebro con la mano, para que dejara de moverse dentro de mi cráneo, pero creo que no sirvió de mucho; el maldito saltaba de un lado a otro, golpeando las paredes como un loco.

—Mi cabeza.

—Toma, bebe un poco de agua. —Tomé el vaso que me tendió, y bebí como si acabara de salir del desierto. Mis ojos lo miraron de forma oblicua, como temiendo mirarlo directamente, y es que sentía vergüenza. ¡Dios!, me acordaba de todo, TODO. Lo besé, besé a ese chico, y me encantó. Pero yo no era así, no iba por ahí besando tíos buenos. Podía tener una lengua descarada, pero siempre estaba bien metida dentro de mi boca.

—¿Qué...qué pasó?

—Dormiste un buen rato.

—Quizás me dio un golpe de calor.

—Sí, quizás. —El maldito estaba sonriendo, con esa media sonrisa que decía “sí, sí, golpe de calor, no te lo crees ni tú”. Y estaba tan sexy, tan “*apetecible*” tan...oh, mierda, todavía tenía ese calentón encima. Gracias a Dios que ese espectacular pecho estaba cubierto con una camiseta. ¡Mierda!, pero seguía oliendo tan picante...a hombre, sudor, sol y algo que sólo podía pertenecerle a su piel.

—Tengo...tengo que ir a casa.

—Te llevaré.

—Traje mi coche, yo...

—No estás en condiciones de conducir.

—No puedo dejar el coche aquí.

—Tendrás que hacerlo, o dejar que yo os lleve a los dos a casa.

—¿Y tú?

—Ya veré que hago.

—No, está bien. Vendré mañana a recogerlo. —Me levanté aún algo inestable y su mano sujetó mi cintura con rapidez. Fuertes, sus manos eran fuertes y delicadas, ¿eso era posible?

—Si prometes agarrarte fuerte, te llevaré en mi moto.

—Yo...lo...lo haré.

—Bien, el viento te despejará. —¿El viento?, una mierda. Lo que me estaba devolviendo a la realidad, era pensar que iba a abrazar ese cuerpo sin que me llamara perversa.

Me tendió el bolso y yo lo crucé sobre mi pecho. Costumbre. Un tirón y me quedaba sin la mitad de mis recursos, mi cartera, documentación, teléfono... ; mi vida estaba en aquel bolso, y no se lo iba a poner fácil a un ladronzuelo cualquiera. Caminé a su lado bajo su atenta supervisión. Y eso me irritó.

—Estoy bien, no me voy a caer.

—Yo no estoy tan confiado.

—Cretino.

—Ah, veo que no estás tan mal. La gatita arisca ha vuelto.

No dije nada más. Iba a ponerme un casco pero yo se lo arrebaté para atármelo con torpeza en la cabeza. Me señaló los lugares donde debía poner los pies, y después se subió a la moto. ¡Mierda, mierda, mierda! Era pecado. Ver aquel trasero firme, aquellas piernas fuertes envolviendo el metal con seguridad.

Me senté a su espalda, y me aferré a él como si un tornado quisiera alejarme de la tierra, con desesperación. Noté su mano posarse sobre las mías.

—Sí, bien, fuerte, pero déjame un poco de espacio para respirar.

—Oh, lo siento. —Aflojé mi apretón, sintiendo mejor la forma de sus abdominales bajo mis dedos. ¡Mierda!, estaba bien construido. Apoyé mi mejilla en su espalda, o lo intenté porque aquel cascarón en la cabeza no me dejaba hacerlo bien. Respiré tranquila y esperé a que arrancara, pero no se movió.

—¿Por qué no nos movemos?

—Bueno, estaría bien si me dijeras a dónde tengo que llevarte. —Y ¡pum!, mi cara se encendió como un semáforo, bien rojo. Le di la dirección y

volví a colocarme en mi lugar. Sentí su diafragma vibrar, el puñetero se estaba riendo. ¡Malditos hombres y sus egos!, no podía dejar que me afectara. No volvería a caer en las redes de un seductor. Yo era la dura, yo era la que mandaba; nadie volvería a hacerme daño.

Mo

Las manos de esa gatita se aferraban a mí como si fuera el único salvavidas en medio del océano. Me sentía bien. Un poco opresivo, pero bien. Era una lástima que hubiese vuelto la gata arisca, porque la melosa era infinitamente mucho mejor. ¿Se acordaría de lo que pasó antes de quedarse dormida?, lo dudaba. Había agarrado suficientes buenas borracheras como para saber que llegados al punto de perder la consciencia uno no solía recordar bien lo que había ocurrido antes de eso. Una lástima, porque me habría encantado verla incómoda, toda roja de vergüenza a causa de ello. Estaba tan adorable cuando asomaba ese lado vulnerable... daban ganas de estrujarla contra el pecho y protegerla del mundo. Pero sabía que ella no era así; ella era de las que ponían el mundo a sus pies y lo pisaban con desparpajo. Una lástima.

Llegamos a su casa, un bloque alto de viejos edificios. El barrio no es que me diera mucha confianza; parecía de esos que se volvían peligrosos por la noche, pero yo no era quién para criticar.

—¡Eh, prima!, ¿Quién es este tipo tan mono que te trae a casa? —Alcé la vista hacia una chica de pelo rubio, piel dorada y ojos muy oscuros; a todas vistas, lo rubio no era natural. Vestía de una manera un poco... llamativa, luciendo unas vertiginosas curvas que hacían girar la cabeza a un hombre. Ya había tenido suficientes de esas, ¿Yo había dicho eso?, me estaba haciendo viejo.

—Hola Nat. Es un compañero de trabajo.

—Hola, cariño. Puedes subir a tomar algo si quieres, ya que has traído a mi pequeña a casa, te mereces un premio. —¡Vaya!, sí que iba rápido la rubia.

—Eh, en otro momento, quizás. Tengo algunas tareas pendientes.

—Tienes la puerta abierta cuando quieras.

—Sí, bueno. Será mejor que subamos Nat. Mo, gracias por acercarme.

—Quid pro quo, ya sabes. Tú me remiendas, yo te acerco a casa.

—Eh, sí, bueno, nos vemos. —Las observé caminar, bueno, más bien Danny empujaba a la rubia directa a la entrada del edificio, mientras ésta se

resistía, y me regalaba esa mirada de “te cogía y te hacía un hombre”. Otro día. Sonreí, me puse el casco que Danny había dejado en mi mano y salí disparado hacia mi apartamento. Inspiré varias veces, notando el aroma que ahora había en mi nariz. Maldita gata, ahora tendría que olerla hasta llegar a casa. Ummm, pero tampoco iba a ser tan malo.

Capítulo 12

Danny

—¿Quién era ese bombón?

—Un compañero del trabajo, ya te lo he dicho.

—Pues vaya con el enfermero, está impresionante.

—No es enfermero. —¿Por qué mierda tenía que seguirle el juego?, ahora no pararía de preguntar.

—Ummm, médico, esto mejora. Por fin has espabilado, prima.

—Es un guarda de seguridad.

—Vaya. Ya decía yo que ese cuerpo no era el de un médico ni el de un enfermero. Pero bueno, no todo está perdido. Una puede pasárselo bien con algo así.

—Sí, conozco tu lema. Si está bueno, lo usas; si tiene dinero, lo atrapas.

—Aprendes rápido.

—No he dicho que quiera ser como tú, Nat.

—Nunca llegarías a serlo. No tienes lo que hay que tener, y lo sabes.

Bufé mientras cerraba la puerta de mi habitación detrás de mí. Eso era lo malo de vivir con alguien que se creía el ombligo del mundo; que no dejaba de repetirme lo superior a tí que se creía. De no ser mi prima, la habría mandado a freír espárragos hace mucho tiempo. Pero ya se sabe lo que dicen; los amigos, el amor, los problemas, todo puede desaparecer, todo menos la familia. Así que allí estaba yo, atrapada por la sangre de esa mujer. Un año, un puñetero año mayor que yo e intentaba darme lecciones de vida. Ella, que trabajaba de camarera en un local de moda. Sí, “estoy esperando al hombre perfecto”, decía. Pero yo podía escuchar lo que había detrás, “no tiene el suficiente dinero”. La he avisado muchas veces; la belleza es efímera, y hay un dicho que dice “el que mucho abarca, poco aprieta”; algo así como que no intente coger algo demasiado grande para ella, porque no podrá retenerlo. ¿Pero me hace caso?, no. En el fondo, creo que me tiene envidia, porque cuando yo tenga arrugas al menos tendré una carrera y un trabajo con la que costear mis necesidades. Si ella no encuentra a alguien que la mantenga, tendrá que conformarse con lo que llegue. Yo hice algo con mi vida, salí del pozo en el que estábamos metidas las dos; conseguí mi carrera; ella me decía que perdía el tiempo, pero ya vio que no era así. No estoy orgullosa de la

manera que pagué mis estudios, pero lo había hecho, no debía nada a nadie, y ahora era una persona con un trabajo honrado.

Escuché golpes en la puerta de casa, pero no me molesté en abrir, que lo hiciera ella. Y eso hizo, escuché alguna palabra, reconocí la voz del casero, pero el sonido se fue, como si salieran del apartamento. No me importó, tenía otras cosas en las que pensar, por ejemplo, en que mañana tendría que ir a recoger mi coche a casa de Angie. Un puñetero taxi. Se salía totalmente de mi presupuesto, pero tenía que recuperar mi medio de transporte, lo necesitaba. Cerré los ojos y dejé que el sueño me acogiera, al menos allí podía hacer lo que quisiera, la realidad no me tocaría, bueno, no toda la realidad. Soñaría con aquel soldado que me había robado los pensamientos.

Cuando el despertador sonó hice mi rutina de siempre. Ducha, desayuno, ropa y salir hacia el trabajo. Maldije cuando casi estaba en la calle intentando recordar donde había aparcado mi coche, y vino a mi mente dónde lo dejé. La maldición se cortó cuando ví una moto conocida, parada en el mismo lugar donde me dejó ayer. Sentado sobre ella, con los brazos cruzados sobre el pecho, estaba un sonriente Mo.

—Pensé que necesitarías que alguien te acercara al trabajo. —Sabía que tenía la boca abierta, pero fueron tan solo dos segundos. Puse mi cara prepotente, alzando una ceja altiva hacia él mientras cogía el casco que me tendía.

—Creí que estábamos en paz.

—Bueno, uno no sabe cuándo va a necesitar otro par de puntos. Ya sabes, mi trabajo es peligroso. —Sonreí y me senté a su espalda, envolviendo mis brazos en su cintura.

—¿Cómo sabías mi turno?

—Coincidimos tres días seguidos, y después cinco que no. Ayer fue el primero.

—¿Me vigilas?

—Os vigilo a todos, es mi trabajo.

—Eres un acosador.

—Sí, soy malo. Tendrías que tener cuidado conmigo. —Reí y él acompañó mi risa, al tiempo que la moto comenzaba a caminar. Era imposible enfadarse con él, sobre todo, después del bonito gesto que estaba teniendo conmigo y que me ahorraría una carrera de taxi que no me podía permitir.

Mo

42 puñeteros minutos esperando allí parado, la gente me miraba mal, y más de uno se relamió al ver mi moto. ¡Joder!, seguía sin gustarme aquel barrio. Mi apartamento era pequeño pero el barrio era mucho más seguro que éste. En fin, volví mis pensamientos hacia la enfermera estirada que me hacía estar allí parado. Si al menos tuviese su teléfono... pero no, así que allí estaba yo, jugándome el tipo, esperando que aparezca por esa puerta y rezando porque no se hubiese ido antes de que yo llegara. Pero no, ella al fin apareció, con aquella expresión de hastío con la vida. Intercambiamos unas palabras, y conseguí hacerla sonreír; tenía que hacerlo más, relajarse. La vida no era estar siempre a la defensiva; uno se agota de eso tarde o temprano, lo sé.

Cuando estábamos entrando en el hospital ella me tendió el casco de la moto, pero yo la detuve.

—Guárdalo, te acercaré a recoger tu coche cuando salgamos.

—¿Otro favor?

—No, tengo que ir y seguir adelantando trabajo.

—Metes muchas horas, te estarás forrando.

—Hay cosas más importantes que el dinero. —Ella se quedó callada y se despidió con un gesto rápido. Vaya, parece que había tocado un punto sensible.

Me fui a mi taquilla y me cambié. Mientras caminaba a recoger mi destino en la central esperaba que no me tocaran las pelotas mandándome a consultas; tenía una gatita que cuidar.

Alex

Abrí los ojos para ver el rostro dormido de Angie. Mi piel hormigueó por el recuerdo de lo que ocurrió la noche anterior, ¡mierda que había sido caliente! Todo empezó con un masaje para mis doloridos músculos y acabó siendo una cabalgada en toda regla. Achispada; mi Angie estaba achispada, y lo primero que pensó fue en atrapar a su hombre y hacerle todas las perrerías (de las sabrosas) que se le pasaron por la mente. ¡Joder!, y yo me dejé hacer de todo. Todavía puedo sentir...ummm, no vayas por ahí Castillo. El despertador comenzó a sonar, y ví su nariz arrugarse, sus ojos luchando por no abrirse y después se toparon conmigo. Me regaló una de esas sonrisas perezosas que llevaron mis dedos a su cara.

—Buenos días.

—¿Cómo ha dormido mi fiera? —La ví estirarse como un gato y sonreí.

¡Dios!, ¿cómo podía ponerme ver a una mujer estirar los músculos? pues lo hacía.

—Bien, pero ahora tengo hambre.

—¿Qué te parece si primero nos duchamos, y luego desayunamos?

—¿Te duchas conmigo?

—Hay que economizar agua, ya conoces a ese maldito calentador. —Sí, ya, economizar agua. Al final, era el agua fría el que nos sacaba del baño, y gracias, porque si no, no saldríamos de allí. Era tan sexy pasar la esponja jabonosa por su espalda... ¡mierda!, ya estaba listo para...

—¿Vas a frotarme?

—A conciencia, ya me conoces.

—Llegaremos tarde al trabajo si lo haces.

—Entonces tendrá que ser algo rapidito.

—Vale. —Ella se inclinó hacia mí, me dio un beso rápido en los labios y se levantó para ir al baño.

—¿No vienes?

—Dame un segundo.

Sí, ni de broma iba a salir yo con el mástil levantado. Ya tenía bastante con verle la cara a Lupe después del escándalo que montábamos en el baño. Esa vieja reía con una picardía que me ponía los pelos de punta. Sabía todo, absolutamente todo lo que ocurría en aquella ducha. Tampoco era plan que fuese mostrando mi excitación por la casa. Alcé la vista para ver como Angie se levantaba la camiseta con la que había dormido, mostrando una pálida nalga desnuda, ¡oh mierda!, había dormido sin ropa interior. Sin bragas, estaba sin bragas. Di un salto atlético de la cama y comencé a ir tras ella mientras Angie corría entre risas hacia el baño. ¡A la mierda si me pillaba Lupe así!, el premio valía la pena.

Capítulo 13

Danny

—¿Qué hacías tú en la moto de mi soldado? —Miré hacia una enfurruñada Marcy que me impedía el paso hacia mi taquilla.

—¿Qué quieres decir?

—Ah, no, ahora no te hagas la tonta. Te he visto llegar en su moto.

—Sí, es cierto.

—¿Y no lo niegas?

—¿Qué voy a negar?, me ha traído al trabajo. —La aparté para poder acceder a mi casillero y dejar mis cosas allí. Cambié mis zapatos por los de enfermería y me puse mi identificación.

—¿Qué tienes tú con mi chico? —Aquella afirmación me detuvo en seco. ¿Mo era su novio?, vaya, tenía otro Peyton delante y no me había dado cuenta. “No todos los hombres somos iguales”. ¡Ja!, pamplinas.

—Si es tu chico pregúntaselo a él. Yo solo te diré que me trajo al trabajo haciéndome un favor.

—Sí, ya. Y yo me lo creo. Mucho “todo tuyo” y, ahora que lo pretendo, vas y te pones a perseguirlo tú.

—¿Eh? No te entiendo. ¿Es o no es tu chico?, ¿salís juntos o todavía no?

—Creí que eras mi amiga y jugabas limpio, pero veo que me equivoqué. —Pero... ¿qué demonios pasaba allí? Marcy con un ataque de celos, ¡increíble!, pero aún no entendía nada. ¿Eran o no eran? Sólo había una manera de averiguarlo y era preguntándole a él. Con Marcy... iba a ser complicado de entender. Con razón algunos hombres decían que es difícil entender a las mujeres. Hay algunas que ni siquiera yo puedo hacerlo.

Caminé hacia la zona de urgencias y cuando vi a la doctora Lettuce, Susan, me detuve a su lado.

—Buenos días Danny.

—Buenos días, doctora.

—¿Qué tal tu...? —Llevó sus dedos a su cabeza y yo enseguida entendí; preguntaba por mi jaqueca.

—Bien. Nunca me sentó bien la bebida, pero creo que no tomé suficiente como para que mi cabeza explotara esta mañana. ¿Y usted?

—¿Y tú?

—Oh, perdón. La costumbre. ¿Y tú?

—Digamos que yo tampoco soy de las que acostumbra a beber.

—Vaya par que somos.

—Bueno, será mejor que nos pongamos a trabajar. Si notas que flojeas tengo mi alijo de “*Colombiano*” en la sala de médicos, así que me pides.

—Ok.

—Rachel, ¿qué tenemos? —La encargada del control de enfermería sonrió a la doctora y la tendió el historial de un paciente.

—Box 3, 17 meses, fiebre que no remite, sin foco aparente.

—Ok, Danny, vente conmigo. —Y así empezó mi día en urgencias.

Mo

—¿Tú que tienes con Marcy? —Aparté la vista de un hombre demasiado cerca de la máquina de café para prestarle atención a la voz de mí otro costado. La gatita, y con cara enfadada. ¿Qué le picaba ahora?

—La devolví el bolígrafo, lo juro. —Levanté mis manos en señal de rendición, con ella uno nunca sabía cuándo podía atacar. Era lo que tenían los gatos cuando te miran así, con los ojos entrecerrados, prepárate para el zarpazo.

—¿Qué bolígrafo? No, yo quiero saber si estáis saliendo o algo así.

—¿Eh?, ¿Yo con Marcy?, no, claro que no. ¿Quién ha dicho eso? —Ella se quedó rumiando la respuesta demasiado tiempo así que decidí darle otro vistazo al hombre de la máquina de café. Todo seguía igual. Así que regresé a Danny. —Si Albert está otra vez intentando emparejarme juro que lo mato. Me está hartando ya el Cupido de las narices.

—No, no ha sido Albert.

—¿Entonces?, ¿Por qué esa pregunta?

—Nada, sólo creo que le interesas a mi amiga.

Así que era el objetivo de una enfermera, ummm, esto se ponía interesante. Ligue fácil. Vale Mo, tú no eres de esos y con las chicas del trabajo menos. Acuérdate de la chica de administración esa, Débora. Joder, una cita y se pegó a mí como un chicle en el zapato. Menos mal que estaba de prácticas y desapareció después de tres meses. Por eso no hacía caso a Albert, menudos planes me liaba el cabrón. Por eso mi norma, flirteo sí, citas no. El trabajo era territorio sagrado, aunque aquella gatita... ¡eh!, despierta, no fue una cita, sólo un... un... un ruido a mi izquierda me devolvió al presente, la máquina de café había sido golpeada. Lo que pensaba, ese tipo y la máquina tenían algo. Empecé a correr hacia ellos mientras me disculpaba, mis ojos

fijos en el tipo.

—Tengo que irme, esa es mi llamada. —Después de solucionar el problema busqué a la gatita, pero había desaparecido. Normal. Aquello era el trabajo, la socialización estaba en segundo plano.

Angie

Escuché la voz de Alex, comentando algo a la abuela en voz baja. Sabía que esos dos se traían algo entre manos, porque cada vez que entraba cambiaban de tema con rapidez. Así que pasé de largo y me fui a inspeccionar el trabajo realizado hasta el momento. La nueva ampliación era demasiado grande para lo que me decía; incluso podía ver unas escaleras para subir a la planta superior. ¿Desván?, bueno, no es que lo necesitáramos, pero más espacio era algo que no iba a rechazar. Es lo que tiene vivir con la superficie algo limitada.

Suspiré profundamente y deslicé mis ojos por todo el lugar; era grande, muy grande. Sentí unos brazos envolverse desde atrás y el calor de Alex en mi espalda. Su aliento acarició mi oreja cuando empezó a hablar.

—¿En qué piensas?

—En que no me gusta que me tengan por tonta. —Él soltó un suspiro pesado y noté el peso de su barbilla sobre mi cabeza.

—Lupe no quería preocuparte.

—¿Preocuparme?

—Lo que estamos haciendo requiere un gran desembolso económico.

—¿Más de lo que estamos sacando por el alquiler del otro terreno para los eventos?

—Eso lo gastamos solo en la compra de madera. El resto...

—¿Qué?, dímelo.

—No voy a mentirte. Tenía algo ahorrado y...

—¿Estás gastando de tu propio dinero para arreglar mi casa?

—Puede que suene mal, que sientas que he tomado el control sin consultarte, pero Lupe quiso que fuera así.

—Será mejor que empieces a hablar, me estás asustando. —Sentí como el calor de Alex me abandonaba, y lo vi caminar unos pasos a mi izquierda.

—No estoy haciéndote un préstamo, estoy...invirtiendo en mi casa.

—¿Qué?!

—Quiero formar parte de esta familia, quiero que ésta también sea mi casa.

—Pero...

—Quizás la manera no haya sido la correcta, sé que debí consultarte... pero Lupe tenía tanta prisa en hacer las cosas. Creo que tiene miedo a que su tiempo se agote y no ver todo resuelto como ella quiere.

—Estás haciendo todo ésto entonces por ella.

—Soy un poco más egoísta, Angie. Lo estoy haciendo por tí y por mí. Sobre todo, por mí; porque quiero que tengamos una vida juntos, ser una familia, con nuestra casa, nuestra abuela y, un día, nuestros hijos. —No me di cuenta de que había caminado hasta él y mis manos empezaron a abrazarle. Me coloqué entre sus brazos y acaricié su espalda con cuidado, con mimo.

—Si fuera una romántica y estuvieses de rodillas sonaría a petición de matrimonio. —Alex arrugó sus cejas, se apartó de mí, se agachó y apoyó una rodilla en el suelo.

—Angela Chasse Morales, ¿Me aceptarías como nuevo miembro de tu familia?, ¿te casarías conmigo? —¡Joder!, las piernas empezaron a temblarme como gelatina, y tuve que apoyarme en sus hombros para no caer. ¿Me acababa de pedir en matrimonio?, Alex Castillo me acababa de pedir que me case con él. Noté que había tardado demasiado tiempo en responder, cuando su cabeza se inclinó y sus ojos miraron mis pies.

—Si...si no quieres, si necesitas más tiempo, si... ¡Ah! Lo que sea. Dime algo, me estás matando aquí abajo.

—Me...me has dejado sin palabras. Alex, ¿cómo podría rechazarte?, eres único y no te dejaría escapar por nada del mundo. —Escuché como soltaba el aire más relajado.

—¡Vaya! casi me da un infarto. ¡Jesús!, sabes cómo torturar a un hombre.

—Yo no soy mala. —Sus labios se acercaron a mi boca y me regaló un breve y dulce beso.

—No, cariño, tú nunca podrías ser mala, eso lo averigüé hace tiempo. Déjame lo de ser malo a mí, ¿de acuerdo?

—Así que ...no me vas a decir lo que estás haciendo aquí. —la voz de la abuela Lupe llegó desde no demasiado lejos.

—¡Ah!, díselo. Así veré cómo se va ilusionando día a día. —Los dos miramos a la abuela, y Alex sonrió. Cogió mi mano y me llevo al centro de la habitación.

—Vale. Imagina, Allí un enorme ventanal para ver la puesta de sol, aquí una cama enorme, allí detrás un gran vestidor y a la derecha un baño con su ducha enorme.

—¿Estás haciendo una habitación más? —Me animé a deducir.

—No, boba. Está haciendo vuestra habitación. Además de un aseo y un cuarto de lavadoras más grande, y puede que agrande algo la cocina. — Enumeró la abuela.

—Lo tenéis todo pensado vosotros dos. —les acusé.

—No, todo ésto lo tenía pensado tu abuelo; yo solo estoy terminando lo que él empezó. —Sentí las lágrimas correr por mis ojos, cuando giré hacia la abuela.

—Ésto...

—Sí, ésto era lo que mi “*gordi*” quería para su familia. Él ya no está, pero seguro que estaría orgulloso de que su familia al final consiga lo que él les quería dar. —Dijo la abuela.

—Oh, mierda. No... no sé qué decir. —Alex me envolvió de nuevo entre sus brazos y me sonrió de esa manera dulce que él solo sabía regalarme.

—Va a ser un pequeño paraíso, cariño.

—Sí, sobre todo cuando llegue la nueva caldera y cambies la instalación eléctrica. —Casi en perfecta sincronía Alex y yo empezamos a reír a carcajadas. La abuela sería una romántica, pero sabía cómo ponerle el punto de realidad a las cosas. Práctica ante todo.

Una familia; Alex y yo íbamos a tener nuestra familia, aquí, en mi casa, nuestra casa. Sonaba bien, muy bien.

Capítulo 14

Mo

Fui a la salida de personal y esperé con el casco en la mano a que Danny apareciera. Cuando lo hizo creo que solté el aire, más tranquilo. Extraño.

—¿Lista para ir a por tu coche?

—¡Ajá!

Miré hacia la salida distraídamente y vi a la tal Marcy mirarnos con una expresión ¿enfadada?, ¿ocurría allí algo que se me escapaba?, ¿por qué me preguntó Danny si Marcy y yo estábamos saliendo? Lo que sí estaba claro es que no le gustaba nada que Danny estuviese en mi moto. ¡Ah, era eso! A Marcy le gustaba y pensaba que su amiga le estaba pisando el terreno. ¿Sería así?, seguro que no. A menos que su estrategia fuese torturarme con una aguja, ponerme mala cara y espantarme de su lado con esa actitud a veces tan cortante. Salvo por ese “lapsus” ebrio en casa de Angie, Danny no había demostrado ninguna inclinación hacia mi persona. Y esa vez... ¡joder!, esa vez sí que dejó claro lo que quería de mí. Ebria me había besado; prácticamente se había tirado sobre mí. Pero sobria...era doña “mantén tu distancia”. Deja de darle vueltas a las cosas, Mo. Decir que estaba confundido era poco. Pero como alguien sabio dijo, hay cosas a las que solo hay que darles un poco de tiempo. Así que eso iba a hacer, sentarme y ver hacia dónde iba esto.

Danny

Ya le podían dar espárragos a Marcy; yo no estaba haciendo nada malo, solo dejar que Mo me acercara hasta mi coche. Si ella quería llegar a algo con él pues que hiciera su movimiento; a mí no me importaba, Mo no era nada mío, solo... solo un compañero, o amigo, nada más. “Mentira”, me gritaba una pequeña vocecita en el fondo de mi cabeza, “te gusta, por eso lo besaste”. Mierda, sí, estaba para pecar un ratito pero yo me había propuesto ser una chica buena; mi camino se había enderezado y no iba a salirme de él, por muy tentador que fuese.

Relajé la presión sobre su abdomen, y elevé mi cabeza para poder ver algo por encima de su hombro, pero eso fue un error. Mi nariz quedó atrapada por su olor. ¿Cómo podía oler tan bien después de salir de trabajar?

Sentí una pequeña sublevación en mi estómago; a él y a mí nos gustaba cómo olía éste hombre. Gracias a Dios que llegamos rápido a la casa de Angie pero salir de allí con Lupe de por medio, no iba a serlo tanto.

Lupe

Otra vez llegaban mis obreros al trabajo, y todos venían con una enorme sonrisa. Había sido una buena idea “animar” a las chicas con aquella chispita de alcohol. Mis chicos necesitaban una buena recompensa por trabajar tan duro, y mis niñas seguro hicieron bien su trabajo. Alex y Angie estaban corriendo por casa y riendo esta mañana, imposible no oírlos. Yo no soy de esas viejas que han perdido el oído; yo lo oigo todo muy bien, y sé lo que esos dos traviosos hicieron anoche y luego por la mañana en el baño. No tengo ningún reproche que hacerle a mi “*gordi*”, pero aquel muchacho tenía mucha energía para gastar con mi nieta, y no me estoy quejando.

Tomás le sonreía a mi Carmen cada vez que se giraba hacia nosotros, y mi niña se ponía roja como un tomate. Así que no necesitaba imaginarme que aquellos dos también tuvieron lo suyo. Los gemelos...bueno, el bombero fortachón llegó el primero, como siempre, y se trajo consigo a una sonriente María. Daba gusto verlos encontrarse en cualquier esquina besuqueándose como dos adolescentes. Bueno, más comedidos, eso sí. El otro, ese llegó el último, sin Susan. Dijo que tuvo mala guardia en urgencias y que estaba cansada. Sí, claro, y yo me chupaba el dedo. Esos dos habían estado aprovechando el tiempo, y el chico la había dejado agotada antes de venir. Lo que me sorprendía era que tuviese energías para clavar clavos.

Los que me tenían confundida eran los dos jovencitos. El pequeño Mo parecía un poco más contento que de costumbre, pero la otra chica...era de las que no se dejaba llevar. Parecía como si se controlara para no hacer nada impropio. Demasiada presión. En esta vida hay que ser uno mismo. Uno acaba agotándose de fingir ser lo que no es y esa chica... tenía algo dentro que la mantenía tensa. Pero aquí estaba yo para solucionar eso.

Susan

Media horita más, solo media horita más y me levanto. Sí, bueno, eso lo dije hace ya un buen rato y todavía sigo aquí tirada sobre la cama. Es que no tengo fuerzas ni para parpadear. Marco ha estado salvaje como...como... ¿qué animal tiene sexo, duerme, se despierta, más sexo, duerme otro poquito, más sexo, sale a cazar, regresa y sexo otra vez? ¿Existe de eso? Sé que los

leones tienen sexo hasta 100 veces en un día. ¿Tenía un híbrido entre italiano y león en mi cama? Este hombre mío se había tomado muy en serio lo de fecundarme rápido. No es que esté obsesionada, bueno, un poquito sí, pero puede que después de lo de anoche y lo de hoy ya esté embarazada. Pero no pienso hacerme la prueba; voy a aguantar hasta que se retrase mi periodo, y de momento, disfrutar de éste semental servicial. Ummm, sí, creo que voy a levantarme, necesito vaciar mi vejiga, pero después vuelvo a la cama. ¿Vendrá con ganas de continuar con ésta maratón?

Carmen

¡Qué vergüenza!, ayer nos comportamos como dos adolescentes descerebrados y salvajes. Casi lo hacemos en el coche, en el ascensor, y sí, lo hicimos contra la pared de la entrada, en el sofá, casi en la ducha y de lleno en la cama. ¡Señor!, qué sitio nos queda por estrenar de mi casa. Y no, el “rancho rodante” no es una opción, allí ya lo hicimos dos veces. Si se enteran los de sanidad me cierran el negocio. Quién iba a decir que mi primera vez con ese hombretón iba a ser allí, en mi “restaurante”. Vale que le guste la buena comida, pero de ahí a ponerle como un “fórmula uno”... Ese día casi llevo la tabla de cortar impresa en mi trasero. ¿Qué me había hecho ese hombre?, yo nunca he sido tan “fogosa”. Sí, es todo culpa suya, pero me encanta. Ummm, creo que tengo agujetas en la espalda. Estoy mayor para estas cosas. Ni de broma, esto se arregla practicando más, eso decía mi profesor de gimnasia.

Capítulo 15

Mo

Metro y medio; la gatita estaba a solo dos pasos de mí, comiendo su burrito de carne con hambre. El jugo resbalándole por la barbilla, su lengua intentando atrapar todo lo que se escapa de su boca y yo no podía dar un bocado a mi comida. Solo miraba y bebía. ¿Cuántas cervezas había tomado, dos o tres?, no recordaba. Era mejor que parase o sería un peligro en la obra. Me disculpé y caminé hacia el costado de la casa, donde sabía que estaba la manguera de riego. Abrí la llave de paso, metí la cabeza debajo del chorro de agua fría y me quedé allí parado unos cuantos minutos. Necesitaba calmarme y despejarme. Ella no volvería a besarme como el día anterior, porque era en lo único que había podido pensar desde que llegué a esa casa.

—¿Te encuentras bien? —Levanté la cabeza para verla caminando con su bolso al hombro. Se iba, o eso parecía.

—Eh, sí. Solo necesitaba refrescarme.

—Sí, estos dos días han sido muy calurosos.

—¿Te vas ya?

—Sí. La comida de Lupe estaba muy buena, pero tengo cosas que hacer en casa. Ya sabes, colada y esas cosas.

—Sí, esas cosas.

—Bueno, ya nos veremos en el trabajo.

—Sí, ya nos vemos. —La vi caminar hacia su coche, escuché el motor y luego el ruido se alejó junto con ella. ¿Qué me estaba pasando? Sacudí el agua de mi cabeza, como lo hace un perro al salir de su baño, y regresé a la mesa del jardín donde el resto estaban ya recogiendo.

—¿Te sientes bien?

—Sí, tío. ¿Volvemos al trabajo?

—No, tú termina tu comida, no lo hiciste.

—No tengo mucha hambre, Alex. —Me miró como si me hubiese salido un tercer ojo en la frente, y me apartó hacia un costado del resto de personas.

—¿Tú quién eres y que has hecho con Mo?

—¿Qué tonterías dices?

—Te conozco lo suficiente como para saber que tienes un pozo sin fondo en ese estómago tuyo. Rechazar un burrito de carne de Lupe no es propio de

ti.

—Puede que....

—A ver qué excusa inventas porque no soy de los que les gusta que les mientan.

—¿Tienes un minuto?

—Claro. —Quizás si le contaba lo que me pasaba podría encontrarle sentido a esto. Y Alex era de esos tipos que analizaban las cosas, cada detalle. Le conté lo que pasó el día anterior, y se quedó un rato meditando mis palabras.

—¿Qué opinas?

—Que es raro, sí.

—¿Y tú qué crees que debería hacer?

—¿Yo? —Alex rascó su nuca mientras mantenía la mirada en algún lugar del suelo.

—Sí, vamos. Tú eres el listo. Y tienes chica.

—Eso no me hace experto en mujeres.

—No vas a ayudarme.

—Yo sólo te puedo dar un consejo, pero no sé si será el que necesitas.

—¿Y ese es?

—Sigue tu instinto.

—¿Mi instinto?, ¿eso existe?

—Pues claro, mira el mío. Me dice que tenemos que cubrir bien todo el exterior antes de que te vayas.

—¿Y eso qué tiene que ver con mi problema?

—Nada. Pero se acerca una buena tormenta y quiero dejarlo todo bien protegido, no quiero que me pase lo de la última vez.

—Pero no estamos en temporada de tormentas.

—Ya, eso díselo al tiempo. —Me encogí de hombros, y caminé hacia la casa con Alex, teníamos trabajo que hacer.

Danny

Puedes llamarme cobarde, porque lo soy. No podía rechazar la invitación de Lupe para comer, pero no volvería a caer en sus extrañas artimañas. Así que terminé la comida y salí pitando de allí. No iba a darle tiempo a esa vieja para hacer alguna de sus trastadas.

Cuando llegué a mi apartamento, escuché la voz de Nat hablando con alguien. Alguno de sus descartes, seguro, porque no hacía otra cosa que

intentar desprenderse del tipo. Cuando llegué hasta ella cerró el teléfono y me dio una brillante sonrisa. Eso no me gustaba, cuando Nat me sonreía así es que me quería pedir un favor o es que me había liado alguna.

—Hola, prima.

—Suéltalo, Nat.

—¿Que suelte qué?

—Ya nos conocemos y sé que vas a abrir la boca para decirme algo que no me va a gustar.

—¿Eh, recuerdas a Stuart?

—¿El baboso de tu jefe?

—Sí, bueno, pues está buscando bailarinas para la sala, ya sabes, pensé que te gustaría ganar algún dinero, como en los viejos tiempos.

—Dejé eso hace mucho tiempo, Nat. Sabes que ya no me interesa.

—Eh, bien, vale. Me tengo que ir.

—¿No es demasiado pronto para tu turno?

—Eh, tengo algunas cosas que arreglar antes.

—Vale, nos veremos mañana entonces.

—Sí, hasta mañana. —Ahí había algo escondido, pero había aprendido a no preguntar; si lo hacía acabaría metida en alguno de los chanchullos de Nat, y me prometí a mí misma no volver a hacerlo.

Capítulo 16

Danny

Último día que coincidiría con Mo, y después 5 días de tranquilidad. Sí, tranquilidad. Cada vez que lo veía haciendo la ronda por urgencias, mis nervios se ponían a trabajar horas extra. Cuando me miraba, sentía que mi piel se erizaba. Luego estaba Marcy que se pasaba el día lanzándome dardos envenenados con la mirada, porque había dejado de hablarme. Cruzábamos lo justo para cumplir con el trabajo. Pues mejor, pensé, no iba a tragarme sus quejas y reproches.

Sé que lo estaba evitando, pero tenía que ser así, estar cerca de él estaba claro que me confundía. Mi cuerpo tiraba de mí hacia Mo, mientras mi cabeza intentaba alejarme todo lo posible. ¿Por qué tenía que ser tan... él? ¡Ahg!, iba a volverme loca.

Hice mi trabajo mirando el reloj como un estudiante un viernes en la última hora de clase. Y quizás estuve demasiado seca, pero no podía evitarlo. Al menos tenía mis niños para pasar el mal trago. En un niño podía confiar, en un adolescente... casi que no. Contra más pequeños más fácil pillarles una mentira. Menos mal que el turno terminó, y salí de allí como un misil teledirigido.

Mo

Es difícil hablar con alguien que te evita como la peste, y mucho más mantener una conversación lo suficientemente relajada como para sacar temas comprometidos. Estaba claro que Danny no quería volver a repetir la experiencia que vivimos en casa de Angie. No había nada que hacer; ese camino desapareció entre la maleza y a mí nunca se me dio eso de ir de explorador en la jungla.

Cuando salí de mi turno ella ya había desaparecido, como si corriera para no tener que cruzarse conmigo. Bien, si es lo que quería, yo no iba a forzarla a nada. Lo que ocurrió fue un error, y listo. Y como alguien dijo, de los errores se aprende. Y yo debía de aprender de ese error.

Cuando llegué a casa de Alex mi mirada estuvo demasiado tiempo buscando en el horizonte, ¿dónde mierda estaba la tan temida tormenta?

—Lo sé, tío. No ha llegado, pero las predicciones marítimas nunca se

equivocan.

—No he dicho nada.

—No ha hecho falta. Con mirarte sobra.

—Entonces, sigues pensando que llegará.

—Eso creo.

—En ese caso, será mejor que repasemos todos los puntos a reforzar.

Quizás nos pasamos algo por alto con las prisas de ayer.

—Está bien. Después puedes ayudarme a colocar la nueva caldera.

—¿Ya llegó?

—Fui a recogerla hace un rato.

—Yo pensaba que te corría más prisa solucionar lo del cuadro eléctrico.

—Eso está más o menos terminado. Pero la caldera... uno no sabe cuánto la necesita, hasta que te bañas en agua fría un par de veces. —Cuando levantó las cejas de aquella manera tan dramática, no pude evitar reír. Así que le habían enfriado el culo y... algo más. Brrr, sólo pensar en pasar por una ducha de agua helada hace que mis pelotas tiriten.

El turno de tarde del día siguiente fue bastante aburrido, hasta que la temida tormenta llegó, y vaya si llegó. La lluvia empezó a caer a mitad de la tarde hasta convertirse en una tupida cortina de agua. El viento azotaba el agua sobre todo lo que no estuviera a cubierto, empapando a los transeúntes en cuestión de segundos. La pobre gente que llegaba a urgencias parecía que habían estado nadando vestidos en la piscina. Y eso que muchas veces sólo tenían que atravesar 5 metros desde el aparcamiento. A medida que avanzaba la tarde la gente empezó a escasear, llegando solamente aquellos con urgencias realmente graves. Con ese tiempo, a veces era peor salir que quedarse en casa e intentar solucionar el problema. Los médicos tenían más llamadas que urgencias presenciales, hasta el punto de que tuvieron que asignar a un médico para que atendiera las urgencias telefónicas. Había tanto ruido de teléfonos que casi no escuché mi intercomunicador sonar.

—Aquí, Mo.

—Mo, tendrás que doblar turno. Styles ha sufrido un percance de camino hacia aquí.

—¿Está bien?

—Su coche se salió de la carretera. Parece ser que algunas vías están intransitables; hay auténticas riadas de agua sobre el asfalto. —Escuché la puerta de personal deslizarse, y al levantar la vista vi a Danny entrar en el edificio. Al menos ella había llegado sin problema al trabajo.

—De acuerdo. —Un relámpago destelló al otro lado de las cristaleras y las luces parpadearon. ¡Genial!, lo que me faltaba, problemas de energía.

—Central, será mejor que alguien vaya a comprobar el generador de emergencia, aquí las luces están parpadeando.

—Recibido, doy aviso a mantenimiento. ¡Vaya una mierda de guardia! — Sonreí un poco; se suponía que esa última frase no tenía que haberla oído, pero lo hice. Ambos pensábamos lo mismo, aquella noche iba a ser muy larga, jodidamente larga. Tormenta eléctrica, agua a mares, y todo esto un domingo por la noche, cuando la cobertura eléctrica se limitaba al retén de mantenimiento. Otro fogonazo luminoso del exterior y otro parpadeo de la iluminación interior. Esto no tenía buena pinta. Toqué mi costado palpando la pequeña linterna que colgaba de mi equipo reglamentario. Comprobé la carga de las baterías y suspiré. Ojalá no tuviese que usarla mucho esta noche.

Vi a Danny regresar con el uniforme listo, junto con parte del relevo de aquella noche. Faltaba una enfermera, si las cuentas no me fallaban. Sí, iba a ser una noche larga.

Otro fogonazo exterior y las luces internas se apagaron por unos 5 segundos. Cuando volvió la luz la intensidad era baja, hasta subir a lo necesario. Aquella era la señal de que el generador de energía había entrado en funcionamiento. Algunos equipos se apagaron y hubo que volver a inicializarlos; otros sencillamente tendrían que quedarse apagados.

—¡Seguridad! —La llamada del control de enfermería me puso en marcha. Me acerqué a paso rápido y me presenté ante la coordinadora.

—¿Qué necesita?

—Algunos equipos están inoperativos. Necesito recuperar un viejo ecógrafo del almacén del sótano.

—De acuerdo. Iré por las llaves.

—Danny, necesito que vayas con Mo al sótano y traigas un ecógrafo y las baterías que tenemos para emergencias. —La aludida me miró como si fuera una caca de perro en el suelo, algo que evitar tener cerca de los zapatos.

—¿Tengo que ir yo?

—Has sido la última en llegar, las demás están ocupadas. Así que sí, tienes que ser tú. Te haré una lista con lo que podríamos necesitar.

—Nos encontraremos en el ascensor de servicio en 10 minutos. —Salí de allí como un rayo, no quería estar en medio de todo aquello porque seguro que Danny acabaría echándome la culpa de todo, lo tenía escrito en su cara.

Recogí el manojito de llaves de la oficina de seguridad, mientras le ponía

al día al coordinador.

—¿Sabes cómo va el protocolo de emergencias en caso de apagón?

—¿Quieres asustarme?, porque bajar al puñetero sótano ya me gusta bastante poco.

—No, asustarte no, pero no está de más que repasemos lo básico antes de que te metas allí abajo.

—Ok. Por lo que sé ya estamos en la fase en que ha entrado en funcionamiento el generador de emergencia. Algunos equipos dejan de funcionar. Los ascensores principales descienden automáticamente a la planta baja y se bloquean después. Solo funciona el ascensor de servicio. ¿Voy bien?

—Bien. Ahora, en caso de que el generador de emergencia se sobrecargue, entrará en funcionamiento el auxiliar. Este sólo dará cobertura a la zona de la UCI y algunas líneas de la zona de emergencias.

—Sí, sí, lo sé. Supongo que ya has dado aviso a la compañía eléctrica para que arregle lo del suministro.

—Sí, está en prioridad uno. Bien. Cuando llegues al sótano me das confirmación; lo vuelves a hacer antes de subir y cuando llegues a la zona de urgencias.

—¿Mandarás a alguien a cubrir la zona mientras no esté?

—Ya he mandado a uno de planta para que te cubra; seguro que ya habrá llegado, tu tranquilo. —El pitido del walky-talky sonó en la sala.

—Sam en urgencias.

—Recibido.

—¿Ves?, ya puedes estar tranquilo.

—Ya, me lo dices cuando pase esta jodida tormenta y vuelva la electricidad. —Salí de la sala de control y me dirigí al elevador de servicio. Allí estaba esperando una Danny bastante tensa.

—¿Lista para bajar?

—Sí. —Vale, escueta en palabras. Aquel viaje iba a ser interminable. Señor dame fuerzas.

Capítulo 17

Mo

El descenso fue rápido, solo tres plantas. Llegamos al sub-sótano 3. No es que me gustara mucho el lugar, pero era mejor que visitar la morgue. Aunque allí al menos había alguien, aunque fuera muerto. Aquí... bueno, dejémoslo en que no me gustaba. Moví mis hombros mientras bajaba, intentando aligerar la tensión. Salimos por la puerta y antes de que se cerrara ya estaba dando el aviso de mi posición.

—Mo en sub-sótano 3.

—Recibido.

Caminé hacia el almacén guiándome por los carteles de las puertas. Cuando llegué, me detuve a buscar la llave para abrir la puñetera puerta. Al menos las luces de emergencia estaban operativas, no estábamos totalmente a oscuras. Encontré la llave, la metí en la cerradura y busqué el interruptor de la luz. Cuando el fluorescente dejó de parpadear vi una sala abarrotada de equipos viejos y estanterías metálicas. Gracias, aquí sí había luz. Danny pasó a mi lado, revisando su lista. Destapó un equipo y después empezó a meter material en la estantería inferior. No me pidió ayuda, pero lo hice cuando vi que no podía coger algunas pesadas baterías. Lo solucionó con un “gracias”, y después salimos hacia el exterior. Cerré la puerta solo, ya que ella comenzó a empujar el carrito hacia el ascensor.

Cuando llegué hasta su lado ambos esperamos a que se abrieran las puertas del ascensor.

—¿He hecho algo para que estés enfadada conmigo? —Ella soltó un suspiro y se dignó a mirarme de frente por primera vez.

—No tengo un buen día, eso es todo.

—Vale, pero no hace falta que lo pagues conmigo. —El elevador cerró sus puertas y tuvimos que colocarnos de tal manera que entrara el carrito y todo el material. La verdad es que quedó muy poco para nosotros. Y como si el destino se riera de nosotros, el ascensor de detuvo bruscamente dejándonos a oscuras.

—¡Mierda! —Sentí su cuerpo acercarse más, encendí mi linterna, y comprobé por qué. El carrito se había atravesado. Intentamos moverlo de nuevo a su sitio pero se había quedado atascado en una de las puertas.

Estábamos atrapados en la esquina. Cogí mi transmisor y me comuniqué con la central de seguridad.

—Aquí Mo. —No hubo respuesta. Probé a cambiar al canal de emergencia, y lancé de nuevo mi señal. —Aquí Mo.

—El generador de emergencia está en remisión, ya me he dado cuenta.

—Ok. Comunico que nos hemos quedado atrapados en el ascensor de servicio.

—De acuerdo. Avisaré al equipo de rescate. Poneos cómodos, tardarán un rato en llegar.

—Recibido.

—Economiza la batería del walky.

—Recibido. —Sentí el calor de Danny un poco más cerca de mi costado.

—Voy a apagar la linterna, para ahorrar baterías. ¿Podrás con ello?

—Sí, creo que sí. —Su voz no es que sonara muy firme, pero tenía que contar con ella. Un crujido sonó por encima de nuestras cabezas y ella se pegó a mi cuerpo como una garrapata.

—¿Estás bien?

—No...no me gusta...esto. —Pasé mi mano por su espalda, intentando transmitirla seguridad. Lo peor que podía pasarnos, además de estar atrapados, era tener un ataque de pánico.

—Piensa en otra cosa.

—Ya, eso es fácil decirlo. —Vale, estaba claro que tenía que ser yo el que la mantuviese distraída.

—He notado que Marcy y tu mantenéis una distancia bastante tensa.

—Sí, eso ha sido decisión suya. Y yo estoy bien con ello.

—También lo haces conmigo.

—Yo...

—Me gustaría saber por qué.

—Es complicado de explicar.

—Tenemos tiempo.

—Tampoco me siento cómoda para hablarlo ahora.

—Solo dime si he hecho algo para incomodarte.

—No es eso, es... es que no quiero que esto se convierta en nada más que una relación de compañeros de trabajo.

—¿Es por Peyton? —Noté como se tensaba; había acertado.

—Peyton me hizo mucho daño y tú te pareces demasiado a él.

—Ya te dije que no teníamos que ser iguales.

—No quiero caer en los mismos errores del pasado.

—Entonces no lo hagas. —Ella debería haberse alejado en aquel momento, pero noté sus dedos aferrarse a la chaqueta de mi uniforme. Su cuerpo totalmente sobre el mío. Deslicé mi cabeza hacia abajo, mi nariz deslizándose por su mejilla como si fuese un camino conocido. Noté sus labios acariciar mi cuello erizándome los pelos de la nuca. Sus uñas arañaban la tela sobre mi pecho y me sorprendí descendiendo un poco más sobre ella, sintiendo como nuestras bocas respiraban una sobre la otra.

—No tendríamos que estar haciendo esto.

—Lo sé. —Tomé su boca con hambre, porque necesitaba hacerlo, porque mi mente estaba perdiendo la batalla contra mi cuerpo.

—Sigo pensando que no deberíamos estar haciendo esto.

—No, tienes razón. —Y esta vez fue ella la que asaltó mi boca, robándome el aire que necesitaba para respirar pero que no me importó perder. Tomé su cabeza en mi mano, y la apreté más fuerte, intentando evitar que se arrepintiera, porque ahora ya no había marcha atrás para ninguno de los dos.

Lo que estábamos haciendo no estaba bien por muchas razones, pero en ese mismo momento no me importaba ninguna de ellas. Mis manos la alzaron, para encajar sus piernas en mi cintura, apoyando su trasero en un saliente del carrito. Sus brazos me envolvieron el cuello, y su boca me invitó a no parar.

En casa de Angie tenía entre mis brazos a una Danny ebria, aquí tenía una totalmente sobria, y si la primera era desinhibida la segunda era un volcán en erupción.

No había notado que una de sus manos abandonó mi nuca hasta que sentí sus dedos colarse bajo mi camisa, acariciando mi abdomen y encendiéndome un poco más. La apreté contra mí todo lo que pude, tanto como necesitaba sentirla, con ganas de arrancar toda la ropa que estaba en medio de nuestras pieles. Necesitaba sentir como se sentía bajo mi tacto. Levanté su camiseta y acaricié su espalda. Era seda; suave, cálida, tentadora.

Sentí una fuerte sacudida y las luces del ascensor volvieron a encenderse. Sabía que pronto nos pondríamos en movimiento, pero no quería soltarla, todavía no. La sostuve tan cerca como pude, nuestros labios a escasos centímetros.

—Pronto nos moveremos.

—Yo...tengo...— Noté como empezaba a retirarse, como si se arrepintiera

de lo que había ocurrido.

—No, no vuelvas a hacerlo, no huyas esta vez.

—No puedo tener una relación ahora.

—Solo intentémoslo; veamos hacia donde nos lleva esto.

—Me harás daño.

—Puede que sí, puede que no, o puede que seas tú la que me lastime a mí.

La vida es eso, arriesgarse; eso es vivir, lo otro es solo una manera de sobrevivir.

—Lo pensaré.

—Eso puedo aceptarlo. —Dejé que se deslizara hasta el suelo. Y un segundo después el ascensor comenzó a moverse.

—Te daré el tiempo y el espacio que necesites, pero prométeme que no volverás a evitarme. Me hace sentir como el marginado de la clase. — Escuché su pequeña risa y me di por satisfecho. Al menos la hice sonreír.

—Lo prometo.

—De momento, ¿tomaremos un café más tarde?

—No creo que sea posible.

—Me has dicho que...

—No estoy diciendo que no, es tan solo que no creo que la máquina funcione.

—Chica lista.

—Pero puedo invitarte a un lollipop.

—Oh, ¿tienes?

—Alguno quedó de Halloween.

—Gata traviesa.

Capítulo 18

Mo

Cuando las puertas se abrieron, lo primero que vi fue al equipo de bomberos de rescate. Tres tipos enormes que sujetaban la puerta para que no se cerrase.

—Los tenemos, puedes cortar el suministro. —La luz del elevador se apagó y huimos de allí como gatos de una bañera de agua fría. Entre un bombero y yo conseguimos sacar el carro del equipo médico de emergencias y, antes de que pudiera ir con Danny y el material a mi zona, sentí una mano enorme y fuerte aferrarme por el hombro.

—Si estás metido en esto, no creo que haya sido del todo un accidente.

—¿Eh? —Miré bajo el casco y encontré una sonrisa conocida.

—¿Tonny?!

—¡Joder, cabronazo! Cuando escuché que había gente atrapada en el ascensor de este hospital casi me da un infarto. ¿Sabes la cantidad de personas que conozco que trabajan aquí?

—¿María está de guardia hoy?

—Por suerte no, está bien dormidita en nuestra cama, o eso espero. Con esta tormenta es difícil conciliar el sueño.

—No creo; he oído algunas cosas sobre las embarazadas, y una de ellas es que son como marmotas.

—Trabajar en un hospital infantil traerá a muchas embarazadas por aquí, ¿Qué más dicen de las embarazadas?

—Que tienen la lívido más activa que la de un adolescente. —Tonny miró hacia atrás por si alguien nos había oído, se agachó cerca de mi oreja y me acercó para susurrarme.

—Eso es verdad. De un tiempo para acá... pero si dices que eso ha salido de mi boca, lo negaré totalmente. —Se apartó de mí y empezó a caminar hacia sus compañeros.

—Supongo que os veremos en casa de Alex. Habrá que reparar todo lo que esta tormenta se haya llevado por delante.

—Sí, nos vemos allí. —Volví mi atención hacia el pasillo que me llevaría a urgencias y no vi ni rastro de Danny. Otra vez con esa manía de correr lejos de mí. Creí que en el ascensor quedó todo muy claro. Pero al parecer no fue

así. Caminé rápido a mi zona y, lo primero que me encontré nada más poner mis ojos en el control de enfermeras, fue un ceño fruncido, como si me estuviesen recriminando algo. ¿Qué le pasaba a esta Marcy?, ella y yo no teníamos nada; si tan solo hemos cruzado algunas palabras en el trabajo. ¡Jesús!

Me acerqué hasta la jefa de enfermeras pero me mantuve a la distancia suficiente como para que los que estuvieran cerca pudiese escucharme; no necesitaba más malas caras.

—¿Llegó todo el equipo que querían?

—Sí, Danny lo acercó antes. Me sorprendió ver a los bomberos pasar por aquí, pero Danny ya me explicó que os quedasteis atrapados en el ascensor. —Miré a mí alrededor y comprobé que casi todos los equipos informáticos estaban apagados. Las luces eran las de emergencia, y la zona parecía estar como a medio gas.

—Aquí también llevo el apagón, por lo que veo.

—Sí; no es que sea agradable coger una vía intravenosa a media luz pero lo prefiero a quedarme encerrado en un ascensor.

—Al menos no tardaron mucho en sacarnos.

—Sí, seguro que fue una tortura. —Aquella voz sonó chirriantemente irónica en mis oídos, y no era al único.

—Ve a relevar a Danny y encárgate de acomodar todo el equipo que trajo. Y es para ayer, Marcy. —Genial, daba gusto que el jefe, en este caso jefa, ponga en su sitio al que saca los pies del tiesto. La amonestada me dio una última mirada asesina y caminó por el pasillo con la mandíbula bien prieta.

—¿Ustedes están saliendo?

—¿Quiénes, Marcy y yo?

—Sí; está toda celosa y posesiva a tu alrededor.

—Solo hemos hablado algunas palabras aquí en el trabajo, nada más. A mí también me sorprende esa actitud.

—Y, ¿hay algo que debería saber sobre Danny y tú?

—Define “saber”.

—Ya sabes, si Danny y tú tenéis algo que no le guste a Marcy. —Genial, sabía que me había puesto a rascar mi nuca en aquel momento, pero es algo que hago inconscientemente cuando estoy nervioso o no sé qué responder.

—Bueno, podría decirse que hay “algo”, pero no sabría cómo definirlo aún. Nos hemos visto un par de veces fuera de aquí, pero no han sido citas

realmente.

—Ahhhh, eso aclara algunas cosas. Aun así, yo no me pondría muy cariñoso en el lugar de trabajo.

—Soy un profesional, eso ni se dice.

—Ya, bien. Entonces a trabajar, que hay mucho que hacer.

—Sí, señora. —Salí de allí con una sonrisa, y me encaminé a cumplir con mi recorrido de reconocimiento, primera parada, sala de espera de urgencias. Encontré a un hombre golpeando suavemente uno de los dispensadores de café, y estaba claro que no iba a detenerse allí, así que caminé deprisa hasta él.

—Caballero, la máquina está fuera de servicio.

—Ya, pues podían haber puesto un cartel avisando o algo.

—El corte de luz ha sido algo repentino, pero enseguida me encargo de ello.

—Sí, ya. —El hombre me miró como si quisiera acuchillarme, pero se retiró a un asiento a reclinarsse. Bueno, este al menos parecía atender a razones. Me acerqué a recepción de pacientes; tomé prestados un papel, un bolígrafo y algo de celo y coloqué avisos en todas las máquinas dispensadoras que encontré a mi paso. Larga, la maldita noche iba a ser muy larga.

Danny

Escapar; es lo primero que hice en cuanto vi una oportunidad. Puse tanta separación como pude entre Mo y yo, pero sabía que eso no iba a servir de nada. Él iba a seguir estando cerca y yo no podría esquivarlo eternamente. “*Sólo intentémoslo*”; sí, era más fácil decirlo que hacerlo. No es que tenga un trauma con los hombres, es tan solo que los he mantenido a una distancia segura desde lo de Peyton; y los de... de esos mejor ni pensar, son pasado y ahí se van a quedar. Pero tenía que reconocer que, si escogiese a un chico con el que volver al terreno de juego, ese sería alguien como Mo. Era servicial, atento, no le tenía miedo al trabajo duro y tenía una sonrisa matadora, amén de cierto apéndice trasero digno de admiración. ¡Ah, mierda, Danny!, por una vez deja de analizar las cosas, y sal de tu caparazón. Es un pequeño riesgo y la recompensa podía merecer la pena.

Estaba en mi taquilla, rebuscando entre mis cosas, cuando vi algo que podía ayudarme a pedir disculpas. Lo cogí, lo metí en mi bolsillo y cerré mi taquilla.

Capítulo 19

Mo

Una bolita de caramelo bien insertada en su palo, se materializó frente a mi cara. No es que me sorprendieran con facilidad, pero no había notado que había alguien a mi lado hasta que vi el dulce casi en mi nariz.

—Lo prometido es deuda.

—Creí que te habías arrepentido.

—Prometí pensarlo.

—¿Y qué has decidido?

—Como tú dijiste, veamos a dónde nos lleva esto, pero, hagámoslo con calma.

—Calma, bien, lo tengo.

—Y quiero preguntas y respuestas sinceras.

—La verdad, vale, también lo tengo.

—¿Y tú?, ¿tienes alguna pauta a seguir?

—Que no huyas. Lo que sea, me lo dices y lo hablamos. Los problemas se solucionan, pero primero hay que plantearlos.

—Me sueñas a ese Spock de Star Trek, demasiado lógico.

—Perdóname si me guío por la lógica, pero no todo en esta vida son lollipops o mujeres.

—¿Eh?, ¿qué quieres decir?

—Que las mujeres no tenéis lógica; actuáis a base de sentimientos; y los lollipops... ahí es imposible que piense con la cabeza; acabaré comiendo cuantos tenga delante, si, o sí.

—Eres un caso.

—Pero un caso sexy.

—No eres tú, es el uniforme.

—Las chicas y los uniformes.

—Ya, como si los chicos no soñaran con una enfermera.

—Pero con el uniforme antiguo, el de la faldita corta.

—Ya, detalles, detalles.

—Bueno, y ¿ahora qué? —Ya había pelado el dulce, y lo introduje en mi boca sintiendo el delicioso estallido del azúcar en mi lengua. Otros necesitan una cerveza fría para sentir que la vida tiene sentido; yo sólo un lollipop en la

boca.

—¿Qué quieres decir?

—Me has dicho que con calma. Así qué tendrás que decirme cuál crees que debe ser el siguiente paso.

—Creo... creo que una cita estará bien.

—Sí, una cita. Nos habíamos saltado eso.

—No me lo recuerdes. Voy a matar a esa vieja loca.

—Ja, ja. Ella solo quería dar un poco de chispa a las chicas.

—Ella me emborrachó, sin mi consentimiento.

—Bueno, creo que ella pensó que necesitabas soltarte un poco.

—¡Soltarme un poco!, ¡casi te violó!

—No es violación si uno se deja. Además, la “energía” te duró muy poco.

—¿Cómo que duró poco?

—Te quedaste dormida casi a mitad del beso.

—Eso, tu recuérdame que no tengo buena bebida.

—Te da dormilona.

—Pierdo la consciencia con el primer trago.

—Falta de costumbre.

—Algo que no pretendo subsanar.

—Totalmente de acuerdo. El alcohol es un mal vicio.

—Ya, otros prefieren los dulces.

—Son menos peligrosos.

—Pero provocan caries.

—Tengo una estupenda higiene dental.

—Ya, lo sé. —Alcé mis cejas sorprendido.

—¿Lo sabes?

—Te he probado, ¿recuerdas?

—Oh, sí. Recuerdo. Así que, con un par de veces ya sabes que mi boca está bien limpia.

—Tienes buen sabor.

—Gracias, supongo. Pero creo que no has tenido suficientes datos en qué apoyarte. —La vi arrugar su ceño y lo sentí, la chica peleona iba a hacer su aparición.

—No necesito mucho más, estoy segura.

—Si tú lo dices. —Danny miro a ambos lados, y con un movimiento rápido me empujó dentro de una puerta. Sabía que era un box de examen, que nos podían sorprender en cualquier momento, pero cuando sentí su boca

sobre la mía, todo eso dejó de ser importante.

Me besó como aquella primera vez, cuando el alcohol había derribado todas y cada una de sus inhibiciones, pero mucho mejor. Ahora no estaba ebria; no exploraba territorio nuevo, ahora era una conquista. Y me rendí. Pero, antes de que llegásemos a la línea caliente, sus manos me empujaron hacia atrás, obligando a nuestros cuerpos a separarse.

—Hecho constatado, sabes bien. —Y con las mismas, se dio media vuelta y me dejó solo y reclinado sobre una camilla de examen. ¡Mierda! No podría saber hacia dónde iba a ir esto, pero el camino me estaba gustando.

Capítulo 20

Danny

¿Saben lo peor de hacer el turno de noche?, que hay gente que no respeta tu necesidad de descanso. Una vez vi un cartel hecho con una impresora pegado en la pared de una pequeña oficina, no recuerdo dónde. ¿Y saben lo que decía?, “Hoy es un día maravilloso, pero seguro que viene alguien y lo jode”. Pues eso. Salí de mi turno con una sonrisa en la cara y flotando como un hada entre las flores, dispuesta a llenar mis sueños con ese chico de culo prieto y boca sabrosa. Y lo que me encuentro nada más llegar a mi puerta es a Henry, nuestro casero. No sería una visión asquerosa si el hombre se lavara el pelo (y el resto de su cuerpo) con más asiduidad. Dientes amarillos por el tabaco, olor a cerveza rancia y esa sonrisa de superioridad de “puedo destrozarte tu día”. Y a eso venía, a destrozarme el día.

—A ver si contigo tengo más suerte.

—¿Suerte, para qué?

—No te hagas la tonta. Me debéis tres meses de alquiler; o pagas ya o ya estáis dejando libre el apartamento. —Pensé en Nat, en porqué no había pagado esos tres meses, porque yo le había dado a ella mi parte del alquiler y ella se encargaba del pago como siempre. Y como si la hubiese convocado con mi mente la puerta se abrió en aquel momento, y una enfadada y somnolienta Nat, empezó a perder el color y a ponerse nerviosa nada más verme allí.

—¿De qué está hablando, Nat?

—¿Qué...?

—Henry dice que le debemos tres mensualidades. ¿Dónde está el dinero que te di para pagar el alquiler?

—Yo...tuve unos gastos que cubrir...y pensé.

—¿Qué pensaste, Nat?, ¿qué ocultándomelo no iba a darme cuenta?

—Yo...yo te pagaré todo Henry, solo necesito un poco más de tiempo. — El mencionado se acercó a nosotras un poco más, haciendo que mi nariz no pudiera esquivar su apestoso olor.

—Ese par de polvos ya te dieron todo el tiempo que tenía para darte. Quiero mi dinero ya. —Apreté ese lugar entre los ojos donde pellizcas la nariz, intentando conseguir sacar esa maravillosa idea que todo lo solucione; pero

allí no había milagros; solo una seguridad. No había tiempo y necesitaba una buena suma de dinero.

—El lunes te daré tu dinero, Henry. ¿Cuánto te debemos? —le dije.

—Calcula tú, listilla. Tres meses, a 450 dólares el mes. Son 1.350. — Miré a Nat nada más comprender que me había estado engañando todo este tiempo. Con razón ella quería encargarse de pagar el alquiler. La muy zorra me había estado estafando haciendo que pagara mucho más de la mitad que me correspondía. Iba a tener una seria conversación con ella, pero sería puertas adentro; yo no ventilaba nuestras miserias en público. Y luego pensé en la suma que debía reunir en tan poco tiempo. Mis pequeños ahorros no llegaban a cubrirlo y todavía faltaba tiempo para recibir mi sueldo. Entonces supe que solo tenía una salida; una salida que no quería tomar pero aquella perra me la estaba plantando delante de la cara hacía demasiado tiempo.

—El lunes hablamos Henry.

—No necesitamos hablar. Sólo trae el dinero. —Y el tipo se marchó con las manos en los bolsillos, como si ya tuviese el dinero dentro de ellos. Volví mi rostro hacia Nat, y su palidez aumentó. Oh, sí. Ella ya sabía cómo me las gastaba yo cuando me enfadaba; y en ese momento lo estaba, muy, muy enfadada.

—Entra en casa Nat, tú y yo tenemos muchas cosas que aclarar. —Ella se dio la vuelta y empezó a caminar dentro del apartamento. Se dejó caer pesadamente en el sofá y cruzó los brazos sobre su pecho de forma protectora. Sí, buen intento, perra, pero eso no te iba a servir de nada. Tomé aire profundamente y lo retuve unos segundos antes de soltarlo; tenía que calmarme o me lanzaría sobre ella y la arrancararía la piel con mis uñas.

—Empieza a explicarte Nat; necesito que me des una buena razón para esto.

—Yo iba a contártelo.

—¿Cuándo?, ¿Cuándo viese mis cosas metidas en cajas fuera del apartamento?

—Son solo tres meses; iba a conseguir el dinero.

—¿Por eso querías que aceptara el trabajo de Stuart?, para conseguir ese dinero. ¿Qué ibas a hacer?, ¿darme la mitad de lo que él iba a pagarme? — Noté como tragó saliva, y sus ojos se desviaron hacia un lado. Sí, ese era su plan. La muy zorra quería seguir ordeñando a esta vaca; pero la teta se secó, ya no más.

—Llama e Stuart, Nat. Voy a hablar con él.

—Danny, yo.

—¡No!, Nat. Voy a pagar el maldito alquiler, porque no quiero verme en la calle. —Me giré hacia el baño; necesitaba de una ducha que me quitara de encima la mierda que sentía que me había caído encima. —Ah, y ve buscándote otro compañero de piso. Porque te vas tú, o me voy yo. No quiero seguir viviendo contigo. —Cerré la puerta con un gran golpe. Necesitaba desahogarme con algo. La ducha fue larga, pero no suficiente. Cuando salí, Nat parecía impaciente.

—Hablé con Stuart. Dice que te hará un sitio para este fin de semana. Viernes noche, y sábado y domingo doble.

—Te dije que quería hablar con él.

—Pero...

—Haz la llamada y pásamelo.

Nat arrugó la nariz, pero obedeció. Cuando cogí el teléfono, caminé con él a mi habitación y cerré la puerta. Esta negociación la iba a llevar yo.

—¿Qué quieres ahora, Nat?

—Soy Danny.

—Ah, Danny, pequeña. ¿Tu prima ya te contó?

—Prefiero que me lo digas tú.

—Bien, bien. Ya conoces la rutina. El viernes 4 horas, sábado y domingo 6 cada uno.

—No, 6 el viernes y sábado, 4 el domingo.

—¡Vaya!, ahora te has vuelto exigente.

—Lo tomas o lo dejas.

—Eres una dura negociadora, Danny. Estoy tentado a no aceptar, pero si eres la mitad de buena que antes no puedo rechazarte, y lo sabes.

—Tendrás que arriesgarte. -

—Contigo siempre es un riesgo que estoy dispuesto a correr, Danny, lo sabes.

—Sólo negocios, Stuart.

—De acuerdo, de acuerdo. 6, 6, 4.

—¿A cuánto?

—50 pavos y te quedas las propinas, pequeña.

—85 y tu barres la escoba.

—Uhhh, dura. Me encanta como te has vuelto.

—No sigas por ese camino, Stuart. 85 y las propinas son tuyas.

—De acuerdo, pequeña. Lo tienes.

—Entonces nos vemos este viernes. —Colgué antes de que las ganas de vomitar llegaran a dominarme. Una vez; lo iba a hacer una sola vez, y dejaría ese mundo como lo hice la vez anterior. Y esta vez sería la definitiva.

Capítulo 21

Mo

—Sólo será entrar y salir, Mo. Charly está trabajando esta noche.

—Tu hermano sí que tiene un buen trabajo.

No es que me guste ser el chico de los recados de nadie, pero el pobre Iván era lo más parecido a mi antiguo yo que había encontrado. Quizás por ello tenía una pequeña debilidad hacia él. 18 años recién cumplidos y pensaba que podía comerse el mundo. Tiene esa energía, esa vitalidad de a quién aún la vida no le ha mostrado el camino difícil. Todavía tenía esa chispa de ingenuidad del que no ha salido al mundo.

Así que allí estaba yo, un sábado por la noche, recién salido de mi turno de tarde, plantado por una gatita a la que le venía mal tener este fin de semana esa primera cita, y acercando a Iván al trabajo de su hermano. Sí, lo había visto un par de veces entrenando en el gimnasio, pero nunca crucé más de dos palabras con él. Seguía teniendo esa actitud de guarda de discoteca demasiado arraigada. Su hermano era otra historia. Recién terminado el instituto y aún no había dado el salto a la universidad. Idolatraba a su hermano Charly, y ahora entendía por qué. Chicas; una gran cantidad de chicas escasas de ropa, sirviendo copas o bailando enroscadas en barras de brillante metal. Música a la última, destrozando los tímpanos de la gente que bailaba como loca en la enorme pista de baile, seguramente la mayoría drogados o borrachos, pero eso me daba igual.

—Pues no has visto la zona VIP; esa es una pasada.

—¿Zona VIP?

—Oh, sí. Espera, le diré a Charly que nos dé un pequeño recorrido. Es otro mundo. —Esperé unos minutos hasta que vi aparecer a Iván con Charly a sus espaldas. El tipo daba aún más miedo vestido con traje que con los guantes de boxeo puestos. Era de esos que, con mirarte mal un par de segundos, ya empezabas a sudar sangre; un auténtico cabrón. Pero al parecer estaba loco por su hermano pequeño; le daba todos los caprichos.

—Charly dice que nos puede colar en una fiesta privada que hay hoy. Prepárate, vas a ver a los *Miami Dolphins*. —Genial; no es que fuera mucho de football americano, pero conocía algunas caras. Cuando me acerqué, lo primero que escuché fue una canción de Marilyn Manson, *Tainted love*. Las

luces estaban atenuadas; había un foco detrás de la bailarina, que se retorció en la barra como una serpiente tentadora, y estaba mirándola un grupo de tipos enorme (probablemente la línea de defensa de los *Dolphins*), disfrutando de sus copas y de la compañía de varias chicas exuberantes, por así llamarlas.

Y al igual que aquellos tipos, mis ojos quedaron hipnotizados por la bailarina. Piel dorada, que parecía de oro, en contraste con la escasa y provocativa ropa de cuero negro. Todo piezas negras, desde las botas de tacón imposible hasta las rodillas, unos shorts de talle bajo, y un *bustier* de tirantes que realzaba la estrechez de su cintura. Su pelo se deslizaba como una manta ondulada y perfecta de color roble. Sus ojos parecían pintados como dos cuencas negras, difuminadas en los bordes y labios rojo intenso. Toda ella parecía sacada de un video de Marilyn Manson; era una mezcla entre diabólica y sexy. Pero lo que más me llamó la atención fueron sus ojos, tristes y enfadados al mismo tiempo, una mezcla imposible de conseguir, y que ella exhibía sin ningún pudor.

Sus movimientos eran sensuales, rápidos y lentos, imposibles, subyugantes. Había un aura en ellos que te atrapaba sin remisión, como el baile de una cobra antes de atacar, hermoso pero letal.

No me había dado cuenta de que mis pies me habían acercado a la plataforma de la bailarina, hasta que un brazo de un metro de diámetro me paró en seco. Miré hacia abajo y me di cuenta de que era uno de esos tipos enormes; parecía que no les gustaba que me acercara demasiado a su diversión. Así que me paré allí, bajo la luz de un foco que calentaba mi cabeza, con las manos en los bolsillos, demostrando que no era ninguna amenaza. En un quiebro imposible la bailarina quedó parada frente a mí, nuestras miradas cruzándose, y entonces lo sentí, mi cuerpo y mis sentidos la reconocieron; era Danny. Y, como ocurría cada vez que teníamos aquellos momentos delicados, ella se giró y salió de allí. Al principio con paso torpe, luego dándole a sus caderas un balanceo diabólico, un *desaire* que yo conocía demasiado bien, esa arrogancia que sólo Danny podía imprimirle a unos simples movimientos de pies.

Mi mano salió demasiado lenta detrás de ella, pero mis pies y mi boca se habían quedado congelados.

—¿Quieres conocerla?, puedo pedirle a Charly que nos acerque a los camerinos. —No respondí, tan solo le miré, aún aturdido, y asentí con la cabeza.

Danny

Tres horas, tres puñeteras horas más y habría salido de allí con otros 500 pavos. ¿Y ahora qué? Las pocas ganas que tenía de estar allí se habían esfumado cuando lo reconocí. Estaba allí, parado bajo una luz que hacía brillar su pelo, convirtiéndole en un ángel entre todos aquellos depravados. Su atención estaba sobre mí, nuestros ojos conectando, y entonces lo supe, me había reconocido, sabía que era yo. ¿O tal vez no? Ojalá estuviese confundida. Tanto trabajo en crear esa máscara macabra en mi cara para que nadie reconociera mis facciones, y llega él y me reconoce debajo de todo ello. ¡Maldita sea! Calma Danny, me dije, puede que no se haya dado cuenta, puede... ¿a quién quería engañar?

Escuché unos golpecitos en la puerta, otro puñetero cliente que había sobornado a algún empleado y lo había llevado hasta mi camerino. Odio a esos tipos que piensan que todo tiene un precio. Bailo para ellos, pero no soy una puta, no me acuesto con ninguno.

—¡Largo!, no estoy en venta. —La puerta se abrió igualmente, y me volví hacia ella lanzando mi cepillo al insistente depravado.

—Ups, casi. —Aquella voz... El cepillo efectivamente pasó a escasos centímetros de su cara. Gracias a dios, así no tendría nada más por lo que pedir disculpas.

Capítulo 22

Mo

Estaba en su camerino, con la ropa tal y como la vi la última vez, quizás con más tristeza en su cara. Pasé dentro y apoyé el peso sobre la puerta, cruzando los brazos sobre mi pecho. Esta vez no iba a huir, me estaba cansando de eso.

—¿Ibas a contármelo?

—No es algo de lo que esté orgullosa.

—Pero lo haces.

—Créeme, si hubiese otra alternativa, no lo haría.

—Entonces, ¿Por qué lo haces? —Se volvió hacia mí y me miró fijamente por primera vez desde que entré en la habitación.

—Porque la perra de mi prima se ha quedado con los últimos tres meses de alquiler, y ahora no tengo dinero para pagar la deuda al casero este lunes. O pago lo que debemos o estamos en la calle.

—Puedes venir a mi apartamento. Tú, quiero decir, no tu prima. Después de lo que os ha hecho, yo no la voy a acoger en mi casa. No lo merece. Pero tú...no permitiré que estés en la calle. —Genial, dos...bueno, tres besos increíbles, y la estaba metiendo a vivir en mi casa. Estaba loco, lo sé, pero la vida me había tendido tantas manos con ayuda que me sentía obligado a corresponder esa gratitud. Esta vez era otro el que necesitaba ayuda, y yo el que podía ofrecerla. Su cara se quedó petrificada, casi congelada...

—¿Tú... tú me ofreces tu casa?

—Te ofrezco un lugar donde vivir, hasta que te recuperes de este bache.

—Si lo decía así, no sonaba como que quería meterla en mi cama la primera noche, aunque la idea...; no Mo, que no sabes cómo pueden ir las cosas. La gata te puede salir arisca y luego a ver quién es el listo que la saca de allí. Bueno, ya estaba la piedra lanzada, y yo no soy de los que esconde la mano después.

—Yo...yo no sé qué decir.

—Di que cogerás tus cosas y saldrás de allí; di que aceptarás mi oferta.

—Esto...esto no es tomar las cosas con calma.

—Bueno, vamos a ser compañeros de piso, y no voy a echarte independientemente de cómo funcione... esto. —Señalé el espacio entre

nosotros con la mano, para que entendiera a lo que me refería, porque si tenía que buscar una palabra que nos definiera en ese momento... tardaría una eternidad en encontrarla.

—De acuerdo. Pero no pienso compartir tu cama.

—Tengo un sofá muy cómodo, eso han dicho.

—Bien, pero voy a dormir yo, no tú.

—No pensaba hacerlo, ni de broma entro en él.

—Bien. Y pagaré... —Levanté la mano para detenerla.

—Nada, no pagarás nada. Puedes colaborar en las tareas de casa, con la comida y esas cosas, pero el alquiler es cosa mía.

—Vale.

—¿Estamos de acuerdo?

—Creo que sí.

—Bien. Porque ahora vas a ir donde tu jefe y le vas a pedir la cuenta. Porque no voy a dejar que salgas ahí para que unos tipos babeen encima de ti.

—Ella soltó una gran carcajada, el color volvió por fin a su cara.

—No estaban babeando encima de mí.

—Créeme, lo estaban. Y alguno seguro que estaba teniendo un orgasmo solo con mirarte.

—¿Orgasmo? No creo, pero.... —Se levantó y caminó hacia mí, de esa manera tan sensual y segura a como lo hizo antes sobre la plataforma de baile.

—...Seguro que estaban a punto de explotar en sus pantalones. —Su cuerpo se recostó totalmente sobre mí, mis brazos la envolvieron con miedo y ansia; ¿imposible?, aterrador, pero malditamente posible. Estaba temblando como una hoja en otoño, casi lista para caer del árbol. Sentí sus dientes raspar mi barbilla y un gemido salió de lo más profundo de mi pecho. ¡Mierda!, estaba perdido.

Danny

Me vestí y caminé hacia el despacho de Stuart. Me iba pegado a mi culo, como si temiera que alguien intentara propasarse conmigo. Mi guardia personal, gracioso. Cuando llegué a la puerta golpeé un par de veces; la voz de dentro me invito a entrar.

Stuart estaba allí, al otro lado. Fue un poema ver su expresión cambiar tan rápido de una expresión a otra. Primero feliz por verme en su despacho, extrañado al ver mi ropa de calle, y totalmente molesto cuando vio que me

acompañaba un hombre que no conocía.

—Stuart, quiero la cuenta.

—No has terminado el trabajo.

—Ha surgido un imprevisto.

—¿Qué imprevisto?

—Yo. No quiero que siga bailando ahí fuera.

—¿Y tú eres?

—Su novio. —¡Joder!, perdón por la expresión, pero estar en un lugar así acaba pegándote malas palabras al vocabulario. Mi novio, y lo dijo tan fresco. Tampoco era plan de contradecirle, pero una muy buena razón de peso, que no iba a desaprovechar.

—¿Tu novio?

—Sí, él.

—Sí, yo. Y no me gusta que otros hombres la vean casi desnuda. Así que dale lo que ha trabajado y nos iremos de aquí. —Stuart sopesó la situación. Sabía que estaba evaluando a Mo, su tamaño, el grado de amenaza que podía significar. En el local había gorilas más grandes que él y bien podía dar orden de que lo patearan hasta la calle.

Stuart

El chico no era más que un crío, podía sacarlo a la parte trasera y hacer que le dieran la paliza de su vida. Pero ¿qué conseguiría con eso?, asustar a Danny, y yo no quería eso. He aprendido a ser paciente, porque al final, encontraré la manera de traerla a mí. La tuve una vez entre mis manos y se me escapó, pero como buen pescador solté el sedal para que se confiara y utilicé a la boba de su prima para atraerla de nuevo a mi territorio. ¿Liarla con las apuestas?, un juego de niños. Aquella puta egoísta sólo pensaba en ella. Hice todo lo posible por ponerlas en un aprieto económico, y sabía que la barra era una forma rápida y fácil de conseguir bonitas sumas. Solo tenía que soltar el cebo y ella regresaría a mí. Y volvería a hacerlo. La traje una vez más y podría hacerlo de nuevo.

—De acuerdo. —Abrí el cajón, saqué el fajo de billetes y empecé a contar delante de ella, que viera lo que podía tener si decidía venir a mi lado. Yo le daría todo lo que necesitara. Ni La estúpida de su prima ni ninguna de las chicas podía entenderlo. No era cuestión de perfección exterior, allí había muñequitas perfectas. No, era cuestión de lo que había dentro. Ella tenía garra, coraje y todo eso que no puedes comprar. Eso que hacía a aquellos

imbéciles caer a sus pies, pagar sumas escandalosas por una sesión privada y correrse dentro de sus pantalones con una sola mirada. Yo quería eso, ya no solo por el dinero que podría darme, sino por el hecho de que me perteneciera a mí, solo a mí. Los demás podrían mirar, pero sólo yo podría tocar y disfrutar. Miré a aquel niño. Disfruta ahora que puedes porque ella será mía al final.

—Tu dinero. Espero que volvamos a vernos. —Ella me miró por encima del hombro antes de irse.

—Adiós, Stuart. —No digas adiós pequeña, porque no va a ser así.

Capítulo 23

Danny

Caminé por el local apretando bien fuerte mi bolso contra mi pecho. Odiaba que chocaran contra mí, y más sentir el roce contra mis pechos; me hacía sentirme “sucio”. Cuando estaba bailando en la barra nadie podía tocarme, y si alguien lo hacía tenía toda la libertad para darle una buena patada en las bolas. Eran las normas y todos las conocían, y el que no, pronto se enteraba de ellas. Yo no era de esas que se dejaban manosear mientras las metían un dólar en el elástico de las bragas; no, yo era la que tenía veneno en la piel, no se toca. ¿Cómo era la norma en el local?, tú no puedes tocar a las chicas, pero las chicas te pueden tocar a ti. Y yo nunca tocaba, nunca lo necesité.

Podía ver en sus ojos la lujuria que les podía provocar sin llegar a eso; y no era porque hubiese ensayado delante del espejo durante horas, no, eso era parte de la maldición de las mujeres de mi familia. ¿De qué iba esa maldición?, pues básicamente venía a decir que éramos la tentación hecha carne, la Salomé moderna. Ella consiguió la cabeza de un hombre en bandeja de plata con un solo baile, y las mujeres de mi familia llevamos su sangre corriendo por nuestras venas. O al menos eso decía mi abuela Martha, o tía abuela, bueno, eso es otra historia que puede que os llegue a contar.

El caso es que ella era de esas santurronas que iban todos los domingos a misa, y que creía que la misión en la vida de una mujer era ser una recatada y humilde esposa, darle hijos a su esposo, y soportar cualquier carga que Dios le envíe. Sí, otra manera de decir esclava solo que con un anillo en el dedo, y las mujeres de mi familia no comulgábamos con esa idea. Tía Martha decía que teníamos el demonio dentro. Éramos salvajes, inconformistas, temerarias y todo lo más lejano a sumisas que uno se pueda imaginar.

En fin, esa historia la terminaré otro día porque hay mucho que contar sobre la tía Martha, la salvaje de mi abuela, mi abuelo y la forma en que ambos murieron. Sólo mencionaré que el abuelo Vasil era un chico malo, una auténtica llama que todo lo quema cuando lo toca, y la abuela no era una polilla sino más bien gasolina.

Cómo decía, caminé entre la gente, intentando salir tan rápido de allí como podía. Sentía la mano de Mo en mi espalda, casi en mi cintura,

guiándome entre la gente y su otra mano apartando a los indeseables de mi camino. Me sentía Whitney Houston en la película de “El guarda-espaldas”, sí, será vieja, pero es un clásico.

Llegamos hasta la puerta trasera, más que nada para evitar a los clientes que esperaban en la puerta principal. Lo malo de aquella puerta es que daba a un callejón apestoso, donde se escondía el personal que salía a fumarse un cigarrillo. Y en aquel momento, había una mujer allí. Estaba apoyada contra la pared y soltaba el aire de sus pulmones como si fuese el placer más sublime. En otra ocasión habría pasado a su lado sin hacerle ni caso, porque no tenía intención de hacer amigos allí. Pero su voz de me hizo girarme hacia ella.

—Vaya, la princesita de Stuart vuelve a salir corriendo. ¿Cuánto tiempo volverás a tardar esta vez en volver?

—No voy a volver, esta fue la última.

—Sí, sí, también lo dijiste la otra vez y aquí estás.

—¿Te conozco? —Achiqué los ojos hacia ella; no como una amenaza sino como un intento de buscar en ella algún rasgo conocido. Y cuando sonrió con media sonrisa (una de suficiencia) la reconocí. Sí, aquel vestigio de mujer fue una de las bailarinas cuando estuve aquí la vez anterior. Ahora estaba más vieja, más desgastada y llevaba atada a su cintura un trozo de tela negra que me decía que ahora estaba sirviendo bebidas tras la barra. Sus pechos estaban algo más caídos y sus extremidades mucho más delgadas, casi escuálidas. ¿Eso es lo que te hacía la vida en aquel lugar?

—Ahora trabajo detrás de la barra, sirviendo copas. Las propinas son una mierda, pero al menos tengo algo con lo que pagar las facturas. —Dio otra calada a su cigarrillo y se acercó un poco más a nosotros, pero no más de dos pasos desde donde estaba antes.

—¿Ya no bailas?

—Mírame, ya no le excito ni a un adolescente saturado de hormonas. No, mis días de reina de la pasarela terminaron hace tiempo. Ni siquiera Stuart me utiliza cuando está borracho. Ahora busca bocados más jóvenes.

—Tenemos que irnos. —Giré sobre mis talones, pero ella no dejó de hablar.

—Volverás, princesita. Stuart quiere probarte y no parará hasta hacerlo.

—No volví por Stuart.

—Pobre ingenua. Stuart está detrás de todo y acabarás cayendo en sus redes, como todas. Juega con nosotras hasta que se cansa, después nos tira y

consigue otro juguete nuevo. Siempre es así.

—Yo no voy a ser el juguete nuevo de Stuart.

—¿Lo dices por tu chico?, no le duraría ni dos minutos. Si le querría fuera del juego a estas alturas ya estaría comiendo tierra en alguna cuneta. Stuart no se está con contemplaciones, y no le importa jugar sucio, eso te lo aseguro. Acabará consiguiéndote, sea como sea.

—Lo dices como si estuviese obsesionado conmigo.

—Créeme, lo está.

—No puedes estar segura de eso.

—Estaba obsesionado contigo cuando me follaba a mí, porque no podía follarte a ti; podía verlo en su cara, cuando sus ojos te devoraban con hambre y después me empujaba en algún lugar cerrado para solucionar la erección que tú le provocabas.

—Él nunca...

—Sí, pequeña princesa. Él seguramente te hizo más de una proposición, pero no te forzaría; a él le gusta ser el que gana y forzarte no es ganar. A él le gusta que te entregues, aunque no te guste, y te juro que le da igual si lloras después de hacerlo. Él solo quiere que te abras de piernas siempre que te lo ordene. Yo fui una de las pocas estúpidas que lo hizo voluntariamente. Fui una ingenua que creyó que era lo suficientemente hermosa y sexy como para conseguir cosas de él. Pero Stuart no es de esos. Él posee, no da nada a cambio. Tú fuiste más lista que yo; tu corriste bien lejos la otra vez. Pero él es de los que no se cansa, por eso has vuelto. Y volverá a encontrar la manera de hacerlo, eso tenlo por seguro; Stuart odia perder.

—Pues esta vez tendrá que hacerlo. —La voz de Mo casi me asustó, como si hubiese olvidado que estaba allí.

—Contigo también podrá, puedo asegurártelo. —La mujer caminó hasta nosotros y extendió la mano hacia el rostro de Mo, pero sin tocarlo, como si fuera un fantasma que no pudiese alcanzar.

—Tienes pinta de ser un buen chico, pero ninguno lo es. Todos tenemos secretos, debilidades, vicios. Stuart encontrará el tuyo y tirará de él hasta atraparte en sus garras. Lo he visto antes y contigo no será diferente.

—Stuart puede irse a la mierda.

—Me encantaría que eso fuese verdad, no por rencor o venganza ya no tengo fuerzas para eso. Pero sí para poder liberarme de él de una vez. —La mujer se giró hacia la puerta con paso viejo y cansado, como si la energía la hubiese abandonado hace demasiado tiempo.

—Cuídate. —No sé por qué dije eso, quizás para que realmente tuviese una razón para hacerlo, como que alguien se lo hubiese pedido.

—Es tarde para mí, es tarde para muchas, quizá también para tu prima Nat. Ojalá tengas suerte y consigas escapar de Stuart, pero le he visto desearte durante mucho tiempo, le he visto traerte de nuevo así que no voy a apostar por ti esta vez. Stuart siempre gana con las apuestas. —Ella desapareció tras la puerta. Y yo me quedé allí congelada hasta que sentí el calor de la mano de Mo sobre mi hombro.

—Será mejor que salgamos de aquí. Este sitio me está empezando a dar escalofríos.

—Sí, a mí también. —Eché un último vistazo al local y recé en silencio porque esa mujer se equivocara esta vez.

Capítulo 24

Danny

—¿Estás bien? —No me había dado cuenta de que estábamos en silencio hasta que Mo habló. Alcé la vista hacia la ventana reconociendo el camino. Mo estaba conduciendo hacia mi apartamento. En otra ocasión habría sacado un chiste sobre su gran tamaño y mi pequeño coche, pero no estaba con ánimos.

—No. —Froté mis brazos, intentando recuperar algo de calor, intentando borrar la sensación de frío que me acompañaba desde que salimos del local.

—Stuart no va a conseguirlo, no contigo. Voy a estar aquí para lo que necesites, él a mí no me da miedo.

—Pues según ella, tendrías que estar asustado.

—No es que lo conozca a él, pero he tratado con personas con los mismos escrúpulos y estoy aquí.

—Así que los dos hemos tenido una vida dura.

—No toda, pero sí. Y aquí estamos; somos unos supervivientes.

—Es mi problema, Mo. No pienso involucrarte.

—Para eso llegas un poco tarde. —Sopesé sus palabras al tiempo que cruzábamos nuestras miradas por el breve segundo que Mo apartó la vista de la carretera. Apretó mi mano con la suya y sentí como su calor alejaba el frío de ella.

—Sí, fuiste un estúpido ahí. ¿Mi novio? ¿Cómo se te ocurrió esa tontería?

—¿Tontería?, yo lo vi apropiado en ese momento.

—Pues puede que hayas ganado un viaje al hospital con eso. O quizás algo peor.

—Voy al hospital casi a diario, ¿recuerdas? —Mis labios se curvaron hacia arriba, luchando inútilmente por no sonreír.

—No me refiero a eso idiota y lo sabes.

—Lo sé. Pero deberías darme algo más de valor.

—Conozco algo de Stuart. Y yo en tu lugar le tendría mucho respeto.

—Pero no me conoces a mí.

—Tú tienes cara de niño de papá, guapo, joven y pista despejada para caminar sin problemas por la vida.

—Tú también parecías una inocente gatita. Al parecer, ninguno de los dos somos lo que parecemos.

—No, supongo que no lo soy.

—Y yo pensando que Peyton era el único tipo contra el que tendría que luchar para llegar a salir contigo. Fui un ingenuo.

—Nunca salí con Stuart.

—Pero el sí quiere meterse dentro de tus bragas, y tampoco parece un angelito.

—Peyton era un ángel por fuera, pero estaba corrompido por dentro. Stuart...

—Ya, Stuart parece el demonio.

—Sí. —El coche se detuvo y tuve que tragar saliva porque recordé que no tendría el dinero para pagar al casero. Bueno, al menos tenía el domingo para recoger mis cosas y largarme. Y Nat... Nat era otra historia.

—Vamos a subir ahí y recogeremos algunas cosas. Sólo lo que necesites para esta noche y mañana. Quizás algo más a lo que tengas especial cariño. Mañana terminaremos con el resto.

—De acuerdo.

—Entonces vamos. —Subimos al piso y recogí mi pijama, ropa de repuesto, los uniformes y las cosas que tenía en mis escondites secretos, como mis pequeños ahorros de emergencia, los diarios de mi abuela y un pequeño colgante de ella. Todo lo demás podía esperar, e incluso podía ser restituido, no me preocupaba. Dejé una nota para Nat, para decirle que volvería por la mañana y que tendríamos que hablar. Pero seguro que no tendría que decirle que había dejado el trabajo, el cotilleo le habría llegado a los pocos minutos de abandonar el local, estaba segura de ello.

Mo y yo sacamos un par de maletas del apartamento, no quedó mucho para recoger el día siguiente. Quizás porque no tenía muchas ganas de volver.

Después llevamos mis cosas a su apartamento. Nada más ver el barrio supe que era más seguro que el mío. El edificio era más moderno, más alto. No es que fuese lujoso, pero era evidente que el alquiler costaría algo más que el mío, o al menos pensé eso, porque el precio ya no era el que pensaba que pagábamos antes.

Dejamos mis maletas en la sala de estar donde había un sofá que, como decía Mo, era demasiado pequeño para él, pero que a mí me quedaría perfecto.

—De momento saca lo que necesites para dormir esta noche. Mañana

acomodaremos tus cosas en mi armario.

—¿Vas a cederme la mitad de tu armario?, que caballeroso.

—Yo no tengo mucho que meter allí dentro, no será un problema.

—Ok.

—Traeré unas sábanas y una manta para tu cama. A menos...

—¿A menos que qué?

—A menos que te sientas tan cansada como yo y prefieras dormir en la cama conmigo. Y antes de que grites, solo he dicho dormir. La cama es grande, somos adultos y los dos estamos demasiado cansados para hacer nada más.

—Me has visto en mi “otro trabajo”, no voy a escandalizarme, tenlo por seguro. —Sentí el agotamiento en mis huesos. Compaginar el turno de enfermería con el baile era realmente agotador. Así que la idea no me pareció nada mal. Dormir ya, en una cama. Por mí perfecto.

—Cogeré mi pijama, pasaré por el baño y caeré como una piedra en esa cama. Enséñame donde está.

—Por aquí. —Mo extendió la mano, como si fuera un refinado mayordomo. Solo había dos puertas, una enfrente de la otra; si él me señalaba la de la izquierda, la otra tendría que ser el baño. Exactamente. Su habitación estaba bien recogida, salvo por un pantalón caído sobre una silla.

—Siento el desorden, no esperaba visitas. —Corrió hasta el pantalón y lo dobló con cuidado, apoyándolo de nuevo sobre el respaldo de la silla. Mi vista se desplazó sobre la habitación. Dos puertas grandes comunicaban con lo que imaginé sería el armario de la ropa, y la cama era sencillamente enorme. Sí, no habría ningún problema, casi que ni nos rozaríamos.

—Iré al baño, me daré una ducha y regreso a dormir.

—Lo que necesites. —Después de la ducha me sentí una persona nueva. Solía dormir con unas bragas y una camiseta vieja y enorme de Aerosmith, pero agregué un pequeño pantalón corto al conjunto. Una no sabe cuánta carne es necesario tapar frente a un hombre joven. Cuando regresé encontré a Mo colgando algunas de mis ropas en el armario. ¿No era él el que decía que estaba cansado? Al menos estaba descalzo. Síntoma de que se había puesto más cómodo. Al verme entrar pareció intentar no mirar mi atuendo.

—Eh, ve metiéndote en el lado que quieras; yo iré a ducharme y regreso enseguida. Ah, colgué algo de tu ropa, pero mañana la puedes ordenar como te parezca. —Desapareció por la puerta con una prenda que recogió de camino. Miré la cama y casi suelto un gemido. Se veía tan cómoda. Creo que

me quedé dormida antes de que mi cabeza tocara la almohada.

Capítulo 25

Mo

No estaba nervioso, estaba súper mega extra y todo lo que le puedas poner delante a esa palabra. Iba a dormir con ella en mi cama, con Danny, con la chica que me había hecho babear como un perro sobre una chuleta un momento antes. Tenía grabadas en mi retina todas y cada una de las partes de aquel cuerpo curvilíneo. Pocas partes tenían algo de tela encima, sólo con pensar que iba tenerla a escasos centímetros... tuve que dejar de dar vueltas en la habitación mientras esperaba. Normalmente dormía en mis calzoncillos bóxer de algodón y licra (de esos que se pegan a la piel), pero la ocasión exigía ser más recatado, así que busqué un pantalón corto de deporte y una camiseta sin mangas toda desgastada y las preparé en un montón junto a la puerta. Aun así, me sobró tiempo. Ella no salía, así que para acorta la espera empecé a desempacar sus cosas.

Y el problema empeoró cuando salió, con aquella camiseta vieja y aquel pantaloncito corto. Yo había visto más piel y no pude evitar imaginar la parte que no se veía ahora, y desear tocar la que sí. Así que salí de allí como un rayo. Necesitaba una ducha fría con urgencia.

Sé que no tardé demasiado, pero cuando llegué a la habitación Danny ya estaba dormida. Tenía que estar realmente cansada. Levanté las sábanas y me acosté a su lado, evitando en todo momento si quiera rozarla. No debía tocarla, no debía tocarla, no debía tocarla... ¡uf!, que larga iba a ser esa noche. Mentira, me quedé frito en nada de tiempo.

Estaba en mitad del mejor sueño de mi vida, envolviendo con mis brazos el cuerpo flexible de mi gatita, sus curvas amoldándose a mi cuerpo, frotándose con descaro con todo aquello que podía incendiarse. Mis manos deslizándose sobre su piel caliente, su olor en mi nariz, no, su olor no, era el de mi gel de baño y su piel, tenía que ser su piel y, entonces lo supe, aquel no era un sueño. Abrí los ojos como si hubiese explotado una bomba a mi lado y me encontré abrazado a su cuerpo. Su mano aferraba la mía sosteniéndola pegada a su vientre. Y se sentía genial, pero no era el momento, no lo era. Empecé a retirarme con cuidado, evitando despertarla. El gemido de protesta que salió de su garganta casi me para el corazón, pero continué alejándome de ella. Cuando lo conseguí, me quedé rígido a su lado mirando el techo

como si fuera un partido de básquet, casi sin pestañear. Miré el reloj sobre la mesita de noche, aún quedaba al menos una larga hora hasta que levantarse fuera algo normal y no una estampida en toda regla. Así que me quedé allí, evitando moverme, evitando ceder al deseo de mis dedos, evitando...

Abrí los ojos de nuevo, su cuerpo otra vez amoldado a mis formas, pero esta vez no había sido yo el que había sucumbido, era ella la que estaba sobre mí, abrazada como un koala a un árbol. Y sonreí, aquello no es que fuera correcto tampoco, pero no era yo el que había cometido la infracción.

Noté el momento en que ella empezó a despertarse. Su cuerpo se estiró como el de un gato, rozando su pecaminoso cuerpo con esas partes de mí que la saludaron con “alegría”. Y aunque de eso no se dio cuenta, si notó que estaba encima de alguien. Saltó como un gato que ha caído en un barreño de agua fría, poniendo tanta distancia entre nosotros como la sábana le permitió. Casi solté una carcajada, pero no lo hice.

—Buenos días, gatita.

—Bu...buenos días.

—¿Soy cómodo? —Vi el desafío en su mirada, antes de que apareciera aquella sonrisa torcida, y supe que aquel juego iba a perderlo.

—Ummm, sí. —¡Mierda!, aquel gemido me mató, pero eso no fue todo. Su cuerpo volvió a recostarse sobre mí encajando como los engranajes de un deportivo, su barbilla sobre mi pecho, sus ojos en los míos.

—¡Ejem!, será mejor que prepare algo para desayunar.

—Algo rico. —La muy ladina se relamió los labios, y yo salí de allí como si el colchón estuviese en llamas, aunque el que se estaba quemando era yo.

Danny

Fue divertido verlo salir corriendo como un conejo. Pobre chico, no estaba acostumbrado a mujeres con mi bagaje. No es que hubiese estado con muchos hombres (Peyton fue el único), pero aprendí a lidiar con muchos, y la mayoría no eran buenos. Jugar con Mo era algo refrescante, sobre todo porque no tenía que reprimirme, aquel lugar no era el trabajo, podía ser tan descarada como quisiera.

Me vestí con algo de ropa y caminé hacia lo que debía ser la cocina, al menos eso me decía mi olfato. Había una pequeña barra americana de desayuno, y al otro lado Mo trasteaba entre sartenes y platos. Había puesto un par de servicios para desayuno, dos vasos de zumo de naranja, un par de tostadas y seguro que estaba cocinando unos huevos revueltos.

—Huele bien. —Me miró por encima del hombro y vi su sonrisa.

—No te emociones, es lo único que sé hacer, aparte de bocadillos de fiambre, claro.

—Trae aquí eso que huele tan rico y déjate de tonterías. —Deslizó la sartén sobre los platos, vertiendo una buena cantidad del contenido sobre cada uno de ellos.

—Que aproveche. —Aclaró la sartén, y caminó hasta mí para sentarse a mi lado. Verle comer era un espectáculo. El tenedor volaba como un avión a reacción y el vaso subía y bajaba como un ascensor en hora punta. Antes de que yo diera mi tercer bocado, él ya había terminado su comida.

—Eres muy rápido.

—Costumbre, supongo.

—Ahora tendrás que ver cómo como yo. —Él apoyó su barbilla sobre su mano, reposando el peso en su codo, y me regaló una gran sonrisa.

—No tengo problema con eso.

—Vale.

—Te ayudaré con tus cosas cuando salga de trabajar hoy.

—Hoy estás de mañana, ¿verdad?

—Sí, entro en un rato.

—¿Necesitas que te acerque?

—No. Tengo mi moto abajo aparcada. Ayer me llevó un amigo.

—Entonces supongo que nos veremos esta noche.

—¿Qué te parece si me dejas la llave y recojo tus cosas mientras estás en el trabajo?

—Puedo ir sola al apartamento, Mo. No necesito escolta ni protección.

—No quería parecer ...

—Lo sé. Sé cuidarme sola, ¿sabes? Esto es sólo un poco de ayuda.

—Estoy aquí para lo que necesites. —Tenía esa cara de perro al que acaban de dar una patada y no pude sentir remordimientos. Él solo quería ayudar, no entrometerse en mi vida. Podía ver eso.

—He de ir a hablar con Nat. Recogeré mis cosas y las traeré yo sola. Pero si no puedo con todo, te dejaré las llaves sobre esta mesa. ¿Te parece bien?

—De acuerdo.

—Bien. Entonces, será mejor que te prepares, tienes que ir a trabajar.

—A sus órdenes. —Se levantó de su asiento, recogió su plato y antes de irse vaciló a mi lado.

—Esto... podría tener mi incentivo ahora.

—¿Incentivo?

—Si, ya sabes. Sé que no somos... o estamos en camino a...

—Ya, comprendo, yo tampoco tengo una palabra para definir dónde estamos.

—El caso es... ¿podría besarte?

—Creo que estamos en ese punto, en el que los besos ya están en el juego. —Mo asintió con la cabeza, y después me besó rápido y corto. Alcé una ceja como diciendo “¿En serio, sólo esto?”. Él sonrió mientras se encogía de hombros y salía rápido hacia la habitación. Oh, Dios, era tan tiernamente inocente. Tenía que arreglar eso, estaba claro que el chico sabía besar muy bien y no quería una lametada cuando podía darle un buen mordisco a ese bombón.

Capítulo 26

Danny

Me paré frente a la puerta, respiré hondo y llamé. Como era de esperar, tardaron mucho en abrir. Henry no era especialmente madrugador y menos un domingo. Su cara somnolienta no mejoraba su aspecto habitual.

—¡Vaya!, espero que el madrugón merezca la pena. ¿Qué me traes?, ¿dinero?, ¿o vas a pedirme más tiempo como lo hizo tu prima? —El cretino se relamió los labios mientras repasaba mi cuerpo descaradamente. Conocía a los tipos como él y sabía cómo manejarlos. Esta patética imitación de chulo de putas no tenía nada que hacer con la Danny que no quería que nadie conociera, pero había llegado el momento de sacarla fuera.

—Tenemos negocios que tratar, Henry. Sigue soltando estupideces por esa boca sucia y me largaré de aquí con mi dinero. —Noté como su cabeza se reajustó. Estaba listo para escuchar. No era la palabra dinero lo que le puso en modo casero; bueno, un poco sí; era el tono de mi voz, mi actitud. Había aprendido a hacerlo hacía mucho tiempo. Con algunas personas débiles ser dominante funcionaba.

—Puedes tomar asiento dónde quieras. —Me acerqué a una silla alta y me acomodé. El apartamento estaba limpio, como si alguien se ocupara de sanearlo porque los restos del día anterior estaban esparcidos por todas partes, síntoma evidente de que Henry era el cerdo que aparentaba. Él manchaba y alguien limpiaba detrás de él. Supongo que ventajas de ser el casero.

—Hablemos de números. Te debemos tres meses de alquiler.

—1.350.

—Cuando llegamos aquí, pagamos una fianza de dos meses por adelantado así que, si pagó un mes más y dejó el apartamento libre, todo estará saldado.

—Eh, eh, para bonita. La fianza era de un mes por adelantado, no dos. —Apreté la mandíbula, no porque creyera que esa escoria de hombre intentara engañarme, sino porque sabía que decía la verdad y que la zorra de mi prima me había engañado ahí también. Me había utilizado como su banco particular, y eso me enfurecía. Me había engañado y eso era algo que no consentía. Desde niña, podía perdonar muchas de las faltas de los demás,

pero una mentira era otra cosa. Porque el que mentía no lo hacía una sola vez, lo hacía siempre en su propio beneficio; tú no importas, por mucho que digan que es por tu bien. La mayoría de las veces la ignorancia puede hacerte feliz, pero la mentira saldrá tarde o temprano a la luz, y el daño que hará será mayor que el daño que hubiese causado la verdad. Y, por si preguntas, ocultar la verdad no es lo mismo que mentir, aunque a veces se acerca peligrosamente.

—Entonces, si te pago los dos meses que faltan, la deuda estará saldada.

—Henry se rascó la cabeza, como si así animara a sus neuronas a funcionar.

—No sé.

—Bien, te lo expondré de otra manera. Yo te pago dos meses, que es dinero que hasta ahora tenías perdido. Yo abandono el apartamento y en vez de devolverme la fianza te quedas con ella. Resultado, cero. Tienes tu dinero y el apartamento disponible.

—Si, parece que eso está bien.

—Ahora, puedes buscar un nuevo inquilino, o puedes renegociar un nuevo contrato con Nat, así te ahorras el buscar otro pardillo a quien endosarle esa mierda de apartamento.

—¿Renegociar?

—Sí, fenómeno, seguro que tú puedes hacer eso. En todos los casos yo liquido la deuda y salgo de la ecuación. Tú tienes tu dinero y yo quedo limpia de deudas.

—Supongo que sería lo correcto.

—Entonces es un trato. Mañana traeré los 900 y firmaré el fin de contrato. Tú estamparás tu firma en el papel y todos felices.

—Vale.

—Bien, entonces nos veremos mañana. ¿O prefieres que te dé más tiempo para tener todos los documentos listos?

—Eh, no, creo que estará todo bien con las firmas de rescisión de contrato.

—Ok, entonces nos veremos mañana. Ahora, si me disculpas, tengo cosas que recoger. Mañana te entregaré la llave.

—Está bien. —Salí de allí con la sensación de que la parte fácil ya estaba hecha, ahora venía la parte dura. Subí las escaleras hasta el que iba a dejar de ser mi apartamento, metí la llave dentro y tomé una profunda inspiración. Allí iba.

Mo

Llevaba una estúpida sonrisa en la cara de camino al trabajo, lo sé, pero era imposible de borrarla, o eso pensaba yo, hasta que vi un rostro conocido esperando en la entrada del hospital. Caminé como siempre hacia allí y percibí que el hombre no estaba solo, eran dos. Dos tipos grandes y enormes como armarios roperos, uno con la cara de Charly. El tipo se acercó a mí y le hizo una seña a su compañero, el cual se puso a vigilar. Sabía lo que significaba eso; había visto ese mismo gesto cientos de veces, uno vigila y el otro hace su trabajo. Pero esta vez estaba preparado para devolver los golpes.

—No es una visita de cortesía, ¿verdad?

—Tengo un mensaje para ti.

—No hace falta que te acerques tanto para dármelo. —Charly miró hacia atrás, controlando el puesto de su compañero. Después me hizo un gesto y se colocó en un lugar donde no nos viera. Me instó para que lo imitara. Eso no era normal, pero de todas formas accedí a hacerlo. Metió las manos en los bolsillos mostrando su intención de no utilizarlas. De momento íbamos bien.

—Stuart quiere que te dé un mensaje claro; tienes que alejarte de Danny.

—¿Y si no lo hago?

—Yo solo soy la primera advertencia, y te puedo asegurar que las órdenes eran grabarte el mensaje en el cuerpo. —No hacía falta que dijera más. Charly estaba teniendo una deferencia conmigo, tal vez porque nos conocíamos, tal vez porque no quería que su hermano se enterara y dejara de mirarle con admiración; el motivo no importaba. Pero tenía razón, esta vez había sido él, la próxima sería alguien que no dudaría en cumplir el encargo completo.

—Entonces debo agradecerte el que no lo estés haciendo.

—No apruebo los métodos de Stuart, pero trabajo para él. Y aunque no me guste donde se está metiendo, he de cumplir sus órdenes.

—Lo entiendo.

—Te he observado lo suficiente como para saber que no eres tonto, que no te metes en líos, por eso me gusta que pases tiempo con mi hermano Iván. Pero, también te he visto pelear y sé que no eres de los que se rinde fácilmente.

—No, no lo soy.

—No soy de dar consejos, pero voy a darte uno. No te involucres en esto. Stuart es peligroso.

—Ya es demasiado tarde para eso, pero de todas formas gracias por el

aviso. —Charly asintió con la cabeza y caminó hacia su compañero. Me escabullí antes de que el otro viera que Charly no me había destrozado los huesos, como debería haber hecho. Mientras me cambiaba la ropa, mi cabeza estaba dando tantas vueltas que era probable que los engranajes sonaran como los de un viejo carrusel. Sopesé todas mis opciones y la de apartarme del camino de Danny fue la primera que descarté. Después de pensar, solo encontré dos opciones; una era entrar en su juego y pelear, pero sabía que perdería, cuestión de recursos. La otra...tendría que necesitar algo de apoyo extra y sólo se me ocurría una persona a la que recurrir. Cogí el teléfono y miré su número. No esperaba tener que pedirle ayuda, pero uno no sabe las vueltas que puede dar la vida, ni el nivel de desesperación que una persona puede alcanzar.

Capítulo 27

Danny

No me sorprendió que todo estuviese en silencio; a esas horas Nat seguramente aún estaba durmiendo, así que decidí empezar por recoger mis cosas. Cuando entré en mi habitación vi todo revuelto. Algunas cosas tiradas, ropa por el suelo, mi armario abierto...tenía pinta de haber pasado un tornado con mala leche. Puf, toda una rabieta de Nat. La última; no iba a soportar ninguna más. Recogí las cosas que quería conservar, las metí en la maleta que había acercado hasta allí y, cuando lo tuve todo listo, me encaminé hacia el cuarto de Nat. En aquel momento despertarla sería todo un placer.

Giré el pomo y empujé la puerta con fuerza, haciendo que golpeará la pared. Disfruté cuando el ruido la sobresaltó y sus ojillos adormilados asomaron de debajo de las sábanas.

—¿Qué demon...?!

—¡Arriba, chupa sangre!

—¿Estás loca?, casi acabo de meterme en la cama. —Se tapó con la sábana de nuevo, y volvió a tirarse en el colchón. Me acerqué hasta ella y agarré la sábana con fuerza, tirando de ella y arrojándola al otro extremo de la habitación.

—No haberte entretenido redecorando mi cuarto.

—Eso...eso puedo explicarlo. —La vi sentarse en la cama frotando su cara para intentar despejarse un poco.

—No necesito que lo hagas, es más, no quiero saberlo. No quiero saber más de ti, ni de tus rabietas, ni tus mentiras, ni tus líos, ni nada que tenga que ver con tu patética vida de garrapata. Este perro se larga, ve a chuparle la sangre a otro. —Me giré hacia la puerta y comencé a caminar hacia ella.

—¿Qué quieres decir?, ¿te...te vas?

—Mi maleta, la puerta y yo; súmalo todo y tienes tu respuesta.

—¡No te puedes largar y dejarme a mí con todo el problema! Eres una mimada egoísta. —Hasta ahí, me paré en seco y giré despacio hacia ella. Nat se detuvo igualmente al ver mi rostro y tragó saliva. Sí, podía rebajarme a su nivel y arrancarle el pelo de raíz con unos cuantos tirones, marcarle la cara y patearle las costillas. Y seguro que me sentiría mejor, pero eso sólo me acercaría más a ser como ella y al mundo que trataba de dejar atrás.

—Yo no soy como tú, parásito. La deuda con Henry está saldada, cero. Si quieres seguir viviendo aquí tendrás que negociar con él; lo que hagas al respecto me importa un pepino. Yo me largo tan lejos de ti y tus problemas como pueda. No me llames, no me busques, ni siquiera pienses en mí, porque para ti ya no soy nada. No voy a ser tu salvavidas, ni tu hucha y mucho menos un pañuelo donde sonarte los mocos. Se acabó.

—Cobarde.

—¿Yo cobarde? Te diré lo que es ser una cobarde. Es poner a otro delante de ti, para que reciba los golpes que te ganaste. Y eso es lo que has hecho tú. ¿Crees que no sé por qué acabé bailando en la barra?, por ti y tu egoísmo. Pensaste que sería yo quién pagaría tus deudas.

—¿Qué...?

—¿Crees que no iba a enterarme de que has perdido mucho dinero con las apuestas?, ¿que no iba a descubrir que gastas tu dinero en drogas?, ¿qué ninguna de tus compañeras te aprecia? Se que le debes dinero a tu corredor y supongo que es Stuart. ¿Me equivoco?

—Él sabe que se lo devolveré, solo necesito un poco de suerte y...

—Eres una estúpida. Él te ha utilizado para hacerme volver y tú lo has hecho encantada. Pero eso se acabó; no volverá a tirar de esa cuerda porque acabo de romperla. —Giré de nuevo hacia la puerta y agarré mi maleta.

—¡Espera!, no te vayas.

—Esta vez no, Nat. Si quieres ayuda, tendrás que recurrir a otro. ¿No entiendes que seguirá usándote para llegar a mí?irme es la única solución de que deje de hacerlo.

—¿Así que lo haces por mí, verdad? Sí, la santa Daniela. Ahora resulta que piensas en tu prima; así justificas el largarte y dejarme tirada.

—No, Nat. Así te dejo claro que no quiero saber nada de ti. Stuart y tú podéis iros a la mierda. —Salí de allí y dejé de prestarle atención a sus gritos. Ya no tenía ganas de responder a sus acusaciones. Estaba rompiendo con ella y con el pasado.

Mo

Es raro verte en el mismo sitio de siempre, tú trabajo, pero hacerlo con ropa de calle. Sin el uniforme, en la zona de urgencias me sentía fuera de lugar.

—Hola Mo.

—Hola, Brown.

—¿Olvidaste algo?

—Algo así.

—¡Vaya!, que misterioso.

—No me toques las pelotas, Brown.

—Eh, conmigo no pagues tu mal humor.

—Acabo de terminar un turno de mañana, no estoy para muchas bromas.

—Tampoco iba a decirle que la visita de esa mañana me había quitado las ganas de reírme por un tiempo.

—Vale tío, te dejo tranquilo.

—Nos vemos. —Esperé en la esquina, con las manos en los bolsillos de mis jeans y la mirada atenta a la gente. Y por fin la vi. Allí estaba Danny, con su dulce sonrisa, hablando con un pequeño que sonreía, a la vez que sorbía sus mocos y lamía una de las lágrimas que le corría por su mejilla sonrosada. Me acerqué solo lo suficiente como para que notara que estaba allí. Se dio cuenta de que me había aproximado y se despidió del niño y su madre con calma.

—¿Qué haces aquí? Creí que estarías en casa. —Casa, cuando salió esa palabra de su boca lo hizo demasiado bien. Se que se refería al lugar, no al concepto familiar, pero aun así sonaba bien.

—Sólo quería saber si dejaste algo para recoger en tu antiguo apartamento.

—No, no dejé nada mío allí.

—Bien, eh...

—Sé que hay algo que no quieres decirme, pero lo vas a hacer así que, suéltalo ya. Y no intentes camuflarlo, no soporto las mentiras ni el engaño. Puedo perdonar otras cosas, las mentiras no.

—Está bien. Stuart mando un matón a por mí esta mañana.

—¿Eh?, ¿estás bien?, ¿te hizo algo?

—No, tranquila. Conocía al tipo y cambió el “mensaje” un poco.

—¿Qué mensaje?

—Stuart quiere que me aleje de ti. —Ella empezó a caminar evitando mirarme.

—Tendrías que hacerlo, sí.

—No lo voy a hacer. —Se giró para mirar mi cara directamente.

—Estás a tiempo, Mo. No somos más que conocidos, puedo salir de tu vida sin causarte daño.

—Primero, ya es demasiado tarde para considerarnos solo conocidos. Y

segundo, no soy del tipo de personas que deja a la gente tirada cuando la necesitan. —Ella volvió a caminar y a evitar mis ojos.

—No te necesito.

—Yo creo que sí y no me estoy refiriendo a un lugar para dormir. Creo que necesitas a alguien para no estar sola en esto.

—¿Estar sola en qué?

—En lo que sea que tiene pensado Stuart para ti.

—A mí no quiere hacerme daño, solo...

—Solo quiere que te sometas a sus deseos. Para mí eso sí es hacerte daño.

—A ti te haría algo peor, y yo no voy a cargar con eso.

—Lo que me haga él, y cómo responda yo, es cosa mía.

—No intentes hacerte el chico duro, no te pega.

—No, no soy un tipo duro de esos que dices; tan solo no huyo, y menos abandono a un compañero.

—Suenas muy Marine.

—Sueno a yo. Nada más.

—Escucha bien. No puedes hacer nada, sólo eres un chico que trabaja como guardia de seguridad en un hospital. Stuart es el dueño de un club nocturno, maneja algunos asuntos ilegales, y no tiene reparos en quitar de en medio a quien le molesta, así que yo que tu cubriría mis espaldas.

—Eso ya está en camino.

—¿Qué quieres decir?

—Que ya he hecho el pedido a la tienda.

—¿Qué pedido?, no te entiendo.

—Un chaleco antibalas, ya sabes, para proteger mis espaldas.

—Estás loco.

—Pero soy una monada.

—Joder, ¿Qué voy a hacer contigo?

—Se me ocurren unas cuantas cosas.

—Eres un perverso.

—Solo a veces. Ahora solo pensaba en esa cita que tenemos pendiente.

—Nada de sexo.

—No me importaría no cumplir esa norma, si te soy sincero. Pero no era ese el plan que tenía.

—Ah ¿sí?, ¿y cuál es el plan?

—Ésta noche lo sabrás.

—¿Ésta noche?

—Sí. Si Stuart quiere hacer su jugada, no tengo tiempo que perder.

—Eres un caso único.

—Te recogeré cuando acabes el turno. —Me di la vuelta sin esperar una respuesta. Al menos volvía a sonreír, eso era bueno.

Capítulo 28

Danny

—¿Un planetario?

—Sí, no es algo con mucho glamour, pero pensé que te gustaría. — Caminamos hasta encontrar un sitio donde sentarnos. Decir que me había sorprendido era decir poco. Mirar las estrellas, sin prisa, y que además alguien te explique cuál es cada una de las ellas, las constelaciones, su historia, era... perfecto.

Me senté en el asiento inclinado, y me dispuse a ver la proyección sobre el techo. Cuando las luces se apagaron, noté una mano que se deslizaba entre mis dedos. Miré hacia su lado y lo encontré mirando extasiado el falso firmamento. Su cara reflejaba la ilusión de un niño. Quizás por eso me atraía, porque tenía en él esa pequeña parte de inocencia que a mí me arrebataron. Por eso me gustan los niños, trabajar con ellos, porque aún pueden sonreír por las pequeñas cosas que ocurren a su alrededor como si fuesen auténticos milagros.

Los ojos de Mo miraban brillantes las falsas estrellas, al tiempo que una suave sonrisa adornaba su cara, haciendo de él el hombre más hermoso que jamás hubiese visto. Mi cabeza saltaba constantemente entre las estrellas y él, porque no sabía qué era lo que más deseaba mirar. La exposición llegó a su fin, pero antes de que las estrellas se desvanecieran, salté sobre él y aferré su cara entre mis manos. Mis labios se pegaron a los suyos, y me apoderé de su boca. Al principio noté su sorpresa, después se relajó y, acto seguido, sus brazos abandonaron los reposabrazos y se envolvieron a mi cuerpo. Sabía que estaba peleando en una batalla por ver quién era el más hambriento, de igual manera que sabía que ninguno de los dos iba a perder. Al final, me puse en pie, dejándolo sentado, respirando con dificultad y a todas luces feliz.

—Wow. ¿Qué ha sido eso?

—Ummm, ¿gracias?

—Pues todavía falta el helado, así que espero que te hayas guardado un poco para después. —Le tendí la mano y lo insté a levantarse. Él la cogió, pero se levantó sin ninguna ayuda por mi parte.

—No te acostumbres, yo no suelo hacer estas cosas. —Él alzó una ceja de manera inquisitiva, como diciendo ¿En serio?

—Pues que yo recuerde esta no es la primera. Quizás yo te provoque...

—Lo del ascensor fue un momento de angustiada debilidad; la psicosis del atrapado, puedes llamarlo como quieras.

—Ok, y la vez anterior era que estabas borracha.

—Eso.

—No sé tú, pero conmigo tienes demasiados...

—¡Agh! ¡Cállate! —Mo soltó una sonora carcajada, cogió mi mano y me arrastró hacia la salida.

—Vale, lo que tú digas. Pero será mejor que nos demos prisa o se nos hará muy tarde para ese helado.

—Todavía es pronto.

—Yo estoy muerto de hambre, necesito comer algo antes de pasar al postre.

—Ah, eso.

—¿Creías que me iba a olvidar de alimentarte?

—¿No eras tú el que tenía hambre?

—Siempre puedo comer mientras tú me miras hacerlo.

—Eso no es muy caballeroso.

—Eh, eres tú la que se ha olvidado de su estómago.

—¿Es que tienes una réplica para todo?

—Sólo cuando estoy contigo. Anda, vamos. Conozco un sitio donde hacen el mejor pollo ranchero de la ciudad. —Cuando llegamos al “rancho rodante” no podía creerlo. Me había llevado a una de esas furgonetas donde servían comida rápida. Pero no iba a criticarle, porque si bien no sabía lo que cobraba un guardia de seguridad en un hospital, tampoco pensaba que fuera lo suficiente como para llevarme a un lujoso restaurante. ¿A quién quería engañar?, a mí nunca me fueron los restaurantes lujosos; me encantaba demasiado comer con las manos. La comida sabía mejor y podía dejar mis modales en casa, gemir cuando la comida estaba buena y dejar que la grasilla resbalara por mi barbilla. Mi estomago ya estaba gruñendo por el olor que saturaba mi nariz, no necesitaba torturarlo más.

—Hola Carmen.

—Hola chiquito, ¿cómo tú por aquí?

—Traigo a una chica para que la impresiones con tu comida.

—Eso está hecho. Hola, soy Carmen. —Extendí la mano hacia la mujer que me sonreía desde dentro de la furgoneta

—Danny.

—Así que mi pequeño quiere impresionarte. En ese caso, será mejor que me deis unos minutos, os prepararé algo sabroso.

—Que sea doble, tengo hambre.

—Ya conozco tu apetito, mi pequeño zampón. —La mujer se metió dentro de la furgoneta y dejó en su lugar a una chica pelirroja que nos miraba con una pícara sonrisa.

—¿Alex te dio el día libre?

—No, ya estuve hoy allí. Ahora necesito recargar las energías.

—Sí, prepararé algo para que puedas beber.

—Gracias, Ingrid.

—Vaya, veo que las mujeres son lo tuyo.

—No creas, son la madre de Angie y la prima de Alex.

—Ummm, todo queda en familia. —Después de unos minutos estábamos sentados en un banco, gimiendo como dos posesos. No podía creerlo, aquello estaba de muerte de bueno. Mo me miraba mientras comía, e intentaba que no se escapase nada de su boca mientras sonreía.

—Esto...está...increíble.

—Lo sé. Creo que Alex no sabe lo que vale pagarme con esto cada vez que trabajo en su casa.

—¿Alex te paga con comida tu trabajo?

—Sí. A veces me da algunos dólares pero, comer todos los días así y luego una cervecita fría viendo en sol ponerse,...ya es suficiente para mí.

—No pides mucho.

—Todo depende de lo que realmente tiene valor para mí.

—He visto lo duro que es vuestro trabajo, y sé que la comida no es suficiente para pagarlo, aunque...tú sí que amortizarías el salario. —Era una manera delicada de decirle que el chico comía como si su estómago no tuviese fondo. ¿Dónde demonios metía todo eso? En su cuerpo no había ni un solo “michelín”, era todo carne magra.

—¿Terminaste?

—Ummm, sí. Creo que sí.

—Bien, entonces vamos a por el postre. —Caminamos de la mano por el paseo hasta llegar a una pequeña heladería, escogimos nuestros favoritos, y paseamos cerca de la playa mientras saboreábamos nuestras deliciosas bolas heladas. Sí, aquella podía decirse que había sido la mejor cita de mi vida. Y lo mejor estaba por llegar, porque no habría despedida en la puerta de casa.

Capítulo 29

Mo

Cada paso que nos acercaba a casa, era como... ¿cómo explicarlo? ¿Conoces ese juego de bloques, ese que es como una torre de ladrillos, donde tienes que quitar una pieza de las de abajo y colocarla en la cima sin que la torre se derrumbe?, pues así me sentía yo; más cerca de desmoronarme con cada paso que me acercaba a lo inevitable. Y a inevitable me refiero a decir lo que me estaba rondando la cabeza todo el puñetero día. Habíamos dormido juntos, en el sentido más literal de la palabra, dormir. Nada de sexo ni cosas subidas de tono, ni siquiera un juego caliente que caldeara los cuerpos, nada. Y el caso es que no quería que diéramos un paso atrás y ella durmiera en el sofá. Quería tener su cuerpo cálido bien cerquita del mío, oler su piel, escuchar su respiración... Lo sé, suena todo ñoño y románticamente decadente, pero era lo que sentía. Eh, nadie dijo que no fuera un chico sensible, me gustan esas cosas. Aprecio la belleza de las cosas sencillas, aquello que a otros se les escapa o que simplemente no se paran en disfrutar ni apreciar su valor.

—Estás muy callado.

—¿Callado?, eh... estaba pensando.

—¿En qué? —Rasqué mi nuca despacio, como buscando las palabras correctas para lo que quería decir. Lo difícil no era decirlo, era hacerlo sin que pareciera...

—No quiero que duermas en el sofá.

—¿Me estás echando?

—No, no, no, para nada es... ¡mierda!, yo solo digo que me gustaría que durmiéramos juntos.

—¿Ésta noche?

—Cuando tú quieras, pero si te sientes incómoda, yo...— Sentí sus manos sobre mis pectorales, sus ojos brillantes mirándome y aquella sonrisa traviesa que acabaría conmigo.

—Por mí no hay problema. Eres muy cómodo. —Tomé aire bruscamente y aparté la mirada hacia otro lado, ¡mierda!, si se acercaba un poco más me la cargaría encima del hombro y no esperaría ni al ascensor. Subiría las 7 plantas con ella encima, abriría la puerta de casa y la llevaría hasta la cama, y

no precisamente para dormir. Un cavernícola en celo, justo lo que una mujer quiere.

—¡Joder, Danny! No hagas eso.

—¿Que no haga qué?

—Jugar de esa manera conmigo.

—¿Jugar?

—Me enciendes como una bengala y luego me dejas oliendo a quemado, con el culo pegado al congelador para controlarme.

—¿Eres tímido o acaso te intimidó?

—Me tienes acongojado, tengo que reconocerlo. Tienes un bagaje con el que no puedo competir.

—No tengo tanta experiencia como piensas.

—Danny, te he visto moverte delante de unos 20 tipos enormes como armarios, y los tenías a todos comiendo en la palma de tu mano. Uno no nace con esa seguridad, se adquiere. —Sus brazos me envolvieron el cuello y me acercó más a ella. Mis manos aferraron su cadera por instinto, ¡demonios!, encajábamos bien.

—Mo, tuve que ganar mi dinero haciendo ese trabajo; la universidad no era barata y yo estaba en la calle, sin nada. Así que aprendí a poner a los hombres en su sitio porque, si no lo hacía, acababan acercándose demasiado y eso me hacía sentir incómoda.

—¿Yo te hago sentir incómoda?

—No, Mo. Tú no tienes grabado en la cara “voy a follarte hasta desgastarte y luego me largaré lejos”.

—Ah, ¿no?, ¿yo qué tengo escrito?

—“Soy nuevo en esto”.

—Me das miedo.

—¿Por que es verdad?

—Porque nadie antes me había leído tan fácil.

—Tú también lees a las personas.

—Pero es otra cosa, es mi trabajo.

—También lo era el mío.

—Sí, puedo entender eso.

—¿Y ahora?, ¿vas a dejar de tenerme miedo?

—Lo intento cada maldito segundo, pero me sacas continuamente del camino.

—De acuerdo, te diré algo que puede que te ayude a superar eso.

—No tienes que hacerlo.

—Lo sé. ... Yo sólo he tenido sexo tres veces en toda mi vida. Y las tres fueron con el mismo chico.

—¿Peyton?

—¡Ajá! —Sentí la tensión abandonar mi cuerpo, al menos ahí llevaba una clara ventaja; esperaba que me sirviera de algo.

—Puede que ahí tenga algo más de experiencia que tú, pero tampoco te creas que soy un experto.

—Pues besas bastante bien.

—Eso es porque era una de las materias que más practicaba en el instituto.

—Ah.

—Tú tampoco lo haces mal.

—Yo sólo me limito a seguirte.

—No, ahí no me engañas. Tú tienes un don para eso.

—Me viene de familia.

—¿Eso se hereda?

—Algún día te hablaré de mi abuela Emy.

—¿Tú abuela te enseñó?

—No, tonto. Es algo de genes, creo. Pero ahora, tenemos otra cosa de qué hablar.

—¿Qué cosa?

—Tú no usas esos ridículos pantalones cortos para dormir, ¿verdad?

—No, yo suelo dormir en bóxer.

—Entonces no quiero que te los pongas.

—¿El bóxer?

—No, los pantaloncillos, tonto. —Se giró hacia la puerta del apartamento. ¿Tan absorto estaba en lo que hablábamos que no me di cuenta de que casi estábamos llegando? —Pero si quieres quitártelos también...— Sus ojillos traviosos me miraban por encima del hombro, y con un impulso me puse a correr detrás de ella hasta atraparla contra la puerta de mi apartamento. Estudié su cara con detenimiento intentando grabar cada pequeño detalle en mi memoria.

—Un día de estos, mi lado malo ganará la batalla y haré que terminemos este juego tuyo.

—Lo estoy esperando. —Y en ese momento caí. Caí como una moneda en la Fontana di Trevi, hasta el fondo.

Capítulo 30

Danny

No sé qué me provocó a decir aquello, bueno, sí lo sé, él. La cita había sido perfecta, al menos para mí, así que se merecía un buen final. Al principio pensé en una buena sesión de besos; pero con Mo, es empezar y no querer parar. ¿Y dice que yo beso bien?, pues lo suyo es ir un paso más allá. Una vez que Mo pone sus labios sobre mí es imposible apartarlo. Y no es porque él se pegue como una pegatina, no, es que no quieres que se vaya. Su boca sabe fresca, con un regusto dulce; seguro que es por los lollipops que de vez en cuando le veo comer. Otros fuman, Mo chupa caramelos. Y no van a salirle caries, no; es un chico muy aplicado con su higiene dental y por eso siempre sabe bien, muy bien. ¿Y sus labios?, tienen una textura suave y firme. Las tres veces que me ha besado, sentí como si se alimentara de mí, con esa necesidad, ese deleite, esa urgencia... Como un bebé cuando coge el pezón de su madre, pero con más desesperación.

No llegué a abrir la puerta, su cuerpo me atrapó contra ella. Sus manos aferraron mis caderas, y su boca me asaltó sin piedad. ¡Oh, Dios!, este beso no iba a ser como los otros, este beso era diferente, salvaje, hambriento. Como si fuera un león que caza su primera presa de la semana. No pude resistirme a su demanda; abrí mi boca y dejé que me invadiera su lengua. Mis manos se aferraron a su cuello, después tiraron de su pelo con desesperación al tiempo que lo retenía contra mí. Era una especie de lucha lo que tenía dentro de mí; una mezcla de “necesito respirar”, junto con “no voy a permitir que escapes”. Sí, lo sé, estoy loca, pero es que cuando él me besa mi cerebro sufre una especie de cortocircuito, y luego cada parte de mi cuerpo va por libre.

Sentí como la puerta se abría y Mo me alzaba por el trasero para meterme dentro. Ah, pero no abandonamos esa excitante puerta, sólo cambiamos de lado. Y sí, con menos luz y más resguardados de las miradas curiosas, era mucho mejor. Qué le voy a hacer, bailo debajo de un foco mientras seduzco hombres, pero cuando me entrego, me gusta hacerlo en la intimidad, soy tímida, no hay más que decir.

—No sabes lo que has hecho. —Una de mis manos empezó a deslizarse bajo su camiseta, explorando aquellos cincelados abdominales. ¡Mierda!,

aquello era dinamita y yo una hoguera, y ya sabes lo que pasa si juntas esas dos cosas. ¡PUM!

Sentí como sus dedos reptaban entre la tela de mis jeans, mi piel quemando en su camino hacia... ¡Oh, Dios!, ¿dónde...? ¿Tenía abierta mi cremallera?, debía de ser así, porque el pantalón iba descendiendo, al tiempo que su mano se adentraba más en territorio inexplorado.

Su boca se apartó de mis labios y empezó a descender por mi cuello. ¡A la mierda la camiseta! Lo empujé de mi lado, y aferré la tela para sacarla tan rápido como pude. Cuando volví mí vista hacia Mo, él estaba quieto, con unos ojos oscuros y brillantes, totalmente fijos en mí. Su respiración estaba muy agitada, su cuerpo inmóvil.

—No te atrevas a parar ahora. —Me lancé sobre su cuerpo, y empecé a tirar del bajo de su camisa hacia arriba. Mo dio un paso hacia atrás, y con un movimiento increíblemente rápido tiró del cuello de su camiseta sacándola por su cabeza. Yo aproveché para abrir el botón de sus jeans y bajar su cremallera, hasta que sus manos me detuvieron.

—¿Estás...estás segura?

—¿Quieres que me ponga a pensarlo? —Me lancé sobre su boca y agarré ese culo duro, clavando mis uñas en él, haciendo que su ingle se pegara contra mí. Oí que decía algo, pero no logré entenderle, aunque sonó a que mandaba al chico educado a la mierda. Atrapó mis nalgas entre sus grandes manos, y me alzó sobre sus caderas, para que mis piernas se envolvieran en su cintura. No percibí que nos estábamos moviendo, hasta que noté que descendíamos sobre algo y mi espalda tocaba algo blando, aunque firme; la cama.

Mo se puso en pie, y de un tirón arrancó mis pantalones y mi ropa interior. Después, lo vi deslizando el resto de su ropa con la misma celeridad. Era hermoso ver aquel increíble cuerpo perfilado por la luz que entraba por la ventana. La luz justa para ver y apreciar, para lo demás estaban mis manos. Se quedó un segundo quieto, respiró hondo, y descendió sobre mí tratando de soportar la mayor parte de su peso en sus brazos. Sentí su ingle descansar en la unión entre mis piernas, con “aquello” totalmente duro, haciendo presión en el lugar correcto. Sus ojos quedaron a escasos centímetros de los míos.

—No tienes ni idea, de lo difícil que es.

—¿El qué?

—Me muero por tomar tu cuerpo con toda el ansia que as provocado en mí, pero si lo hiciera mañana me estaría odiando a mí mismo.

—Deja de pensar y hazlo, maldita sea. Lo necesito. —Sus labios me besaron con calma, con dulzura.

—No, gatita. Quiero recordar esto, cada parte. Quiero grabarte en mi memoria con cada detalle que pueda, porque quiero que me dure toda la vida.

—Déjate de sensiblerías y hazlo. —Y el muy idiota sonrió. Sonrió y empezó a darme pequeños y suaves besos. Su boca se posaba sobre mí con suavidad, con sus labios creando una delicada succión y la punta de su tímida lengua dejando una sombra de humedad sobre mi piel. Lento, deliberadamente lento, dulcemente perverso. Hizo su camino desde mis labios, bajando por mi cuello, mi clavícula, deteniéndose en mi pecho, jugando con mi pezón y después siguiendo su camino hacia abajo. Su barbilla trazaba el recorrido que después seguían sus labios... hundiéndose en mi ombligo, presionando mi monte de Venus, y... ¡Oh, señor! ¡No podía ir ahí!, ¡no podía...! Mis manos tiraron de su pelo, apartándolo de aquel peligroso destino.

—¿Qué...que vas a ha...?

—Voy a probarte.

—Pero...pero ahí...

—¿Nunca te han saboreado ahí? —¿Qué le iba a decir?, ¿qué Peyton era de los de voy a metértela lo antes posible? ¡Ah! Mi respiración se cortó cuando sentí sus dedos hurgar ahí, e introducirse levemente.

—Estás mojada, gatita, pero necesito que lo estés aún más.

—¿Qué...? —Mi pregunta se quedó atascada en mi garganta, cuando sentí su boca allí, besando mis otros labios con la misma dedicación que antes tuvo con los de mi boca. Aquella pequeña succión, aquella tímida lengua. Se desplazaba por cada centímetro de piel, repitiendo su tortuoso ritual, una y otra vez, acercándose a... ¡Oh, señor! Mis dedos aferraron su pelo, pero no sabía si para sacarlo de allí o para pegarlo más a mí. Era...era... Nunca...

Sus dedos empezaron a moverse con una rítmica cadencia, haciendo que aquel vaivén acelerara los latidos de mi corazón aún más, llevando una dulce presión a todas aquellas partes. Noté como su otra mano se deslizaba entre la colcha y mi trasero, aferrándolo con firmeza, haciendo que me acercara más a su boca. Y entonces, aquella deliciosa presión, aquel ritmo infernalmente intenso, me llevó a un punto en el que mi cuerpo explotó desde dentro. Pero no se detuvo, siguió un poco más, intensificando, alargando aquel

momento. Su boca me abandonó unos segundos, y vi sus ojos sonreírme satisfechos.

—Espera gatita, todavía no he terminado. —Se estiró sobre la mesita y abrió el cajón, todo ello sin sacar sus dedos de...allí, manteniendo ese ritmo... Lo vi abrir el paquetito plateado con los dientes, y con su otra mano se colocó el preservativo con rapidez. Volvió a colocarse entre mis piernas, y con cuidado sustituyó sus dedos por su... ¡Oh, señor!, aquello era mucho más grande, pero...se sentía tan intensamente bien...

—Vas a hacerlo otra vez para mí, Danny. Dame otro orgasmo. —Y mientras él se dedicaba a hacernos bailar a aquel endemoniado ritmo, se lo di. Y fue mejor, mucho mejor, porque dos empujones después de mi segunda gran explosión, él me acompañó, liberando todo lo que llevaba dentro. Y fue increíble ver como se entregaba, como yo podía hacer que el llegara allí. Bueno, fue él el que hizo todo el trabajo, pero eso da igual. Me sentía bien, muy bien. Y no, no tenía nada que ver con Peyton; ese gilipollas había pasado a ser un simple recuerdo, casi ni eso. Ahora solo estaba Mo y esa manera tan suya de hacerme sentir especialmente completa.

Capítulo 31

Mo

El teléfono empezó a saltar sobre la mesa, golpeando la madera de manera insistente. Tenerlo en modo virador y sin sonido no impidió que me despertara. Aún estaba en una nube, sonriendo como un estúpido, lo sabía, pero era lo que había. Había sido nuestra primera vez, y había sido increíble. Alcé la cabeza, y observé el rostro dormido de Danny. Era hermoso verla dormir; nadie diría que había sido una completa gata salvaje hacía solo unas horas. Acaricié inconscientemente el mordisco que tenía sobre el hombro izquierdo y contuve un gemido. El teléfono seguía bailando, así que, con cuidado deslicé mi mano hacia él y miré el llamante. Sí, tenía que coger esa llamada. Salí de debajo de Danny procurando no despertarla, y me alejé de la cama mientras contestaba.

—¿No es un poco pronto, abuelo?

—Llevo dos horas despierto, intentando no ir allí y matarte. ¿En qué mierda te has metido?

—Buenos días a ti también.

—No, en serio Gil. ¿Cómo demonios te has relacionado con gente como esa? —Solté un profundo suspiro; sí, ahora venía lo que había tratado de evitar.

—Hay...hay una chica.

—Mierda, Gil. No puedes hablar en serio. ¿De verdad vas a destrozarte tu vida por una puta?

—¡No es ninguna puta!

—Drogadicta, camarera, stripper...No hay muchas más opciones si está relacionada con ese tipo, Gil, y ninguna me gusta.

—Hizo pole dance para pagarse la carrera, sólo eso.

—¿Estás seguro? —Miré inconscientemente hacia la habitación. Recordaba todos y cada uno de los segundos desde que cerré la maldita puerta del apartamento, hasta que ella cayó dormida entre mis brazos. Y no me había mentado, no tenía mucha experiencia con el sexo, pero lo compensaba con entusiasmo y disposición... sí, eso, disposición. Sus maneras eran torpes, impulsivas, aunque tremendamente sexys. ¡Joder!, tenía que dejar de pensar en eso, porque el pequeño Mo estaba empezando a

asomar la cabeza desafiante.

—Sí, estoy muy seguro.

—Te has metido en un mal sitio, Gil. Tiene que merecer realmente la pena si estás dispuesto a arriesgarte por ella.

—Créeme, la merece.

—Tiene que ser una máquina en la cama para que te tenga tan pillado.

—Práctica no tiene mucha, pero arreglaremos eso.

—Oh, mierda. Te has enamorado.

—¿Qué? ¡No! Sólo somos... amigos...y...eso.

—Ya, te tiene pillado por las pelotas. Mal asunto, chico.

—Y... ¿has conseguido algo?

—Más te vale sacarle todo el partido que puedas, porque he tenido que pedir de vuelta muchos de los favores que tenía pendientes por si acaso.

—¿Por si acaso qué?

—Eh, no eres mi único nieto, ¿sabes? Y todavía...

—¿Sigues conduciendo sin carné?

—Veo perfectamente para conducir, es una tontería eso del reconocimiento médico.

—Ya, eso díselo a la puerta de la cochera.

—Eso fue que venía un poco bebido.

—Ya, lo que tú digas. A lo que íbamos.

—Sí, ya sabes que Miami queda muy lejos de aquí, ¿verdad?

—Lo sé abuelo, pero ¡eh!, ¿qué pasa con la camaradería entre departamentos de policía?

—Muy gracioso. Eso no se aplica cuando son de ciudades diferentes, y no te digo cuando son estados distintos.

—¿Tienes algo?

—Un nombre. Capitán Bradley Scott, de la anti-vicio.

—Suena a “Miami Vice”.

—Será algo así, pero sin coches de lujo.

—Ya. ¿Puedo llamarle?

—Le he mandado un correo electrónico. Me ha dicho que puedes contactar con él en cualquier momento.

—Bien.

—Y, Gil.

—¿Sí, abuelo?

—Ten cuidado. Ese tipo se mueve en un terreno pantanoso.

—Lo tendré.
—Estoy aquí para lo que necesites.
—Lo sé.
—Y un día de estos me pasaré por allí, quiero conocer a esa chica.
—Avísame y te buscaré un lugar para quedarte.
—Tranquilo, ya me encargaré yo de eso. No voy a meterme de nuevo en el sofá ese de juguete que tienes.
—Un detalle a tener en consideración por tu parte.
—Y llámame más a menudo.
—¿Tu vida de agente de la ley jubilado te aburre?
—No, te echo de menos. Tu abuela y yo te echamos de menos. Ah, te reenvié los correos de Scott a tu dirección.
—Hay que ver, lo viejo que eres y lo bien que te manejas con los ordenadores.
—La culpa la tiene tu prima Lucy. Desde que está al otro lado del mundo, sólo podemos comunicarnos por e-mail o con el skype.
—Que abuelito más moderno eres.
—Menos coñas, y llámame más.
—Ok. Nos vemos.
—De eso estate seguro. —El abuelo cortó la llamada, y me dirigí de nuevo al cuarto. Eso de andar desnudo le dejaba a uno frío, aunque fuera en Miami.

Me metí de nuevo bajo las sábanas y me acerqué cuanto pude al cuerpo caliente de Danny. Su calor me reconfortó casi de forma inmediata. Observé su rostro aún dormido, y pensé en las palabras del abuelo. ¿Merecía realmente la pena? No la conocía tanto como pensaba; tenía demasiados secretos, y aun así estaba dispuesto a jugarme el pellejo por ella. Yo, el chico al que no le gustaba meterse en problemas, al menos fuera del trabajo. Miré la hora en mi teléfono; pronto tendría que levantarme e ir a trabajar, pero hoy no iría solo. Nuestros turnos volvían a coincidir, y aunque yo no era de esos, empecé a buscar en mi mente lugares en los que podría emboscar a mi gatita. Robarle un beso era una tentación demasiado fuerte como para vencerla.

Danny

Hacía un día estupendo, temperatura agradable, alguna nube aquí y allí, pero nada de lluvia a la vista. Cuando Mo me dijo que tenía que volver a casa de Alex para ayudarlo con algo de la casa, no dudé en aceptar su sugerencia

para acompañarlo. Ummm, tomaría el sol otra vez en aquellas sillas de mimbre, aunque sólo estuviesen Angie y la abuela Lupe para charlar con ellas. Las otras chicas no... ¡Oh, Dios!, la casa de Angie, las chicas, ahora recordaba algo más de ese día. La abuela Lupe nos llevó enseguida al jardín, y había comida y esa limonada tan rica y tan cargada de alcohol. Soy una pésima borracha, lo sé, pero de ahí a olvidar a la gente... Ahora me acordaba de Carmen, la madre de Angie. Ella llegó más tarde, pero tengo un vago recuerdo de ella. Que ella no me reconociera el otro día cuando fuimos a su “Rancho Rodante” a cenar, decía que tampoco me reconoció. Normal, con aquel sol, yo llevaba ese enorme sombrero de alas grandes, y aquellas gafas oscuras. ¿Ella también llevaba gafas?, creo que sí, y el pelo suelto, diferente a como lo tenía en la furgoneta de comida. Y el alcohol, y los chicos, ummm. ¡Mierda!, los chicos; ninguna de las que estábamos allí prestaba mucha atención a la conversación que mantenía la abuela. Todas estábamos más pendientes de los “obreros” que de las que estábamos alrededor de la mesa. Pero aun así, ¡Señor, qué vergüenza!, tenía que disculparme con ella, aunque sospecho que ella no estaba mucho más lúcida que yo. En fin, giré mi rostro hacia Mo, y lo sonreí. Merecía la pena una disculpa y dejar que me emborracharan otra vez si podía ver a Mo trabajando bajo el sol sin camisa.

Capítulo 32

Danny

Sí, el día empezó genial. Después de disculparme con Carmen, que reconoció estar tanto o más borracha que yo, porque su madre se encargó de entonarla antes de salir al jardín con un gran vaso de limonada “bendecida”. Lupe nos sacó algo para picar y unas “*coronitas*”. A los chicos no se les veía tanto, ya que el trabajo estaba más bien dentro de la casa, así que estábamos las cuatro; Carmen, Lupe, Angie y yo, sentadas en torno a una mesa de mimbre. Arreglar el mundo nunca fue tan agradable. De repente mi teléfono sonó y, al mirar el nombre de quién llamaba, la risa se borró de inmediato de mi cara. ¿Qué mierda quería ahora la abuela Martha? No es que acabáramos demasiado bien la última vez que hablamos. Ese día descubrí que no era mi abuela en realidad, y que me consideraba una descarriada como mi auténtica abuela. Pero bueno, tenía más de 80 años, y era de esas fervorosas religiosas que se alimentaba de agua bendita y ostias consagradas. Desabrocharse dos botones de la camisa y enseñar cuello, era propio de putas babilónicas.

—¿Abuela?

—¿Dónde está Nathalie? —Muy propio de ella evitar la cortesía que sólo guardaba para el cura, y soltar directamente lo que quería con aquel tono avinagrado tan particularmente suyo.

—También tienes su teléfono, llámala a ella y se lo preguntas.

—Tus tíos no han conseguido contactar con ella, y vosotras dos vivís juntas. —Una manera muy suya de decir quién era la garrapata y quién el perro. Para ella, Nat era la buena de las dos. Nunca vio maldad en ella. No sé si sabía que trabajaba de camarera en un club nocturno, pero seguro que diría que yo había sido la que la había metido en eso. Ni de lejos imaginaba que fue al revés como ocurrió.

—Ya no vivimos juntas. Me fui del apartamento.

—Me da igual si te fuiste del apartamento o ella te echó de él. Quiero que hables con ella, y le digas que coja el puñetero teléfono cuando la llame su familia. —Sabía que los tíos estarían preocupados por ella; ellos la querían, aunque fuera una oveja negra. Y sabía que iba a hacerlo; la buscaría y haría que se pusiera en contacto con ellos, porque yo les tenía afecto realmente. Además, a parte de la abuela Martha, Nat, los tíos y el primo Jhon, no tenía

más familia. Sí, lo sé, es triste ser la única que queda de tu familia. Mis padres murieron en un accidente de coche, a mis abuelos maternos los mataron en un atraco, o eso me dijo Martha, pero yo sospechaba otra cosa, porque los diarios de la abuela Emy decían cosas que podían cambiar eso. Así que la única familia que me quedaba, y a la que podía unirme un pequeño afecto, eran mis tíos.

—La buscaré y la diré que llame a casa.

—Bien.

—Pero si no lo hace, no será mi culpa.

—Lo hará, ella es una buena chica.

—Sí, lo que tú digas.

—Nathalie tan solo se ha dejado guiar por malas influencias.

—Sigue creyéndolo.

—Eres una...

—Tengo que colgar. Adiós Martha. —Y cerré la comunicación. Una cosa era no querer hacer daños a mis tíos, o estar cansada de pelear contra los que no quieren ver, y otra muy distinta tener que soportar el que me acusen de ser algo que no soy y tener que hacerlo mientras me muerdo la lengua.

Marqué el número de Nat y, efectivamente, su teléfono estaba apagado. Aquella tarde, mientras Mo trabajaba con Alex, lo intenté varias veces, pero el resultado seguía siendo el mismo. Mi intranquilidad aumentada cada vez que no conseguía comunicar con ella.

—¿Estás bien? —La voz de Mo me hizo levantar mi vista del teléfono.

—Nat no contesta al teléfono. —Mo frunció el ceño, no sé si por mencionar a Nat o por el hecho de que yo la llamara. —Mi abuela me ha dicho que mis tíos no consiguen contactar con ella.

—¿Quieres que pasemos por el apartamento?

—Puedo ir yo sola.

—Pero no vas a hacerlo. —Lo miré fijamente y comprendí que él no estaba abierto a ninguna negociación. Iríamos juntos y punto.

Mo

Mientras conducía de camino al viejo apartamento de Danny, la observé con atención. Nat podía ser mala, pero era familia de Danny, y estaba claro que estaba preocupada por ella. Algo no iba bien y ella lo sabía. Cuando entramos al edificio, llegamos a la puerta y observé en silencio mientras Danny llamaba a la puerta en repetidas ocasiones.

—No está. —Dijo la voz de Henry detrás de nosotros.

—Su turno no empieza hasta dentro de unas horas. Tendría que estar durmiendo. —le informó ella.

—No, digo que ya no vive aquí. Se largó al día siguiente en que lo hiciste tú. —Añadió él.

—¿Y sabes dónde fue? —Siguió insistiendo Danny.

—Ni idea.

—¿Si te enteras de algo, puedes llamarme? —Ella no iba a rendirse.

—Claro. Todo depende de lo que consiga a cambio. —Estuve a punto de soltar ¿qué te parece una bonita escayola para tu brazo?, pero no dije nada, porque quería que hiciese esa llamada. Ya me encargaría de que no quisiera cobrarse el favor. Cuando llegamos de nuevo al coche, la mirada de Danny estaba algo abatida.

—Daremos con ella. No te preocupes.

—Demasiado tarde para eso.

—¿Dónde quieres ir ahora? —Sabía el sitio que tenía en mente y no me gustaba ni un pelo. Ese maldito Stuart lo había vuelto a hacer, volvía a llevarnos a su terreno. Sabía que era volver a meterse en la boca del lobo, después de que éste nos diese una primera dentellada de aviso, pero de igual manera, sabía que ese paso tendríamos que darlo, nos gustara o no.

—Probaré con alguna de sus amigas. Creo que tengo algunos números entre mis cosas. Si no...

—Iré contigo.

—Ya veremos.

—No, Mo. A mí no me hará daño.

—No voy a dejarte sola.

—No estaré sola.

—¿Qué quieres decir? —No respondió, y eso me gustaba lo mismo que el hecho de que fuera a ese club.

Capítulo 33

Danny

Si algo no soy es tonta. Si podía evitar acercarme a los dominios de Stuart, lo haría. Nat era mi prima, mis tíos eran lo que más quería de lo que quedaba de mi familia; pero ni era tan estúpida como para meterme de nuevo en aquel lugar, sabiendo lo que ahora sabía, ni tenía ninguna intención de que le hicieran daño a Mo.

Así que allí estaba yo, haciendo guardia junto a una cafetería de Starbucks. Llevaba tres puñeteros días malgastando mi tiempo libre en aquel puesto, y todo porque en la papelería de la sala de personal del club veía cada día un vaso de café con ese anagrama. Sólo esperaba ver algún rostro familiar, que me diera alguna pista sobre mi prima. Los teléfonos que tenía en casa, eran de antiguas amistades que habían perdido el contacto con ella, o simplemente dejaron de estar operativos hacía tiempo.

En fin, recosté mi espalda de nuevo contra aquella pared y estudié la posibilidad de entrar a por algo que me mantuviese alerta. Llevaba casi dos horas allí delante, y la gente empezaba a difuminarse delante de mí. Así que me empujé hacia delante y caminé hasta la cafetería. Hice cola como todos sin dejar de mirar a la gente de alrededor. El chico del delantal me sonrió afable cuando tomó mi pedido, y ya con el vaso en la mano decidí que bien podía sentarme un rato mientras me lo bebía. Cuando me giré para buscar un lugar vi en la cola un rostro familiar. Sí, era lo que estaba esperando. No lo que más me gustaría, pero podía servirme. Esperé paciente a que tomara su café, y luego me interpose en su camino.

—Hola.

—¡Vaya!, pero si es la princesa de Stuart.

—¿Podemos hablar un momento? —Ella giró hacia uno de los lados y señaló una mesa vacía en un rincón.

—Pasa a mi despacho. —Me senté frente a ella y la observé mientras sacudía un sobrecito de azúcar y lo vertía en el café. Se veía vieja y arrugada, mucho peor que la otra vez que la vi fumando aquel cigarrillo en el callejón.

—Sé lo que estás mirando. Demasiado maquillaje. Pero te aseguro que sin él es mucho peor.

—No pensaba en ello.

—Ya, tan correcta. No esperes eso de mí.

—No lo quiero.

—¿De qué quieres hablar, de tu prima?

—¿La has visto?

—Cada noche.

—¿Está bien?

—Depende lo que entiendas por bien.

—Explícate.

—Sigue trabajando en la misma barra, sigue sonriendo a los clientes y sigue enseñando descaradamente esas enormes tetas.

—Sí, eso es lo mismo de siempre.

—Pero no es lo que quieres saber, ¿verdad? —Se inclinó hacia mí y pude ver en sus ojos enrojecidos que ella sabía más.

—Ha desconectado el teléfono y se ha ido del apartamento. Mis tíos no pueden comunicarse con ella; nadie puede.

—Eso es porque no quiere que lo hagan.

—Eso tiene dos lados, bueno o malo, y no creo que sea el primero.

—¿Qué quieres que te cuente?

—Lo que puedas.

—No deberías preocuparte, princesita; ya te dije que era demasiado tarde para ella.

—Cuéntamelo.

—Está bien. Ahora vive encima del club; en uno de los, llamémoslos, apartamentos que tiene allí Stuart.

—¿Viven juntos?

¿Stuart allí?, no me hagas reír. Aquello es un cubículo diminuto con lo básico; a Stuart le gusta el lujo, no viviría allí. Pero sí que pasa a buscar lo que quiere.

—¿El qué?

—Pareces tonta, ¿pues que va a ser? Tu prima es ahora una de sus zorras. Va allí, se la tira y luego se pira con viento fresco. —Mi estómago se había convertido en una masa endurecida, que tiraba de mí hacia abajo.

—Una puta.

—De momento solo de Stuart; a él no le gusta meterla donde lo hacen los demás. Pero cuando se canse de ella... no te diría que no seguirá ese camino.

—Joder. ¿Por qué se deja hacer eso?

—¿Tan ciega has estado? A tu prima le gusta pasar un buen rato, ya

sabes; sustancias que te hacen volar alto. Gastó mucho dinero con eso, más del que gana. Intentó sacar algo extra apostando, pero cuando juegas contra Stuart, siempre pierdes, eso ya te lo he dicho.

—Drogas y apuestas. —Hablé más para mí que para ella.

—Sí, princesita. Tu prima está de mierda hasta el cuello, y la única manera de salir es dejando que Stuart haga con ella lo que quiera.

—Necesito hablar con ella.

—Ese es tu problema.

—No. Tienes que conseguirme su nuevo número. —Ella era mi única manera de contactar con Nat, no podía dejarla escapar.

—No creo que tenga.

—Entonces una cita, lo que sea.

—Podría...podría decirte un lugar donde puedes encontrarla.

—Pero lejos de Stuart. No pienso estar cerca de él.

—Podría traerla a tomar café un día de estos.

—Sí, eso estaría bien. ¿Qué quieres a cambio?

—Digamos...que me deberás un favor.

—Si Stuart no está implicado, está hecho.

—Bien. Dame tu número, te llamaré. —Intercambiamos números, y después la vi alejarse de allí. No sabía si había vendido mi alma al diablo, pero lo que fuera me iba a llevar un poco más cerca de Nat.

Capítulo 34

Mo

Nunca pensé que fuera un tipo especialmente valiente, o temerario, pero ahora estaba allí, en mi gimnasio, mirando como Charly masacraba un saco de arena. Tomé aire profundamente y empecé a caminar hacia él. Pensaba que era mejor eso que ir directamente a la boca del león; el gimnasio era un terreno neutral, al menos eso creía.

Charly levantó la cabeza hacia mí en cuanto se dio cuenta de que estaba parado a su lado. Me hizo un gesto con la cabeza y sujetó el saco.

—¿Podríamos hablar? —Él asintió y empezó a caminar hacia el lugar donde tenía su botella de agua; la cogió, se sentó en un banco de madera y empezó a beber.

—Danny está preocupada por su prima Nat. Su familia no consigue contactar con ella y ha abandonado el apartamento. ¿Tú sabes algo? —Charly pareció meditar la respuesta unos segundos y, después de dar otro trago a su botella, me contestó.

—Está en uno de los apartamentos que tiene Stuart encima del club.

—¿Está con él? —Charly arrugó el gesto, como dando a entender que no le gustaba la pregunta, o quizás la respuesta, quien sabe.

—Se la tira de vez en cuando.

—¿Y ella...?

—Escucha. Esa chica le debe mucho a Stuart. Hizo malas apuestas, se come muchas de esas pastillas mágicas. Le faltan un par de pasos para tocar fondo. Yo me alejaría de ella si no quiero que me arrastre.

—Se lo diré a Danny. Gracias. —Me levanté y empecé a irme, pero Charly aún tenía un consejo que darme.

—Stuart está obsesionado con tu chica. Yo en tu situación evitaría acercarme a su terreno. Es más, desaparecería.

—Lo tengo; gracias otra vez.

María

Lo de las náuseas es matador. Aún no había abierto los ojos y ya sentía mi estómago ponerse en pie de guerra. Sabía lo que iba a pasar, así que me levanté con cuidado, me senté en la cama y entonces el apocalipsis empezó.

Arcadas y más arcadas, y mis pies salieron disparados hacia el baño, como si la casa se estuviese quemando. En menos de 2,5 segundos tenía la cabeza sobre el sanitario, y estaba vomitando...; lo que fuera eso, porque ya no recordaba qué quedó dentro y que fuera de la comida de ayer; solo sentía que estaba echando las últimas comidas de las dos semanas pasadas. Por inercia, mi mano se levantó para agarrarse al depósito de agua y es cuando sentí que una mano retira los cabellos de mi cara, mientras otra acariciaba con calma mi espalda. No necesita decirme nada; Tonny me calmaba con sólo estar allí, aunque no evitaba que siguiese echando por la boca todo lo que debería retener mi estómago. Cuando terminé, me enderecé y Tonny me tendió una toalla húmeda para limpiarme.

—Odio esto. —Me tomó entre sus brazos y me dio un ligero apretón. Desde que se enteró de que estoy embarazada me trata como si fuera de cristal.

—Pasaré.

—Sí, eso dicen todos, pero ya casi termino el primer trimestre y estas náuseas todavía continúan.

—No pienses en ello.

—Sí, ya, “céntrate en el bebé”. Qué fácil es decirlo. Te quería ver yo con esto dentro. —Tonny sonrió y me dio un casto beso en la frente. ¡Jo!, ¿por qué tenía que ser tan tierno?, es que no podía ni enfadarme un poquito con él. Entiéndanme, una embarazada necesita soltar un poco de frustración y un enfado saca un poco de eso. Pero no, Tonny tenía que ser un dechado de atenciones, mimos y paciencia. ¡Dios!, ¿es que no podía dejar de ser perfecto por un rato, sólo un rato?

—Hoy es la ecografía, ¿verdad? —Genial, ¿no lo decía yo?, y encima sabe cómo cambiar de tema, y hacer que deje de estar enfadada con mi pequeño alien. Sí, alien, porque esa cosa había invadido mi cuerpo y estaba destrozándome desde dentro.

—Susan quiere hacerla en nuestro descanso.

—Estaré allí para verlo contigo; no se os ocurra hacerlo antes de que llegue.

—Sí, papi.

—Me encanta cuando me llamas así. Me dan unas ganas de estrujarte los mofletes de la cara...-

—Tsh, Tsh, tsh, para campeón, ni se te ocurra tocarme los papos, que la tenemos. —Me estrujó otra vez contra ese duro y tonificado pecho, y olía tan

bien... ¡Agh! ¡malditas hormonas del embarazo! No podía dejar de pensar en tirarlo sobre la cama y aprovecharme de él. Debía tener impreso en mi frente “quiero sexo, ya”. Tiré de su cuello, y estaba a punto de comer esa boca deliciosa cuando recordé que acababa de vomitar y no me había lavado los dientes. ¡Qué mierda!

—Me voy a lavar los dientes y voy a ir por ti.

—Vale. ¿Quieres que me vaya desnudando? — Miré su cuerpo, sólo cubierto con el bóxer que se pegaba a su culo como una segunda piel. ¿Desnudarse?, si ya estaba casi desnudo.

—No, quiero quitártelo yo. —Me besó de nuevo en la frente y salió del baño. No pude contenerme y le di una cachetada a ese culo duro y redondito. ¡Vaya!, estas hormonas... Me lavé los dientes, y cuando entré en la habitación encontré a Tonny con la ropa preparada y las sábanas estiradas. Y ese culo bien orientado hacia mí. Ummm.

—Eh, bombero. Necesito tu manguera para apagar un fuego. —Lo tenía debajo de mí en un segundo, mis dedos aferrando sus muñecas, mis piernas a sus costados, y mi trasero sobre su abdomen. Sabía que era imposible que un cuerpo fuerte como el suyo no pudiese escapar en cuanto quisiera, pero le gustaba dejarse dominar cuando me ponía salvaje.

—¿Es muy grande ese fuego?

—Enorme. —Y me lancé a devorar esa boca que me estaba llamando hacía un buen rato. Ummm, y que bien apaga los fuegos mi bombero, al menos los míos.

Susan

Ajusté el ecógrafo y miré a María. Ya estaba tendida en la camilla y sonreía como un niño que iba por primera vez al circo. Sentí una punzada de envidia. ¿Cuándo tendría yo eso? No es que estuviese obsesionada, pero...las prácticas iban estupendamente y faltaban pocos días para que mi menstruación llegara, o no. Un par de golpecitos en la puerta precedieron a Angie y a un nervioso Tonny.

—Ya estamos aquí. —Saludó Angie.

—Bien, entonces vamos a empezar. —No es que mi especialidad fuese esta, pero sabía cómo usar el instrumental e interpretar los datos. Mi primera opción había sido ser ginecóloga, pero cuando tuve a mi primer bebé en brazos, ya no hubo marcha atrás. Apreté la botella de gel sobre el abdomen de María, que ella había despejado de ropa.

—¡Auch!, sí que está frío. —Protestó. Desplacé el sensor sobre su abdomen, buscando el preciado tesoro.

—¿Tenéis alguna preferencia? —Quise saber.

—No, realmente. —Dijo María.

—Niño, va a ser niño. Los primogénitos Di Angello son siempre niños. —Le corrigió su marido.

—Estoy por creerle. Una niña no se lo haría pasar tan mal a su mami. — Se quejó María.

—¿Todavía sigues con los vómitos?

—A todas horas. —Me confirmó ella. Arrugué la frente, había algo allí, en el monitor que... ¡Oh, mierda!

—¿Se ve lo que es? —Preguntó impaciente el padre.

—Eh...hay...

—¿Qué...qué pasa? —Preguntó preocupada María. Los miré a ambos y solté el aire de mis pulmones. Después accioné el botón del ecógrafo y el sonido inundo la habitación. El compás rítmico de los latidos hizo que María sonriera, al igual que Tonny. Pero María empezó a mutar de expresión, al tiempo que reconoció el ritmo de los latidos. Su cara se tornó blanca y sus ojos me miraron como buscando la confirmación.

—Son dos. —Le aseguré.

—¡Ja!, gemelos. Te lo dije. Gen Di Angello. —Se vanaglorió Tonny todo orgulloso. Poco a poco el rostro de María fue cambiando contagiando por la exuberante alegría de Tonny. Gemelos. En verdad no estaba tan mal tener gemelos. Sí, era el doble de trabajo, la mitad de horas para dormir, pero con lo que María me había contado de Tonny seguro que cargaba con su buena parte de trabajo. Si uno lo pensaba bien, y había intención de tener más de un hijo, el tener gemelos implicaba un solo embarazo, no dos. Y pasabas por todo el recorrido una sola vez. Y entonces la realidad me asaltó a mí, ¿y si yo también tenía gemelos con Marco? No, piensa Susan, eres médico, sabes que la causante de tener gemelos es la madre, no el padre. La medicina ahí es clara. Pero la idea no estaba mal.

Capítulo 35

Danny

Miré por el cristal de la cafetería y la vi. Estaba allí sentada, aferrando el vaso de café como si pudiese darle el calor que necesitaba. Entré y caminé hasta ella. Cuando alzó la vista y me vio, el color la abandonó por unos momentos, pero enseguida se recompuso, dejando la vulnerabilidad fuera, mostrando a la chica arrogante y dominante que trataba de proyectar a los demás.

—Vaya, aquí está mi prima la perfecta. —La otra mujer se levantó, y me hizo un gesto para que ocupara su sitio. Después nos dejó a solas.

—Tus padres y la abuela Martha están preocupados por ti.

—Sí, bueno, ya los llamaré.

—No, Nat. Vas a hacerlo ahora. Vas a decirles que vas volver a casa y que necesitas su ayuda.

—Yo no necesito ayuda de nadie, ni de ellos ni de ti, ni...

—Te estás prostituyendo, Nat.

—No soy ninguna puta.

—¿Ah, no?, ¿como llamarías tu a acostarte con hombres que no te gustan por dinero?

—Yo no...

—Nat, sé que le debes dinero a Stuart; sé que estás enganchada a las pastillas. Necesitas ayuda.

—No...no...

—Nathalie, tienes que salir de ahí, te estás destruyendo a ti misma. Y vas a destruir a tu familia si eso ocurre. —Una lágrima rodó por su mejilla. ¿Qué fondo había tocado para alcanzar ese dolor?

—No puedo, Danny, no puedo. Stuart...

—Sal de allí, Nat. Ve a casa. Seguro que puedes conseguir el dinero de otra forma. Le pagarás a Stuart y saldrás adelante. Aún eres joven y bonita, puedes empezar otra vida lejos de aquí. —Nat se derrumbó y empezó a soltar agua como una catarata en primavera.

—Papá no me recogerá.

—Los conozco, Nat. Ellos te aceptarán pase lo que pase. Y, si hay alguien que luchará por ponerte a salvo, ese es el tío Robert. —Cogí mi teléfono, y se

lo tendí.

—Llámalos. —Ella asintió, y marcó el número.

Lupe

La casa estaba cogiendo forma a una velocidad increíble. Alex estaba haciendo realidad el sueño de mi “gordi”. Estiré el cuello para ver a los dos chicos peleando con unas tuberías.

—Con permiso. —Mi pequeño Mo me rebasó llevando en su mano una caja metálica con herramientas. Si, esos tres seguramente terminarían el trabajo ese día, y tendríamos una caldera nueva con agua caliente para que todos nos pudiésemos duchar seguidos. Y seguro que el grifo de la cocina no volvía a gritar como poseído por el espíritu de una vaca loca.

Volví a la cocina y empecé a hacer algo de comer; mis chicos tendrían que recargar fuerzas. Y ellos eran de los que comían como chicos realmente grandes. El bombero, Tonny, era bien grande, pero el apetito de Alex no se quedaba atrás. Y mi Mo; mi pequeño aún estaba creciendo. Mentira, pero no podía evitar verle como el pequeño de la familia. 23 añitos, un niño todavía. Grande y robusto, pero un niño.

No pude evitar dejar escapar un suspiro. Me había acostumbrado a tenerlos a todos por aquí rondando; llenaban la casa de alegría, de vida. Nada que ver con la tristeza que se quedó entre estas paredes cuando mi “gordi” enfermó y luego se nos fue. Ahora, con aquella reforma, la casa estaba cambiando, la gente lo llenaba todo... se parecía tanto a la familia que dejamos atrás cuando llegamos a este país... Me niego a volver otra vez a la soledad. Casa nueva y también vida familiar nueva. Tenía que hacer que todos ellos regresaran una y otra vez a esta casa; que llenaran con sus voces y sus risas estas nuevas paredes. Y niños, quería niños que corretearan por aquí, y rompieran cosas, y gritaran contentos y me abrazaran y me llamaran otra vez abuela. Así que tenía que ponerme a trabajar en ello. La mujer de Tonny traería pronto al primer niño, pero yo quería a un pequeño de mi sangre. Así que puse mi cabeza a trabajar; necesitaba embarazar a Angie para tener un bisnieto que malcriar y mimar, antes de que los años empezaran a cobrarse el precio que a todos nos toca pagar.

Alex

—¡Joder, tío!, ¡gemelos! —Tonny sonreía como si le hubiese tocado la lotería, mientras daba otro trago a su cerveza. Gemelos. Eso sí que era

estrenarse en la paternidad por la puerta grande.

—Sí.

—Olvídate de dormir durante el primer año.

—No importa, lo haré en la estación cuando no haya avisos.

—Y olvídate de tener tiempo para ti.

—Ya he firmado, y no pienso echarme atrás. -

—No, claro. Ya has embarazado a tu mujer.

—No, firmé mucho antes de eso.

—Ah, entonces lo hiciste a posta.

—Hombre, pues claro. Puedes casarte con una mujer, pero hasta que no tenéis hijos en común... no puedes estar seguro que estáis realmente atados. En definitiva, el matrimonio no es más que un papel que se puede romper. A un hijo, no lo puedes hacer desaparecer.

—Ah, pendejo. Así que esa es tu fórmula para amarrarla a ti, ¿eh?

—La mía y la de todos, ¿qué te crees?

—Que debes de estar muy seguro de que no quieres perder a mi hermana.

—Es la que hace circular la sangre por mis venas. Olvídate del corazón.

—A veces eres un romántico exagerado.

—Ya, la culpa es de tu hermana. Yo antes era un goloso por descubrir; ahora estoy obsesionado con sus postres.

—Espera, ¿estamos hablando de lo mismo?

—De que tu hermana a puesto dulce en mi vida. Y no solo para comer.

—Eres feliz.

—Somos felices, o eso creo.

—Para que luego digan que la felicidad no existe.

—Pues yo tengo un buen trozo de eso, y van a llegar otro par mezclados con su ración de picante.

—Que pendejo que eres, ja, ja. —Tonny volvió a beber de su cerveza, y yo hice lo mismo.

Capítulo 36

Stuart

Odio cuando las cosas se tuercen, porque sacan el lado malo que tengo dentro. Aquel tipo se creía intocable, y casi lo era. El muy cabrón llegó al club, cogió a Nat y se la llevó, ¿y encima tenía los “cojones” de amenazarme con mandar una inspección de sanidad si no dejaba en paz a su niña? Podía ser todo lo inspector que quisiera, y podía tocarme las narices enviándome inspección tras inspección, cerrarme el local y demás pero, no podría detenerme. Si quisiera recuperar a su hija lo haría, pero la cuestión es que ella no merece la pena; sólo es un medio para alcanzar un fin. Quizás fuera un capricho, pero con cada revés estaba más decidido a conseguir a Danny, y ya empezaba a darme igual el modo. Acabaría teniéndola solo para mí, aunque tuviese que encadenarla en mi habitación.

—Señor, tiene una visita importante.

Alcé la vista hacia la entrada donde Charly se retiraba de la puerta para dejar pasar a la visita. Y sí, era importante y totalmente inoportuna. Viktor Vasiliev, el puñetero Viktor Vasiliev entraba a mi oficina como si fuera el puñetero rey del mundo. Y en la mafia rusa probablemente lo fuera, o lo sería en el momento en que su padre viajara al mundo de los muertos. El viejo llevaba en el negocio desde que era un crío y seguía en él con una mente aún ágil y despierta. ¿Cuántos años tenía el carcamal?, ¿70? Llevaba casi tres décadas a la cabeza de la puñetera mafia rusa y nadie había conseguido destronarlo. Respeto, miedo..., quién sabe; el caso es que seguía con la corona. Y si su hijo estaba allí eso eran malas noticias; prefería tener al puñetero delfín bien lejos de mí. Sus ojos grises se clavaron en mí y juró que sentí frío en todo mi cuerpo; ese tipo tenía una manera de mirarte que te congelaba por dentro. Me sonrió ligeramente mientras se acercaba a mí y me tendía la mano, y eso sí que me dio miedo. La sonrisa era algo que aquellos tipos no malgastaban, y ese mucho menos. Quería algo de mí y estaba casi convencido de que al final lo tendría. La cuestión era cuánto me iba a doler cuando me lo quitara.

—Hola Stuart. Ya que trabajamos juntos, puedo llamarte así, ¿verdad?

—Eh, sí, por supuesto, señor Vasiliev.

—Oh, llámame Viktor.

—Viktor, ¿Qué le trae por aquí?

—Podría decir que el clima, pero ambos sabemos que no es así.

—¿Qué puedo hacer por usted? —El tipo se sentó frente a mí, obligándome a tomar asiento detrás de la mesa de mi despacho. Posó su tobillo derecho sobre su rodilla izquierda dando una imagen de hombre relajado. Pero no me engañaba. Corrían rumores, rumores que decían que podía matarme de 10 maneras distintas antes de que los vigilantes de fuera se dieran cuenta.

—Hay demasiada gente interesada en ti y tu negocio, y eso no es bueno.

—¿Qué gente?

—Oh, ya sabes, algún policía, algún agente especial, ese tipo de gente.

—Conozco su política de mantener un perfil bajo y me he mantenido dentro de los límites como me indicaron.

—Tal vez sea así, aunque he escuchado algunos rumores...

—¿Rumores?, ¿qué rumores?

—Ya sabes, que llevas algo más que nuestro negocio de apuestas entre manos.

—No llevo nada más; sólo lo que envuelve al club, ya sabe, para mantener la tapadera.

—Sí, eso le comenté a mi padre, pero sabes que a él le gusta que confirme algunas cosas de vez en cuando.

—Puede revisar lo que quiera. Quédese unos días, investigue, verá como todo es absolutamente normal, solo lo habitual en un club nocturno de moda.

—Estoy seguro de ello; dejaré que me mimes mientras esté por aquí.

—Cuenta con ello, señ...Viktor. —El ruso se puso en pie y me regaló esa sonrisa suya que creó un escalofrío en mi espalda. No necesitó hacer más; yo ya estaba temblando por dentro. Tenían razón los que hablaban de él. Era la primera vez que lo veía en persona y ya quería huir lo más deprisa posible. Vi su cabellera castaña y su ancha espalda salir de mi despacho. El cabrón era en sí una máquina de matar aunque la escondiera debajo de aquellos trajes caros hechos a medida. Vi la cara de Charly aparecer al otro lado de la puerta y le hice una seña para que entrase y cerrara la puerta.

—¿Señor?

—Di a los chicos que los próximos días no pasen nada de mercancía dentro del local ni en los alrededores.

—Sí, señor.

—Y el asunto de la chica déjalo descansar también hasta que te avise.

—Sí, señor. —Cuando Charly salió, fui al mueble bar y me serví un buen vaso de alcohol. Lo de mantener unos días el local limpio podía hacer daño a los números, pero me recuperaría en cuanto volviese a poner la mercancía en circulación de nuevo. Lo de Danny... tendría que posponerlo un poco más. Ya había esperado bastante, no pasaba nada por añadir unos días más.

Danny

—Gracias cariño.

—No ha sido nada, tía.

—Tu tío no quiere hablar de ello, así que no estoy segura de lo que has hecho. Solo puedo darte las gracias por habérmela devuelto.

—Sois mi familia, sabes que os quiero.

—Lo sé, cariño. Para lo que necesites, sabes que puedes contar con nosotros.

Me despedí de mi tía y corté la comunicación. Era incómodo hablar con ella de esto, sobre todo, porque sabía que el tío no le había contado todo. ¿Cómo explicarle el gran agujero de mierda en el que estaba metida su niña? La tía era el resultado de la educación retrógrada, cerrada y religiosa a la que la abuela había sometido a sus dos hijas. Bueno, a su hija y a su sobrina. No hace mucho me enteré que mi auténtica abuela y Martha eran sólo medio-hermanas; hermanas de padre para ser exactos. Pero eso ahora no importaba. El caso es que la tía se casó más cerca de los 30 que de los 20, como lo hizo mi madre, y estoy segura de que no solo llegaron vírgenes al matrimonio, sino que ella seguía acudiendo cada domingo a la iglesia y que participaba en todas las labores que se hacían en la iglesia del vecindario. Era una puritana hasta con la pasta de dientes.

Bueno, al menos me alegraba de que Nat estuviera de nuevo en casa, donde su familia la ayudaría a levantar de nuevo la cabeza. Si en algo eran diferentes la abuela Martha y la tía era en aplicar lo de “ayudar a los descarriados a volver al rebaño”. La tía nunca renegaría de su hija; intentaría salvarla costara lo que costara. Martha decía que también había salvado a mi madre pero, cuando se dio cuenta de que a mí no podría doblegarme, enseguida se encargó de recordarme una y otra vez lo decepcionada que estaba de mí.

Bueno, un problema menos. Nat estaba en el buen camino y yo podía volver a respirar tranquila, porque Stuart ya no tenía nada con lo que tirar de mí hacia él.

Capítulo 37

Mo

Decir que estaba en sock era decir poco. Danny había conseguido ayudar a su prima, sin ponerse en peligro, y eso decía mucho de su inteligencia. Acababa de contarme lo que había hecho y aún no daba crédito. Y no era por el hecho de que lo hubiese conseguido de una manera tan sencilla, sino porque había conseguido ocultármelo. Y eso me enfadaba, y mucho. ¡Diablos!, podría haber sido algo peligroso, y así se lo dije.

—Era mi problema, y lo iba a resolver yo. —Eso es lo que me contestó. Que yo la repitiera una y mil veces que había sido demasiado arriesgado no sirvió de nada. Solo conseguí sacarle la promesa de que si alguna vez estaba en una situación parecida, al menos me lo dijera para que la acompañara y tuviese un refuerzo en el que apoyarse si lo necesitaba. No es que me pegara a su culo todo el rato, pero podía estar cerca comprobando el perímetro, asegurándome que no caía en una trampa. Aunque tengo que reconocer que tampoco la habría dejado ir. Olería una trampa en cada rincón de la cafetería. Por fortuna, todo había pasado. Bueno, al menos lo de Nat. Stuart era otra cosa. Ahora sólo podíamos esperar a que moviera ficha, y cualquiera sabía por dónde iba a salir esta vez.

—¡Eh, Mo!, ¿este año volverás a quedarte con el día de Noche Buena? — Genial, ahora venía éste con esa pregunta. Iba a contestarle cuando de repente me quedé congelado. El año anterior me había dado igual trabajar ese día, estaba sólo, pero ahora... no lo estaba. ¿Querría Danny pasar ese día conmigo?

—Tengo que comprobar algo; ya te digo. —Empecé a caminar hacia la zona de urgencias, buscando con la mirada a mi escurridiza gatita. Cuando la localicé la hice un gesto para que me esperara y me puse a su lado.

—Eh... ¿dónde vas a pasar la Noche Buena? —Vi la expresión triste de Danny en su cara y supe que estaba tan vacía como la mía cuando me hicieron esa misma pregunta.

—Supongo que entraré en la rotación de guardia.

—¿Y en Año Nuevo?

—¿Año Nuevo?

—Sí; no serán tan desconsiderados como para hacerte trabajar todas las

fiestas.

—No sé.

—¿Qué te parece si lo celebramos juntos?

—¿Juntos?

—Sí, ya sabes; seguro que encontramos un sitio para cenar y luego bailar hasta que suenen las campanadas de fin de año. —Ella ladeó la cabeza y estudió mi propuesta.

—Suena bien.

—Bien, entonces tenemos un plan.

—¿Segunda cita?

—No, espero tener alguna más antes de ese día. —Salí corriendo hacia la central de control para dejar anotados mis turnos para esos días. Sí, como Danny dijo, era un buen plan.

Danny

Año nuevo. Sabía que las fiestas estaban ahí, a la vuelta de la esquina, pero no había pensado en ellas hasta ese momento. Desde que reñí con la abuela Martha dejé de estar con la familia; sólo con Nat. Este sería el segundo año que pasaba las fiestas sola; bueno, realmente el primero, ya que fue la Navidad del año pasado cuando todo estalló en casa de la abuela Martha. Casi no recuerdo cómo empezó todo, sólo sé que al final la abuela me escupió en la cara que yo no era su auténtica nieta, que mi madre no fue más que una obra de caridad y que, si bien ella sí supo comportarse como una buena cristiana, yo había salido una oveja negra como mi abuela. Éramos mala sangre. Decía que mi abuela era una Salomé y a mí no hacía más que llamarme semilla del diablo. La tía me llevó al desván donde la abuela había escondido todo lo que había de mi abuela Emy. Allí encontré algunas de sus cosas, entre ellas algunos diarios y fotos. Los eché un vistazo por encima, pero no tuve tiempo de mucho entonces. Cogí sus cosas y las arrastré, junto con las mías, llevándolo todo a mi apartamento. Recordé leer por encima alguno de los diarios, pero no me puse en serio con ello. Quizás ahora pudiese encontrar un poco de tiempo para hacerlo.

Año Nuevo con Mo; eso sí que era un tema que tenía que priorizar. No sé cómo de serio iba lo nuestro, pero la primera fiesta juntos tenía que ser algo que recordáramos toda la vida. Debía buscar algo que marcara la diferencia.

María

—¿Estás bien?

—Estoy desquiciada.

—¿Tan mal te va el embarazo? —Miré hacia Angie, que se sentaba a mi lado con una lata de refresco en sus manos. Adoraba venir a su casa y tirarme en su porche trasero estirando mis piernas para que las calentase el sol, mientras mi marido se pegaba con unas tuberías dentro de la casa, con mi hermano y con Mo.

—No es el embarazo, son las fiestas.

—¿Las fiestas?, creí que las pasabas con tu familia.

—Y así es.

—¿Te llevas mal con alguno?

—Es una familia grande, Angie, llevarse bien con todos es difícil, pero ese no es el problema.

—Ah, ¿no?, ¿cuál es?

—Es conseguir que quepan todos en casa de mis abuelos.

—¿Os reunís todos allí en Navidades?

—En Navidades, Año Nuevo, Acción de Gracias, cumpleaños, bautizos, bodas...qué te voy a contar.

—¿Todos los de tu boda van allí?

—La parte no italiana al menos lo hacía, ahora que se han juntado las dos familias... no sé dónde vamos a meter tanta gente porque ni hablar de elegir entre una familia o la otra.

—¿Es el primer año que pasáis las fiestas juntos?

—Sí, lo es. Y no pensé lo que se nos venía encima hasta que Tonny llegó a casa comentando cómo se habían repartido los turnos esos días.

—¿Sois muchos?

—Pues, hemos empezado a contar, y hemos llegado a los 62.

—¡Joder!, perdón, se me ha escapado.

—Sí, supongo que en tu familia sois menos.

—La abuela, mamá y yo.

—Eso ya no va a ser así.

—¿Qué?

—Eres la novia de mi hermano, ahora eres parte de la familia.

—No lo había pensado así.

—Pues ya no puedes echar marcha atrás. Así que te veo preparando vuestro viaje a casa de mis abuelos para esos días.

—No puedo dejar a la abuela y a mi madre.

—¿Quién ha dicho nada de dejarlas?, cuando he dicho preparar viaje, me refería a las tres.

—¿Quieres que vayamos las tres a pasar las fiestas con vosotros?

—Pues claro, toda la familia lo quiere. Cuando la abuela Cari se enteró de lo de Alex y tú, ya se puso a hacer planes. Menuda es.

—No sé qué decir.

—Pues sencillo, sólo tienes que llevar algo para comer, o bebida; es lo que todos hacemos. Un plato cada uno, así nadie se pega la paliza cocinando para el resto y luego los chicos a limpiar.

—Suena bien. Tendré que decírselo a mamá y la abuela. —Y como hacen todas las abuelas, en ese momento apareció a nuestro lado.

—¿Decirme qué?

—Que estas fiestas nos han invitado a pasarlas con la familia de María y Alex. -Aclaró Angie.

—Bueno, es lógico. Ahora Alex y tú sois una pareja. Las familias se juntan por eso.

—Tú y Carmen también sois ahora parte de la familia, venís en el lote. —concreté.

—Ah!, eso suena bien. Así que, ¿puedo considerar a este pequeño como un bisnieto? —Acaricié mi tripa, tomando de paso la mano de la abuela y posándola allí.

—Dos, vete pensando en dos, pero sí, contra más abuelas para consentirles y mimarles, pues mejor, ¿no crees?

—¡Claro que sí! Dos pequeños correteando por aquí sería una delicia para mi vista. —dijo la abuela entusiasmada.

—¡Eh, abuela!, ¿a dónde vas? —preguntó Angie cuando la abuela empezó a alejarse deprisa.

—A hablar con el arquitecto de tu marido, a ver cuánto tardaría en hacer una piscina para mis nietecitos. —La vi desaparecer por la puerta, y no pude evitar sonreír. Sería maravilloso tener un lugar con piscina donde entretener a un par de fierecillas (y su acalorada mami) los días de calor insoportable. Y para su papi también. Era como tener una segunda casa, cerca del mar, con piscina...un auténtico lujo, y más si venía con otra abuela más y dos tías. Lo dicho, imposible meter a toda esta gente en casa de los abuelos. Entonces se me ocurrió algo.

—¿Oye Angie?, ¿podríamos reservar el terreno anexo para año nuevo?

—Supongo que sí, creo que no me lo han pedido. ¿Qué tienes pensado?

—Recordé la boda y pensé que ya que aquí hace buen clima en Año Nuevo, bien podríamos preparar algo así para ese día. Si todos colaboramos con un poco de dinero, nos quedaría una fiesta increíble.

—¡Oh!, es perfecto. Si está libre, es tuyo, y no te preocupes por el dinero, te lo cedo gratis.

—Bien, entonces solo tendremos los gastos de los baños y la carpa.

—Bueno, tiene una pinta increíble. Me muero por que llegue año nuevo.

—Sí, creo que es una gran solución.

—Podrías encargarte de organizar eventos. Tienes un don para esto.

—Junta 36 personas para comer en un cumpleaños y si a eso sumas un presupuesto pequeño... ese don aparecerá tarde o temprano.

—Ja, ja.

Capítulo 38

Viktor

—¿Tienes lo que te pedí?

—Sí, señor.

—¿Y bien? —Recogí el pendrive, lo llevé a mi PC portátil, lo conecté y abrí los ficheros.

—Ha paralizado toda la actividad con su visita, como había previsto.

—¿Conseguiste las cuentas?

—Sí, lo tiene todo ahí, en una hoja de cálculo. -

Eché un vistazo y vi los informes financieros de Stuart. Y no me refería sólo a los bancarios; tenía todas y cada una de sus transacciones legales e ilegales ante mis ojos. Y, en aquella concisa y detallada hoja de cálculo, venían detallados los ingresos de las apuestas, los gastos de personal, los del local y, en un par de hojas más alejadas, los ingresos de las actividades que había venido a controlar. ¿El muy gilipollas creía que no nos íbamos a dar cuenta? Era un egoísta avaricioso que no vio más que dinero fácil. Drogas de diseño y prostitución; el tipo abarcaba todos los vicios de los que se podía sacar algún beneficio. Cada uno podía ganarse la vida como quisiera, pero a la familia no puede joderla. Stuart trabajaba para nosotros y sabía perfectamente como funcionamos y cuál es nuestro criterio; se lo dejamos bien claro cuando llegó a nosotros hacía 8 años. Y el tipo lo había estado haciendo bien hasta hacía un par de ellos; hasta que decidió que quería un trozo más grande de pastel.

—Bien, puedes irte. Y Sam... sigue con ello, lo quiero todo.

—Sí, señor, como siempre. —Ese “como siempre” me sonó bien. Sam llevaba trabajando a mis órdenes el suficiente tiempo para saber lo que quiero de cada uno, y de Stuart quería saber incluso el número de pedos que se tiraba antes de ir a cagar. Revisé los archivos con cuidado buscando toda la información que pudiera servirme. Por eso había volcado todos los ficheros que había en la memoria de su PC personal. ¿Qué cómo lo había conseguido? digamos que mis chicos están acostumbrados a conseguir ese tipo de cosas. ¿Ilegal?, por supuesto, pero nosotros jugábamos en ambos lados, es lo que hacía la vida interesante.

Stuart

Miré por milésima vez la foto de Danny que tenía en mi PC; la habían sacado hace unos días, con un teleobjetivo. Llevaba su uniforme de enfermera y entraba a trabajar. Me estaba impacientando por no poder hacer nada, y no podía esperar a que Viktor se largara de una puñetera vez. Había mandado a alguien para recoger los asientos de cobros de las apuestas y le había entregado una copia en el momento. Que revisaran de una puñetera vez y se largaran de aquí; me estaban poniendo de los nervios. Esto de andar de puntillas en mi propia casa era algo más que incómodo. Vale que ellos me dieran el dinero para ampliar el negocio hace tiempo, vale que fuera una filial de sus negocios aquí en Miami y vale que de vez en cuando auditaran mis cuentas, mi trabajo, pero me estaba hartando de besarle el culo a ese estirado hijo de puta ruso prepotente. Él y su séquito de guardaespaldas entraban en mi club como si fuesen los dueños, no solo del club, sino de todo el puñetero Miami.

Lo peor de todo es que no podía hacer nada que sumara puntos a mi favor, porque él lo conseguía más rápido. ¿Chicas?, las mías eran simples camareras o bailarinas, y no todas cumplían mis deseos, de momento; pero él siempre tenía chicas nuevas en su reservado en la zona VIP, chicas bonitas, explosivas, complacientes. ¿Alcohol?, él siempre pedía una botella nueva de vodka con miel, una remesa que había traído consigo, y que mis chicas le servían con una sonrisa auténtica en su cara, porque el capullo además les daba buenas propinas. Siempre empezaba una botella, y a veces no la terminaba pero él siempre quería una nueva. ¿Drogas?, ni me atrevía, se suponía que yo no tenía de eso. Lo único con lo que podía comprarle era con esos exquisitos puros habanos que conseguía de mis contactos, pero el muy cabrón no fumaba. Ahora me iba a salir un ruso que se preocupaba por sus pulmones.

Un par de golpes sonaron en la puerta y con rapidez cerré la foto de Danny.

—Señor, ya han llegado.

—Enseguida voy. ¿Los están atendiendo ya?

—Le están sirviendo ya, a los otros ya sabe que no...

—Si, lo sé. Sus guardianes no beben nada. —Charly sacudió la cabeza, esperó a que saliera de mi despacho y caminó delante de mí abriendo paso. Era bueno ser el jefe en esas ocasiones; no tenía que empujarme entre la gente para hacer mi camino, de eso se encargaban otros. Cuando llegué al

reservado VIP me encontré a un Viktor sentado en uno de los sillones, con sus brazos extendidos a ambos lados, como si estuviese en el sofá de casa. En la mesa ya estaba una botella de su bebida y un vaso a medio terminar. ¿Cuánto tendría que esperar yo para que llegara mi bebida?, tendría que hablar con el personal muy seriamente. Se suponía que su jefe era yo, pero nunca me atendieron como a él. ¿Por qué algunos como Viktor conseguían ese tipo de cosas sin esforzarse siquiera?

—Stuart. Tómate un trago conmigo.

—Ya he pedido lo mío.

—Esa mierda de bebidas que tomas es para niños. Uno no es un hombre si no toma bebidas de hombres. —El cabrón llenó un vaso de chupito con ese líquido asqueroso, y después relleno el suyo. Cogí el vaso con una sonrisa falsa y brindé con él, antes de seguirle y tragar aquel combustible de aviones de un solo trago. Aguanté como pude, pero mi garganta se abrasó y necesité respirar varias veces para dejar salir el fuego de mi boca antes de poder toser.

—Supongo que, para el que no está acostumbrado, es un poco fuerte.

—Si...lo es.

—Bueno, ¿con qué vas a deleitarme hoy? Me han comentado que tienes chicas realmente sexys bailando aquí.

—Escoge la que quieras.

—Tu eres el experto aquí, tráeme lo que tengas. —Asentí y salí de allí tan rápido como pude. Como si le importaran las chicas que bailan en la barra. Al final de la noche se iría con alguna de las que se colaban en su reservado. Tres puñeteros días y todos iguales. A media noche el tipo se largaba con su séquito. Lo tenía controlado y sabía que se iba derecho a su hotel. Las chicas no abandonaban la habitación hasta el amanecer. El cabrón sí que sabía vivir la vida; chicas guapas, ropa cara, de lo bueno lo mejor; no se privaba de nada. No había nada mejor que ser el hijo del gran jefe, tenías todo lo que querías a tu disposición. Y me jodía, y mucho, porque yo había tenido que trabajar como un esclavo para conseguir un trocito de aquello. Pero estaba en el camino de conseguir todo lo que quería. Tendría lo mejor de todo, no importaba el precio.

Mo

Apreté la última tuerca y comprobé su agarre. Sí, esa pieza no se caería aunque llegara un tornado a la puerta de casa.

—Así que trabajas en Navidad.

—Noche Buena y Navidad de noche, sí.
—Vaya, al menos puedes comer con la familia.
—Están demasiado lejos, pero hablaré con ellos.
—Es triste.
—Piénsalo por el lado bueno, así no tengo que aguantar a la pesada de mi tía.
—Eso en mi casa no pasa.
—¿En tu familia no hay tías pesadas?
—En mi familia hay pesados como en las de todos, pero con emborracharles lo tenemos solucionado.
—Esa técnica no se me había ocurrido.
—Las celebraciones en mi familia son cosa seria. Y no es una auténtica fiesta si no hay alcohol y música.
—Unas fiestas Navideñas muy tradicionales, sí.
—En este país se junta la familia para comer hasta reventar; nosotros nos juntamos para divertirnos y “beber” hasta reventar.
—Vaya con tu familia.
—¿Cómo estás en Año Nuevo?
—Libro. ¿Por qué?
—Porque vamos a celebrar la fiesta aquí, en el terreno de al lado.
—¿Como ocurrió con la boda de tu hermana?
—Algo parecido. No hay que vestir tan elegante, pero sí tienes que traer algo de beber o comer para compartir con los demás.
—¿Me estás invitando? -
—¡Pues claro!, después de lo que te he hecho trabajar, te mereces celebrar con nosotros el Año Nuevo.
—Tú quieres emborracharme.
—Prometo no dejar que llegues a ese extremo.
—¿Y puedo traerme a alguien?
—¿Lo dices por esa enfermerita?
—Sí, esa.
—Tráela también; estáis los dos invitados.
—¿Seguro que no es una molestia?
—Mo, Las fiestas de Año Nuevo en mi familia son mejores que las del *Caesar Palace* o el *Hilton*. Y habrá tanta gente que ni se notará que hay dos más. Yo una vez amanecí abrazado a una rubia que llevaba puesta mi camiseta, y te juro que nunca llegué a conocer su nombre.

—Vaya, una fiesta salvaje.

—No te haces una idea.

Capítulo 39

Viktor

Miré hacia abajo para ver a las dos mujeres dándole más que mimos a mi pequeño apéndice, ahora no tan pequeño. ¡Dios!, aquella rubia sabía cómo volver loco a un hombre, ¡qué boca! La morena tampoco se quedaba atrás. Entre las dos me estaban llevando a un orgasmo que me parecía a todas luces prematuro. Me estiré sobre la cama, y recogí uno de los paquetes plateados que había dejado allí, junto a mis cosas. Lo rasgué con la mano y saqué el látex.

—Hora de cambiar. —Enfundé mi pene en la delgada funda y miré hacia las dos chicas.

—Móntame preciosa. —La verdad, es que me daba igual la que fuera, solo quería una cabalgada. Pero instintivamente, mis ojos se fueron hacia la rubia que ya estaba caminando hacia arriba entre mis piernas. Con agilidad y conocimiento se ensartó así misma, dejando escapar un gemido. Cerré los ojos unos segundos disfrutando el placer de introducirme en el cuerpo caliente y resbaladizo de una mujer dispuesta para el sexo; no había mejor sensación, bueno, sí, pero no en aquel momento.

Ella empezó a subir y bajar sobre mi cuerpo, haciéndome sentir increíblemente bien. Abrí los ojos y vi a la morena acariciando, desde detrás, los pechos de la rubia. Esta se giró hacia la morena y la de detrás aprovechó para asaltar su boca y comerla con lujuria. ¡Sí, adoraba eso! Que dos mujeres se acariciaran y besaran, mientras me estaban dando placer a mí, era el Paraíso en la Tierra.

Sentí mi orgasmo acercarse. ¡Joder con la rubia!, llevaba un ritmo demoledor. Pero aún la faltaba para llegar a su propio orgasmo, así que estiré mi mano y acaricié aquel punto con el que sabía podía llevarla al límite. Escuché sus gritos un segundo después de correrme. Pero no dejé de acariciarla, se merecía que alargara aquel momento todo lo posible, tan solo por lo bien que lo había hecho. No me confundas con un sensiblero, romántico o complaciente. Sólo quería recompensar su buen trabajo. A fin de cuentas, no eran unas putas que cobrarían por su trabajo; ellas lo estaban haciendo por pasar un buen rato, y eso les estaba dando.

Ambas cayeron a un lado, y la morena se dedicó a acariciar y besar a su

compañera, que la respondía derrotada. En un momento dado la morena se puso a darle placer a su amiga metiéndose entre sus piernas. ¡Joder!, ¿no había dicho que eso era el paraíso de un tío? El pequeño Vitya empezó a despertarse de nuevo; ya no era un colgajo flácido sobre mi vientre. En menos de 10 minutos, estaba listo para volver a la batalla. Me estiré de nuevo y cogí otro preservativo, lo puse sobre mi impaciente amigo, me coloqué detrás de la morena, alcé su trasero y me metí hasta el fondo en ella. Estaba lista para recibirme. ¡Joder!, aquello era la gloria. Me dediqué a entrar y salir de aquella gruta del placer, llevando un ritmo constante, hasta que noté que la morena había dejado de prestarle atenciones a su amiga la rubia. Sus gemidos eran altos y profundos. Deslicé la mano hacia su entrepierna y acaricié el punto justo. No tardó casi nada en gritar de placer, pero yo seguí manteniendo el ritmo. Cuando ella misma me dijo que no podía más, salí de ella y me introduje en su compañera para terminar con lo que había empezado. Le di, bueno, nos di otro buen orgasmo a la rubia y a mí y, después, quedamos los tres tendidos sobre la cama, jadeando, intentando recuperar la respiración.

Cuando me sentí más calmado me levanté de la cama y fui a darme una ducha. Cuando salí del baño, las dos estaban acurrucadas, una junto a la otra, dormidas como marmotas. Cogí mi ropa, me vestí y salí de la habitación de hotel. En la puerta estaba uno de mis guarda-espaldas. Asentí con la cabeza y caminamos juntos hacia el ascensor. Pulsé el botón del ático, y esperé a que las puertas se abrieran de nuevo en mi planta.

Delante de la puerta estaba otro de los chicos de mi equipo; abrió la puerta y entré en mi suite. Sacudí con la cabeza y entró conmigo. Se acomodó junto a la puerta, mientras yo me dirigí a mi habitación. Miré mi reloj; las tres de la mañana. A estas horas mi padre habría contestado al correo que le envié esa tarde. Abrí mi PC y revisé el correo. Allí estaba. Leí con detenimiento cada palabra buscando el auténtico significado del mensaje. Sonreí y cerré la pantalla. El viejo y yo teníamos una manera muy parecida de afrontar los problemas. Puedes llamarnos drásticos, violentos; yo lo llamo justo. Tú nos la juegas, la familia te la devuelve. No toleramos la insubordinación, porque en nuestro negocio, eso siempre significa riesgos y problemas. La familia no podía permitirse eso. La familia; sueño a Marlon Brando en el padrino. Pero tiene razón, la familia es lo más importante porque es lo que; si se cuida, es lo único que prevalece y uno hace lo que sea por su familia.

Tengo tres hermanos, Elena, Andrey y Nikolay, y estoy dispuesto a matar por ellos, por mis padres y por mis sobrinos. Es más, ya he matado por mi padre. Aquel desgraciado pensó que podría meterle un balazo en la cabeza, pero yo lo hice antes. Sé que no voy a ir al cielo, no lo merezco, por eso disfruto ahora todo lo que puedo; me regalo todo lo que me puede dar un momento de felicidad, porque cuando muera me espera el infierno. No tengo remisión, ni la deseo. Voy a seguir haciendo lo mismo que he hecho hasta ahora. Mis casi 30 años de existencia los he dedicado a mi familia, a las personas que quiero, y nada va a cambiar eso. Al menos mientras la lealtad se mantenga, porque si uno traiciona al resto...

Me desnudé y me dejé caer sobre la cama, ¡joder!, hacía calor y eso que vivo en Las Vegas que es un puto desierto. Sería la humedad, o sería el sexo de hacía un rato; quién sabe. Cerré mis ojos y traté de dormir. Mañana sería otro día más que debía de hacer mi trabajo.

Cuando sonó la alarma de mi despertador, me estiré sobre la cama. Tenía medio cuerpo cubierto por la sábana, quizás me tapé a media noche; es cuando me ataca el frío. Pero es lo que tiene despertar solo; no hay un cuerpo caliente al que robarle el calor. Una falta que se soluciona con una buena ducha de agua caliente. Estiré mis brazos a los costados y me regodeé de lo grande que era la cama y en que no tenía que compartirla con nadie. No siempre había sido así; a veces chicas, a veces no, es lo que tiene la vida, y lo que tienes que pasar para aprender y endurecerte.

No he llegado aquí por ser el hijo de quién soy; me he ganado mi puesto, porque mi padre no regala nada. La única que tiene todo lo que quiere sin hacer un esfuerzo es mi hermana; bueno, y mi madre, pero mamá se ha ganado todo lo que tiene. Sufrir por nosotros tiene que tener sus gratificaciones; aunque, como ella dice, saltar cada vez que suena su teléfono esperando la noticia de que su marido o uno de sus hijos acaba de morir, no tiene precio. Si supiera que todavía estamos en el negocio...

Papá trató de “legalizar” todo lo que se puede legalizar. En Las Vegas tenemos todo un entramado de empresas que gestionamos con puño de hierro. Desde el hotel-casino, hasta el pequeño banco, los clubes... todo legal, porque hay que blanquear el dinero que sacamos de las apuestas ilegales, y porque no nos va a ocurrir como a Al Capone. A nosotros Hacienda no nos va a meter entre rejas; lo tenemos todo cubierto por triplicado. Son las pequeñas ratas como Stuart las que pueden hacer que la Ley nos respire en la nuca. Y eso es lo que he venido a hacer aquí, evitarlo.

Capítulo 40

Danny

Lo bueno de la Noche Buena es que los niños suelen portarse bien, así que es una noche tranquila en urgencias infantiles. Nada que ver con Halloween. Así que me llevé algo de lectura para pasar los ratos muertos. Podría haber escogido un libro, algunas revistas, pero ¡eh!, tenía algo mucho mejor, los diarios de la abuela Emy. Eché un último vistazo a mí alrededor; paz y tranquilidad. Había visto a Mo haciendo su ronda y pensé que no volvería a verlo en... 18 minutos y medio. Sí, lo tenía cronometrado. Tomé el diario y lo abrí mientras me recostaba en el respaldo de la silla del control de enfermería.

“Odio cuando me obligan a hacer algo, y escribir esta mierda de diario es una de esas cosas”

¡Joder! Con la abuela Emy, ¡que lengua! Esto tenía pinta de no ser nada aburrido.

“Sí, es por mi bien, porque necesito mejorar mi caligrafía y aprender a expresarme mejor. Y escribir lo que siento me ayudará a liberar toda esa frustración que llevo dentro. ¡Una mierda!, lo que me pasa es que ir los domingos a misa, con la estirada y aburrida de Samantha, no es lo que quiere hacer una chica de 16 años. Estoy en edad de decidir lo que quiero hacer y lo que no. Y que me vistan con esos sacos amorfos de colores pastel, a los que me niego a llamar ropa, es algo que no haré nunca de buena gana. Estamos en 1954, ¡por Dios!, las mujeres son sexy. Incluso Lauren Bacall viste más provocativa que yo. Samantha no me entiende; yo soy más Marilyn Monroe; ella sí que sabe sacarse partido. Ojalá tuviera tanta suerte como ella en esa película del año pasado “Cómo atrapar a un millonario”. Yo también quiero atrapar a un millonario y salir de este pueblo de mierda, donde sólo hay vacas, chicos llenos de granos y que huelen mal, y donde la música se limita al órgano de la iglesia. (el banjo del señor O’rreily no cuenta, porque sólo sabe tocar dos canciones y lo hace en bodas, bautizos y esas cosas)”

¡Leches con la abuela Emy!, con 16 ya era todo un carácter.

—Hola gatita, ¿qué lees tan concentrada? —Levanté la vista para encontrar a un curioso Mo.

—El diario de mi abuela Emy.

—¿Y es interesante?

—No te haces una idea.

—Últimamente he oído mucho esa frase.

—Ah, ¿sí? -

—Sí. Venía a decirte que ya tenemos un lugar para festejar en Año Nuevo, si es que quieres ir, claro.

—Soy toda oídos.

—La familia de Alex va a montar una fiesta de las suyas en los terrenos de Angie, y estamos invitados.

—No sé, ¿tú crees...?

—Sin compromiso. Por cómo me lo ha descrito Alex, se deben de juntar los primos, amigos, tíos y todo aquel que tiene ganas de fiesta. Habrá alcohol y comida, y será en un lugar restringido, así que no habrá sorpresas inesperadas. —Aquello seguro que lo dijo para tranquilizarme, y creo que eso fue lo que me convenció. Diversión descontrolada, y segura. Difícil combinación, pero si podía hacerse, ¿por qué no?

—De acuerdo. Me parece bien.

—Estupendo. Le diré a Alex que vamos. Y pensaré qué llevar de comida; algo que no se tenga que cocinar en el momento y no se estropee, no quiero envenenar a nadie. —Sonreí mientras lo vi desaparecer por la puerta de admisión. El chico era un caso, pero una dulzura. Me volví a la lectura, hasta que llegó un niño con una complicación de asma. Y así pasó mi guardia; bueno, salvo por algún que otro besito robado en algún lugar escondido. Casi olvidé que estaba trabajando en Noche Buena.

Stuart

Al fin un poco de paz; el principito se había largado para pasar la Navidad con su familia. Ya había esperado demasiado tiempo, era hora de volver al trabajo.

—¿Me mandó llamar, señor?

—Sí, Charly. ¿Recuerdas lo que hablamos sobre Danny?

—Sí, señor.

—Bien. Entonces ponlo en marcha. —Salió por la puerta y me dejó solo de nuevo. Abrí el PC, y busqué la última foto que le habían sacado. —Pronto, pequeña, pronto.

Marco

Abrí los ojos y vi que estaba solo. Era raro que no me hubiese despertado cuando Susan abandonó la cama, pero no me extrañaba, ella había estado inquieta toda la noche. Se movió tanto que me hizo despertar varias veces. Gracias a la Madonna que soy de sueño fácil, es cerrar los ojos de nuevo y estoy en el quinto sueño de nuevo.

Me giré para ver la puerta del baño, quizás ella estaba allí. La luz estaba encendida, así que debí acertar. Esperé algunos minutos, pero no se escuchaba nada y tampoco ella salía. Me levanté y caminé hacia allí. Susan estaba de pie, frente al espejo, pero no se estaba mirando. Había algo sobre el mármol del lavabo que la tenía absorta. Me acerqué por detrás y pude ver lo que era, un test de embarazo. La abracé por detrás, y apoyé mi barbilla sobre su hombro.

—¿Estás bien?

—Estoy asustada.

—Pase lo que pase sabes que estoy aquí. —Sentí su mano acariciar el lugar donde se unían las mías, sobre su vientre. Si, estábamos juntos en esto, y tenía que sentirlo además de saberlo. La apreté un poco más fuerte, y deposité un dulce beso sobre su piel. Cuando levanté la mirada, encontré sus ojos al otro lado del espejo.

—Voy a hacerlo. —Solo asentí, la solté y dejé que caminara hacia el inodoro. Hizo lo que tenía que hacer, volvió al lavabo, dejó el bastoncillo y se lavó las manos. Volví a envolverla entre mis brazos, y descansé mi mejilla sobre su cabeza, besándola la corinilla. Olía tan bien que daban ganas de estrujarla como un osito de peluche.

Nos quedamos quietos mirando aquel trozo de plástico, cuando sentí su cuerpo tensarse supe que ya teníamos nuestro resultado. Incliné mi cabeza para poder mirar.

—Dos barritas azules, ¿significa que estamos embarazados? —Ella tardó unos segundos en contestar y juro que me asusté. No sabía que aquello era tan importante. A ver, me explico; sabía que los dos lo queríamos y que ella insistía en que había llegado su momento. Pero de ahí, a sentir el peso que tenía sobre ella con este asunto...

—Según esto, sí, estamos embarazados. —Volví a besar su hombro.

—¿Así que podemos despedir al semental? —Ella se giró hacia mí sin abandonar la caja que eran mis brazos a su alrededor. Deslizó sus manos detrás de mi nuca y empezó a acariciar el pelo con aquella cadencia que me

dejaba embobado. ¿Tendría algún cromosoma de gato en mi ADN?, seguramente.

—Puede que le dé un poco de tregua, pero ya sabes lo que dicen de las embarazadas.

—¿Qué se ponen preciosas?

—Que se vuelven un poco ninfómanas.

—Lo que tiene que hacer un hombre por tener contenta a su mujer.

—Si es mucho esfuerzo, puedo buscar un sustituto. —La estrujé entre mis brazos, que se enterara bien, un italiano sobraba para tenerla contenta, y más si era celoso como yo.

—A este potro no vas a poder dejarle seco.

—Ummm, vale, potro mío. —La besé con ganas. Padre, iba a ser padre. Iba a tener un hijo con Susan. Quisiera o no, iba a estar plenamente en mi vida y nada iba a poder cambiar eso. ¡Señor!, que bien sonaba eso.

Capítulo 41

Danny

“Samantha es una avinagrada y estoy segura de que me odia. Vale que no soy su hija, pero no tiene por qué repetírmelo cada dos por tres. Y esa petarda de Martha no hace mucho por mejorarlo. Si, vale, tendría que quererla porque es mi medio hermana, pero cada día me lo pone más difícil. Las dos me lo ponen cuesta arriba en todo momento. Entre las dos han creado una especie de club en el que no soy bienvenida. Para mí son las reprimendas, las recriminaciones y las malas maneras; para Martha todos los caprichos. Samantha la está mal criando, pero me da igual, porque al borracho de mi padre no le importo tampoco. El día menos previsto, cojo mis cosas y me largo de esta casa. Estoy harta de todo, y de todos.”

“Voy a hacerlo. Tengo todo mi dinero en la cartera de mi bolso y la maleta lista debajo de la cama. Tommy Stevens se larga también de casa y me ha prometido que me llevará con él a Los Ángeles. Mañana salimos de aquí y no vamos a mirar atrás. Hollywood, allá voy. “

Cerré el diario y lo guardé en el pequeño baúl. Había algunas hojas aún en blanco, pero Emy no las utilizó; debió de dejarlo en casa. El siguiente diario era exteriormente diferente y no estaba tan desgastado. El primero parecía como si lo hubiese dejado en casa cuando se marchó y alguien lo hubiese releído una y otra vez. Miré la hora en el reloj; aún quedaba un rato hasta que Mo llegase a casa; la cena estaba casi lista, y afuera llovía a mares. Cogí el siguiente diario y volví a acomodarme en el sofá.

“Todos los hombres son unos cerdos que solo piensan en su pene. Pero doy gracias a que lo he descubierto a tiempo. Tommy se largó en cuanto consiguió lo que quería (meterse en mis bragas) y después me dejó tirada a medio camino. El muy gilipollas. Luego llegó Richard y sus promesas de pequeños papeles en películas; todo mentira. Lo único que quieren todos ellos es llevarse a la cama a una chica bonita, da igual las mentiras que tengan que decir; son solo palabras que se lleva el viento. De lo único de lo que estoy agradecida es que no me dejaran embarazada. Pero he conseguido salir adelante, sola. Tenía 19 cuando acabé en Las Vegas, con solo una maleta y la cartera vacía. Pero era el mejor sitio para empezar de cero, porque ¿dónde podría ganar dinero una chica bonita y sin estudios?, en Las

Vegas. Así que me calcé mis tacones más altos y busqué un trabajo. Y, aquí estoy; en el Club Blue Parrot, bailando sobre un escenario, con poca ropa y enroscada a una barra de metal.”

No podía creerlo; la abuela Emy había sido una bailarina de pole dance, como yo, solo que para ella era una manera de vivir, no para sacarse un dinero extra que emplear en su educación, como lo hice yo. Para ella era su forma de seguir adelante. Aquello se estaba poniendo cada vez más interesante.

“Aquí soy la reina y Bob lo sabe, por eso me deja hacer lo que quiero. Al fin y al cabo los clientes vienen hasta aquí solo para verme bailar, no porque el alcohol sea bueno o la música sea algo más que aceptable. Las chicas tampoco es que sean del otro mundo; hay de todo, pero al final hasta las feas tienen trabajo, porque les mando muchos clientes. Bob sabe que yo no me acuesto con ninguno, y lo acepta, porque los clientes se calientan y acaban desahogándose con alguna de las chicas, y él se lleva su parte del beneficio. Así todos contentos. ¿Tendría que pedirle un porcentaje?, tal vez, así mi colchón crecería más rápido y podría retirarme antes de que empiecen a colgarme las pieles. Tengo 23, pero en este negocio una chica envejece rápido. Aunque ahora babeen como perros delante de un hueso, en unos años no podré seguir bailando de la misma manera, con la misma energía, o estaré tan hastiada de la vida, que dejará de divertirme el jugar con los tipos salidos que vienen a olvidar sus deprimentes vidas viéndome bailar.”

“Hoy ha sido uno de esos días que no podré olvidar. No porque fuera día de celebraciones; la superbowl trae a muchos tipos con ganas de rematar un buen día. No es porque mi bote de las propinas casi reventase. No; ha sido por culpa de él. Estaba en mitad de mi número cuando lo vi. Permanecía en un rincón de pie, observándolo todo, como si la diversión no fuera con él. Y no tenía pinta de perdedor, no. Tenía un aura oscura que lo envolvía entero. Su pelo era oscuro, negro tal vez, y sus ojos...aunque estaba lejos, sus ojos azules eran como dos faros en medio de la noche; te deslumbraban, te atrapaban. Pobres cervatillos. Bailé mejor que nunca; seduciendo, provocando, jugando con sus sueños, sus deseos, y no dando nada a nadie. Casi había terminado mi número, cuando lo vi a él parado junto al escenario, recostado en una de las columnas. Si ponía un pie sobre una de las mesas y el otro sobre una de las sillas, podría alcanzarlo. Sus ojos me perseguían, pero nada más delataba su interés; era como una estatua de hielo, fría y distante. Cuando salí del escenario, él permaneció allí. Algunos

hombres le hablaban, pero él no apartaba la vista de las cortinas por las que había desaparecido. Lo sé porque que Tyra me lo dijo. Cómo también me dijo que tuviera cuidado. Todos le conocían; era un luchador conocido, de esos de las peleas ilegales. Vasil, creo que dijo Tyra. Nadie había podido derribarle sobre la lona. Aquello me gustó; atraer la atención de un hombre como él me hizo sentir poderosa. Por eso no escuché las advertencias de Tyra; no me importó que fuese peligroso. A fin de cuentas, él había entrado en mi territorio, y aquí era yo la que imponía las reglas. En mi siguiente número, salí a la misma pista y bailé para él; los dos lo sabíamos, aun así, él no se inmutó. Pero los retos me llaman, así que caminé sobre la mesa, y apoyé mi zapato en el respaldo de la otra silla. Mi rostro quedó a escasos centímetros del suyo, y pude ver de cerca esos maravillosos e increíbles ojos. De lejos no advertí claramente que lo que sostenía entre sus labios era un lollipop, hasta que lo pasó de uno a otro lado, sin decir nada, moviéndolo solo con su lengua. Y no sé qué me llevó a hacerlo, pero agarré el palito que asomaba de su boca y tiré de él. El dulce abandonó sus labios y lo llevé a mi boca; ummm, cereza. Lo saqué y miré el dulce, al tiempo que sonreí triunfante, mi cuerpo empezó a retroceder pero una mano se aferró con agilidad a mi muñeca, deteniéndome con fuerza. Miré sus ojos que seguían taladrándome con dureza, mientras mi brazo cedía a su presión y se dejaba arrastrar. Vi su boca abrirse momentos antes de que la bola de caramelo regresara a su boca. Fue entonces que sentí un escalofrío recorrer toda mi espalda, no sabía si de miedo o de excitación; tal vez ambas cosas. Terminé mi número centrándome en el tipo que quedaba más alejado de allí, y después desaparecí. No volví a verle, pero cuando Tyra me acercó el bote de propinas, vi un gran fajo de billetes grandes dentro, y supe que había sido él; estaba casi segura”.

Wow, otro chico con fijación por los lollipops, esto tenía que ser algo más que coincidencia. ¿Lo tendríamos impreso en nuestro ADN?

Capítulo 42

Danny

Sentí una ligera presión en la frente que me despertó. Ah, el sofá estaba debajo de mí; entonces, es que me había quedado dormida. Abrí los ojos para encontrar a un chico guapo con sonrisa dulce.

—Hola, bella durmiente. —Sonreí y empecé a estirar los brazos, pero no para desperezarme como parecía sino para atrapar ese cuello, tirar de él y conseguir un beso de verdad. ¡Dios!, que bien sabía. Cuando terminamos de besarnos me fijé un poco más en él. Tenía el pelo húmedo y olía a limpio. Estaba claro que acababa de ducharse, y yo sin enterarme. Llámame mala, pero me moría por entrar en ese baño y frotar todo ese cuerpo duro.

—¿Qué hora es?

—Hora de nuestra cita.

—¿Cita?

—Sí, ponte algo bonito, que vamos a salir. —Salté del sofá con una agilidad que hasta a mí me sorprendió. Corrí hacia el cuarto para cambiarme. No tenía ni idea de a dónde me iba a llevar, pero me moría de ganas por averiguarlo.

40 minutos después, pasamos por un letrero que decía Jungle Island. Al zoológico, me estaba llevando al zoológico. Nunca había ido a uno. Lo más cerca que estuve de un animal, sin contar los que uno tenía en casa, eran las vacas del otro lado del cercado próximo a la casa de la abuela Martha, y tampoco es que me llamaran mucho la atención. Lo único que realmente se me quedó grabado era un cartel que había en un cercado vecino, donde había un toro de esos enormes que se usaban en los rodeos. Decía “*Si vas a atravesar el prado asegúrate de hacerlo en 6 segundos, porque el toro lo hace en 7*”. Sí, era gracioso; o al menos eso me parecía a mí.

Paseamos por el zoo, y me sentí una niña de nuevo, solo que en vez de ir de la mano de mi papá lo hacía de la mano de un chico guapo. Me llevó hacia el lugar en el que había unos monitos con anillos en el pelaje de las colas; Lémures dijeron que eran, y me pusieron uno encima. Mo me sacó fotos, y luego se las saqué yo a él. Estuve agradecida de que no me mearan encima, ni que me mordieran. Mo no parecía preocupado por ninguna de las dos cosas. Pero fue divertido, comimos unos conos de pizza y volvimos a casa.

—Huelo a mono. —Mo se inclinó hacia mí, y me olió dramáticamente.

—Sí, apestas un poquito. —Pero contradiciendo sus palabras, me tomó entre sus brazos y me estrechó contra su pecho, robándome un par de besos. Lo empujé, y empecé a alejarme hacia el baño.

—Necesito una ducha.

—¿Quieres que te frote la espalda? —Oh, allí estaba mi oportunidad. Sí, podía haberlo dicho para jugar conmigo, pero tenía que aprender que en ese tipo de juegos podía quemarse.

—Tú también hueles mal, ¿Nos lavamos mutuamente? —Vi su picara sonrisa desaparecer y ponerse serio. Sus ojos estaban abiertos como platos, y noté como tragaba saliva nervioso.

—¿Lo dices en serio?

—Averígualo. —Caminé hacia el baño, y él me siguió.

Alex

Ummm, venditas manos las de esta mujer. Mi espalda necesitaba que la liberaran de esos malditos nudos, y Angie estaba haciendo magia sobre ellos. Casi ni notaba que estaba sentada sobre mi trasero, porque sus manos me estaban llevando al paraíso. ¿Ummm, de qué estábamos hablando?, Ah, sí, de la fiesta.

—Entonces, ¿ya está todo listo?

—Faltan dos días, tiene que estarlo.

—¿Qué falta?

—La gente, la comida, la bebida, pero de eso se encargan todos, ¿verdad?

—Sí, yo ya monté el equipo de sonido. La predicción ha dado cielos despejados y la temperatura esa noche tiene pinta de ser perfecta.

—Me encanta vivir en Miami. Una buena fiesta no sería lo mismo con medio metro de nieve bajo mis pies. —Me giré sobre mí mismo, dejando mi recuperada espalda sobre la cama y a Angie presionando sobre mis caderas.

—Bajo tus pies voy a estar siempre yo. —Ella se inclinó sobre mí, apoyando sus antebrazos sobre mi pecho. Y aquella sonrisa traviesa....

—Ummm, debajo estás bien, aunque no de mis pies.

—Eres una chica traviesa.

—Es culpa tuya.

—No he dicho que sea malo.

—Vas a acabar conmigo. —Oh, oh, aquella expresión dulce y vulnerable. La apreté contra mi pecho, y la alcé hasta que nuestros ojos estuviesen a la

misma altura.

—Me cortarían un brazo antes de hacerte daño. Lo sabes.

—Lo sé.

—Y también sabes que te quiero.

—Pero me gusta oírte decir.

—Ya sabes que no soy de esos románticos que sueltan ñoñerías cada dos por tres.

—Eres romántico, y dulce y.... —No aguanté más y tomé sus siguientes palabras en mi boca. Una cosa es que piense que soy un almibarado príncipe azul y otra que lo vaya soltando por ahí. Tengo una imagen que mantener. Nos hice girar y la coloqué debajo de mí, acoplándome entre sus piernas, soportando el peso en mis antebrazos para no aplastarla. Con los dedos aparté un mechón de pelo de su cara, quería apreciar su belleza sin nada que la estropeará. ¿Sabía el poder que tenía sobre mí?, ojalá no.

Mo

Trabajar el 30 de diciembre de noche no tenía ningún aliciente especial, a no ser que me tropezase con Danny a la salida. Era curioso eso de los turnos. Pero al fin íbamos a conseguir unos días de descanso a la vez. Trabajaba el 30 de noche, libraba 31 y 1 de enero, más un día extra por trabajar la noche de Noche Buena y Navidad. Tres fantásticos días.

Danny trabajaba el 31 de mañana, y después libraba dos días. Tenía pensado pasarme el 1 de enero dormitando y remoloneando en la cama, a ser posible con mi chica bien acurrucadita en mi costado. Mi chica, quién lo hubiese dicho; el solitario de Mo con una chica.

Cuando salí de mi turno pasé por la zona de urgencias, donde Danny estaba revisando las entradas de urgencias y se hacía cargo de los pacientes que le correspondía vigilar o tratar. Me acerqué con cuidado por detrás y, casi sin tocarla, pero muy cerca, le susurré al oído.

—Buenos días, gatita. —Ella se giró con una sonrisa hacia mí, miró a ambos lados, cerciorándose de que no había ningún médico a la vista, tiró de mi camisa y me besó.

—Buenos días, soldado.

—Voy a comprar las cosas para la fiesta. ¿Quieres que pase a buscarte después?

—No, tú prepara algo bueno para comer. Así, cuando llegue, cargaré las pilas.

—Sabes que mis dotes culinarias son limitadas.

—¿Pizza?

—OK, eso es fácil. La encargaré con el tiempo justo, para que esté calentita cuando llegues a casa. -

—Bien. Ah, y no te duches todavía.

—¿No?

—Hay que ahorrar agua. —Tiró de mi otra vez y volvió a besarme. No es que me estuviera quejando, adoraba cuando se ponía mandona y tomaba el control.

—Saldré de aquí como un cohete.

—Sin saltarse los semáforos.

—Lo intentaré.

Capítulo 43

Mo

La pizza estaba fría hacía rato, y Danny aún no había llegado. Eso no estaba bien. Llamé a su teléfono varias veces, y la primera vez no lo cogió; después, simplemente, estaba apagado y me saltaba el buzón de voz. Le dejé un par de mensajes, pero después desistí de seguir haciéndolo. Algo no iba bien, lo sentía en mis huesos desde la primera vez que la llamé y no respondió. En el hospital me dijeron que su turno había acabado hacía tiempo y que se había ido. No aguanté más; cogí las llaves y el casco de mi moto y salí disparado hacia el hospital. Necesitaba encontrarla, y algo me decía que allí encontraría algunas respuestas.

Nada más llegar al aparcamiento, enseguida encontré su coche, en el mismo lugar donde lo había dejado por la mañana. No tenía que ser muy listo para imaginar lo que había ocurrido. En algún punto entre urgencias y su coche, Danny había desaparecido.

Entré como un loco en la sala de control de seguridad, no sé cómo lo hicieron, porque ni yo mismo conseguía terminar una frase coherente. Al final me entendieron, y entre todos nos pusimos a rastrear las imágenes de ese día. En una de ellas, en el aparcamiento, reconocí al tipo que estaba con Charly el día que me dio el “aviso” de Stuart. Se cuidaron mucho de que no los vieran sacar a Danny, pero en una imagen vimos un coche oscuro deteniéndose en uno de los accesos y cómo ese tipo y otro más metían a alguien al asiento trasero. Intentaron cubrirla, pero reconocería aquellos zapatos de enfermera en cualquier parte. Cogí el teléfono, y marqué el número que habría querido olvidar.

—Hola, con el capitán Bradley Scott, de la anti-vicio, por favor. Es urgente.

Stuart

No quería haber llegado hasta allí, pero los recursos se habían agotado, y tal vez me había vuelto impaciente, no sé. Aunque lo más seguro fuera culpa de ese crío entrometido que ahora era su novio. El caso es que no podía soportar que él tuviese lo que yo había estado tanto tiempo trabajando para conseguir.

Me acerqué de nuevo hacia ella y, con cuidado, acaricié su mejilla. Aquellos estúpidos se habían pasado con el narcótico. Danny luchaba por mantener su cabeza erguida, pero caía sobre su pecho después de unos segundos de inútil lucha.

—Tranquila, pequeña. Pronto pasará y estarás bien.

—¿St...Stuart? —Saber que reconoció mi voz, en medio de su aturdimiento, me hizo tremendamente feliz.

—Sí, cariño. No te preocupes, todo está bien. Cuidaré de ti. —Unos golpes en la puerta me obligaron a depositarla sobre la cama. Caminé hacia la salida y abrí.

—Dije que no quería interrupciones.

—Tenemos una visita inesperada, señor.

—¿Qué visita?

—El ruso. —Maldije mientras apretaba los dientes. ¡Joder!, ¿por qué tenía que aparecer ahora ese gilipollas? Intenté serenarme soltando el aire. Piensa, piensa, piensa.

—De acuerdo. ¿Tenemos alguna chica libre?

—Cat se está vistiendo. -

—Bien, que vaya a la pista del reservado.

—Pero...

—He dicho que vaya al reservado. Ya discutiré con ella después. —El gilipollas salió de mi vista a cumplir mis órdenes. Cat era la mejor opción que podía haber pedido; era buena en la barra, mantendría al principito entretenido un buen rato. Pero cuando acabara su número, saldría corriendo como un gato. Sí, le pegaba, Cat, gato. El caso es que no era de las que hacían bailes privados. Una chica casi decente, como mi Danny. Solo que Cat era mucho más arisca. En fin, tenía sólo unos pocos minutos para cerciorarme de que Danny no iba a ir a ningún sitio.

Viktor

Tenía la botella de vodka con miel sobre la mesa, un par de vasos de chupito junto a ella, y una chica de pelo azul eléctrico bailando sobre la barra con agilidad. ¡Joder!, la tía era una auténtica gimnasta. Su cuerpo delgado, pero fibroso, se aferraba al metal con una fuerza y precisión apabullantes. Estaba ejecutando una coreografía sexy y acrobática, que unida a aquella escasa indumentaria, estaba poniendo en serios aprietos al pequeño Vitya. Aquel puñetero Stuart tenía un buen establo allí montado. Quizás me pasara

más tarde a saludar. No, más tarde no; hoy no podía ser, tendría que dejarlo para otro momento. Lo primero era llevar a cabo el trabajo que había venido a hacer. Miré hacia el acceso por donde debía volver Igor. Cuando vi su cabeza asomar me enderecé, esperando a que se acercara a mí. Cuando lo hizo, se inclinó para susurrarme al oído.

—Tiene a una chica retenida arriba.

—¿Quién es?

—Creo que la enfermera. —Aquella noticia me puso rígido como una tabla para planchar. La puñetera enfermera otra vez en medio. Stuart tenía docenas de fotos de esa mujer en su PC, así que la investigué. Y encontré algo que me hizo enviar una de esas fotos a Las Vegas para conseguir más respuestas. Ya había tenido bastante con la extraña conversación que tuve anoche con mi padre. Tengo cada puñetera palabra grabada en mi cabeza.

—*Dime que es una jodida coincidencia, Omeu (padre), porque en este momento no puedo aceptar otra cosa.*

El viejo volvió a mirar la fotografía y su rostro pálido ya me dijo bastante. Había algo allí que lo había desubicado. Su cabeza cayó hacia delante, sus dedos apretando el puente de su nariz. Ahora venía algo que quería evitar decir, lo sabía. Lo conocía lo suficiente como para saber que la situación lo desbordaba.

—*Es una larga historia, Vitya. Y no es apropiado que te la cuente por videoconferencia.*

—*Creí que no tenías secretos para tus hijos.*

—*Era...era la única manera de mantenerla a salvo.*

—*¿Por qué querías mantener a salvo a Daniela Diaz, Omeu?*

—*Ella no...ella...*

—*¿Ella qué, Omeu? -*

—*¡Говно ¡ (mierda). Salgo ahora mismo para allá.*

—*No hay tiempo, Omeu.*

—*Posiciona tus fichas, Vitya, pero no ejecutes tu jaque mate.*

—*Haré lo que pueda.* —Mi padre cortó la comunicación y me dejó más confundido que antes de llamarlo. Él no se iba de Las Vegas si no había una buena razón para ello. Lo que no entendía bien era qué tipo de razón era Daniela.

Un mensaje recién llegado a mi teléfono hizo que me levantara y saliera de allí. Caminé junto a Igor, dándole las instrucciones que debía seguir.

—Posiciona las fichas. —Igor asintió, y yo salí por la puerta principal. La

luz de media tarde aún iluminaba el cielo, pero eso no hacía que mi día fuese más alegre. Caminé deprisa hacia el aparcamiento que estaba una calle más a la derecha. Reconocí el coche de cristales tintados y a dos de los hombres de mi padre vigilando las esquinas. Caminé hasta allí, abrí la puerta y me metí dentro.

—Ahora puedes contármelo. —Mi padre asintió y bebió de un trago el vaso que tenía en la mano. Bueno, allá vamos, pensé.

Capítulo 44

Mo

Una maldita confirmación; querían una maldita confirmación de dónde estaba Danny. Scott no podía irrumpir en una propiedad privada sin una orden judicial, y para esa puñetera orden tenía que tener algún indicio de que Danny estaba allí.

Entré en el maldito club y caminé sin saber muy bien a dónde ir. Noté una mano sobre mi pecho y miré al dueño, Charly.

—No tenías que haber venido.

—Necesito verla, Charly.

—Es mejor que te vayas. —Sentí una mano ruda y muy fuerte aferrarse en mi bíceps y, después vi la cara de Charly inclinarse hacia el suelo, al tiempo que me arrastraban hacia algún lugar. Cuando me sacaron del local, lo primero que percibí no fue el aire fresco del exterior, sino un fuerte golpe en mis costillas. No sé cuántos me dieron, pero estaba seguro de que fueron más de uno los que me golpearon y también sé que alcancé a alguno.

—¿Qué ocurre aquí? —Los golpes dejaron de llegar, pero no pude hacer nada, ni quiera para alegrarme de que así fuera. Mi cuerpo estaba medio apoyado en una pared que olía a orín, y había perdido la visión de mi ojo izquierdo. Y lo peor no era la paliza, era saber que no había servido de nada.

—Nada, solo un cliente que ha bebido de más y no quiere pagar. —No escuché lo que dijo el recién llegado, porque vi su figura acercarse al mamón que había hablado. Pero algo le dijo en voz baja, casi un susurro para mí. ¿Había perdido audición también? Eso ya daba igual. Escuché como entraban dentro del local, aunque no todos. Uno se acercó a mí y me preparé para el golpe de remate.

—Te dije que no debías haber venido. —Charly, al menos reconocí su voz.

—Necesito verla. —Escuché un pesado suspiro, y me sentí alzado por un brazo fuerte. Me puso sobre su hombro, y me sacó del callejón.

—No puedes hacer nada por ella, ya no. —No dijo más, solo me llevó hasta una especie de banco, y me dejó allí.

Viktor

Lo que me faltaba, volver al club y encontrarme con aquella deplorable escena. Borrachos había en todos los antros con alcohol, pero en aquel momento no quería más objetivos que alertaran a la policía. Quería sus ojos lo más lejos posible de mí.

Caminé hacia mi reservado donde Igor esperaba para darme la muda confirmación de que todo estaba listo. Me acerqué a mi mesa, custodiada por Buck, y me serví un buen trago. Lo apuré de un solo trago y después me serví otros dos más. Lo que tenía en mi cabeza dando vueltas lo cambiaba todo.

— *Sabes por qué llevas el nombre de Viktor, ¿verdad?*

— *Sí, me has contado la historia cientos de veces.*

— *Recuérdamela. -*

— *No tenemos tiempo para esto.*

— *¡Recuérdamela!*

— *Por tu hermano Viktor, el luchador. Él cuidó de la familia cuando vuestro padre murió en el ring. Y se ocupó del tío Nikolay, que estaba postrado en una silla de ruedas.*

— *Te conté su historia.*

— *Sí, murió junto con su novia en una emboscada.*

— *Emy y Viktor no llegaron a casarse; se creían por encima de ello. Pero tendrían que haberlo hecho.*

— *No es momento para sentimentalismos, Omeu.*

— *¿Sentimentalismos?, lo que no puedes hacer es no pensar en tus hijos, y en qué les ocurrirá si no estás ahí para protegerlos.*

— *¿Tuvieron un hijo?*

— *Una hija.*

— *Entonces es verdad, la madre de esa chica era...*

— *Mi sobrina, sí.*

— *¿Y por qué nunca me hablaste de ella?*

— *Porque cuando murió Viktor yo tenía apenas 11 años, y la pequeña no llegaba al año. Bastante teníamos Nikolay y yo con no ser los siguientes en ser asesinados. No podíamos hacernos cargo de un bebé.*

— *¿Y después, por qué no volviste a por ella?*

— *Porque tenía una familia y era ajena a todo el peligro que conlleva ser uno más de nuestra familia. Ella no pertenecía a nuestro mundo, tenía una familia normal. Quizás un poco demasiado conservadores y religiosos, pero ella estaría a salvo.*

— *Está muerta, Omeu.*

—Lo sé. Un accidente de coche. Pero esta vez no fue culpa de nuestra forma de vida.

—¿Y su hija?

—¿Qué iba a hacer?, ¿presentarme un día y decirle, hola, soy tu tío abuelo Yuri, y no te asustes, pero soy uno de los jefes de la mafia rusa en Las Vegas? Venga, deja tu tranquila vida y vente a vivir conmigo y con una familia que no sabías que existía.

—Sí, suena mal... el caso es que ahora está metida en esto.

—Haz lo que tienes que hacer, Vitya. Pero recuerda que ella es de la familia.

—Eso cambia un poco los planes. —¡Mierda!, eso cambiaba y mucho los planes. Hice un gesto a Igor, y este se acercó a mí.

—¿Señor?

—¿Recuerdas los imprevistos con los que teníamos que contar?

—Sí, señor.

—La enfermera es uno de ellos.

—¿Hay que hacerla desaparecer? —Había confusión en el rostro de Igor. Hacía tiempo que uno de esos “imprevistos” no se presentaba, y hacer desaparecer a una inocente nunca había sido uno de ellos. Pero tampoco era habitual lo que tenía que decirle ahora.

—Su seguridad es prioritaria.

—¿Prioritaria?

—Como si fuera de mi familia. —Aquello sí que lo confundió y sorprendió a partes iguales, pero no dijo nada. Asintió con la cabeza y se dispuso a seguir las nuevas órdenes, sin cuestionar nada. Siempre había una razón para todo y la fidelidad era lo único que debía tener en cuenta.

Danny

Notaba la boca pastosa, y los brazos pesados y torpes. Me incorporé en la cama, pero mis manos no me obedecían. Sentía una bruma pesada en mi cabeza, pero aun así, sabía en mi interior que debía huir.

—Tranquila. Ve despacio. —Reconocí esa voz, seguía dándome asco y miedo a partes iguales. Nadie más conseguía hacerme sentir eso.

—¿Stuart?

—Sí, pequeña. Estoy aquí. —Sentí la superficie sobre la que estaba sentada inclinarse hacia un lado. Seguramente Stuart se habría sentado allí.

—¿Qué... qué quieres?

—A tí, pequeña. Solo te quiero a tí.

—No voy a darte lo que quieres. Tendrás que conseguirlo a la fuerza.

—Puede que al principio sí. Después de un tiempo, lo aceptarás. —Antes de que le respondiera, un par de golpes sonaron en una puerta algo lejos, como si estuviese en una habitación de un apartamento, y el golpe llegara desde la puerta principal. Tenía que anotar eso en mi cabeza. Gracias a Dios que me iba despejando.

Stuart maldijo y salió de la habitación. No sé lo que pasó cuando abrió la puerta, pero volvió a mí con paso rápido y acarició mi cabeza con ¿ternura?

—Volveré en un momento y seguiremos con esta conversación. Ahora tengo un asunto del que ocuparme. —Salió de allí dejándome sola. Después de un minuto, puede que menos, una sombra se materializó en el marco de la puerta. Era un hombre, grande, con aspecto rudo, de esos que no quieres encontrarte en un ascensor a media noche, pero que estaba allí. No lo conocía, debía ser alguien nuevo, o alguno de los matones que Stuart debía de tener trabajando fuera del club. Entonces supe que no saldría de allí, nunca podría salir de allí. Daba igual que gritara o pataleara. Podía escuchar el ruido ensordecedor que llegaba desde abajo. Seguramente estaba en uno de los apartamentos que Stuart tenía sobre el club. ¿Sería ese en el que antes había estado Nat? Qué más daba, ahora era yo la que estaba allí y estaba segura de que Stuart me quería para lo mismo.

Capítulo 45

Stuart

Caminé detrás de Brookling y me extrañó que me llevara hasta mi despacho. Cuando abrí la puerta encontré una imagen que no me gustó nada. El puñetero ruso estaba sentado en mi escritorio, repantigado en mi sillón, como si fuera el puto dueño de todo.

—¿Qué pasa aquí?

—Tenemos algo de qué hablar, por favor, siéntate. —Odiaba cumplir sus órdenes como un buen perrito, pero aquel tipo que estaba a su lado me miraba de una manera que no me gustaba nada. El ruso se enderezó en el sillón y puso una estilográfica sobre un montón de papeles bien ordenado, que sabía no era una casualidad estuvieran cerca de mi lado de la mesa.

—¿Qué es esto? —Señalé el montón con la cabeza, porque no quería tocarlo. Algo me decía que no debía hacerlo.

—Veras, Stuart. Cuando llegaste a nosotros hace 8 años nos pediste dos cosas. Dinero y la cobertura de nuestro nombre. Y te lo dimos; pero te pusimos dos condiciones. El dinero tenías que devolverlo con sus intereses, y nuestro nombre debías de mantenerlo limpio.

—El dinero ya os lo devolví.

—Sí, gracias por eso.

—¿Qué quieres ahora entonces?

—No has cumplido con la otra parte del trato, Stuart.

—He trabajado para vosotros todo este tiempo, he cumplido con mi porcentaje de las apuestas, ¿qué más quieres? —El ruso apoyó sus antebrazos sobre el escritorio y se acercó un poco más. Sus ojos se clavaron sobre mí como dos dagas ardientes y entonces sentí un estremecimiento en mi cuerpo. ¿El tipo que me miraba raro a su lado?, ni la mitad de intimidante que él en ese momento. Apreté las manos, convirtiéndolas en puños, evitando así que temblaran.

—Dejamos bien claro que sólo podías ocuparte de las apuestas. Nada de drogas, ni de prostitución. Vasiliev no trabaja con drogadictos y putas, son las normas.

—Algo extrañas esas normas. La mafia está metida en esos temas y mucho más.

—Yo no hablo de otras familias, sólo de la mía. Puedes decir que tenemos una ética diferente al resto.

—¿Ética? ¿Y las apuestas ilegales y los préstamos con intereses desorbitados sí son éticos?

—Las drogas destrozan a las personas; los proxenetas a las mujeres que obligan a prostituirse. Son dos maneras distintas de devastar a las personas. Los que llegan a nosotros ya se han destruido así mismos.

—¿Ahora intentas decirme que hacéis una obra de caridad? —El ruso se recostó en el respaldo del sillón mientras sonreía.

—Somos buenas personas, ¿verdad? Un servicio público. No, en serio... —Su sonrisa desapareció de nuevo.

—Sólo cubrimos una parte de la demanda. ¿Qué los bancos no se arriesgan a dar un préstamo? Nosotros lo hacemos, eso sí, riesgo mayor, mayor comisión. ¿Qué no lo devuelves?, no vamos a llevarte a largos y costosos pleitos a los tribunales. Simplemente, intentamos recuperar nuestra inversión de manera más creativa. ¿Las apuestas?, más de lo mismo.

—Creativa es una manera de decirlo. —Sabía que algunas de las personas que no habían podido pagar sus deudas habían desaparecido, y no quería saber ni dónde ni cómo.

—Tú devolviste tu préstamo, Stuart. Y por eso estamos muy contentos contigo.

—Yo creí que era porque les hacía ganar una bonita suma con las apuestas ilegales.

—Eso estuvo bien, hasta que te volviste egoísta. —Sentí mi cuerpo tensarse; ahí estaba el problema, podía sentir el cuchillo acercándose a mi garganta.

—No he malversado ni un solo centavo de las apuestas.

—No, lo sé. Ahí está la diferencia entre que ahora estés flotando boca abajo a 50 kilómetros de la costa, a que estés sentado en ese asiento, respirando, y con todas las partes de tu cuerpo aún en una única pieza.

—Yo no he traicionado a... —Los ojos del ruso me taladraron desde el otro lado del escritorio; no había calidez en ellos. Era como mirar una bala que va directa a tu cabeza, a cámara lenta, que no puedes esquivar y que sabes va a matarte.

—Ahórrate el parloteo inútil, Stuart. Conozco todos y cada uno de tus pasos en esta ciudad. Sé quiénes te suministran la droga, sé cómo consigues extorsionar a las chicas para que se prostituyan para ti.

—Vaya, sí que sois éticos.

—No es ética, estúpido gilipollas, es control. Controlamos las apuestas, los préstamos, lo mantenemos todo limpio a nuestro alrededor. La ley pasa a nuestro lado sin siquiera rozarnos, porque no puede vernos. Pero lo que tú has hecho, es poner una señal de neón que apunta hacia nosotros, y eso no lo podemos permitir. —Miré hacia mi derecha, donde el tipo que estaba antes junto a la pared, ahora estaba a menos de medio metro de mí. Me estaba diciendo que iba a matarme, que estaba levantando la liebre a la policía, y que la única manera de que no los llevara hasta ellos era romper la cuerda que los llevaría a los Vasiliev.

—Vas...vas a matarme.

—Voy a darte una oportunidad, Stuart. Firma ahí.

—¿Qué...qué es?

—Estás vendiéndome tu negocio. Tranquilo, el precio es justo. —Revisé las hojas delante de mí, donde unos pequeños adhesivos amarillos marcaban los lugares donde debía firmar. Vi la cifra y lo que les vendía, y aunque no habría vendido por ese precio, sabía que no podía negociar. Y lo que perdía, era prácticamente todo. El club; aquel ruso de mierda me estaba quitando el club, mis dominios, mi reino. Miré hacia un costado y noté como la americana del tipo a mi lado se levantaba, mostrando el arma que ocultaba allí debajo. Sentí algo resbalar por mi sien; no necesitaba saber que era sudor. Todo mi cuerpo estaba cubierto de una húmeda y fría película de eso mismo. Estaba claro, firmaba y sacaba algo de dinero o me quitaban de en medio. Cogí la pluma, y uno a uno fui firmando en los lugares indicados.

—Bien. Tendrás el dinero en tu cuenta mañana mismo, en cuanto registremos el cambio de propietario en el registro. Te dejaré que recojas tus cosas con tranquilidad. Mañana no quiero nada tuyo aquí. Si lo encuentro, doy por sentado que no lo quieres conservar y haré que lo tiren. —Asentí con la cabeza y empecé a salir del despacho, tenía muchas cosas que hacer antes de salir a toda prisa de allí. Y lo primero era...

—Ah, Stuart. —Volví mi rostro para verle por encima del hombro.

—¿Sí? -

—La chica que tienes arriba. Olvídate de ella. —Sentí mi estómago endurecerse. Aquel gilipollas sabía que tenía a Danny retenida en uno de los apartamentos. Salí de allí, acelerando mis pies a medida que corría hacia Danny. Tenía que llevármela de allí antes de que ese cabrón se la llevara. Ella era el motivo por el que había sobrepasado todos los límites. Necesitaba más

dinero, más poder para conseguirla, y el tiempo se acababa. Así que me lancé a negociar con los chinos y sus drogas, y luego descubrí que algunas de las chicas que estaban enganchadas podían darme más beneficios si se vendían para mí. Así casi había conseguido enganchar a la estúpida prima de Danny, pero mi oportunidad se esfumó. Pero ahora la tenía, conseguiría todo de ella, solo que esta vez tendría que conseguirlo de una manera diferente a como pensaba. Eso no importaba ahora, tenía que sacarla de allí, poner tanta tierra de por medio como pudiese entre ese ruso y nosotros.

Capítulo 46

Danny

Aquel tipo me miraba de una manera que me aterraba. Estaba claro que lo de intimidar era su trabajo. Cuando me dijo “Por tu seguridad, sígueme”, no creí que fuera exactamente por sentirme segura por lo que caminé detrás de él. No, lo hice porque no me atrevía a no cumplir con el “sígueme”.

Me llevó a otro lugar, creo que era un vestuario, pero no había estado nunca allí. Había una silla y me indicó con la cabeza que me sentara en ella, mientras él se quedaba de pie junto a la puerta. Su mirada estaba todo el rato sobre mí, fría, seria. Tenía los brazos por delante del pecho, una mano aferrando la muñeca del otro brazo. ¿Sabía que así se le marcaban más esos amenazadores bíceps y pectorales?, seguramente sí. No me atrevía a pensar si llevaría un arma escondida en algún lugar, pero había un extraño pliegue bajo su chaqueta con aquella pose que me invitaba a pensar que había algo allí que no formaba parte de su cuerpo.

Escuché un sonido, como una vibración junto con un bip, bip. Él metió la mano en su bolsillo, sacó el teléfono, revisó, supongo que los mensajes, contestó y se giró de nuevo hacia mí.

—Vamos a subir. —Asentí, porque no tenía ninguna fuerza para hablar. Caminé delante de él girando en los lugares que me indicaba su mano, hasta llegar a una puerta que reconocía. El tipo dio un par de golpecitos; yo tragué saliva. Aquel lugar era el despacho de Stuart; si ese tipo me había llevado hasta allí, es que todo seguía como hasta ahora. Pero me equivoqué. Al otro lado, sentado tras el escritorio de Stuart, estaba un tipo que no conocía. Podrías pensar que era atractivo, e incluso diría que más. Pero aquellos ojos de un intenso azul, hacían que me temblaran hasta los huesos del oído. ¿Era normal que casi deseara que fuera Stuart el que estuviese allí sentado? Que estaba aterrada era decir poco.

Viktor

Cuando la vi entrar en el despacho, sentí su miedo nada más poner mi vista sobre ella. Su postura, su expresión, el repetido movimiento de sus manos, el exceso de saliva en su boca que le hacía tragar repetidamente, la dificultad de hacerlo con la garganta cerrada. Parecía una vaca que llegaba al

matadero y que sabía lo que iba a ocurrir.

—Puedes esperar fuera, Igor. —Mientras él salía de la sala, hice un gesto con la mano para que Danny tomara asiento en la silla frete a mí.

—Supongo que tienes muchas preguntas, y la primera es saber qué voy a hacer contigo.

—S-Sí.

—Lo suponía. En primer lugar, decirte, que aquí estás segura, Stuart no va a poder llegar a ti.

—Él...

—Tranquila, sé que te retenía en contra de tu voluntad.

—¿Puedo irme a casa?

—Yo esperaría hasta estar seguros de que estás a salvo, pero no sabría decirte cuánto tiempo será eso. Tengo un par de hombres detrás de él. En cuanto sea seguro, yo mismo te llevaré a tu casa.

—¿Por qué...?

—Esa es la parte complicada. —¡Joder!, ahora entendía a mi padre. Deslicé mis antebrazos sobre la mesa, buscando ese apoyo extra que necesitaba. Yo, todo un Vasiliev, temiendo a algo. Yo, el que había subido al ring, para dejar que tipos con ganas de matarme tuviesen su oportunidad. Recibir los golpes de un rompe huesos era una cosa muy diferente a esto. El dolor físico era solo dolor, esto... Solté el aire y me decidí a soltarlo todo, o parte, con la mayor delicadeza posible.

—Me llamo Viktor Vasiliev. —La vi arrugar el ceño, como si mi nombre le sonara.

—¿Mi nombre te dice algo?

—Eh,... Vasiliev era el apellido de soltera de mi madre.

—Lo sé.

—¿Intentas...intentas decirme que somos algún tipo de familia?

—Digamos que...era mi prima.

—Pero...tu eres muy joven para.

—28, pero sí, puede parecer que las edades no se acercan mucho. Mi padre era un niño cuando tu madre nació. Y tu madre, ahora pasaría por poco los 50. -

—Así...así que yo soy tú...

—Algo así como una sobrina, pero sigue sonando raro. Así que mejor dejémoslo en primos, ¿te parece? —Ella tragó saliva y asintió. Se notaba que aún no había asimilado gran parte de lo que acababa de descubrir, ni siquiera

se había planteado el dudarlo.

—¿Has, has venido por mí, a rescatarme porque eres de mi familia? —
¡Genial!, otra pregunta fácil.

—No Danny, tenía negocios con Stuart. Digamos que tú has aparecido en mitad de las negociaciones.

—Siento haber alterado tus planes.

—Sacártelo de encima no era algo que tenía en mente, porque no sabía ni que existieras. Pero no ha cambiado mucho lo que venía a hacer.

—¿Cómo descubriste que somos familia? —Sí, esta chica tenía sangre Vasiliev; iba directa al grano y no tenía miedo de hacer las preguntas.

—He estado investigando a Stuart y su negocio, y descubrí algunas irregularidades. Y tú estabas en una de ellas.

—¿En tus negocios es normal investigar a los otros?

—En los negocios todo el mundo investiga a todo el mundo. Es lo normal.

—Ah. Y mi nombre apareció entre el personal eventual.

—No exactamente.

—¿Qué quieres decir?

—El cómo me enteré no importa ahora, sino lo que eres.

—Se me hace raro tener más familia. Siempre hemos sido la abuela, los tíos, mis primos y yo.

—Pues ahora tienes a alguien más.

—Vaya.

—Hay una persona que desea conocerte, pero me gustaría hacerte alguna pregunta más, para saber cuánto sabes de nosotros.

—Eh, claro. -

—¿Te contaron alguna vez algo de tus abuelos maternos?

—La abuela Martha, o la que creía que era mi abuela me dijo algo.

—¿Qué te dijo?

—Que murieron en un accidente y que ella se hizo cargo de mi madre.

—¿Nada más?

—A parte de que me parezco a mi abuela, no mucho. Aunque escondió algunas cosas suyas en el desván, entre ellas algunos diarios. Estoy empezando a leerlos.

—¿Diarios?

—Sí, de mi abuela Emy.

—Interesante.

—¿Eso crees?

—Sí, si algún día fuese posible, me gustaría leerlos.

—Eso es raro.

—Llámalo curiosidad. Conozco algo de la historia de tus abuelos, pero me gustaría conocer algo más, aunque fuera desde el punto de vista de la tía Emy. ¿Sale algo de cuando estuvieron juntos?

—No lo sé aún. He llegado a cuando la abuela estaba de bailarina en un club de Las Vegas y conoció un tipo que era luchador llamado Vasil.

—El “*Ruso Negro*”.

—¿Ese era mi abuelo?, quiero decir, ¿el hermano de tu padre?

—Creo que de joven lo llamaban así; ya sabes, la abreviatura de su apellido, Vasil, de Vasiliev. Y era un demonio de la lucha por aquel entonces, un hombre con una gran reputación.

—Le gustaban los lollipops.

—¿Eh?

—Cuando se conocieron, el no fumaba, chupaba lollipops . —Mi estómago se cerró. Yuri no hacía nada más que repetirnos a sus hijos que el tabaco era malo. Así que cada vez que nos pillaba fumando, arrancaba el cigarro de nuestras bocas, se sacaba un lollipop del bolsillo y lo metía a presión en nuestras bocas. Tenía que leer esos diarios. Puede que fueran un poco cursis, a fin de cuentas, los había escrito una mujer, pero me moría de ganas de saber algo más del hombre cuyo nombre llevaba. Viktor “el Ruso Negro” Vasiliev. La bestia imparable del ring ilegal de la segunda mitad de los años 50. Una leyenda dentro y fuera del cuadrilátero.

—¿Eh, podría...podría usar el teléfono?

—Claro. ¿A quién quieres llamar?

—Ah...a mi novio.

—Sí, supongo que quiera saber que estás bien. Dile que cuidaré de ti hasta que se calmen las aguas. Incluso podemos ir a buscarle si quieres.

—Eso estaría bien.

Capítulo 47

Mo

—Lo que hiciste fue una estupidez, chico.

—Y aun así no sirvió de nada. —Notaba como el escozor del alcohol mordía mis heridas mientras aquella ¿sanitaria? pasaba el antiséptico sobre ellas. Scott me miraba con las manos en las caderas. No estaba contento con mi estupidez, porque decía que podía estropear el trabajo de muchos meses.

—Te dije que las cosas llevan su tiempo.

—No voy a dejarla allí, Scott. A saber lo que ese desgraciado... —Sentí sus dedos clavándose en mi hombro.

—Hacemos lo que podemos, muchacho.

—Pero no es suficiente.

—Ve a casa. Te avisaré cuando tengamos algo. —Asentí, y me levanté de la silla para salir de allí. MI teléfono empezó a sonar. No conocía el número, pero algo me decía que lo cogiera.

—¿Sí?

—¿Mo?

—¿Danny? —Reconocería esa voz en cualquier parte; sólo ella pronunciaba mi nombre de aquella manera. Mi rostro cambió, mi cuerpo se llenó de energía y Scott se plantó delante de mí con una interrogación en su cara. Lo calmé con la palma de mi mano, mientras trataba de escuchar lo que Danny me decía al otro lado de la línea.

—Sí. Sólo quería decirte que estoy bien.

—¿Stuart te ha...?

—No, estoy bien. Ya no estoy con él. Alguien me ha...me ha ayudado a escapar. —Sentí como la enorme losa que soportaban mis hombros se esfumaba como si fuera aire.

—Gracias a Dios. ¿Puedo... puedo ir a buscarte?

—Ahora... ahora es mejor que no vuelva a casa...

—¿Qué...?

—Pero puedo hacer que pasen a recogerte. —Scott estaba pegando su oreja a mi oído, y estaba claro que había escuchado todo. No le gustó lo que oía, pero asintió hacia mí. Sabía que tenía pensado algo. ¿Sería una trampa?, ¿Stuart quería deshacerse de mí de una vez? Si esa era la única manera de

llegar hasta Danny, lo haría.

—De acuerdo. ¿Quieres que vaya a algún sitio? —Noté como preguntaba a alguien, y después volvía al teléfono.

—En el hall del hotel Viceroy, dentro de una hora. —Scott asintió y empezó a mover los brazos y a dar órdenes casi silenciosas a su personal. Daba gracias de haber recibido aquella llamada en aquel momento. Podría ser peligroso, pero no estaría sólo. Esta vez no.

Danny

—¿Estás lista? —Miré a mi primo y asentí. Mi primo. Era imposible que asumiera eso en cuestión de horas, pero lo estaba haciendo. Hablar con él... era tan fácil. Al principio me daba miedo, todavía lo hace, pero sus palabras son tan... claras y sinceras. Él no necesita mentir; él sólo abre la boca y te deja claro todo, lo quieras o no. Puede que la comparación no sea la correcta, pero es como caminar junto a un perro de defensa, un rottweiler o algo así, de esos que con solo verlos ya estás pensando en salir corriendo. Pues eso, que no sabes si tenerlo miedo, o sentirte segura porque está a tu lado. ¿Me explico?

—Sí. —Caminó detrás de mí el tipo serio, Igor creo que lo llamó, abriendo la marcha. Y detrás de nosotros, otros dos tipos más. ¿Pero cuántos guardaespaldas tenía mi primo? Si él ya daba miedo por sí mismo.

Salimos por la parte trasera del club, al callejón de servicio. Cuando salí a la luz, mi vista se alzó para encontrar a quién menos quería ver.

—¿Has olvidado algo, Stuart? —Le preguntó Viktor.

—A tí. —No, no me estaba mirando a mí, bueno, me dio una rápida mirada, pero enseguida se giró hacia Viktor. Creo que ninguno se dio cuenta, ni siquiera los guarda espaldas lo vieron venir. Stuart había levantado una mano hacia Viktor y antes de que Igor lo derribara de un disparo, el arma de Stuart ya se había descargado sobre Viktor.

Todo fue tan rápido, que mi cabeza se sacudió por el ruido de las detonaciones antes de que realmente me diera cuenta de lo que había sucedido.

Stuart cayó de espaldas contra un contenedor de basura; Igor y uno de los otros tipos corriendo hacia él vaciando su cargador. Yo giré hacia Viktor, pero no estaba allí. Su cuerpo estaba descendiendo apretado contra la pared a mi costado, dejando un sendero de sangre mientras caía. La mancha en su ropa crecía, y el brillo amenazador de sus ojos se estaba apagado.

Corrí hasta él, gritando “soy enfermera, soy enfermera”, y me tiré de rodillas a su costado. Me quité con rapidez la chaqueta, e hice una bola con ella, presionando sobre la herida. No podía perderlo, no podía perder a otro de mi familia, no ahora que acababa de encontrarlo.

Susan

Descargué otra vez dentro del retrete y esperé a que la arcada remitiera. Vale que los vómitos fueran parte del embarazo, ¿pero es que no podía haber esperado un poquito más? Pues no. Descubrir que estaba embarazada, y a la mañana siguiente empezar a vomitar como una modelo de pasarela un día antes de la Fashion Week.

Mientras me limpiaba los restos en el lavabo, mi teléfono empezó a sonar. ¿Danny?

—¿Diga?

—Susan, necesito tu ayuda, ¿Dónde... dónde estás?

—En el hospital, estoy de guardia. ¿Por qué?, ¿Qué ocurre?

—Mi primo está herido, necesito que lo atiendas.

—Sí, claro, ¿Puedes tráelo aquí?

—Estaremos allí en 10 minutos.

—Te estaré esperando. Ah, ¿Cómo de grave es?

—Está sangrando, mucho, tiene...tiene un agujero en...en.

—Vale tranquila, lo tendré todo listo para cuando llegues.

—Ten listo el carro de paradas y....gracias.

—No hay problema.

Danny estaba realmente asustada, y eso me asustaba a mí. Ella era la calma personificada; los niños se sentían a salvo a su lado. Si ella estaba más allá de eso es que algo grave estaba sucediendo. Salí a toda prisa del baño y empecé a dar órdenes al personal. Cuando las puertas de urgencias se abrieron, yo estaba allí con mis guantes y mi equipo de intervención preparado. Cuando vi que entre dos hombres arrastraban a un tercero, comprendí que aquello era un gran problema. Aquel no era un niño, y estaba sangrando por el pecho. No me especialicé en adultos, pero estaba claro que aquello era una herida de bala. Y el hombre que arrastraban estaba pálido como la muerte, aunque seguía consciente, al menos sus ojos se resistían a cerrarse mientras parpadeaba.

Le pusimos en una camilla y los llevé al box de reanimación, donde tendría todo el equipo necesario. Danny y yo no necesitamos hablar, siempre

trabajábamos así, como si fuésemos las dos mitades de una única mente. Mientras ambas rasgábamos la ropa, Danny ya estaba pidiendo una intravenosa para ponerle en el brazo. Yo gritaba las indicaciones de la solución a inyectarle, mientras pedía el instrumental del carro de intervención. El tensiómetro y las máquinas de seguimiento empezaron a mostrar sus signos vitales. Vivía, eso ya era suficiente. Sé que la anestesia aún no había empezado a hacer efecto, pero mis manos luchaban por meter el metal en la herida y extraer la bala. El hombre me miró, y como leyendo mis pensamientos, asintió y se preparó para soportar el dolor. Así que sin dudar me lancé sobre la herida sangrante y empecé a trabajar en ella. Noté como la rigidez del hombre desapareció, y por un segundo busqué su cara. Se había rendido, no pudo aguantar más.

Capítulo 48

Mo

Maldita sea, otra vez no. Hora y media y nadie apareció en el maldito hall del hotel. Miré hacia el exterior; ningún movimiento.

—Quizás nos hayan descubierto.

—O tal vez se hayan echado atrás; o su intención nunca fue presentarse. No podemos saber eso, muchacho. —La voz de Scott se escuchó clara a través del implante en mi oído. Estaba seguro que el micrófono oculto en mi ropa le había llevados mis palabras con total claridad.

—¿Podemos tratar de localizar el teléfono desde el que realizó la llamada?

—Ya lo intentamos, chico. Y no conseguimos nada. Debe tener algún sistema anti rastreo.

—¡Joder!

—Será mejor que vuelvas a la furgoneta. —Caminé fuera del hotel, hasta la unidad móvil oculta en uno de los callejones; subí, y empezaron a retirar el equipo que llevaba oculto.

—Puedo intentar volver a llamar.

—¿Cómo las últimas 5 veces? Nadie va a coger ese teléfono, chico. —No podía resignarme; no podía perder a Danny, no otra vez. ¿Para qué hacerme creer que estaba a salvo para luego dejarme tirado?, no tenía sentido.

—Vete a casa chico. Tengo a los informáticos intentando rastrear el puñetero teléfono. Cuando sepa algo, te lo diré. —Asentí y me despedí de ellos. Salí de la furgoneta y empecé a caminar hacia mi moto. Conduje hasta que noté que algo vibraba en mi pecho, en el bolsillo de mi cazadora, ¿mi teléfono? ¡Joder!, ¿ya sabía algo Scott? Me detuve en el arcén y contesté tan rápido como pude; ni siquiera me molesté en mirar quién llamada.

—Diga.

—¡Oh, Dios, Mo!

—¿Danny?, ¿estás bien?

—Stuart...Stuart lo disparó.

—¿A quién, Danny?, ¿dónde estás?

—En...estoy en el Children's Hospital, con Susan.

—No te muevas de ahí, voy para allá. —Tenía el pie en el pedal de

arranque, cuando la duda me hizo pensar. Cogí de nuevo el teléfono, y marqué el número del trabajo.

—Seguridad.

—Hola, soy Mo. ¿Sabes si la doctora Lettuce está hoy de guardia?

—Sí. Confirmado.

—¿Podría hablar con ella?

—No, hay algún jaleo en la zona de urgencias, parece ser que llegó un herido de gravedad.

—¿Estás seguro?

—No es un niño, de eso estoy seguro, ya sabes que hay que notificar cualquier anormalidad.

—Sí, lo sé. —Cerré la comunicación y arranqué la moto con una fuerte sacudida. Conocía el protocolo, el hospital estaba obligado a atender cualquier urgencia vital si se presentaba la ocasión, aunque estaba dedicado a la salud infantil. Si Susan estaba atendiendo a aquel tipo... entonces Danny decía la verdad. Stuart había disparado a alguien y, por como pintaba, parecía ser el tipo que había tratado de rescatarla de Stuart.

Cuando entré a urgencias, caminé deprisa hacia la zona de admisión. Allí estaba Styles, que vino hacia mí en cuanto me vio llegar.

—¿Qué haces aquí?, hoy es tu día libre. ¡Dios!, ¿y qué te ha pasado en la cara?

—Es una historia muy larga. ¿Dónde está la doctora Lettuce?

—En el box 10, con esa otra enfermera...la que iba de gato en Halloween.

—Danny.

—Sí, esa. Aquí pasa algo gordo, y tú sabes algo, ¿me lo vas a contar?

—No sé lo que pasa, por eso he venido a averiguarlo.

—Pues que tengas suerte. Hay dos tíos enormes parados delante de la puerta del box, no hay manera de entrar allí dentro y tampoco dicen nada. Son como dos armarios. Sé que hoy trabajamos sobre mínimos, sino ya habría pedido refuerzos y los habría echado de aquí.

—¿Han dado problemas?

—Ellos no, pero algo ocurre allí dentro. ¿Es algún famoso, verdad?

—No lo sé, Styles, voy a ver qué averiguo.

—Vale, si necesitas ayuda, aquí estoy. —No me había parado mientras hablábamos, por lo que me acompañó casi hasta la puerta de la zona de los boxes. Cuando abrí las puertas batientes, lo primero que vi fue a uno de los

tipos de los que hablaba Styles. ¡Joder que daban miedo!, ¿armarios?, sí, pero de 5 puertas. El tipo me miró con esa cara de “te puedo matar con mis propias manos; tu solo acércate”, y casi doy un traspié. Pero yo había venido a buscar a alguien, y no me iría de allí sin ella.

—¿Danny? —Grité tan alto como pude. Volví a gritar su nombre un par de veces más, cada vez más alto. Bajo la afilada mirada de los dos tipos, ¿dije que el otro estaba también allí?, pues sí, allí estaba. Di un paso más hacia la puerta del box, cuando la mano de uno de ellos se posó en mi pecho y me impidió dar un paso más cerca. No dijo nada, no le dio tiempo. Una débil y conocida voz surgió al otro lado de aquel muro de carne.

—¿Mo?

—¿Danny?, ¿estás bien? —La recogí en mis brazos, sin importarme que estuviese toda manchada de sangre. Su rostro estaba destrozado, sus ojos rojos. Sentí su desesperación al apretarme contra ella.

—Shhh, tranquila. Estoy aquí.

—¡Dios, Mo!, he pasado mucho miedo.

—Está bien, no dejaré que te pase nada.

—No, Stuart... Stuart disparó a Viktor.

—¿Quién es Viktor?

—Mi... mi primo.

—¿Tu primo? ¿Él te rescató de Stuart?

—Es...es una historia muy larga. ¿Y tú?, Dios mío, tu cara, te... te han golpeado. ¿Qué...?

—Es otra historia muy larga. —En aquel momento, la puerta del box se abrió, y apareció una ensangrentada Susan que retiraba sus guantes y su bata desechable.

—No puedo hacer más. Tendríamos que haberle subido a un quirófano y operar... —Se reprochó Susan.

—Lo has hecho genial Susan, ningún otro médico lo habría hecho mejor. —Intentó animarla Danny.

—Creo que el factor tiempo ha sido decisivo. —Apuntó Susan,

—¿Se pondrá bien? —Quise saber. Los dos gigantones estaban muy pendientes de nuestra conversación, e incluso pude vislumbrar un brillo de preocupación en sus ojos.

—Sus constantes vitales son estables y estamos reponiendo los líquidos. Quizás tengamos que hacer una transfusión, no lo sé. Creo que perdió mucha sangre. Aunque no alcanzó ningún órgano vital. Ha sido una herida limpia,

cerca de la clavícula, pero no la dañó. —Explicó la doctora.

—Lleváis demasiada sangre encima para ser una herida limpia. —Al menos esa era mi apreciación.

—Es una manera de decir, Mo. Jerga médica. —Se defendió Susan.

—Ah. -

—Lo tendré que mantener en observación unas cuantas horas, y avisar a las autoridades. —El gigantón más cercano dio un paso hacia nosotros, y cogió el brazo de Susan.

—Policía no.

—Pero, es una herida de bala. Tendrán que detener al culpable, hacer una denuncia y esas cosas.

—Policía no. Nos le llevaremos.

—¡Es peligroso moverlo ahora! —Protestó Susan.

—Por favor Susan. No des aviso. —Le suplico Danny

—¿Sabes lo que me estás pidiendo?

—Por favor, confía en mí. —La doctora la miró intensamente, como buscando en sus ojos una respuesta a la decisión que debía tomar.

—De acuerdo. —Acabó cediendo.

—Gracias.

—Lo mantendré en observación, pero no podré hacer nada cuando termine mi turno.

—Nosotros lo sacaremos de aquí. —informo uno de los gorilas.

—Necesita cuidados, tendrían que moverle con cuidado, y con vigilancia constante.

—Yo lo haré, yo lo cuidaré. —confirmo Danny

—Está bien. Intentaré pedir alguna unidad de sangre al banco, y esperemos que también quieran saltarse las reglas.

—Yo puedo donar una unidad. Tengo el grupo 0 negativo. —Me ofrecí.

—¿Estás seguro? —Quiso saber Danny.

—Confío en tí.

—De acuerdo. Mete un sillón en el box, iré a buscar el instrumental. — Sentí el tirón de mi ropa arrastrarme hacia abajo, antes de que los labios de Danny me besaran con urgencia.

—Eres único. —susurró para mí.

—Sí, la estupidez hace eso. Será mejor que me consigas un par de zumos para después.

—Te quiero. —¡Eh!, espera. ¿Ella dijo que me quería?

—Espera a decírmelo cuando la adrenalina se esfume de tu sistema.

—Lo que tú digas. —Entré en la habitación, con el tipo ese grande pegado a mi espalda. Cuando vi al de la camilla, supe el por qué Danny estaba así de abatida. Se veía como la mierda, aunque después de la paliza yo no tenía mucho mejor aspecto.

Capítulo 49

Viktor

Mi padre siempre decía, que si dolía era señal de que seguías vivo, y ¡mierda si dolía! Parecía que me había pasado un camión de 16 ruedas por encima, al menos un par de veces. Respirar ya era difícil y doloroso, así que ni pensar en moverme, al menos de momento. ¿Y yo era el tipo duro que recibía golpes como si fueran picaduras de mosquito?, ¡joder!, me estaba haciendo viejo. Viejo y debilucho, y eso no podía ser, porque sigo entrenando duro cada día, porque machaco el saco de arena como si fuera de algodón, y porque ¡mierda!, soy un Vasiliev; nosotros estamos hechos de granito. Algo punzaba en mi pecho, como si tuviese incrustada una barra de hierro al rojo vivo. No debía moverme, pero la espalda estaba matándome. Al hacerlo, una descarga eléctrica de fuego me quemó por dentro y no pude evitar dejar escapar un gruñido, ¿o fue un gemido lastimero?, qué más da. Sentí una mano pequeña y suave coger mis dedos con delicadeza; al menos no estaba solo. Eso era bueno, ¿verdad?, ¿quién quiere estar sólo cuando estás hecho una mierda? Saber que le preocupabas a alguien era un poco reconfortante.

—¿Мать?(¿Madre?).

—Sssshhh, tranquilo, estoy aquí. —Noté como aferraba mi mano con un poco más de fuerza, pero aunque su voz era suave y dulce, esa no era mi madre. Abrí los ojos y encontré el rostro preocupado de Danny. Recorrí con la mirada el lugar, estaba en un hospital, en un maldito hospital. ¡Oh, mierda!, tenía que salir de allí. Intenté incorporarme, pero fue imposible. Y no, no fue su mano empujando hacia abajo en mi hombro, era esa maldita debilidad que me atenazaba todo el cuerpo. Escuché un golpe seco a mi derecha, y después una maldición masculina.

—¡Mierda!

—¡Eh!, tu tampoco puedes levantarte.

—Estoy bien.

—Sí, ya, eso cuéntaselo a otro. Te acaban de sacar al menos dos unidades de sangre, así que tómatelo con calma.

—Hay que... —Danny alejó su contacto de mí, para obligar al tipo ese a quedarse quieto en el sillón que estaba a mi lado. Me sonaba de algo, pero estaba convencido de que no le conocía. Danny consiguió sentarle, pero en

vez de por la fuerza, le dio un pequeño y dulce beso en los labios y él reculó hacia atrás, mansamente. ¡Vaya un blando!, aunque hay que reconocer que el método no estaba mal.

Después de dejarle bien recostado, la atención de Danny volvió otra vez hacia mí. Su trasero se acomodó cerca de mi pierna, y entonces volvió a tomar mi mano.

—Nos has tenido muy preocupados.

—¿Dónde...dónde estoy, y dónde está Igor?

—Estás en el hospital en el que trabajo, en el Miami Children's Hospital. Y supongo que preguntas por el tipo grande que iba con nosotros antes. Él fue a esperar a alguien que llegaba.

—¿Un hospital de niños?, ¿me has traído a un hospital de niños?

—Perdona si no pensé mucho en eso, estaba algo conmocionada, te acababan de disparar. Mi cabeza tuvo bastante con centrarse en buscarte la mejor ayuda en la que se me ocurrió pensar.

—No puedo estar en un hospital, Danny, un balazo traerá a la policía, y yo no puedo...

—Ya, ya, Igor ya nos lo dejó claro. He hablado con la doctora, y no dará parte a las autoridades; te cubrirá hasta que acabe su turno. —Uf, vaya, la cosa no había ido tan mal después de todo; no tendría que salir corriendo como había pensado.

—¿Cuándo acaba su turno? —Danny miró su reloj, e hizo el cálculo mientras ladeaba la cabeza.

—Algo más de una hora.

—Entonces tendré que empezar a moverme.

—Espera, espera. Igor me dijo que buscaría una ambulancia para moverte y llevarte al hotel.

—No, no. Es demasiado arriesgado, tengo que encontrar un sitio con menos ojos. —El hombre del sillón volvió a hablar, sorprendiéndonos a ambos.

—Puede...puede venir al apartamento.

—Sólo tenemos una habitación, Mo.

—Le...le pediré una cama a Alex por unos días.

—¿Estás seguro?, eso es demasiado...

—No me gusta todo esto, pero lo haré porque te rescató de Stuart. Y eso tengo que pagárselo de alguna manera.

—Un hombre agradecido. —Tuve que decir en voz alta lo que pensaba.

—Eso también. —Añadió él.

—Iré a buscar a Igor. Portaros bien. —Mi recién estrenada prima salió de la habitación cerrando la puerta con cuidado. Volví entonces mi atención sobre el tipo. Tenía el rostro magullado y algunos morados en sus brazos, los puños pelados y con costra de sangre. Todos los síntomas de una pelea, una pelea que tenía toda la pinta de haber sido encarnizada. El tipo se giró despacio hacia mí, claramente incómodo, pasando nervioso los dedos por su pelo. Aquel pelo... aquel perfil, aquel golpe en el ojo izquierdo, aquellos pantalones sucios y con salpicaduras de sangre... ¡Oh, mierda!, ya recordé donde lo había visto antes. Era el borracho del club, el que estaban apaleando cuando llegué.

—Danny... Danny me ha contado lo que pasó, y sé que tengo que darte las gracias.

—No tienes por qué dárme las.

—Lo estoy haciendo.

—No necesito que me las des.

—Pues tendrás que aceptarlas. —Recosté la cabeza sobre la almohada y sonreí. El tipo era todo un cabezota, duro pero correcto. Me gustaba. Danny tenía suerte, había encontrado a un buen hombre con el que compartir su vida. Uno que daría todo por ella. ¡Demonios!, se había metido en el infierno por ella.

—La quieres. —Él tardó en contestar y esperó a estar recostado otra vez, mirando al frente, para hacerlo.

—Sí. No sabía cuánto hasta que se la llevó ese bastardo. —Asentí con la cabeza de acuerdo totalmente con él. Hay veces que no aprecias lo que tienes, hasta que te lo quitan.

—Si fueras otro hombre, te pondría un cuchillo en la garganta y te amenazaría con cortarte las pelotas si le hacías daño a mi prima. Pero sé que no va a hacer falta hacerlo. Porque nunca la harás daño, eres un buen hombre.

—¿Tu prima?

—Ah, es una larga historia, quizás Danny te la cuente. Basta con que sepas que mi padre y su madre eran familia.

—Vale. —La puerta se abrió con brusquedad. En otro momento habría saltado hacia un lado y apuntado al intruso con mi arma. Sí, suena muy gánster, pero es lo que hay, así vivimos. En Las Vegas podría estar en estos momentos muerto, pero por suerte, Miami no eran las Vegas, y el tipo que entraba era mi padre.

—¿Cómo estás? —preguntó.

—Hecho una mierda. —Le confirmé.

—Mejor eso que muerto.

—No sé qué te diga.

—Eh...será mejor que los deje solos. —El pobre tipo intentó ponerse en pie, incómodo por la conversación que estábamos manteniendo mi padre y yo.

—Tú no vas a ninguna parte, muchacho. —Mi padre lo miró de esa manera, que hacía que de pequeño me comiera la sopa de verdura. Todavía seguía imponiendo, porque Mo volvió a poner su culo de nuevo en el asiento. La puerta se cerró, y comprobé que había demasiada gente allí dentro. La doctora, Danny e Igor estaban ahora allí. La primera en acercarse fue la doctora. Llevaba en sus manos una carpeta que puso sobre mi regazo.

—Necesitaré esto si se complica la herida, o si necesita volver a someterse a cirugía para arreglar lo que yo no haya podido.

—Ha salvado mi vida, ya hizo suficiente.

—El caso es que su cirujano agradecerá el informe clínico. —Añadió la doctora.

—Espero que no aparezca en. —Intervino mi padre.

—Cubriré eso con un informe algo menos explícito y más...creativo, no se preocupen.

—No sé cómo agradecerle eso, doctora. —Dijo mi padre.

—Puede hacer una donación al hospital. Creo que con eso serán más tolerantes con el deficiente informe clínico que voy a presentar.

—Cuenta con ello. —Aseguro él.

—Y ahora, si me disculpan. Acaba de llegar otro paciente que debo atender.

—Un momento, doctora. Aún queda algo que debemos “consensuar” antes de que salga de aquí. —La retuvo mi padre.

—¿Consensuar?

—Sí, ya sabe. Una historia que sea creíble y que deje a todos satisfechos.

—¡Ah!, comprendo.

—Styles cree que es alguien famoso, podríamos seguir ese hilo. —dijo el chico de Danny.

—¿Famoso? —Preguntó ella.

—Sí, ya sabes, guardaespaldas, secretismo... —Empezó a exponer el chico.

—La fama puede ser algo relativo. Aquí no somos muy conocidos, pero en Las Vegas... —En eso tenía razón mi padre.

—No mentiría si dijera que soy un boxeador conocido en Las Vegas. — Al menos hace un tiempo lo fui.

—Bien, ya lo tenemos. Ahora sólo es necesario dejarlo “caer” por accidente. —Apuntó mi padre.

—Yo me encargo de ello. —Se ofreció el chico.

—Bien, ya tenemos el informe clínico, una historia. Sólo nos falta limpiar las imágenes de seguridad.

—Me encargaré también de eso.

—Un chico útil, ¿Cómo dices que te llamas?

—Es el novio de Danny. Tranquilo, si dice que puede hacerlo, lo hará.

—Bien. Entonces sólo nos queda encontrar una ambulancia para sacarte de aquí. —Papá siempre fue rápido movilizándolo a la gente.

—No voy a salir tumbado en una ambulancia como una anciana con la cadera rota. Saldré andando.

—Estás muy débil todavía. Acabas de pasar por una operación. — Protestó Danny.

—Soy más fuerte de lo que crees, pequeña. —Me puse en pie maldiciendo en todos los idiomas que conozco. Un poco de ruso, un poco de inglés y un poco de cosecha propia. Pero conseguí sostenerme sobre mis dos piernas. Lástima que se me doblaran antes de tiempo. Mi culo cayó pesado sobre la camilla bajo la rápida atención de Danny.

—Te lo dije.

—Sólo necesito un rato para recomponerme, y saldré.

—De todas formas, buscaré una silla de ruedas. Es norma del hospital que los pacientes salgan de esa manera del recinto hospitalario.

—Vale. Pero no voy a ir en ambulancia.

—Igor, será mejor que anules eso. Mi hijo no quiere ir como una vieja con ¿cómo dijiste? —¿Mi padre se estaba riendo de mí?

—Una anciana con la cadera rota.

—Sí, eso. —Casi salieron todos juntos, cada uno de ellos a cumplir con su cometido. Mo aún parecía algo inestable, pero cuadró los hombros y caminó hacia su objetivo sin ayuda de nadie. El tipo prometía; tenía un poco de ese temperamento que los Vasiliev llevábamos en la sangre. Sí, buen maridaje con la sangre que llevaba Danny.

Capítulo 50

Viktor

—Hay que ocuparse de limpiar.

—Tengo a un par de hombres en ello, no te preocupes. —Respondió papá.

—Espero que no quede nada de él.

—¿Después de que Igor le vaciara el cargador encima?, dudo que quede algo que no tengamos que “esterilizar”.

—Bien. Porque ese cabrón nos sorprendió a todos.

—¿Qué pasó?

—¿No te contó Igor?

—He escuchado su historia, pero quiero saber la tuya. ¿Cómo logró sorprenderte? Tú nunca tienes la guardia baja.

—No sé, creí que le había sacado de allí, me confié demasiado en que no haría alguna cosa estúpida como revelarse; pero es obvio que me equivoqué.

—Lo que está claro es que él sabía que no iba a salir vivo de allí, y aun así lo hizo.

—Un puto kamikaze.

—Un hombre desesperado.

—Yo más bien diría obsesionado.

—¿Con mi sobrina?

—Parece que sí.

—Bueno, yo no soy quién para juzgarle. Los Vasiliev venimos jugándonos el pellejo por cosas menos importantes.

—Eso es mentira.

—Sí, lo sé. Nosotros siempre tenemos una buena razón.

—¿Cómo el tío Viktor?

—Cómo tu tío Viktor.

—¿Piensas que murió por ella?

—Pienso que no quiso vivir después de que se la arrebataran.

—No entiendo. ¿No murieron juntos?

—Emy murió dentro de aquel puto coche, pero tu tío, podría haberse quedado allí, hacerse el muerto, o quién sabe qué otra cosa. Pero no, tuvo que salir de allí, cubierto de sangre, gritando y disparando a todos aquellos que

intentaron acabar con él segundos antes.

—Suenas como si lo hubieses visto.

—Porque lo hice. Me había saltado las clases y trampeaba por uno de los barrios, cuando reconocí su coche. Corrí tras ellos, agitando la mano, pero no me vieron. Cuando doblaron la esquina, les recibió una lluvia de balas. Vi como mataban a mi hermano; vi como mataban a Emy. Me quedé clavado como una estatua de piedra en aquella maldita esquina.

—Sobreviviste. Si te hubieses acercado, probablemente tú también estarías muerto.

—Ahora lo sé. Pero entonces, no pensaba así. Me llamé cobarde, día a día, hasta que me aferré a lo único que me quedaba; la venganza.

—Los mataste.

—A todos y cada uno de aquellos hijos de puta. Tenía su cara grabada en mi mente, y ninguno escapó de mí.

—Te creaste una buena fama.

—Eso sólo fue el principio, hijo. Porque aquellos estúpidos peones no fueron más que los que ejecutaron la orden. No me detuve hasta llegar a quién la dio. Y créeme, sólo lo conseguí con mucha sangre fría. —Un par de golpes sonaron en la puerta, y apareció Danny empujando una silla de ruedas.

—Bueno, es la más grande que tenemos, espero que te quepa el culo en ella.

—¿Me estás llamando gordo?

—Tú no sabes lo gorda que se puede poner una mujer embarazada. Lo que sucede, es que no solemos tener a tipos tan grandes como tú de pacientes.

—Sonreí y me levanté con su ayuda y la de mi padre. Entre los dos, me ayudaron a poner mi enorme culo allí. Y no, no era el culo lo que sobresalía en aquella silla, eran mis piernas y mis brazos. Después, Danny quitó el tubo de suero de mi brazo, pero dejó la vía puesta. Estaba claro, que iba a seguir utilizándola.

—Bueno, allá vamos. —Igor estaba esperando fuera, con una enorme bolsa llena de cosas de esas de hospital. Suspiré cuando comprendí que todo aquello tendría que usarlo en breve. Ummm, calmantes, drogas, lo que fuera que me llevara a la inconsciencia, donde aquel maldito agujero en mi carne no doliera más.

Mo

—Esto no está bien, Mo. —Miré al jefe de sala con atención, sin perder

detalle de sus manos mientras accionaba la orden de borrado de la cinta. Borrar unas imágenes, ¿Por qué arriesgarse? Borrarnos todas las imágenes de todas las cámaras, desde el segundo antes de que entrara en escena el séquito del tipo ese, hasta después de que saliera al parking en aquella ridícula silla de ruedas.

—Lo sé, pero ya sabes lo que le ocurre a esta gente famosa. Si los periodistas lo descubren...

—Sí, sí, lo entiendo. Es mejor prevenir. Pero un fallo generalizado del sistema va a ser difícil de colar.

—Tú llama hoy a la compañía y diles que el equipo no ha grabado, si viene a revisar y ven que no hay nada, tú quedas cubierto.

—Esto merece una recompensa, Mo.

—Veré lo que puedo hacer.

—¿Y dices que es boxeador?

—Por lo que he oído, es uno de los gordos allí en la costa oeste.

—¿En la costa oeste?

—Las Vegas. Ya sabes, allí se mueve mucho dinero con las apuestas y eso.

—¡Joder! Si los oponentes se enteran de esto...

—Sí, una riña de bar con estas consecuencias...

—¿Fue grave?, la herida, ya sabes.

—Herida por arma blanca, tío. Tardará en curarse. Quizás incluso se pierda la temporada.

—Joder, que putada.

—Ya te digo.

—Si sigue peleando, espero que consigas entradas cuando venga otra vez a pelear por aquí.

—Me haré con el teléfono de su representante, a ver qué consigo.

—Ok, tío. Ya me dirás. —Salí de allí con una mala sensación en el cuerpo, y no era por el bajón que le da a uno cuando le chupan la sangre. Me sentía mal mintiendo; aunque, como dijo el tipo, no era mentir del todo. Él fue boxeador en Las Vegas. Aunque ahora estaba claro que tenía otro “trabajo”.

Danny

Mo llegó cuando el coche de Viktor ya había abandonado el parking del hospital. Quedaron en esperar fuera, aunque yo les di la dirección para que se

fueran adelantando.

—¿Tienes las llaves de tu coche?

—Sí, Igor me dio mi bolso.

—Ese tipo está en todo.

—Sí, parece que no se le escapa detalle. —Mo me tendió la mano para pedirme las llaves, y le miré mal por ello. Ni de broma iba a conducir mi coche en esas condiciones. Ya había tenido suficientes sustos por ese día.

—Sube al coche, conduciré yo. —Creo que mi mirada le convenció lo suficiente, porque se encogió de hombros, y entró en el asiento del copiloto.

Después de que el séquito de Viktor se pusiera detrás de nosotros, Mo pareció relajarse un poco, aunque no mucho.

—Gracias por ofrecer el apartamento.

—Es tu primo, y te rescató. Tenía que hacerlo. —Permanecimos otro rato en silencio, hasta que él volvió a hablar.

—¿Sabes?, al final no celebramos el Año Nuevo.

—No, tienes razón.

—Lo que más siento es haberme perdido el primer beso de buena suerte.

—Tuviste tu primer beso del año.

—No, ese fue el beso de “soy único”.

—No, ese fue el beso de “te quiero”.

—Vale, entonces sí.

—Pero podemos pasar al de “feliz año nuevo” cuando quieras. —Detuve el coche e hice las maniobras para aparcarlo. Antes de quitarme el cinturón, Mo me aferró la mano, acercó mi rostro al suyo, y tomó su beso de “Feliz Año Nuevo”.

Capítulo 51

Mo

No es que me sintiera muy cómodo en mi propia casa, pero era lo que tenía que hacer. Aun así, la piel me picaba como si la hubiesen acariciado con ortigas.

Igor se había sentado en el sofá, y así, como si estuviese esperando que le llevara una cerveza, el tipo cerró los ojos y se quedó frito, o casi frito, porque cada vez que se escuchaba un ruido por encima de un susurro, el tipo abría un ojo y lo revisaba todo. Daba miedo, de verdad.

Danny se encargó de acomodar el suero de Viktor, inyectar los calmantes, y darle algún zumo de frutas para que bebiera. Lo ayudamos entre Igor y yo a ir al baño, y lo dejamos allí para que vaciara lo que su cuerpo tenía que expulsar. Después, lo colocamos de nuevo en la cama.

Danny cogió ropa limpia y se fue a dar una ducha. Ella la necesitaba, aunque más necesario era dormir. Todos necesitábamos dormir. ¿Qué eran, las 8 de la mañana? El sol intentaba colarse entre las cortinas corridas, pero a ninguno parecía molestarle la luz. A Igor parecía darle igual, y a Viktor... el tipo tan solo estaba allí, relajado; su respiración pausada, sus ojos cerrados y el rostro libre de tensión. Esos malditos calmantes debían ser buenos.

El agua de la ducha empezó a sonar, y solté un pesado suspiro.

—No te preocupes. En un par de días habré encontrado un lugar para dejarte libre.

—No es eso lo que me preocupa.

—Sí, puedo notarlo. Estás demasiado tenso, aún después de tener a Danny de vuelta. No te gusta mi presencia aquí.

—Yo...cuando descubrí que Stuart se llevó a Danny, recurrí a la policía.

—Lógico. Tenías que utilizar cualquier recurso para recuperarla. —Me volví hacia él. Lo que iba a hacer, atentaba contra todos los principios morales que el abuelo me había inculcado. Normal, era un policía; para él estaba claro lo que estaba bien y lo que estaba mal. Luego, cuando me fui de casa, descubrí que también estaba esa zona gris en el medio, donde se metía lo que no era ni blanco ni negro. Stuart estaba claramente en la zona negra, pero Viktor... había algo que me decía que tenía partes de sí mismo en cada color. Si estaba relacionado con Stuart, tenía que estar en la zona negra.

Rescatar a Danny, aunque fuera de su familia, lo ponía en la zona ¿gris?, sí, porque la blanca.... Luego estaba lo de su insistencia a nada de policía; definitivamente, zona negra. Luego su necesidad de apartar los problemas de nosotros; zona blanca, sin duda. Alguien con problemas, normalmente tiende a descargarlos encima de quién sea, y los daños que causa no le importan. En fin, ya me había metido en aquel lío, y tenía que salir de él como fuera.

—Mi abuelo es un policía retirado, y me consiguió un contacto en anti vicio. Lo llamé cuando se llevaron a Danny. —La cara de Viktor se giró hacia mí, y por primera vez durante aquella conversación, sus ojos se abrieron y me miraron. Parecía que tenía ahora toda su atención, aunque estuviese igual de relajado. ¿Acostumbrado a este tipo de cosas?, puede ser.

—Si no entraron por Danny cuando estaba en el club, es que no tenían gran cosa contra Stuart.

—Lo estaban investigando hace tiempo, pero todavía no estaban listos para intervenir. Lo de Danny los pilló de sorpresa.

—Comprendo.

—Además, necesitaban una confirmación de que Danny estaba en el club; podía haber sido otro, o tenerla en algún otro lugar.

—Por eso fuiste allí, para poder encontrarla. No importaba sacarla, sólo necesitabas confirmarlo y la caballería caería sobre el local.

—Algo así.

—Bien. ¿Qué más? —¿Sabía que había algo más?, por supuesto, estaba claro que sabía cómo funcionaban estas cosas. Le conté lo del hall del hotel, el dispositivo de Scott, y todo el montaje.

—Bueno, al menos no los llamaste cuando estábamos en el hospital.

—Tenía otras cosas en qué pensar.

—Sí, yo también estaba algo ocupado.

—¿No estás enfadado?

—Puedo tener un mal temperamento, pero en este momento, estoy más “centrado” en escucharte que en patearte el culo.

—Un alivio entonces que estés herido.

—Sí, créelo. De todas formas, tenemos que arreglar esto. Si la policía me relaciona con todo esto, algo salpicará irremediablemente a Danny, y no puedo permitirlo.

—Entonces, ¿qué vamos a hacer?

—Tendremos que preparar una historia, algo que Danny pueda declarar y que me mantenga a mí en la sombra.

—¿Alguien de dentro que la ayudara?

—Sí, puede ser. Ella consiguió escapar, luego llegó hasta ti. Vais a la policía y lo contáis todo.

—Pero registrarán el club, y buscarán a Stuart.

—No te preocupes, del club ya nos hemos ocupado nosotros, y de Stuart... digamos que haremos que abandone la ciudad con mucha prisa.

—Pero él no abandonaría sus cosas.

—Ayer acababa de comprarle el club, antes de que todo se complicara. Transferiré el dinero a su cuenta hoy por la mañana, y registraremos el cambio de propietario. A parte de un dinero que disfrutará lejos de aquí, nada lo ata a Danny ni al club.

—Anti vicio estará encima de ti desde el primer momento que declaremos.

—El club está limpio, yo estoy limpio, era Stuart el que lo manchaba todo; y así seguirá siendo.

—Pero tú no quieres complicaciones con la policía.

—Digamos que de joven tuve mis encontronazos con la ley; una vez que llevas la piel de lobo es difícil sacártela de encima. Ya sabes el dicho, cría fama y échate a dormir.

—Y tú tienes esa fama.

—Hace mucho tiempo que estoy dentro de la legalidad; todos mis negocios lo son, pero tener esta fama me facilita seguir donde estoy. Ya me entiendes, la vida en Las Vegas es dura.

—Suena como si rozaras el límite sin llegar a pasarlo.

—Sí, me he convertido en un equilibrista.

—Bien, tenemos un plan.

—Cuando Danny salga, será mejor que preparemos todo a conciencia. Revisaremos la declaración una y otra vez, después yo cerraré los cabos sueltos.

—De acuerdo. Parece como si estuvieses acostumbrado a hacer estas cosas.

—Mi hermano es abogado; no sabes las cosas enrevesadas que tiene que hacer a veces por sus clientes.

—¿Y tú como sabes de esas cosas?

—¿Cómo crees que nos entretenemos en las reuniones familiares?

—Creí que los abogados nunca revelaban ese tipo de cosas.

—Somos familia. ¿Si no confías en la familia, en quién puedes hacerlo?

—No has preguntado a la persona correcta.

—Algún día si quieres hablaremos de eso; ahora tenemos cosas más urgentes que tratar. —Asentí con la cabeza y me centré en mirar hacia la puerta del baño. El agua había dejado de correr hacía un rato, así que Danny saldría pronto. Todo aquello pronto empezaría a rodar como un coche sin frenos cuesta abajo, no habría manera de pararlo.

Capítulo 52

Angie

Miré otra vez hacia el mar, intentando buscar una razón por la que lo que iba a hacer estaba mal, pero no la había. Lo sabía, era algo que debía hacer, porque era lo correcto. La abuela estaba de acuerdo, mamá también, así que sólo esperaba que Alex entendiera realmente el significado de todo esto.

Me levanté de la silla de mimbre en la que estaba sentada, y empecé a deslizar mis pies descalzos sobre la pulida madera del porche trasero. Alex aún estaba dormido. Tenía razón cuando dijo que las fiestas de fin de año de su familia eran bestiales. ¿Cuándo nos retiramos a la cama?, ¿a las 7 de la mañana?, no recuerdo, sólo sé que el sol ya estaba completamente alzado sobre el horizonte.

Entré en la habitación, nuestra nueva habitación. Era mucho más grande que la de la abuela; allí la cama parecía sólo una pieza más del mobiliario, no lo abarcaba todo, como ocurría donde estaba antes.

Me acerqué a la cama, y desplazé la sábana para meterme bajo ella, pegando mi cuerpo al de Alex. Estaba muy caliente, o yo demasiado fría, quizás ambas cosas. Él se movió notando el cambio del peso sobre el colchón, giró su cabeza hacia mí, y abrió los ojos somnolientos para mirarme.

—Es pronto para levantarse, mi amor. —Su sonrisa era dulce y suave. Amo esa sonrisa, así que me incliné sobre ella y la acaricié con mis propios labios. Me quedaría allí toda la vida, pero tenía algo que hacer.

—Tengo algo importante que enseñarte.

—¿Y tiene que ser ahora?

—No podré dormir hasta que lo haga. —Noté como se estira, como una pantera.

—Entonces vamos. —Salí de la cama, notando como él me seguía. Sabía que no había dormido, que estaba cansado, pero él haría cualquier cosa por mí; lo sabía, lo sé.

Caminé hacia el cobertizo donde estaban las herramientas del abuelo, abrí la puerta y avancé hasta la maceta que contenía la pequeña vid que Alex rescató del campo que acondicionó para los eventos. Cuando me giré, vi su rostro intrigado.

—¿Podrías coger esa herramienta?

—Claro. —Sabía que estaba confuso. Su mente analítica tenía que estar trabajando a toda velocidad en ese momento, él es así. No tenía que decir mucho más, él lo acabaría entendiendo.

Caminé delante, avanzando por el césped, hasta el pequeño cercado al otro extremo de la casa. Abrí la portezuela, busqué mi vid, me arrodillé junto a ella, y lo miré mientras le tendí la mano pidiendo la pequeña azada. Él me la tendió, y vi en sus ojos que me había comprendido. Empecé a hacer un pequeño agujero, saqué la planta de la maceta con cuidado y lo acomodé en su nuevo hogar. Sentí las manos de Alex sobre las mías, haciendo que juntas taparan las raíces con la tierra fresca. Cuando terminamos, ambos nos quedamos de rodillas, los brazos de Alex me envolvieron al tiempo que sus labios besaban el costado de mi cuello y después descansaba su barbilla en mi hombro.

Ambos estábamos mirando al nuevo miembro de la familia, porque eso era lo que aquello significa. Allí, cada una de las plantas representa a uno de los miembros de mi familia. Están el abuelo y la abuela, uno al lado del otro. A su lado, está mi madre, sola. Y siguiendo la línea, como si fuera un árbol genealógico, estoy yo. Y desde ese momento, a mi lado, estaba Alex. Sentí su respiración a mi lado.

—Tenía que ser hoy.

—Primer día del año, primera hora de la mañana. A partir de ahora, estás unido a mi familia.

—Pensé que un anillo nos uniría como pareja, pero esto...esto es mucho más.

—¿Te gusta?

—Ningún voto matrimonial podría superar esto. —Sus dedos se entrelazaron con los míos, y giró nuestros cuerpos hacia el lugar en que estaban nuestras dos representaciones.

—Creo que tendré que mover ese cercado, tenemos que hacer sitio para nuestros hijos.

Levanté mi mano hacia su mejilla, lo giré hacia mí y lo besé. Él limpió algo en mi mejilla con su dedo pulgar; supe que estaba retirando una lágrima furtiva. Sentí como si ya estuviésemos casados, porque eso es lo que esto significa para mí, para nosotros. Acaba de entrar a formar parte de nuestra familia. *Falcon Crest* tenía un inquilino más.

Danny

Repasamos unas 30 veces cada uno de los detalles de nuestra historia. Viktor era concienzudo, quizás demasiado. Algo me decía que había pasado por más de un interrogatorio de la policía, pero no quería saberlo. Él era ahora mi familia, y no quiero saber algo que pueda perjudicarlo. Alguien dijo una vez, que los secretos han de ser sólo cosa de uno, porque si no, ya no son secretos. Y estoy de acuerdo.

Mo estaba esperándome en la sala de estar, junto a un Igor siempre alerta. ¿Es que ese hombre no dormía? No es que pareciera recién salido de la ducha, pero mucho menos que hubiese estado toda la noche en vela, vigilando por nosotros. No sabía cuánto le pagaría Viktor por su trabajo, pero seguro que se lo gana todo.

Me mordí el labio inferior, porque puede que en su momento Viktor fuese amable conmigo, y lo que estaba a punto de hacer realmente no significase para él lo mismo que para mí. Estaba a punto de abrirle una puerta de mi pasado que no había terminado de conocer, pero era de mi familia, y esa parte puede que iluminara el suyo.

Entré en la habitación, acariciando los dos diarios de la abuela Emy con mis dedos.

—Hola, Danny. —Miré hacia la cama para encontrarlo quieto, como dormido, los ojos cerrados, la expresión vacía. ¿Cómo sabía que entraba en la habitación, y que era yo?

—Te he traído algo para que leas. Puede que necesites algo para distraerte hasta que volvamos, y como la televisión está en el salón... —Le vi abrir los ojos y girar su rostro hacia mí. Su mirada me siguió, hasta que acomodé mi trasero sobre la cama, junto a su cadera. Le tendí los diarios bajo su atenta mirada.

—Los diarios de tu abuela. —Dedujo con rapidez.

—Sí. El más gastado puede que no te interese. Es de cuando vivía con sus padres. Aunque dicen mucho de cómo era. El segundo... empecé a leerlo hace poco, pero creo que hablaba sobre tu tío desde la segunda entrada, o eso creo. —Él los cogió en su mano para ojearlos más de cerca.

—Gracias.

—Mo y yo nos vamos ahora.

—Lo haréis bien.

—Estoy nerviosa.

—Es normal, has pasado por mucho en estas últimas horas.

—Bueno, nos veremos de nuevo en un rato. —Él asintió y me regaló una

pequeña y débil sonrisa. Salí de la habitación para encontrar los expectantes ojos de Mo.

—¿Lista? —Asentí con la cabeza, mientras intentaba secar mis palmas sudorosas en mis pantalones. Mo me acercó a él para besar mi frente y, sin apartar su brazo de mis hombros, me llevó hacia la salida. De los dos, sabía que a Mo era al que menos le gustaba hacerlo, pero también sabía que lo hacía por mí, sin ningún remordimiento, sin ninguna duda. Les debía todo a los tres hombres que estaban en ese apartamento, porque, cada uno a su manera, me habían devuelto la libertad, y la vida.

Capítulo 53

Viktor

La verdad, no sabía qué hacer con el puñetero diario. No me interesaban los pensamientos de una adolescente de los años cincuenta, pero por otra parte... todo lo que estaba relacionado con el tío Viktor me interesaba. Yuri prácticamente lo pintó como todo un héroe a mis ojos y a los de mis hermanos, pero tal vez, al ser yo el que llevo su nombre en su memoria, me sentía de alguna manera más ligado a él. Escuché los suaves pasos de Igor acercándose a la habitación, y alcé la vista hacia él.

—¿Todo listo?

—Podemos irnos cuando lo desee.

—Entonces vamos. Ayúdame a salir de esta prisión con forma de cama.

—Vi el rastro de una sonrisa en la cara de Igor; sí, él era de los míos. No nos gustaba parecer débiles, porque somos tipos fraguados en situaciones mucho más duras que estas. Crecimos juntos dentro de la organización, porque así es como se forjan las auténticas amistades y lealtades. Donde un hombre como yo consigue encontrar personas leales, gente en quién confiar, gente en la que delegar algunas responsabilidades, como es el caso de Igor. Orrel se quedó cubriendo mi espalda en Las Vegas, Igor era mi apoyo en Miami. Sé que cualquiera de los dos se pondría en el camino entre una bala y yo, aunque Igor no llegó a tiempo esta vez, y sé que se mortifica cada segundo por ello. Antes de abandonar la cama, di un último vistazo a la habitación para tropezar con los diarios. Me incliné para recoger el menos desgastado, el que sabía que podía incluir algún dato sobre mi tío, después dejé que Igor me ayudara a caminar hacia la salida. Me quité la vía con el suero; era demasiado llamativo el ir por la calle arrastrando esas cosas. Puede que pareciera una falta de consideración el irme de allí sin decir nada, pero era lo mejor. La policía podía fisgar o poner bajo vigilancia el apartamento de Mo y Danny, y yo no estaba dispuesto a correr ningún riesgo; no suelo hacerlo.

—¿Cómo va lo del registro del club?

—Se hizo ayer, como ordenó. —Sí, les mentí a todos. ¿O es que no se dieron cuenta de que el día 1 de enero todo estaba cerrado por ser festivo? Pero hacerlo así, les daba la falsa idea de que tenía el poder suficiente para hacer que el trámite se llevara a cabo. Nada más lejos; Miami era territorio

virgen para nosotros en ese sentido, aunque estábamos trabajando en solucionar eso. Sí, controlábamos muchas de las apuestas ilegales. Football, caballos, boxeo, incluso competiciones de surf. Pero no teníamos los lazos políticos o policiales tan asentados como para sentirnos impunes. Ah, a veces me sentía como Yuri en sus principios. Conquistando el mundo.

—¿Se avisó del cambio de dueño al personal?

—Sí, el encargado lo notificará hoy al resto de trabajadores antes de la jornada laboral.

—¿Stuart?

—Oficialmente, ha salido del país esta mañana. Extraoficialmente, lo que queda se está incinerando en un crematorio para animales. Se limpió el lugar y las cámaras de seguridad.

—¿La casa segura?

—Está preparada. Y di la salida en el hotel.

—¿Yuri?

—Salió esta mañana hacia Las Vegas.

—Bien. —Sí, habíamos hablado sobre eso. Yo estaba bien, y él tenía que ocuparse de algunos asuntos que no podía aplazar. A veces, ser el jefe apeataba.

—¿Danny y Mo llegaron a la estación de policía?

—Acabo de recibir el aviso de que están entrando en las dependencias.

—Bien, entonces será mejor que nos demos prisa y nos larguemos de aquí.

Mo

Danny lo estaba llevando muy bien. La hicieron declarar y después llegó la batería de preguntas. Scott la trató con delicadeza; a mí no tanto. Me echó una buena bronca por no llamar primero, y por no ir directamente a la central de policía. Pero ya le dije, lo primero era Danny, después ellos.

Sé que mandaron una patrulla al club pero, por lo que escuché, Stuart había desaparecido. Nadie sabía nada de él. Por lo que pude curiosear después, habían encontrado su nombre en una lista de pasajeros en un vuelo a Brasil, horas antes del cambio de año. Las imágenes que consiguieron del aeropuerto muestran a un hombre que intenta camuflar su rostro, pero nadie puede reconocerlo realmente. Yo sé que ese no es Stuart, porque sé que después de disparar sobre Viktor, ese tipo no seguiría vivo ni con un milagro. Pero eso no se lo voy a decir a nadie. A mí no me han interrogado como a

Danny, y como bien diría mi abuelo, es una conjetura mía, no tengo ni pruebas ni nada que pueda confirmarlo; pero estoy seguro de ello.

La puerta de la sala se abrió cuando salió Danny acompañada por una mujer policía. No tuvieron que hacerla el test de violaciones, porque ella dijo que Stuart no la había agredido de esa manera, sólo la mantuvo retenida.

—¿Estás bien?

—Quiero irme a casa.

—¿Puedo llevármela ahora? —Scott asintió, así que tomé a Danny y me la llevé de allí.

No es que habláramos mucho en el trayecto; se notaba que ambos estamos muy cansados. El teléfono de Danny pitó un par de veces, anunciando la llegada de un mensaje. Ella lo leyó en alto para que yo supiera lo que decía.

—“Nos vemos pronto. Tu primo el guapo”. —Viktor seguramente habría abandonado el apartamento. Así que, cuando llegáramos a casa, lo primero que haría sería llevar a Danny a la cama, ayudarla a desvestirse y meterla entre las sábanas. Cerraré las cortinas, apagaré los teléfonos y me dormiré con ella entre mis brazos.

—Se ha ido.

—No, se ha retirado, es diferente.

—¿Diferente?

—No te ha abandonado, Danny. Sólo se ha alejado, hasta que la cosa se calme.

—Sí, seguro que es eso. —Cogí su mano y la elevé hasta mis labios para besarla. Necesitaba un buen abrazo y se lo daría en cuanto aparcara esta tartana de coche.

—Debes confiar en él, Danny. Sabe lo que hace.

Danny

En la habitación no quedaba nada que revelase su estancia allí. Miré los diarios de Emy, ¿faltaba uno? Sí, se había llevado el segundo. Al menos tenía algo con lo que entretenerse; algo de nuestra familia, algo de la familia de ambos. Sentí unos brazos protectores envolverse, un peso sobre mi cabeza; sabía que era la barbilla de Mo.

—Sabes que volverá a contactar contigo cuando sea seguro.

—Acabo de encontrarle, Mo. No puedo perderle.

—Tendrás que conformarte conmigo hasta que vuelva.

—Tú no eres un premio de consolación. Eres el gran premio, Mo. Si fuera chico, te pediría oficialmente que fueras mi novio.

—Acepto.

—¿Qué?

—Daniela Díaz, ¿serás mi novia?

—¡Oh, Dios, sí! Pero has jugado con ventaja.

—¿Ventaja?

—Sabías que yo quería serlo.

—Eso no cambia el que yo también lo desee. —Me giré hacia él para envolver mis brazos en su cuello.

—Solo te falta ser el heredero de una gran fortuna y serías el hombre perfecto.

—¿Cambiaría eso algo?

—Que no tendría que hacer más el turno de noche. El resto probablemente no.

—Bien, eso siempre es bueno saberlo.

—Tú por si acaso, juega a la lotería, odio el turno de noche.

Capítulo 54

Tomasso

Estaba molido. La familia Castillo sí que sabía hacer una buena fiesta. No era solo la música, el alcohol (que yo ya no disfruto tanto). Era el ambiente. Es una gran familia con ganas de celebrar la vida. Todos son bienvenidos; todos son uno más, nadie es más que nadie, todos sonríen a todos. Alegría, es la mejor palabra que puede definir a esta familia. Incluso mientras brindaban, recordando a los que ya no estaban, lo hacían con esa actitud de “gracias por los buenos momentos que hemos compartido”. Hay un tiempo para el dolor, hay un tiempo para la celebración, pero todos son para vivir. Estamos aquí, y hay que celebrarlo.

Y era por culpa de esas ganas de celebrar la vida que en ese momento estaba tumbado en mi cama, con la cabeza apoyada en la almohada, despierto y sin ganas de levantarme, porque lo que quería hacer en ese momento, era seguir contemplando a la mujer que aún dormía a mi lado. Carmen.

Ella me había devuelto las fuerzas, las ganas de volver atrás en el tiempo y convertirme de nuevo en un joven alocado, saturado de testosterona y con ganas de “juerga” todo el tiempo. No he olvidado a mi primera esposa, la que fue sin duda el amor de mi vida. Pero tengo que reconocer que Carmen también se estaba volviendo alguien importante en mi vida, más que Alexis. Era verla sonreír y el día se volvía más brillante. Cada día estaba descubriendo cosas de ella que me fascinaban. El otro día, sin ir más lejos, la acompañé de madrugada al mercado central; su ayudante estaba resfriada y no podía trabajar. Desde que toma su primer café parece que la energía la desborda. He de reconocer que verla negociar con los proveedores me sorprendió gratamente. Sé lo que es el regateo, he vendido coches usados más de la mitad de mi vida. Conseguir un buen precio para ambas partes es todo un arte. Pero Carmen es dura, implacable y a la vez divertida. No la asusta el trabajo duro, aunque la cuesta recibir ayuda. Es de esas mujeres autosuficientes. Tuve que arrancarle el contenedor de la carne de las manos, para cargarlo en la furgoneta, porque ella no quería que yo lo hiciera solo. ¡Mierda!, estoy mayor, pero aún estoy en buena forma; puedo con 30 kilos de pollo. Puede que después mi espalda me recordara que no soy un chaval, pero mereció la pena ver sus mejillas sonrojadas. ¡Y qué si actúe como un

mozalbetes!; llevo haciéndolo desde que la conocí. La he cortejado como cuando era más joven. Iba a verla a su trabajo, conversaba con ella, la hacía reír y, cuando la robé el primer beso, sentí que mi pecho explotaba; y no era un infarto. ¿Y el sexo?, ¡Joder!, desde que empezamos con ello me he vuelto un cliente insaciable. Ni con Alexis tuve esta inagotable ansia de más. Sí, ya sé, a ciertas edades no es lo mismo, por eso se inventó la *Viagra*. Pero considero que soy un amante creativo, y ella nunca ha tenido queja; siempre la dejo bien satisfecha. Aunque yo mismo me he sorprendido de lo excitado que me pone mi mexicanita. Es todo pasión, salvaje y tímida a la vez. Se ríe cuando le digo que es un pequeño chili jalapeño. Parece poca cosa a primera vista, pero cuando te lo metes en la boca, puede estallar el infierno.

Sé que estoy mayor; 57 y sigo contando. Y que ella es mucho más joven que yo, casi 9 años, pero no quiero dejar pasar esto, o tal vez sea precisamente por eso; no tengo demasiado tiempo que perder en tonterías.

Noté como su respiración cambiaba; estaba a punto de despertarse, lo sabía. Sus ojos empezaron a parpadear; una dulce y cansada sonrisa apareció en su rostro al verme. ¡Oh, sí!, entre la fiesta y lo de después, la dejé totalmente exhausta.

—Buenos días, mi pequeño jalapeño.

—Sabes que odio que me llames así.

—No cuando estamos solos.

—Eres malo.

—Bah, solo un poco travieso. —Me acerqué más a su cuerpo y la aferré fuerte, haciendo que mi cadera estuviese bien pegada a la suya, obligándola a levantar una pierna para dejarme sitio. Me gusta cuando hace lo posible para que encajemos. Besé la punta de su nariz dejándome arrastrar por esa sonrisa suya. Y no pude aguantar más, tuve que soltarlo, porque era el momento, porque quería hacerlo.

—Vente a vivir conmigo. —Sus ojos parpadearon mientras su ceño se fruncía, como si no estuviese segura de haber escuchado bien.

—¿Qué quieres decir?

—Que ya basta de saltar de tu cama a la mía. Quiero un lugar al que llamemos nuestro, en el que despertar cada día juntos, un baño saturado de tus cosas de chicas, una tele que tenga el canal de deportes en favoritos, un armario donde nuestra ropa se mezcle, un...

—Vale, vale, lo he entendido.

—¿Y qué dices? —Sus brazos se envolvieron en mi cuello mientras su

rostro se ponía serio, como cuando estaba a punto de negociar el precio de los tomates.

—No quiero calcetines o calzoncillos emboscados en cada rincón, no quiero expediciones de rescate de ropa bajo la cama, no quiero gotitas de pis en la tapa del retrete, no quiero lavabos atascados con espuma de afeitarse y restos de barba, no qui...

—Vale, vale, yo también lo he entendido. Aprecias demasiado un hogar limpio.

—No es eso. Me encantaría que viviéramos juntos, pero no quiero que lo que tenemos ahora se estropee por discusiones tontas como esas. ¿Que me he acostumbrado a no tener que ser la asistente de nadie?, pues sí, soy culpable de eso; a estas alturas no voy a cambiar eso.

—No vas a tener que hacerlo, soy un tipo muy limpio.

—Oler, siempre hueles bien. Eso sí.

—Además, seguiré pagando a la asistente que viene a limpiar a casa, tú no tendrás que hacerlo.

—No limpiar el polvo, ni los cristales.

—Ni lavar la ropa, ni planchar.

—Ummm, sigue, sigue.

—Si tú te encargas de la comida y la cena, yo lo haré del desayuno. Tu harás la lista de la compra, y yo me encargaré de ir a la tienda. —Su pierna ascendió traviesa por mi muslo, llevando su pie a la parte baja de mi trasero, y entonces supe que iba a darle todo lo que quisiera. Todo, absolutamente todo.

—Más, dame más.

—Películas en casa o en el cine, te llevaré a cenar fuera, o a bailar, o sólo a tomar un helado. Lo que tú quieras. Iremos a la playa, untaré bronceador en tu espalda...

—Ummm, casi me tienes convencida.

—Te vendes cara. Bien, veamos. Besos indiscriminados, abrazos y mimos. Buen sexo al menos una vez al día, suave y tierno por las mañanas, salvaje y desenfrenado...

—Vale, vale, vendida.

—¿En serio?

—Sé ver una buena oferta cuando la tengo delante.

—Así que soy un chollo.

—Pero solo mío.

—Sólo tuyo. —Y empecé a cumplir con mi parte del trato. ¿Cómo había dicho?, suave y tierno por la mañana.

Capítulo 55

Mo

Es asombroso como la vuelta al trabajo te mete de nuevo en la rutina. Danny y yo hemos dejado a un lado lo que ocurrió hace sólo dos días, y nos hemos centrado en cumplir con nuestras obligaciones. Pero yo no he dejado de pensar. Ahora tengo novia; alguien con quien planear un futuro en común, un futuro que quiero mejorar para ella. Y aunque no pienso ceder con mi padre, tampoco pienso ser un sencillo guarda de seguridad toda mi vida. Sé que puedo darle más; sé que puedo conseguir más. Ella merece una vida mejor y sé que yo puedo dársela. Ella consiguió su carrera de enfermería, y yo aún soy lo suficientemente joven como para dar un paso más adelante.

Vuelvo mi mirada de nuevo al PC que tengo frente a mí; reviso los datos de la página de mi antigua universidad. Escribo con rapidez el correo que lleva rondando mi cabeza desde hace horas, y lo envío. El primer paso está hecho. Ahora, me centraré en buscar más cerca de aquí, quizás encuentre lo que estoy buscando o algo que pueda servirme.

Volver a estudiar no es algo descabellado, siempre fui bueno en eso, aunque estoy algo desentrenado; dos años es mucho tiempo.

Mi teléfono suena, y nada más ver el identificador de llamadas, no sé si alegrarme o empezar a temblar.

—Hola abuelo.

—Hola Gil, ¿cómo estás?

—Bien.

—Dime que ha ocurrido con el asunto ese.

—Daniela está a salvo ahora; el tipo ha desaparecido.

—¿En serio?

—Sí, parece que tuvo prisa por salir del país.

—Tú no tendrás nada que ver con eso, ¿verdad?

—Me das demasiado mérito abuelo; soy un simple guardia de seguridad.

—Porque no quieres ser más.

—Estoy trabajando en arreglar eso.

—¿Sí?

—Eso creo.

—¿Y ese cambio? No hace mucho querías seguir como estabas.

—He intentado mirar hacia delante, y no me gustaba mi futuro. Creo que necesito conseguir algo más.

—Es por esa chica, ¿verdad?

—Merecemos un futuro mejor, abuelo.

—Bien. Me va a acabar gustando ella.

—Si la conocieras, seguro que verías mi punto de vista.

—Intentaré arreglar eso en breve.

—¿Vas a venir?

—Antes de lo que esperas.

—Te estaremos esperando.

—Más te vale.

Danny

Camino por la calle mirando a mí alrededor, esperando encontrar una señal de que Viktor está cerca, aun sabiendo que no la voy a encontrar. Y sé que tampoco voy a encontrar a Stuart; ya no. Cuando llego al portal del edificio, veo a una chica intentando atravesar las puertas dobles con un carrito de bebé. No puedo evitar correr a su lado para ayudarla; sostengo la puerta, mientras entre las dos elevamos el carrito y subimos el escalón de entrada.

—Gracias.

—De nada. ¿Cuánto tiempo tiene?

—10 meses.

—Ya decía yo que estaba grande.

—Sí, es un tragoncete. —Un señor mayor entra detrás de nosotros y le sonrío al bebé.

—Está hermoso, sí.

—Es que sale a su papá.

Los tres reímos, y seguimos haciéndole carantoñas al bebé mientras esperamos a que llegue el ascensor. Cuando las puertas se abren, está claro que todos no vamos a caber.

—Oh, suban ustedes, yo esperaré al próximo viaje. —me ofrecí.

—¿De verdad. —Preguntó la mamá.

—Sí, suba usted. Yo también esperaré al siguiente viaje. —me acompañó el señor mayor.

—Gracias. —nos agradeció ella.

—No es ninguna molestia. —Vemos como la mamá intenta encajar el

cochecito, y yo mantengo mi mano en el sensor infrarrojo para que las puertas no se cierren. Cuando finalmente se cierran, el hombre y yo nos quedamos mirándonos incómodos.

—¿Un día duro de trabajo? —El hombre señala mis ropas, y sé lo que ha visto. Un uniforme de enfermera, medio tapado por una chaqueta fina, y unas ojeras grises debajo de mis ojos. Sí, no es que me haya dado mucho tiempo a descansar, hoy ha sido un mal día.

—Sí. En cuanto llegue a casa, me voy a sacar los zapatos y dejare libres a mis pobres pies.

—Eso suena bien.

—Eso suena a gloria celestial. —El ascensor vuelve a la planta baja, y ambos nos subimos. El hombre aprieta el botón y yo sonrío; no voy a apretar nada, porque escogió mi misma planta. Extraño, porque no recordaba su cara. Aunque bueno, en el poco tiempo que llevaba allí, tampoco había tenido tiempo para socializar con los vecinos. Cuando las puertas se abren, el hombre me cede el paso, y yo le sonrío.

—Que tenga un buen día.

—Gracias. Tú descansa.

—Lo haré. —Camino directa a la puerta, la abro, la atravieso y doy un suspiro de alivio en cuanto me quito los zapatos.

—¿Un mal día?

—Hola. —¿Cómo puede estar tan guapo, con solo unos pantalones gastados y una camiseta de manga corta? Ya lo sé, es esa sonrisa matadora. Mi chico me toma entre sus brazos y me da un dulce beso. ¡Ah!, esto es lo mejor de llegar a casa. Y como siempre ocurre con las cosas buenas, unos golpes en la puerta acaban con nuestro momento. Mo me suelta, me da un piquito rápido y va a abrir.

—¡Abuelo! —Me giro tanto o más sorprendida que Mo, y me encuentro con la sonrisa amable del señor con el que subí en el ascensor.

—Te dije que vendría. —Es bonito ver como un nieto quiere a su abuelo, pero el abrazo que Mo le estaba dando al suyo, era algo más que emotivo. Casi se me saltan las lágrimas al verlos. Se miraban de una manera que daba a entender que el mundo giraba sólo para ellos.

—Abuelo, quiero presentarte a alguien.

—Supongo que tú eres Daniela.

—Sí, pero prefiero que me llamen Danny.

—Danny. Entonces tú llámame Theo.

—Theo.

—¿Mi nieto te trata bien? —Le miro por unos segundos, con lo que supongo es una sonrisa estúpida en mi cara. Su nieto hace más que tratarme bien, su nieto me cuida, me protege, se preocupa por mí.

—Yo diría que sí. ¿Se queda a cenar?

—Me gustaría invitaros yo, ¿qué me decís? —Bueno, no podía decir que Theo no fuera atento. Así que asentí, y Mo me secundó. Es bueno salir del trabajo, darte una ducha y dejar que alguien cocine por ti. Y así podría conocer mejor a la familia de Mo. Porque, ahora que lo pienso, no sé gran cosa sobre su familia, es decir, no sé nada sobre ellos. Tengo que aprovechar esta oportunidad e investigar un poco.

Capítulo 56

Mo

—Ella me gusta. —Me giré para ver de frente la cara del abuelo. Sabía que había estado esperando a que estuviésemos solos para hablar con franqueza.

—¿En serio?

—Parece buena chica.

—Eso ya te lo dije yo.

—No, Gil, tú me dijiste que merecía la pena.

—Y la merece.

—Sí, puedo verlo. —Era frustrante ver como el abuelo Theo ponía esa mirada escrutadora sobre mí. Era como sentirse en uno de esos interrogatorios policiales.

—¿Qué?!

—Estás enamorado.

—Eso ya te lo dije

—Ya, pero ahora puedo verlo.

—Ya, eh... Cambiando de tema. Tengo que volver a casa un día de estos.

—¿Al final vas a claudicar con tu padre?

—No, esa puerta se cerró hace tiempo.

—¿Entonces?

—Me gustaría recuperar algunos de mis libros de estudio.

—¿Vas a volver a la universidad?

—Estoy sopesando el volver y terminar mi carrera.

—¡Vaya!, eso es estupendo.

—Sí. Creo que es un desperdicio que deje eso sin terminar. Una asignatura y tengo mi Ingeniería Civil en el bolsillo. Y quizás...

—¿Quizás?

—No sé, si puedo, me gustaría continuar con arquitectura.

—Arquitecto. Seguro que puedes con ello.

—No lo sé, depende de lo que consiga ahorrar para las matrículas y los libros; y si puedo sacar tiempo para...

—Tú solo ocúpate de estudiar y de sacar tiempo, del dinero me encargo

yo.

—¡Pero abuelo...!

—No sé si te sentirás bien con ello, pero cuando tu padre empezó con lo de la empresa de construcción, yo colaboré con mis ahorros porque sabía que él trabajaría duro para levantarla, como ha sido. Gracias a eso tengo participaciones en la empresa, lo que me da una bonita suma de dividendos a final de año.

—Pero es tu dinero, tu jubilación.

—Bueno, la abuela y yo tenemos más que de sobra; no está de más que invierta ahora un poco en el futuro de mi nieto.

—Yo, no sé qué decir. ¿Estás seguro?, ¿no tienes que consultarlo con la abuela?

—Eso lo tenemos más que hablado, pero puedes preguntárselo esta noche en la cena, si quieres.

—¿Está aquí?

—Sí. No vino conmigo porque tiene un juanete en el pie que la está matando, y como no sabíamos si estabas en casa, pues la sorpresa te la he dado yo solo. Pero en la cena la verás, seguro.

—Tengo ganas de darle un abrazo.

—Pues ella a ti, ni te cuento.

—Os he echado de menos.

—Y nosotros a ti. ¿Quieres que sea yo quien vaya a casa de tus padres y recupere el material de estudio?

—Eso sería estupendo, pero...

—Quieres verlas, ¿verdad?

—Sí. Sé que mamá nunca dejará de bailar al son que determine mi padre; y que Trix es demasiado dependiente de su dinero, pero... siguen siendo mi familia.

—Entiendo eso. Cuando vayas, puedo estar allí por si me necesitas.

—¿Harías eso?

—¡Pues claro!

—Bien. Entonces te avisaré cuando vaya.

—Más te vale.

Danny

Sé que escuchar a escondidas no está bien, pero no pude evitarlo. En aquellos pocos minutos descubrí más sobre Mo que de todo lo que ya sabía

sobre él. Si algo pude entender, es que pasó algo con su padre, algo con lo que Mo no estaba de acuerdo. Debió de irse, abandonando sus estudios, su familia...

Pero ahora quería retomar sus estudios, labrarse un nuevo futuro, ¿era yo la causante de aquel cambio? Ojalá. No porque no me gustara tal y como era ahora, no era eso. Pero me gustaba la idea de un Mo con ganas de crecer, de conseguir más, de tener nuevos sueños, y sobre todo, deseaba estar en esos sueños. Me había pedido ser su novia, ¿verdad?, ¿se precipitó y se dará cuenta de que no soy compatible con lo que quiere ahora?, ¿o soy un pilar fundamental dentro de ese futuro?

Tenía que dejar de pensar en ello, y regresar a la realidad, porque se darían cuenta de que tardaba demasiado en ducharme y arreglarme, y tal vez sospecharían que me quedé escuchando.

—Bueno, ya estoy.

—Bien, entonces será mejor que nos vayamos, la abuela nos espera. —
Dijo el abuelo.

—No quiero ser aguafiestas, pero tengo que estar de vuelta pronto, hoy tengo otra vez turno de noche. —Advirtió mi novio.

—Confía en mí, será rápido. —Le aseguró su abuelo.

—¿Dónde vamos? —Quise saber.

—Bueno, no tuve mucho tiempo para reservar, así que cenaremos en el hotel. ¿No os importa, verdad? -

—Mientras no pongas esas babosas con cáscara en mi plato, a mí me da igual.

—Ja, ja. Scargots, no lo has olvidado. —Recordó el abuelo.

—Desde entonces procuro evitar comer todo lo que suene francés. —
Aseguró Mo.

—Los croissants están muy buenos. —Al menos a mí me gustaban.

—Repostería, eso es lo único en lo que son buenos los franceses. —Me apoyó mi chico.

—Ummm, ¡Dios!. Será mejor que nos demos prisa, mis tripas están gruñendo. —Ya sabía de dónde había heredado mi novio aquel apetito suyo.

Esa misma noche conocí a la abuela de Mo. Era una mujer de esas que desprendían amor por los cuatro costados. Tenía una sonrisa permanente en su cara, y me trató con una cordialidad que se notaba que era natural en ella. ¿Y lo primero que hizo?, fue aferrarse a su nieto y apretarlo y besuquearlo por lo menos 15 minutos, y no exagero.

Entre ellos tres habían derrochado más amor en esa noche que todo el que yo recibí desde que faltaron mis padres. Me daban envidia, mucha envidia, pero de la buena.

Viktor

Miré otra vez las fotos que había agregado Igor al informe. Aquella pareja de ancianos se veía adorable, y la historia que contaba su informe lo confirmaba. Eran buena gente, sencilla. Manejaban algo de dinero, pero no hacían alarde de él. Me gustaban, y por la sonrisa que veía en la cara de mi prima Danny, a ella también.

Cogí la otra carpeta y abrí el expediente. Mo era un chico íntegro, orgulloso, quizás algo temperamental o impulsivo; eso tenía que determinarlo aún. Pero también buena persona. Pero su padre... no había nada que me dijera que era un delincuente; sé oler uno a la legua, por muy respetable que parezca. Pero ¡Hey!, ¿cómo era esa frase?, “el mal reconoce al mal”. Y yo veía algo en esa mirada que no me gustaba.

Repasé su informe y cada pequeño detalle me decía más de cómo era. Un cabrón controlador y manipulador. Si había malos tratos físicos, estaban bien ocultos, pero los psicológicos eran evidentes. En todas las fotos su mujer quedaba un paso atrás, con la mirada baja, una tímida sonrisa, retraída. La tenía dominada, no tenía duda. ¿Y la hija?, Beatrice, 21 años y comprometida con un chico de buena familia, pero que no llenaba sus ojos de brillo cuando lo miraba. ¿Un matrimonio impuesto?, tenía toda la pinta. Había terminado la carrera de empresas, y había empezado a trabajar en el departamento de contabilidad de la empresa de su padre. Allí la tendría bien controlada el cabrón.

¿Y su hijo? Había encauzado los estudios de su hijo hacia el negocio familiar, Ingeniería Civil, para que trabajara a pie de obra con los obreros, supervisando el trabajo, encargándose de la parte sucia, mientras él se encargaba de hacer crecer su empresa con alianzas y contratos suculentos. Pero Mo escapó de él; abandonó la carrera a punto de conseguirla, huyó del hogar familiar. Puso muchos kilómetros entre ellos y empezó desde cero. Tenía pelotas el chico, porque lo hizo con 21, la misma edad en la que su hermana ya tiene decidido su futuro.

Cerré los expedientes y dejé escapar el aire. Moví mi hombro lastimado, notando como el dolor mordía cada célula de mi cuerpo. Estaba rígido, demasiado; tendría que ponerme pronto a trabajar en él, pero no antes de una

puñetera semana. El médico me recomendó más tiempo, pero él no me conoce y no conoce mi cuerpo ni los límites que puedo tocar con él; yo sí. Le he llevado al borde tantas veces que el camino ya me es conocido.

Dejé de pensar en Danny por unos minutos; algo difícil porque ya se había convertido en alguien importante para mí; era de mi sangre, mi familia y, para un Vasiliev, la familia lo es todo. Abrí el informe del club del que ahora era su nuevo y feliz propietario. Aún no podía ir por allí, demasiado reciente lo de Stuart; la policía estaría todavía con un ojo encima. Así que hice lo que mejor se me da, correr una gran cortina delante de sus narices. Un par de golpes en la puerta me indicaron que Igor ya había terminado con lo que le ordené.

—Adelante. —Justo como pensaba. Igor entró en la habitación cerrando la puerta con sigilo. Costumbre, todos éramos así de silenciosos.

—¿Algún problema?

—No, el encargado ha mandado al personal a casa como indicó, señor.

—¿Y los obreros?

—Desratizaran y acabaran con todo bicho que se arrastre por el local hoy mismo.

—¿Y las reformas?

—Empezarán en cuanto termine el período de desparasitación.

—¿También la zona exterior?

—Sí, di las instrucciones.

—Bien. ¿Se ajustarán a la semana?

—Puede que tarden alrededor de 10 días.

—Bien, así las cosas se enfriarán un poco más. ¿Tenemos el transporte?

—Sí, el avión nos espera esta noche en la pista privada.

—Bien. Si dejaste al equipo de vigilancia, será mejor que termines tus maletas. Volvemos a casa.

—Sí, señor.

—Ah, y Igor. Acuérdate de llevarle algo a tu mujer y a las niñas.

—Sí, señor. —No me gustaba que me llamara señor, Igor y yo éramos amigos, peleamos del mismo lado en incontables refriegas; nos cubrimos las espaldas el uno al otro, pero aun así él insistía en llamarme señor. Respeto; él decía que infundía respeto en los demás y puede que así fuera, por eso seguía con aquella mascarada suya. ¿Y lo de los regalos?, porque sabía que las gemelas, con apenas 2 años, siempre esperaban que papá volviera de su viaje con algún regalo para ellas. Y su mujer, aunque repitiese que lo único que

quería es que regresara sano y salvo, no despreciaba ningún obsequio de su atento marido. En el último viaje llegamos tan cansados que olvidó comprar algo para sus chicas. Las caras de decepción de las gemelas le rompieron el corazón. En fin, no le envidiaba eso. A los únicos que podía consentir con regalos eran a mis dos sobrinos, y de esos se encargaba mi cuñado Geil y mi hermana Lena. Tenían dos fieras salvajes; listos e indomables, auténticos Vasiliev, aunque llevaran el apellido de su padre, Costas. Sí, lo sé, ¿qué hace un griego en mitad de una familia de la mafia rusa?, pues cuidar y proteger a mi hermana, y los intereses de la que es su familia desde que murió la suya. Un griego adoptado por unos rusos; quien iba a decirlo. Pero el tipo hacía bien su trabajo. Tenía las empresas controladas como las fichas en un tablero de ajedrez y, gracias a él, habíamos entrado dentro del mundo legal.

Miré la habitación, repasando el lugar, evitando dejar pistas de mi paso por allí. Los informes guardados en mi PC portátil, mi ropa recogida, los restos médicos desechados en un contenedor a varias manzanas de donde estábamos...creo que junto a una clínica veterinaria para que pasaran desapercibidos entre el resto de material médico. No dejábamos casi nada al azar; eso lo dejábamos para las apuestas.

Cuando cerré la cremallera de la bolsa de mi PC, tenía muy presente que iba a ser un viaje corto, porque pronto tendría que volver a Miami. Tenía un negocio que atender y, sobre todo, tenía una prima a la que proteger, o al menos mantener a salvo.

Capítulo 57

Mo

—¡Eh, tío!, no viniste en Año Nuevo. ¡Oh!, wow, vaya cara tienes. — Intenté sonreír, Alex no me había visto en unos días y, sobre todo, no sabía nada ni de lo de Danny, ni de la paliza que me dieron en el club.

—Tuvimos un percance; siento no haberte llamado. -

—Ya, no hay problema. ¿El otro está parecido o peor que tú?

—Digamos que no me interesa saberlo.

—Bien. Lupe ha preguntado por ti. Dice que estos días está sobrando mucha comida.

—Ja, ja. Sí, yo también he echado de menos sus guisos.

—Tenemos que volver al trabajo. Quiero terminar con el baño de arriba antes de meternos en el otro lado de la casa.

—Vaya, sí que le estás metiendo prisa.

—Llámalo ansia por llegar al final.

—¿Ansia por el final?

—La piel me pica por terminar todo ya. No sé cómo explicarlo. Es... es que quiero tener todo en orden, y empezar con la normalidad en nuestras vidas.

—Ya dormís juntos en la habitación nueva, ¿qué más normalidad buscas?

—Quiero salir del trabajo, coger una cerveza y compartirla con Angie viendo el sol ponerse.

—Lo que necesitas entonces son unas vacaciones.

—Sí, creo que sí.

—Para eso no necesitas terminar la casa. Basta con que cojas unos días sueltos y os perdáis los dos solos.

—Ummm, esa es una buena idea. ¿Y cómo un chico tan joven puede entender tan bien las necesidades de pareja?

—Que sea joven, no indica que no sepa de esas cosas.

—Ah, ¿sí? Ilumíname.

—No te dije, pero Danny y yo...estamos viviendo juntos, y le pedí que fuera mi novia.

—Vaya, fue rápido.

—Sí, creo que lo fue.

—Eh, no estoy criticando. Mi historia tampoco fue muy tradicional que digamos.

—¿Cuándo necesitas que vaya entonces?

—En cuanto tu maltrecho cuerpo pueda con el trabajo. Y tráete a tu chica.

—¿Crees que...?

—Eh, ya fue con las chicas antes. Y seguro que Lupe agradece la visita, ya la conoces.

—Sí. Entonces iré dentro de un par de días, si te parece bien.

—Te espero. Ah, y para la próxima, avísame.

—¿Eh?

—Soy medio cubano y medio escocés; no digo que no a una buena pelea. Seguro que no dices que no a un par de puños más.

—No, lo tendré en cuenta.

—Bien.

Susan

—¿Estás segura? —¿Segura?, del todo. Llámame ansiosa, pero estaba de los nervios. Tenía ganas de saber que todo iba bien y adelantar la ecografía era la mejor idea que había tenido.

—Adelante. —Sentí el gel frío en mi vientre y luego la presión sobre él.

—Bien, allá vamos. Pues.... Parece que todo está bien. Yo diría que estás de 9 semanas, y... —Tome aire y levanté mis manos hacia el doctor Lewis.

—Espere, espere.

—¿Qué sucede?

—Sé que es pedir demasiado, pero... ¿podría seguir con el examen dentro de un rato?

—Eh, sí, supongo que sí.

—Bien, enseguida regreso. —Limpié el gel con un papel y salí de la habitación de examen. Cogí mi teléfono y marqué el número que estaba el primero en mi lista de contactos. Al segundo toque escuché la voz de Marco al otro lado.

—¿Me echas de menos?

—¿Estás ocupado?

—¡Eh!, ya te embaracé. Así que no puedes estar ovulando.

—No, no es eso. Sólo quería saber si podías venir al hospital...ahora.

—¡Ahora!, ummm, déjame mirar...no tengo nada en la agenda, puedo ir.

—Cuanto tardarás.

—Dame 20 minutos.

—Bien, te espero. —Volví a entrar en la sala de examen y pregunté al doctor Lewis. —¿Podríamos seguir dentro de 25 o 30 minutos?

—Sí, claro. Hoy no tengo consultas. ¿Te encuentras bien?

—Oh, sí. Es... es que quería que...quería que mi prometido estuviera aquí también.

—Ah, lo entiendo, por supuesto. —Esperé como un perro a su amo a la puerta de casa, dando pequeños paseos de un lado a otro. Cuando vi su silueta entrando por las puertas de cristal, corrí hacia él, lo tomé de la mano y empecé a arrastrarlo por los pasillos.

—¡Eh!, hola a ti también. Vaya una forma de recibir a tu amado hombre. Cualquiera diría que necesitas tu dosis de sexo. —Me giré hacia él y le di un rápido beso en los labios, pero enseguida volví a arrastrarlo detrás de mí. Puede que en otra ocasión me hubiese muerto de vergüenza porque varias personas oyeron eso que dijo Marco, pero en aquel momento, mi mente estaba dos plantas por encima en una sala de ecografías. Cuando llegué a la puerta, abrí con rapidez y empujé a Marco dentro.

—Vaya, qué ímpetu.

—Hola, tú debes de ser su prometido.

—¡Ah!, hola, sí, soy Marco.

—Bien. Yo soy el doctor Lewis. Será mejor que te sientes aquí cerca si quieres ver mejor.

—¿Ver? —Antes de que se diera cuenta, yo ya estaba tumbada en la camilla con el pantalón desabrochado y la cara girada hacia Lewis. Cuando extendió el gel sobre mi vientre, el rostro de Marco palideció. Sí, sabía para que estábamos allí. Su mano temblorosa cogió la mía, todo rastro de chico fanfarrón había desaparecido de él. La imagen del monitor empezó a desplazarse. Lewis pulsó un botón y un latido surgió de los altavoces.

—Bien, pues lo que tenemos aquí dentro, es un bebé fuerte y sano. Y el sexo os lo dirán dentro de unas semanas, porque evidentemente es demasiado pronto para poder descifrarlo aún. —Noté como la mano de Marco descendió arrastrándome; al mirarle, vi que se había levantado, sus ojos fijos en el monitor y una sonrisa tonta en su cara.

—Mi bebé, nuestro bebé. Un pequeño Di Angello.

—O pequeña, eso todavía no lo sabemos.

—Eso me da igual. Sólo necesito saber que estará bien, y que es parte de mí.

—Oh, eso te lo puedo garantizar.

—Bien. ¿Puedo tener una impresión de eso?

—Sí, claro. —Lewis nos dio tres copias, después salimos fuera de la sala. Cuando la puerta se cerró, Marco apartó los ojos de la fotografía y se lanzó hacia mí, cogiéndome y alzándome en sus brazos, haciéndome girar como una peonza.

—Es increíble. ¿Sabes...sabes lo que esto significa para mí? —Me dejó escurrirme entre sus brazos, pero no se apartó de mi cuerpo ni un milímetro.

—Que en algo más de 30 semanas serás padre.

—No, ya lo soy.

—Bueno, no es oficial hasta que nace.

—Ja, eso lo dirás tú. Voy a llevarle esto a mi padre.

—¡Eh!, me dejarás una copia, ¿no?

—Sí, claro. —Marco se quedó mirando las fotografías, antes de separar la mía.

—Me llamaste.

—Sí, lo hice.

—Has alegrado mi día.

—Sí, supongo que lo hice.

—Lo siento, tengo que irme, no me queda casi tiempo.

—Pero, ¿no decías que tenías la agenda libre?

—Pero tengo que hacer un par de paradas antes de ir al trabajo.

—¿Un par de paradas?

—Sí, tengo que presentarle a mi padre a su nuevo nieto, y a mi hermano a su nuevo sobrino.

—Puede ser niña.

—Si es tan guapa y lista como su mamá, firmo ahora mismo. —Lo vi salir corriendo por el pasillo, casi dando saltitos como un niño. Y por primera vez en mi vida, estaba siendo feliz mientras me abandonaban.

Capítulo 58

Mo

Volví a mirar el correo que había recibido en mi teléfono. Eran buenas noticias, muy buenas noticias, y era el momento de dar un paso más y decírselo a Danny. Alcé la vista para verla entrar en el pequeño almacén de material. Caminé los pocos pasos que nos separaban y entré en la habitación.

—Has tardado mucho. —Sentí el agarre sobre la manga de la chaqueta que tiraba de mí hacia uno de los costados pegándome a la pared. No pude evitar una sonrisa traviesa en mí cara, al tiempo que mi mano libre cerraba la puerta del almacén.

—Un día de estos nos van a pillar.

—Entonces tendremos que dejar de hacerlo. —Incliné mi cara hacia la de Danny y la robé un goloso beso.

—Sí, deberíamos. —Pero eso ya no importaba. Después de un buen repaso alcé el rostro y me decidí a decir lo que tenía en mi cabeza luchando por salir.

—Voy a terminar mi carrera de Ingeniería Civil.

—¿A terminarla?

—Sí, tenía una asignatura por concluir, y he recibido noticias de mi antiguo profesor. Está dispuesto a hacerme sólo el examen que dejé pendiente para dar por superada la asignatura.

—Me alegro mucho por ti ¿Y así serías...?

—Ingeniero Civil, sí.

—Eso es estupendo. No sabía que hubieses ido a la universidad; y ahora me sorprendes con la noticia de que puedes con una carrera casi terminada.

—Voy a hacerlo, Danny; voy a acabar mi carrera, y buscare un trabajo con mejor sueldo. Quiero que tengamos un mejor futuro.

—Eso suena bien, pero dejaré de verte en el trabajo.

—Quizás eso sea bueno, porque me la estoy jugando cada vez que me tientan estas caderas pecaminosas. —Apreté mis dedos en su carne, para que supiera lo desesperado que estaba por ella.

—Entonces quieres apartar la tentación de ti.

—Eres como la heroína, Danny; siempre necesitaré más de ti, da igual dónde estés.

—No sé si eso es bueno o malo.

—Tendremos que averiguarlo.

—Eres muy travieso. —Me separé de ella y respiré profundamente. Con ella tan cerca era difícil mantener una conversación seria.

—Voy... voy a regresar a la casa de mis padres a recoger los libros de estudio que necesito. Pasaré una semana repasando el temario, estudiando lo necesario para afrontar de nuevo ese examen, y pasarlo. Y cuando regrese, tendré el título en mi maleta.

—¿Vas a irte una semana?

—Creo que es lo que necesito para superar el examen. Básicamente es recordar lo que ya sabía, y sólo necesito lo fundamental para aprobar la asignatura.

—¿Te quedarás en casa de tu familia?

—Me quedaré con mis abuelos. Con mis padres...digamos que no mantengo una buena relación.

—Pero entonces no es seguro que vayas a su casa. Podemos comprar los libros de estudio aquí, y...

—No sólo son los libros, son las anotaciones que tomé en clase, todo lo que necesito para pasar la prueba con éxito.

—Pero...

—Créeme, es necesario si no quiero acudir a clases durante un nuevo semestre. Así puedo ahorrar mucho tiempo.

—¿Y una semana será suficiente? No sé, lo que dices es imposible.

—Memorizar nunca fue mi problema, tengo una memoria eidética. Recuerdo muchas cosas con exactitud. Esto solo es refrescar esos recuerdos.

—Ummm, así que tengo un cerebritito en casa.

—Tienes un cerebritito sexy.

—Sí, eso suena mejor. ¿Y cuándo dices que tienes que ir?

—Tengo pendientes unos días de libranza que me deben; puedo pedir unos días libres, pero he de hacerlo en dos días, antes de que el departamento de personal se vea obligado a abonar el importe de los días no librados.

—Dos días, no tenemos mucho tiempo.

—¿Tiempo para qué? —Noté sus manos enroscándose en el pelo de mi nuca, y supe que estaba vendido porque aquel era el principio del camino a la perdición. Ella iba a hacer conmigo lo que quisiera. ¿Y yo decía que era inexperta?, ¡joder con la novata!, había aprendido en un tiempo récord.

Danny

Decir que no iba a echarle de menos era una mentira, pero tenía que decirme eso a mí misma para no empezar a llorar como cuando leí el final de la serie “Divergente”. Tenía que ser fuerte y no hacerle sentir peor de lo que parecía. Le costó soltarme antes de pasar el último control del aeropuerto. Decirle adiós con la mano, mientras lo veía alejarse de mí sin soltar una sola lágrima, era lo más duro que había luchado por no llorar. Él tenía que ir motivado, feliz de avanzar en su carrera; no tenía que irse apenado porque dejó una novia llorona. Sólo tenía que pensar en superar ese maldito examen y volver a mí lo antes posible, o cuando fuera, pero que regresara a mi lado.

El día anterior a ese habíamos hecho el amor con ansia, con desesperación, como si esta separación nos alejase para siempre. Y quizás ese fuera mi miedo. ¿Podía perderlo?, ¿Su familia lo retendría? No, no podía seguir haciéndome estas preguntas estúpidas, que no eran sino miedos auto infligidos contra lo nuestro. Tenía que confiar en Mo, en lo que sentía hacia mí. Él había recibido una paliza por mí, él había donado su sangre a otro hombre que no conocía, porque yo le pedí que confiara en mí y en lo que él hizo para rescatarme de Stuart. Mo me quería, no iba a perderlo, tenía que creer en él, como él creía en mí.

Esperé hasta que el avión desapareció en la noche de Miami, aunque sabía que él había dejado de verme hacía mucho tiempo. Sujeté mi teléfono, y observé la pantalla impaciente. Él dijo que me mandaría un mensaje en el momento que aterrizará y me llamaría cada noche para contarme su día, sus progresos. Y yo ya estaba impaciente por escuchar su voz.

Apreté mis dedos hasta que se pusieron blancos alrededor de la carcasa del teléfono. Pero lo aflojé en el momento que pensé que podría dañarlo. No, no lo haría, porque ese era el único vínculo que me mantendría unida a Mo durante los próximos días

Giré mi cuerpo hacia la salida, mirando a la gente a mí alrededor caminando hacia donde fuere que iban. Ya en la puerta exterior, mis ojos tropezaron con unos zapatos caros. Según iba alzando la vista iba encontrando una figura que me resultaba familiar. Mi corazón dio un vuelco cuando encontré aquella mirada azul brillante. Él no sonreía, pero veía la alegría de verme en sus ojos.

—¿Quieres ir a cenar?

—¿Cómo sabías que estaba aquí?

—Hay pocas cosas que no sepa de ti. —Tendió la mano hacia mí y yo la

tomé. Caminamos hasta un SUV oscuro y entramos en los asientos traseros.

—¿Vas a contarme por qué estás triste?

—¿Dijiste que sabías todo sobre mí?

—Casi todo lo que ocurre a tu alrededor, pero necesito saber el “casi” de esto para poder ayudarte.

—Mo se ha ido a su ciudad de origen.

—Pero volverá a ti. Sólo quiere terminar sus estudios; ser un titulado para darte un mejor futuro.

—¿Cómo...?

—El cómo no es importante. Lo sé. He estudiado cada uno de sus pasos, puedo entender lo que hay en su cabeza. Él está enamorado de ti, no va a abandonarte.

—Eso es lo que me dice.

—Entonces créele.

—Pero...pero él.

—¿Crees que no eres suficiente para el nuevo Mo?

—¿Cómo puedes saber lo que hay en mi cabeza?

—Porque todos hemos tenido esas dudas en nuestra cabeza en algún momento de nuestra vida.

—Entonces... —Sentí su brazo pasar por mis hombros, acercándose más a su calor.

—Eres todo lo que quiere, no dudes de eso. Y tú lo mereces, porque eres una persona increíble, una mujer que no se rinde, que ha luchado por conseguir salir del lugar donde los demás han querido meterte, y que no era bueno para ti. Has luchado, has vencido, y Mo ha visto esa mujer. No va a dejarte escapar, Danny. Porque sólo un estúpido lo haría, y él no es estúpido. —Y así, con solo palabras, ese hombre que impone respeto, me hizo sentirme fuerte otra vez. Y sonreí, porque ahora sabía que nunca estaría sola, tenía una nueva familia; Viktor era mi familia; Mo era mi familia, y algún día conoceré a alguno más. ¿Yuri? La verdad, es que crucé muy pocas palabras con él, pero me prometió volver y cumplir con esa conversación que teníamos pendiente. Ahora tenía que conformarme con mi primo el guapo.

Capítulo 59

Danny

—No soy tonta; si no quieres a la policía cerca, quiere decir que te mueves en círculos poco “legales”, pero ¿por qué me mantienes vigilada? — Viktor asintió con la cabeza, como si esperara esa pregunta hacía bastante tiempo.

—Precisamente por eso.

—No entiendo.

—Los Vasiliev son una familia que se ha ganado muchos enemigos con el tiempo, y no son precisamente de los que te rayan el coche. —Una luz se encendió en mi cabeza. Palabras perdidas que Martha había dicho contra Emy; de esas que soltaba como dardos envenenados sobre mí y que, si antes no tenían importancia o parecían desvaríos de una vieja resentida, ahora cobraban sentido. Cuando hablaba de que mataron a los abuelos, podía no referirse a un coche que chocó contra ellos, que un borracho invadiera su carril o se saltara un stop. No, podía ser...

—¿Por eso...por eso murieron la abuela Emy y el abuelo Viktor?

—Entre otras cosas, sí. Aunque ya no queda ninguno de aquellos hijos de puta; puede que se nos escapara alguno y quiera seguir con su vendetta particular, o son simplemente nuevos enemigos. Nuestro mundo es muy diferente al tuyo.

—Y tú quieres protegerme de él.

—Yo quiero mantenerte tan alejada y a salvo de ese mundo como pueda.

—Entonces tendría que alejarme de vosotros.

—Hasta ahora has estado a salvo. Si empezamos a tener contacto contigo, será como poner un foco sobre ti. Querrán saber quién eres; y si yo averigüé quién eres, otros pueden hacerlo.

—¿Por qué estamos juntos ahora?, ¿no es eso lo que quieres evitar? — Viktor se recostó en su asiento estudiando con indiferencia el licor de su vaso, haciéndolo girar perezosamente sobre el cristal.

—Mantenerte en la ignorancia habría sido más fácil para todos. Pero nunca me han atraído los caminos fáciles, que le voy a hacer. Y ¡qué demonios!, tenía ganas de conocerte, de hablar contigo. De alguna manera extraña, nuestras vidas están enlazadas por algo más que la sangre.

—¿Qué quieres decir?

—¿No leíste mucho de los diarios?

—No, apenas empecé.

—Demasiado confiado de tu parte el dárme los antes de saber lo que contenían.

—¿No vas...no vas a devolvérmelos? —Viktor sonrió con afabilidad y se acercó a mí de nuevo apoyando los antebrazos sobre la mesa.

—En tus manos o en las mías, estarán a salvo de todas formas. Sí, lo haré, pero permíteme que los lea con calma.

—Ummm, claro. ¿Hay algo interesante en ellos?

—Detalles que hacen encajar algunas cosas, pistas que otros no sabrían ver. Pero nada que nos ponga en peligro, no temas.

—Sigo sin saber qué hacemos juntos ahora.

—Miami es terreno gris. Vernos aquí, de forma esporádica y privada, es algo que de momento podemos permitirnos, yo al menos. Con mi padre... la cosa se complica considerablemente. Tiene demasiados ojos encima.

—Comprendo. —Viktor sería la única persona de mi nueva familia con la que podría tratar.

—No pienses eso. Encontraremos la manera.

—¿Cómo sabes en lo que estoy pensando?

—Tienes esa cara en la que es fácil saber lo que estás pensando.

—Oh, vaya. Supongo que no duraría mucho en vuestro mundo.

—Ocultar lo que pensamos es algo que hemos aprendido desde muy jóvenes en nuestra familia. El nuestro es un mundo despiadado, donde una pequeña debilidad puede significar la muerte.

—No... ¿no tienes miedo?

—Todos tenemos miedos, Danny. Lo que diferencia a unas personas de otras es lo que hacemos con ellos. Unos se dejan arrastrar, otros los combaten, otros simplemente aprender a convivir con ellos.

—¿Y tú de qué grupo eres?

—De los que no se dejan dominar por ellos.

—¿Ni siquiera tienes miedo a la muerte?, porque acaban de darte un buen susto. —Señalé discretamente el lugar donde debería estar la herida de bala que ayudé a curar no hace mucho. Él levantó una ceja y negó con la cabeza.

—La muerte no me da miedo, no al menos la mía. Mi único miedo es perder a alguna de las personas que quiero, de cualquier miembro de mi familia. Eso me aterra. Yuri es un puñetero controlador, que no perdona

ningún error, ni da segundas oportunidades. Andrey es un egocéntrico cabrón, que se cree el todo poderoso rey porque sabe hacer malabares con las leyes. Nikita es aún demasiado joven como para darse cuenta de que no es el ombligo del mundo. Lena es cabezota y terca como una mula. Mamá es demasiado dulce y crédula para su propio bien. Pero mataría por ellos. ¿Sueno demasiado gángster?

—Sí. Eso de matar, sí que suena a gángster.

—Pero es la verdad. Es más, moriría por ellos.

—Eso si suena a amor de verdad.

—Supongo que sí. No estoy muy puesto en esas cursilerías del amor.

—¿No te has enamorado nunca?

—No a todos nos pasa. Mis padres, mi hermana Lena, creo que encontraron su porción de amor. Nikita es aún demasiado joven, y Andrey es frío como el hielo, pero creo que ninguno de los tres hemos encontrado algo que podamos llamar así. Pero tú... tú parece que si lo has encontrado.

—Es demasiado pronto para decirlo.

—No lo creo.

—¿Qué quieres decir?, ¿sabes algo que yo no?

—Las cosas que Mo ha hecho por ti, no se hacen por cualquiera.

—No, eso es verdad.

—Quizás sea porque tengo su sangre corriendo por mis venas, quizás sea porque sé hasta dónde la gente está dispuesta a sacrificarse, el caso es que estoy convencido de que él está enamorado de ti. —Oírle decir aquellas palabras, me llenaron de una certeza que creía no tener. Viktor decía las cosas sin rodeos, sin temer las consecuencias. Y si él estaba seguro de aquello, era porque tenía una seguridad aplastante de que lo que aseguraba era cierto. Hay un dicho que dice, que “son más los hechos que las palabras”, y Mo me había obsequiado con muchos hechos que demostraban hasta qué punto yo le importaba.

Capítulo 60

Mo

Levanté la vista hasta abarcar toda la fachada de la gran casa. Seguía igual a como la recordaba. Caminé los pocos pasos que me quedaban hasta la puerta y me incliné para llamar al timbre. Medio minuto después, quizás menos, alguien abrió la puerta. Los ojos cansados de Lina se abrieron como platos al reconocirme. La pobre mujer llevaba al servicio de mi familia ¿Cuánto?, ¿20 años?; no sé, yo siempre la recordaba trabajando en la casa, ocupándose de la cocina y las tareas domésticas.

—¡Santa María!

—Hola, Lina.

—Señorito Gil.

—¡Gilherme! —Una especie de grito o graznido llegó desde las escaleras, donde el rostro blanquecino de mi madre se escondía detrás de sus temblorosas manos.

—Hola, mamá. —Con paso indeciso, ella fue bajando los escalones mientras yo esperaba en la puerta. Finalmente, decidió que necesitaba abrazarme con urgencia y corrió los pocos metros que nos separaban. La acogí entre mis brazos sintiendo su cuerpo convulsionar en sollozos. Sí, yo sentía lo mismo, pero no lloraría.

—Mi pequeño, te he echado de menos.

—Yo también a ti, mamá.

—Has vuelto. —Mi cuerpo se tensó instintivamente ante sus palabras, como si acabara de ver una serpiente venenosa en mi camino.

—No, mamá. Solo vine a saludar, recoger algo, e irme.

—¿Qué... qué necesitas?

—Sólo mis cosas de la universidad. ¿Aún las conservas?

—Tu habitación sigue igual a cuando te fuiste.

—Extraño. Pensé que papá quemaría todo cuando me fuese.

—Esperábamos que cambiaras de opinión, que recapacitaras y volvieras. —Empezamos a caminar hacia mi antiguo cuarto. Agradecía el tiempo que estaba con mi madre, pero no estaría allí más del necesario. No cuando ella no alzó un dedo para defender a su hijo. Se dobló a los deseos del tirano, no le importaba sacrificar la vida de su hijo, convertirlo en alguien carente de

vida, como ella misma. Aunque no la odiaba, sólo sentía lástima, y también quedaba algo de ese amor de todo hijo siente hacia su madre.

—No voy a volver, mamá.

—¿Te... te va bien?

—Sí.

—Te ves más delgado.

—Perdí algo de grasa inútil, eso es todo.

—Estás... estás cambiado.

—Han pasado dos años, es normal.

—No, me refiero a...no sé, como más maduro.

—Es lo que suele ocurrir cuando uno aprende a vivir por su cuenta. —Al abrir la puerta de mi habitación, la que fue mi habitación, una pequeña ola de nostalgia envió un escalofrío por mi espalda. Todo estaba igual. Sin polvo, con mis cosas recogidas y ordenadas, como esperando que regresara de clase. Caminé despacio, asimilándolo todo hasta llegar a mi escritorio. Di un suspiro y comencé a recoger todos mis libros y apuntes; incluso mi viejo y pequeño ordenador portátil.

—Entonces esto es otra vez una despedida.

—No tiene por qué serlo, lo sabes.

—Y tú sabes que no lo haré. —Seguí apilando el material, buscando en cajones y estanterías, sin devolverla la mirada.

—Iré a buscar una maleta para que lleves eso. —Escuché sus pasos salir de la habitación.

—¿Te ibas a ir sin decirme nada? —Giré sobre mis talones para encontrar la figura rígida de Trix. Su forma de vestir había cambiado, como si quisiera parecer una mujer de negocios, pero sus ojos seguían siendo los de una niña. No, no eran los de una niña; parecían cansados y tristes, sin el brillo egoísta de antaño.

—Dejé mi número por si querías llamarme, y no lo hiciste. —Caminó dentro de la habitación, parando a un metro de mí, como si tuviese miedo de estar demasiado cerca.

—Dejaste tirado a papá; nos abandonaste. Alguien debía ocupar tu lugar.

—¿Y esa has sido tú? No me digas más, seguro que ha encontrado al marido perfecto entre alguno de sus socios o clientes adinerados. ¿También tiene para ti un puesto importante en la empresa?, ¿pero a que no estás cerca de tomar ninguna decisión?, él sigue al mando de todo, de la empresa, de tu vida, de la de mamá...

—Tú no lo entiendes.

—Tal vez. Por eso me fui. O tal vez fue porque lo entendí demasiado bien y decidí que no era lo que quería. Yo no iba a ser una marioneta que bailara a su son toda la vida.

—Él solo quiere alguien a quién dejar su legado, alguien...-

—No, Trix. Él solo quiere aligerar su trabajo, pero manteniendo el control de todo, mientras sigue creciendo y ambicionando más.

—Yo no huyo de mi responsabilidad como heredera.

—Todo tuyo. —Un movimiento en la puerta hizo que mi mirada viajara allí, donde mi madre estaba esperando con una gran maleta con ruedas en su mano.

—Él decidió su destino, Trix, no vas a convencerle.

—No quiero convencerle, ahora lo suyo me pertenece porque papá le desheredó. —Empecé a meter mis cosas en la maleta, sin perder tiempo en discutir con ellas. Cogí una hoja de papel y escribí en ella mi número de teléfono nuevo.

—No quiero perderte otra vez, Gilherme. —Le tendí la hoja de papel a mi madre, y acaricié su mano.

—Cuando quieras hablar conmigo, sólo llámame. Siempre esperaré tu llamada.

—Cuídate, hijo. —La voz chillona de Trix me siguió mientras salía de mi cuarto, acompañándome hasta la puerta de salida.

—Eso, huye, cobarde. Y no vuelvas más por aquí; ya no hay nada tuyo en esta casa. Ya no significas nada para esta familia. —Giré mi rostro hacia ella antes de atravesar el umbral por última vez.

—¿Familia?, esta nunca fue una familia; nadie me quiso lo suficiente. — Vi el dolor en los ojos de mi madre, como si ella realmente sintiera la puñalada en el pecho por mis palabras. Pero ella nunca me defendió; permitió que aquel tirano hiciera conmigo lo que quisiera, me doliera o no, y eso una madre no debía de permitirlo; no al menos una que amara a sus hijos. ¿Qué Trix ocupara ahora mi lugar en esa casa, que fuera la gran heredera, que pagara el precio que me exigieron una vez a mí?, realmente no me importaba. Nada de esta familia me importaba. Los únicos que merecían la pena llamarse familia eran mis abuelos, y era con ellos hacia donde me dirigía en aquel momento.

Capítulo 61

Danny

—¿Qué llevas puesto?

—Ni un ¿hola, o cómo estás?

—Hola cariño, ¿qué llevas puesto?

—¿A qué tanto interés?

—Porque me muero por estar ahí y, si puedo poner en mi cabeza una imagen de cómo estás ahora ,quizás no lance por la ventana estos aburridos libros y coja el primer avión hacia Miami.

—Ya te dije que estudiar era duro.

—No, tenerte lejos es lo duro.

—Suenas todo meloso, necesitas azúcar. —Escuché su risa al otro lado de la línea, y sonreí. Él no era el único que se sentía vacío sin el otro llenando el espacio a su lado.

—¿Qué tal lo llevas?

—Básicamente es recordar, pero es mucha materia.

—Quieres abarcar demasiado.

—Puedo hacerlo. Voy a hacerlo.

—Vale. ¿Cuándo tienes el examen?

—Este lunes que viene.

—Tres días.

—Sí. Van a ser los tres días más largos de mi vida.

—Ummm, quizás necesites una motivación.

—Ah, ¿sí?

—Cuando regreses, tendré un premio esperándote.

—¿Qué clase de premio?

—Uno que te gustará.

—Ummm, dame más pistas.

—No, que luego te desconcentras. Sólo tienes que pensar en hacerlo bien.

—Eres mala.

—Pero te encanta.

—Sí, debo tener algo mal en mi cerebro.

—Por eso me gustas.

—Así que te gusto, ¿eh?

—Unas partes más que otras.
—¿Qué partes?
—Te estás poniendo travieso.
—Cuatro días y medio de abstinencia, compréndeme.
—Seguro que has estado más tiempo en sequía antes.
—Eso fue antes de que me volvieras un adicto a tu piel.
—Me gusta ese trocito de cuello, donde se junta con la clavícula. Adoro mordisquear ahí.
—Ummm, más.
—Me gusta mordisquear ese sitio en tu cadera, donde se tensa el oblicuo
—Ummm, sigue.
—Me gusta mordisquear la puntita...
—Para, para, no sigas que... ¡mierda!
—¿Qué sucede?
—Pues la puntita, que se ha levantado.
—¿Tu nariz se ha levantado?
—Dios, eres realmente traviesa. No esa puntita, la “otra”.
—Ah, salúdala de mi parte.
—¡Joder! Cuando llegue a Miami, te voy a tener dos días desnuda sobre la cama.
—Qué poco original.
—No puedo ser original con una erección de caballo. En cuanto cuelgue, me voy a tener que dar una larga ducha fría.
—Hagamos una cosa.
—¿El qué?
—Tu ve al baño, cierra los ojos e imagina que estoy ahí, haciendo el trabajo.
—¡Joder, joder!, vas a matarme.
—Y yo, cuando llegue a casa del trabajo, me tumbaré en nuestra cama, me quitaré la ropa, e imaginaré que estás...
—¡Ya!, para, o tendré que ponerme a trabajar ahora.
—¿Quieres que te llame esta noche cuando llegue a casa, y continuamos con esto?
—Oh, joder. Sexo telefónico, nunca lo había probado.
—Yo tampoco, pero siempre hay una primera vez.
—Vale, es una cita.
—Tú estudia, luego nos ponemos al lío.

- Sí, señora.
- Te quiero.
- Yo también te quiero.

Mo

Un par de golpes sonaron en la puerta, y separé la vista de mis anotaciones para encontrar la sonrisa de la abuela y un plato con un sándwich de tres pisos. Podía acostumbrarme a esto.

—Hora de cenar.

—Gracias abuela. —Ella se sentó en la esquina de la cama, haciéndome girar para tenerla de frente.

—Tu abuelo y yo hemos estado hablando, y...

—¿Y?

—Que queremos decirte que si encuentras a la chica para ti, la agarres y no pienses en nada más.

—¿Qué quieres decir?

—Que nos hemos dado cuenta de lo ¿pillado se dice ahora?

—Sí, creo que sí.

—Bueno, eso, de lo pillado que estás por esa chica, por Danny.

—Creo que lo estoy.

—El caso es que te estás tomando muy en serio lo de mejorar tu futuro, y suponemos que ella es la responsable de esto.

—Quiero mejorar nuestra situación, y una carrera universitaria puede hacerlo.

—Estás dando los pasos hacia ¿una boda, tal vez? —¡Joder!, boda. No había pensado en ello; éramos demasiado jóvenes aún, con demasiadas cosas por hacer... aunque la mayoría podíamos hacerlas juntos.

—No he pensado en ello.

—Bien, cuando lo hagas, quiero que tengas en cuenta algo.

—¿El qué?

—Puede que a tu abuelo y a mí nos gustaría ser partícipes de ese día, pero no vemos tampoco mal el que os fuguéis y os caséis en Las Vegas, ya sabes, una de esas bodas baratas y rápidas. Si fuéramos jóvenes otra vez, creo que a tu abuelo le gustaría la idea.

—Las Vegas. Anotado.

—No es una imposición, es solo... que queremos que sepas que para nosotros cualquier cosa que hagas estará bien. —Me estiré hacia ella y la

achuché en un fuerte abrazo. Olía a margaritas; me gustaba como olía la abuela.

—Gracias, abuela.

—Anda, suéltame ya, y sigue estudiando. Quiero presumir de nieto responsable y trabajador con mis amigas.

—De acuerdo.

Lupe

Me encantaba tener la casa llena de gente. No se escuchaban golpes de martillo en la casa, pero tenía un buen grupo de personas sentadas en el patio trasero. ¿Una mini excavadora?, sí, creo que así la llamó Alex. Estaban haciendo un gran agujero en un costado de la casa, que se convertiría en una coqueta piscina. Esto estaba cogiendo buena forma.

Llevé la jarra de limonada a la mesa, y aunque esta vez no iba “bendecida”, no podía parar de sonreír. En la mesa del patio tenía a dos embarazadas disfrutando del sol y la buena comida. María, con su tripa más grande cada día y con mis gemelitos allí dentro, sus pies reposando en un banquito. Susan, mi doctorcita, abanicándose con un pequeño abanico de papel que le había hecho mi Tomás, un bebé también creciendo dentro de su tripita. Mi Carmen de camino en cuanto cierre el servicio del “*Rancho Rodante*”, y mi Angie, mi futura embarazada, porque mi plan había empezado esa misma mañana. Aún recordaba sus palabras.

—*Abuela, ¿has visto las pastillas que tenía en mi baño?*

—*¿Qué pastillas?*

—*Las que estaban en la estantería de la izquierda del lavabo de mi habitación.*

—*Ya sabes que yo no uso ese baño. ¿No las habrás puesto en otra parte?*

—*No creo... bueno, no te preocupes, seguiré buscándolas. -*

Sí, tu sigue buscándolas, que como no revuelvas en el cajón de mis bragas, no las vas a encontrar. Esas “antibaby” y yo nos estábamos haciendo amigas. Seguro que traerás un repuesto y que, silenciosamente, haré desaparecer cada madrugada antes de que despiertes. Esto de hacer de espía nocturna me estaba empezando a gustar.

Capítulo 62

Mo

En el avión de vuelta tuve mucho tiempo para pensar. Que mi madre siguiera bajo el yugo de mi padre solo tenía una explicación, la había anulado como persona. Ella aún me quería, pensándolo despacio podía ver eso. En cómo se emocionó al verme, en cómo se preocupó por buscarme una maleta para mis cosas, aunque supiera que eso podría traerla problemas. Pero no se sentía fuerte para dar el paso que la liberara de mi padre. Yo le había dado todas las oportunidades para que se viniera conmigo, pero ella seguía teniendo miedo. ¿Y Trix?, maldita sea, yo creía que era sólo una niña mimada a la que le gustaba recibir dinero sin hacer nada a cambio. Lo que no imaginé es que quisiera mi puesto, y que estuviese dispuesta a hacer todo lo que nuestro padre quería para conseguirlo. Trix no era tan tonta como para no ver lo que tenía delante; aun así, lo aceptaba a cambio de lo que creía le pertenecía. Pobre ilusa, nuestro padre nunca se lo daría; no hasta que estuviese a varios metros bajo tierra, y entonces sería con sus condiciones.

¿Qué si me sorprendió no tener noticias tuyas? No, en absoluto. Mamá no le diría nada de mi visita, y Trix... ella tampoco, porque quería seguir como hasta ese momento, siendo el ojito derecho de papá, y mi presencia en la casa podría significar una brecha en mi decisión de irme ante sus ojos; y otra cosa no, pero Trix no era tonta. Entre ella y yo, papá siempre me prefirió a mí. No por ser el más listo, no por ser el primogénito, tan sólo por haber nacido hombre. Papá era machista hasta la médula. Para él, una mujer no era nada sin un hombre que la controlara. Valiente cabrón.

Volví a mirar la hora, aún quedaban unos minutos para llegar al aeropuerto de Miami, donde mi chica estaría esperándome, seguro que no tan impaciente como yo, o tal vez sí. Ah, era una mierda estar enamorado. Sí, lo reconozco, lo estoy, hasta las orejas, y no me importa reconocerlo. Quién lo iba a pensar. Pero cuando esa mierda te golpea...nadie está preparado. Te noquea de un solo golpe y ¡Plaf! ahí estoy yo, tendido sobre la lona, el árbitro contando y yo sin ninguna gana de levantarme.

No esperé a saber la nota de mi examen; para qué, nada cambiaría el resultado; prefería esperar en Miami. Que me salía mal, tendría a Danny para consolarme; que lo superaba, lo celebraría también con Danny. La verdad,

tenía buenas vibraciones al respecto. ¿Y el profesor Newman?, estaba más que encantado de ayudarme. Esto de ser el favorito del profe tenía sus ventajas, hay que reconocerlo. Me facilitó mucho la tarea; incluso se prestó voluntario para facilitarme el papeleo y los contactos con la universidad de Miami, por si quería continuar con mis estudios de arquitectura. Arquitecto; sí, podía imaginarme ahí. Dos semestres a pleno rendimiento y podría tenerlo también. ¡Mierda!, no sabía que era tan ambicioso. No, no era eso. Quería conseguir lo mejor para nosotros; un futuro más brillante, y un arquitecto podría conseguirlo. ¿Sacrificios?, tendría que hacerlos, pero tenía a Danny para poder pasar por ellos.

Danny

—¡Hey!, iros a un hotel. —Noté la sonrisa de Mo sobre mis labios, pero no aflojó su abrazo sobre mí. Cuando lo vi aparecer por la puerta de llegadas corrí hacia él. Casi lo derribo cuando me lancé sobre su cuerpo. Cuando empezamos a besarnos, el resto del mundo dejó de existir. ¡Dios!, le había echado tanto de menos...

—Esto sí es un recibimiento.

—Te he extrañado.

—¿Tanto cómo yo a ti? No reo.

—He dormido con una camiseta tuya usada, porque quería olerte y sentir que no dormía sola.

—Me gusta eso.

—¿Y tú?

—Yo te robé una foto mientras dormías, y la miraba antes de acostarme, así parecía que estabas durmiendo a mi lado.

—Somos dos desquiciados.

—Pero estamos bien juntos.

—¿Y qué tal el examen?

—En unos días podré ver la nota en la web de la universidad. —Un mensaje de entrada hizo pitar su teléfono. Lo miro de reojo y sonrió.

—Vaya, mi profesor y tu estáis sincronizados.

—¿Qué?

—Mira. Corrigió mi examen, y me mandó la nota antes de colgarla en la web.

—¿Y qué has sacado?, dime, dime. —Mo estiró el brazo sobre su cabeza, evitando que le arrebatara el teléfono y curioseara yo misma lo que había allí

escrito.

—¿De verdad tienes tantas ganas de saberlo?

—¿Bromeas? Me he pasado una semana sin novio por culpa de ese examen. En parte esa nota me pertenece. —Mo sonrió y bajó la pantalla hasta mis ojos.

—¿Contenta?

—¡3,35!, eso es fantástico. Eso significa que...

—Ya ves Tienes un licenciado como novio. ¿Qué se siente?

—Que hay que ir a celebrarlo.

—Creo que tienes razón, hay que celebrarlo. Pero no hasta que sea oficial.

—Lo sé, lo sé. Pero tiene que ser algo espectacular...

—Ummm, creo que tengo una idea. Pero será una sorpresa.

—Me matas con las sorpresas.

Lupe

Esta juventud. Es decirles que tienen que celebrar algo y enseguida se apuntan. La casa está terminada, la piscina se está llenando con agua, casi lista para inaugurarla. Tengo a todas mis chicas y chicos trabajando en el jardín; ellos en la barbacoa y montando una enorme mesa para que comamos; las chicas, gracias a Dios, están siendo las reinas, porque de la comida se encargó Carmen, y Tomás es el encargado de traer las cajas con el peso. Yo preparé unas quesadillas y una sangría, que me enseñó a hacer Caridad, la abuela de María, la que por cierto, está sentada en una silla de mimbre debajo de una de las sombrillas que montó su hijo Manuel, el papá de Alex y María. Mo ha puesto algo de música y todos se divierten. Mis embarazadas no están moviendo un dedo, y yo estoy que no entro en mí de felicidad. Sí, esto es lo que quiero, gente feliz corriendo dentro y fuera de la casa. Sólo faltan algunos pequeños pies correteando de un lado a otro y todo será perfecto.

Entro de nuevo en la cocina y saco uno de los recipientes que trajo Caridad, colocándolo sobre la mesa y revisando que la tarta de dulce de leche de María no se caliente.

—Abuela, ¿dónde has puesto los vasos grandes?

—En la alacena de arriba, pequeña. —Destapo la fuente, y el olor de las salchichas al ron inunda toda la cocina. Esto tiene que estar de muerte. Una profunda arcada me hace girar hacia mi izquierda, donde Angie está inclinada sobre el lavadero.

—¡Dios!, ¿qué es eso? —Vuelve a inclinarse sobre el lavadero y hecha todo lo que tiene dentro.

—Es un poco grasiento, pero no es para tanto, pequeña.

—Aparta eso de mí.

—Sal fuera, anda. Y dile a tu chico que venga por los vasos, porque tú te has vuelto una nariz refinada. —Cuando Angie sale de la cocina, la mirada de Carmen y la mía se juntan. Sí, ambas sospechamos lo que puede ser, pero yo soy la única que está segura. A Carmen también le daban arcadas las comidas grasientas cuando estaba embarazada de mi Angie. Tendré que buscar las agujas de coser, tengo que ponerme a preparar pololos para mi futuro bisnieto. La abuela ninja acaba de conseguir su objetivo.

Epílogo

Tres meses después...

Danny

Tengo que respirar, tengo que respirar. Suelto el aire y comienzo a tomar aire de nuevo, profundamente. ¡Dios!, lo de Mo sí que es ir rápido, auténtica locura. ¿Y quién dijo que yo estaba cuerda? Estoy aquí, vestida de blanco, con mis manos aferrando desesperada las de Mo, mirando esos ojos dulces y brillantes, intentando escuchar las palabras de un tipo que acabo de conocer y que está a punto de cambiar mi vida, nuestras vidas en cuestión de minutos.

Echo un último vistazo a mi derecha, donde hay algunos bancos ocupados por gente. Personas que son importantes para Mo, personas importantes para mí, personas que nos quieren y que era importante que estuvieran aquí. Los abuelos de Mo están sentados en primera fila, cogidos de las manos, y con una gran sonrisa en sus rostros. Y en el fondo, parados junto a la puerta, presentes, pero como si no estuvieran allí, sé que hay cuatro hombres y dos mujeres. Son mi familia, pero no puedo decirlo. No me darán la enhorabuena, pero sé que se alegran por mí. Mis Vasiliev, mi familia perdida y encontrada. Y mi querido primo Viktor, mi favorito, el que me cuida y protege, el que dio su sangre por mí, el que me está sonriendo desde una esquina, oculto por las sombras.

Me giro hacia Mo; él y el hombre a mi izquierda están esperando a que diga algo, y sé lo que tengo que decir. Algo que he deseado desde el mismo momento que Mo me dijo que nos lanzáramos de cabeza a ésta piscina. Me quiere, lo quiero, y no tengo dudas. Yo soy tenaz, él es persistente y juntos podremos con todo lo que la vida nos tire encima.

—Sí, quiero.

—Por el poder que me otorga el estado de Nevada, yo os declaro marido y mujer. Puedes besar...— Siento los labios de Mo asaltando mi boca, y yo lo sigo con ganas. Creo que alguien aplaude. Cuando volvemos a respirar, le sonrió, y noto como alguien está a nuestro lado, son sus abuelos. Miro hacia la esquina, y la encuentro vacía, pero sé que ellos estaban allí, y eso ya me hace feliz.

Casada, estoy casada; no, estamos casados. Como dice Mo, ya no soy yo, o él, somos nosotros, y todo lo haremos juntos.

Adelanto

Préstame tu corazón

Puedo ver la cara del estúpido cuando se gira de nuevo hacia mí. ¿Creías que me habías vencido? No tienes ni idea de con quién estás peleando.

Estoy de nuevo en pie, con sangre resbalando por mi barbilla, una sonrisa torcida en mi cara y diversión asesina en la mirada. Sé que ese gilipollas ha pensado que me tenía; había derribado mi cuerpo sobre la lona, pero pasó algo por alto. Unos cuantos golpes no detienen a un Vasiliev, y yo soy uno de ellos. Nosotros sólo tenemos dos salidas, caemos o ganamos, no nos rendimos. Es nuestra propia versión del todo o nada. Puede que al principio cayéramos, pero aprendimos a levantarnos de nuevo. Un Vasiliev nunca abandona una pelea, la termina o le sacan de ella (con esto me refiero a que no está consciente para evitar que lo hagan).

Levanto mis puños de nuevo, los músculos protestando, el dolor gritando en mi oído, mis pulmones suplicando por más aire. Pero soy yo el que toma las decisiones y rendirse no está en mi diccionario; nunca lo ha estado. ¿Descansar?, lo haré cuando acabe con él, o él acabe conmigo. Él es fuerte, más joven, con más entrenamiento... pero eso no siempre determina el resultado de una pelea; yo lo sé, he estado muchas veces ahí. La motivación es lo que marca realmente la diferencia, y yo estoy motivado, tengo algo por lo que estarlo. Antes lo hacía solo porque era el tránsito de todo miembro de la familia, llamémoslo ritual de iniciación; ningún Vasiliev en cuatro generaciones en este país ha fallado. Una vez dentro del ring tienes que demostrar de qué estás hecho, y los hombres de mi familia son de frío y duro granito. Hacerte respetar es lo que todo Vasiliev debe conseguir. Pero ahora, hace tiempo que conseguí eso; ya no lucho por conseguir un respeto que ya tengo, no lucho para demostrar que soy el más fuerte, el más duro. Ahora lo hago por algo por lo que nunca pensé que alzaría un puño; ahora lo hago por demostrar que nadie puede dañar lo que me pertenece sin pagar las consecuencias. Bueno, para eso no necesito meterme de nuevo en un ring, ni

recibir un solo golpe, pero es que esta vez es personal y cuando eso ocurre, mi orgullo me ordena que sean mis manos las que se cobren el precio.

Ni yo mismo me reconozco; sé que no debería estar allí, pero es recordar el por qué lo hago, y noto la energía inundar de nuevo mi cuerpo, esa energía que sólo puede darte la ira que me dará la victoria. Porque nadie daña lo que es mío, nadie pone una mano encima de aquello que protejo; nadie volverá a hacerle daño a ella.

Préstame tu corazón

Disponibile abril 2019 en Amazon,
gratis con Kindle Unlimited

Títulos de la serie “Préstame”:

- 1- ¡Préstame a tu novio!
- 2- ¡Préstame a tu cuñado!
- 3- ¡Préstame a tu hermano!
- 4- ¡Préstame tu piel!
- 5- ¡Préstame tu corazón!